

LOS MISTERIOS  
DE VIOLETA LOPE III

LAS  
CASAS  
DE LOS  
INGLESES



NURIA PAGRATIS

CALIGRAMA

L A S  
C A S A S  
D E L O S  
I N G L E S E S

LOS MISTERIOS  
DE VIOLETA LOPE III

LAS  
CASAS  
DE LOS  
INGLESES

NURIA PAGRATIS



# Índice

[Las casas de los ingleses](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

# Sinopsis

Violeta Lope viaja a Londres tras el misterio de un muerto -que no lo está-, un joven -que no es quien cree ser- y una mujer que desapareció hace años.

La señora Lope visita junto con sus vecinos una antigua colonia industrial conocida como Las Casas de los Ingleses, un lugar cuyo pasado está unido a una fábrica de hilo y a sus propietarios, la familia Paisley.

En una de las casas hallan unas enigmáticas postales escritas por John Paisley, a quien todos dan por muerto desde hace años. Esto despierta inmediatamente la curiosidad del grupo, más aún al comprobar que las postales están franqueadas en la ciudad de Londres. Durante una de las tertulias semanales de vecinos se decide una escapada a la capital inglesa para averiguar el paradero del último Paisley.

La aventura londinense es entretenida y peligrosa porque los Paisley ocultan escabrosos secretos familiares. La dama de los Pirineos comparte casa en Portobello con un ecléctico grupo de jóvenes y su convivencia se pondrá a prueba al producirse un asesinato. Los celos se multiplican y el absorbente ritmo de la trama no deja a nadie indiferente.

Una vez más, Nuria Pagratis atrapa al lector en una misteriosa atmósfera urbana singular y apasionante.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

**Las casas de los ingleses**

*Los misterios de Violeta Lope III*

Primera edición: septiembre 2018

ISBN: 9788417447359

ISBN eBook: 9788417447960

© del texto:

Nuria Pagratis

© de esta edición:

**CALIGRAMA**, 2018

[www.caligramaeditorial.com](http://www.caligramaeditorial.com)

[info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com)

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a [info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para la vendedora de sueños  
y el sabio disfrazado de leñador*



*Querido Juan:*

*Mi corazón cabalga desbocado cada vez que pienso en ti. Todo me parece tan irreal desde tu partida. Dicen que si te aburres en esta ciudad es porque estás muerto. Yo camino moribunda por sus calles y grito tu nombre. Sabes que no pido nada, pero te ruego que vuelvas pronto, sin ti agonizo.*

*Intento distraerme con el trabajo, cojo todos los encargos que me dan. Esta semana he entrevistado a Gary Linecker, va a jugar con el F. C. Barcelona. Y mañana estaré en Christie's, donde subastarán el cuadro de los Girasoles de Van Gogh, no puedo imaginar nada más baladí.*

*También he ido a todas las manifestaciones posibles contra las privatizaciones de Thatcher y en un acto de desesperación, me he suscrito al Reader's Digest. Necesito uno de tus relojes rotos. Ya no sé qué más hacer para matar el tiempo.*

*Estoy aquí, amor, ven y devuélveme la vida.*

*Angelica*



*To:*

*Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

# Capítulo 1

Violeta observa al señor Grand a unos diez metros de distancia. El hombre está aparcando su viejo Citroën amarillo de los años ochenta, una antigualla en perfecto estado, un automóvil histórico y con historias personales que ni ella misma podría imaginar. «Todo lo peculiar es de interés, todo lo popular es aburrido y ramplón». Ella sigue mirándole desde lejos. Seguro que el lugar donde les ha traído hoy Grand guarda algunos de esos recuerdos secretos. Están en una ladera de los Pirineos, en una colonia industrial de principios del siglo pasado, con sus diminutas casitas alineadas, todas iguales. Tienen un estilo peculiar... otra vez le viene el adjetivo.

Hay mucha vida, muchos hogares, repartidos en las calles. Es como estar en un pueblo, pero sin ayuntamiento. Aquí solo hay una gran fábrica al fondo, con una imponente y alta chimenea construida con miles de ladrillos de terracota, ladrillos que visten también todo el cuerpo del edificio fabril extendido estratégicamente a lo largo del río. Cien años atrás, en toda la colonia se oía el rumor de las máquinas en funcionamiento, noche y día, pero ahora solo se oye el palpitar del gran río, con su continuo buru buru en voz baja.

—¿Y cómo ha dicho el señor Grand que se llama este lugar? —pregunta Remedios, mientras se recoloca un pañuelo floreado en su corto y rechoncho cuello.

—Las Casas de los Ingleses —responde su marido, Rufino, que está de pie a su lado.

—Vaya nombre más raro para una fábrica —añade ella.

—Mujer, la empresa tendrá otro nombre más oficial. Pregúntale a Grand. Aquí trabajó él durante muchos años, por eso nos ha traído. —Rufino abre la palma de sus manos sin sacarlas de los bolsillos del pantalón. Él sabe más y ve una lógica.

—Es la mejor época del año para pasear. —El señor Grand se reúne con ellos—. No hace nada de frío, el tiempo aguanta bien este año, algo nublado pero la temperatura es perfecta para dar un paseo.

—Dice Rufino que usted trabajó en esta fábrica, señor Grand.

—Así es, cuando era joven, treinta años atrás, en las oficinas. Era un simple secretario, ayudaba con el papeleo de la compra de algodón. Aquí se hacía hilo, como en muchas otras fábricas que había en la cuenca del río, durante los años de nuestra revolución industrial. Ahora ya no queda ni una factoría en funcionamiento, como muy bien saben.

—¿Y vivió usted aquí, en una de estas casas? ¿Y por qué las llaman Las Casas de los Ingleses? —Remedios quiere aclarar el tema, así después es más fácil contarlo a los demás vecinos del pueblo de Bolví.

—Los propietarios eran ingleses. Mejor dicho, escoceses. Los Paisley. Una familia muy poderosa del sur de Escocia. Hay incluso una ciudad con este nombre. En la época en que yo trabajé aquí, ellos eran los jefes, eran los inversores mayoritarios y todo les pertenecía: la fábrica, las casas, la escuela, la iglesia, el teatro, la guardería, incluso un campo de fútbol.

—¿Cómo que les pertenecía?

—Sí, todo lo construyeron ellos para sus trabajadores y era suyo. En esa época esta colonia obrera era modélica y eran afortunados los hombres y mujeres que entraban a trabajar aquí. Estamos hablando de principios del siglo pasado. Fíjense que he dicho «guardería»... Remedios y Rufino Blas asienten con la cabeza mientras penetran en una de las serpenteantes calles junto con el señor Grand y Violeta que observa todo en silencio. Allí hay un grupo de vecinos colgando guirnalda ayudados de escaleras y de risas. Mesas rectangulares alineadas a lo largo de la calle hacen pensar que es una verbena vecinal. La fábrica es un esqueleto silencioso, pero la colonia donde vivían sus trabajadores parece estar muy activa.

El señor Grand se acerca a un hombre mayor que está sujetando una tira de farolillos de papel y le saluda con un toque en el hombro. Le reconoce enseguida, se alegra de verle después de tantos años y se empeña en conocer a sus acompañantes y explicarles anécdotas sobre la fábrica, como que Thomas Edison utilizó hilo fabricado allí para perfeccionar su bombilla eléctrica o que

ellos fueron los primeros trabajadores de España que tuvieron vacaciones pagadas.

Violeta mira las casas con fascinación. Son pequeñas y robustas: de una sola planta con la fachada de piedra comida literalmente por la puerta y una ventana con grandes jambas dentadas de ladrillo visto, las características de principios de siglo XX, sobre todo en edificios industriales. Están encumbradas por un tejado a dos vientos con chimenea y ennoblecidas con una ventana de techo triangular al estilo inglés. Son casitas alegres, simples pero superiores.

Antes de despedirse, el hombre comenta que ya quedan pocos de los antiguos trabajadores viviendo en las casas. Los ingleses lo vendieron todo y vino gente nueva, gente que poco sabía del pasado industrial de este lugar.

El grupo de amigos de Bolví deja las calles más cercanas al río y camina hacia una zona más elevada donde la arquitectura de las casas se repite sinuosamente a cada lado de la calzada. Enfilan la calle Paisley y hacen comentarios sobre el nombre. Además de ser el apellido de la familia que fundó la fábrica, es una palabra que identifica un popular diseño textil en forma de hoja o de lágrima.

En una de las viviendas por donde pasan parecen estar de mudanza. La puerta está abierta y en la calle hay cajas esparcidas por todas partes repletas de objetos y utensilios domésticos. Hay tantas que parece imposible que todas salgan de la diminuta casa que tienen delante.

El señor Grand ralentiza el paso y hace memoria. Conocía a los inquilinos de la vivienda. Era un matrimonio con dos hijos. Recuerda bien al marido, se llamaba Pepe.

—En esta casa vivía el encargado de la central eléctrica de la fábrica — dice Grand a los demás señalándola con el brazo.

—Pues le tocó la lotería —apunta Remedios—. Un hombre afortunado; todos los que trabajan con la electricidad tienen buenas pensiones, no como nosotros.

—Me pregunto si todavía sigue aquí... ¿No les molesta, verdad, si entro un momento a preguntar? Todos asienten con la cabeza despreocupadamente porque tienen los ojos puestos en las cajas. La mayoría de ellas están sin cerrar y sobresalen lámparas de mesa, sábanas blancas bordadas con iniciales,

tazas, platos, cacerolas y montones de papeles, de revistas y libros. Violeta coge de una caja llena de juguetes un llamativo autobús inglés hecho de latón. En ese momento sale de la casa una mujer con otra caja llena a rebosar. No los saluda, solo los mira de reojo. Lleva un chándal y unos guantes para protegerse las manos. Tiene unos cuarenta años y ya tiene la cara que se merece, como sucede a todos después de esta edad. Ellos saludan y al final la mujer habla.

—Si queréis algo, lleváoslo. Vamos a tirarlo todo.

—¿Van a tirar todas estas cosas a la basura? —pregunta Remedios incrédula.

—Sí, todo. No quiero nada.

—¿Y por qué no se lo da a alguien, a alguna familia? Muchas cosas están nuevas... —Remedios está asombrada.

—No tengo tiempo. Mi marido y yo no tenemos tiempo. Hay que vaciar la casa hoy y tenemos que volver a la ciudad. Vendemos la casa, si les interesa...

El señor Grand mira a la mujer con curiosidad.

—¿Es usted la hija de Pepe Rigau? —le pregunta. —Sí, señor, la misma, Mercedes.

—Ya me lo pareció. Te recuerdo de niña... Yo conocí a tu padre.

—Pues llega usted tarde, falleció la semana pasada —dice con acritud la hija.

—Cuánto lo siento, la acompaño en el sentimiento —le dice el señor Grand con pena.

La hija deja la caja en el suelo y ni le mira. Es arisca, no parece que en su vida el cariño familiar haya tenido un papel muy importante.

—¿Y su madre? —insiste el señor Grand.

Sale de la casa un hombre con un cigarrillo colgando de un lado de la boca y con una bolsa de basura negra que arrastra hacia la calle. Tampoco les saluda y se vuelve a meter dentro.

—Hace años que murió. Mi padre vivía solo. Pero ahora la casa es mía y ya puedo venderla.

—¡Por Dios! —se le escapa a Remedios por la aspereza de la hija.

La miran incrédulos, hace solo una semana que perdió a su padre. Todos se sienten incómodos con su manera de hablar.

—Pues si no te importa yo me llevaré esta caja de juguetes. Están nuevos —dice Violeta para cambiar de tema y alejarse de sus propios pensamientos.

—¿Y para qué quiere usted juguetes, señora Lope? —pregunta Rufino.

—Se los daré a Cordelia y Giacomo, para su hijo. Seguro que les parece bien. Ellos no son remilgados, les gusta todo lo reciclado.

—Pero si es un bebé; estos son juguetes para niños.

Remedios tiene razón. Hace solo tres meses que la joven Cordelia dio a luz a un precioso niño de tres kilos seiscientos gramos. El parto fue un poco accidentado porque insistió en tenerlo en casa. Se puede decir que todos los vecinos del pequeño pueblo de Bolví, quien más quien menos, se pasaron por la casucha de la pareja para actuar de comadronas o para asegurarse de que todo seguía su curso natural. Fue algo nuevo que naciera un bebé en una casa del pequeño pueblo, en la cama de sus padres, y sin quirófanos de por medio.

—Giacomo tendrá tiempo de sobra para limpiarlos y arreglarlos si hace falta. —Mira de nuevo el bonito autobús inglés de dos pisos que sigue en su mano.

—Son juguetes que el viejo guardó, no quiero ninguno, no son míos —dice la hija de Pepe despectivamente, como si los juguetes le trajeran malos recuerdos.

Rufino echa un vistazo de nuevo a las cajas. Se rasca la cabeza; de repente, se le ocurre algo: lo que tiene delante no es un montón de cubículos de cartón desperdigados por una calle, sino que están delante de un potencial tesoro de gran valor. Él puede ser su descubridor. Si allí hay cosas buenas para el italiano y Cordelia también las habrá para ellos. Tanto él como su esposa empiezan a hurgar, la psicología hace el resto. Todos tenemos miedo a perder lo que a los demás les parece una buena oportunidad.

—Coged todo lo que queráis. Para mí es basura. Me ahorráis viajes al contenedor.

La hija les da la espalda y se mete en la casa con su chándal y su antipatía.

—¡Por Dios! —se le escapa de nuevo a Remedios al ver las maneras de la tal Mercedes.

—Aquí hay una caja con cubiertos y platos que están como nuevos, ¿qué te parecen, Remedios? —Rufino pone su cara de explorador. Remedios se acerca a él y remueve el contenido de la caja.

—Sí, esto para nosotros. Nos lo llevamos. Sigue buscando, Rufino, tú sigue buscando.

—¿Y cómo piensan llevar todo esto a Bolví? ¿En mi coche? —pregunta el señor Grand alarmado.

—Claro, ya verá como cabe todo —dice Violeta con su sonrisa de ardilla.

Todos siguen su escudriñamiento arqueológico. El señor Grand es incapaz de estar con los brazos cruzados y también abre una caja que tiene al lado. Fisgonea, pero sin mucho interés. Unos minutos más tarde sale de nuevo la hija de Pepe.

—¿Y tu hermano pequeño? —le pregunta el señor Grand.

La cara de la mujer se nubla y responde a la pregunta con rencor.

—Ese vive en Londres. Se fue con dieciocho años y ya no volvió. Hace tiempo que no le veo, ni ganas. Pero esto no tiene nada que ver. Esta casa me la han dejado a mí y el dinero que saque por ella es mío. Esta casa de los ingleses es solo mía.

Sale el marido con el cigarrillo colgando y una caja en los hombros.

—El cabrón de su hermano ya tiene una casa en Inglaterra. El cabrón de Pepe le ha dejado una casa en la jodida Londres. Nadie sabía que tuviera una casa allí, el muy cabrón.

—¡Por Dios! —Remedios no puede evitarlo.

La hija de Pepe y su marido se meten en la casa sin añadir nada más. Los de Bolví se miran unos a otros y después siguen con su búsqueda. El señor Grand no dice nada a los demás, pero se pregunta cómo es que Pepe tenía una casa en Inglaterra. Ve que los Blas ya han apartado tres cajas para llevarse.

—Rufino, para a tu mujer. Dejad de coger cosas. ¡No van a caber tantas cajas en el coche! Después mira hacia donde está Violeta. Ella ha encontrado una caja con papeles viejos y carpetas. Para ella el papel es un mar cálido de donde no quiere salir. Le gusta el olor, el tacto, el color. Entre tanto papel A4 descubre postales *vintage* con bonitas imágenes fotográficas y dibujos antiguos. «Están escritas, pero casi mejor» —piensa. Le encantará sentarse en su salón y leerlas, mirar vidas, aunque sea a pequeñas dosis, a trocitos. Coge toda la caja y la deja justo al lado de las tres de los Blas y la de los juguetes.

El señor Grand ya está disgustado por todo este espectáculo. Él les ha traído a Las Casas de los Ingleses para pasear y la visita se está convirtiendo

en un zoco. Toma cartas en el asunto y empieza a empujar a Remedios y a Rufino, que parecen haberse metamorfoseado en dos afanados exploradores de cine cómico en busca del tesoro del faraón. Al final lo consigue: todos abandonan las cajas y apartan a un lado las que quieren llevarse. Deciden pasar después con el coche a buscarlas y, a regañadientes, siguen la visita por la colonia industrial.

Los cuatro vecinos de Bolví ascienden hasta la parte más elevada del lugar, donde se construyó la casa más noble y diferenciada de todo el conjunto. En ella vivían los propietarios de la fábrica con su familia.

Está circundada de grandes jardines en pendiente que recuerdan a los magníficos *landscape gardens* ingleses. A la derecha de la mansión se alza hacia el cielo la iglesia de la comunidad de trabajadores y el señor Grand propone entrar a verla. Remedios y Rufino lo hacen con desgana, pues preferirían estar abajo con las cajas. El edificio es de estilo neogótico, esbelto y alto, austero y frío, con escasa decoración, helado. Dentro, el silencio es absoluto. Parece una iglesia encantada. Da miedo; en la mente de Violeta espíritus y fantasmas se mezclan. Todo lo neogótico le produce grima. De repente se asusta y deja de avanzar. Advierte que hay alguien en la iglesia.

—Señor Grand, mire.



*Querido Juan:*

*No tengo noticias tuyas desde febrero. Supongo que tu viaje a China lo complica todo... Lo nuestro siempre fue una relación sin compromisos, lo sé, no creas que he perdido el norte. Pero es mi corazón el que habla y reprocha tu ausencia.*

*La nieve se ha apoderado de la ciudad y de mí. Me siento exhausta, todo me sobrepasa, mi vida ya no existe por sí sola. Me vuelco en el trabajo para no pensar. En el *The Guardian* no nos faltan noticias. Thatcher acaba de privatizar otra compañía pública, ahora es *British Airways*, y en junio hay elecciones generales. Con unos compañeros de la redacción estamos organizando un comité que informe sobre la ferocidad de las políticas tories. La dirección del periódico no se opone porque ve nuestro esfuerzo ridículo.*

*Te necesito, deseo tu cuerpo, tocar tu piel, estar entre tus brazos. Ven a Londres. Hay algo que debo contarte.*

*Angelica*



*To:*

*Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

## Capítulo 2

En el banco más cercano al altar hay una dama.

Lleva un pañuelo de seda fucsia que le cubre el cabello. Va elegantemente vestida, con un traje de chaqueta ceñido y unos zapatos de tacón. Es mayor que la señora Lope, pero su aspecto es cuidado y tiene uno de esos rostros encerados que delatan cirugía y bisturí.

—¡Por todos los dioses del mundo! Es la señora Rebecca, la mujer de John Paisley, el propietario de la fábrica. Pero ¿qué estará haciendo aquí? No imaginaba que siguiera viviendo en este lugar...

Violeta ve la exaltación de su amigo y se interesa. El vecino de Bolví no pierde ni un segundo y se acerca a ella para hablarle.

—Señora Rebecca, soy Grand, no sé si se acordará de mí. Ya sé que es mucho suponer, yo era el joven que me encargaba del almacén de algodón. —La mujer le mira con aire interrogativo y con cierta desconfianza—. Trabajé años atrás en la fábrica, con su marido, hasta unos meses después de... —el señor Grand se aclara la voz— de que su marido muriera en el río. —Grand se da cuenta de que no ha empezado el saludo con muy buen pie.

—Te equivocas, *sweetheart*, mi marido no murió en el río. —La mujer se pasa la mano por los labios de manera enigmática.

El señor Grand mira a Rebecca Paisley confuso y toma asiento en el mismo banco donde está sentada la mujer. Han pasado más de veinte años desde la última vez que la vio, pero sigue siendo bella, inalterable como una muñeca de porcelana. Su manera de gesticular y de hablar es fascinadora.

—Discúlpeme, no quería incomodarla recordándole el accidente...

—No te preocupes, *sweetheart*, ya estoy acostumbrada. Todos piensan que murió... pero mi marido no falleció —dice ella calmadamente con una sonrisa magnánima y seductora.

El señor Grand está desconcertado, no sabe qué decir.

Los Blas están exasperados, Grand ha encontrado otra persona con la que charlar mientras ellos deben esperar aburridos. Están hartos de tantos conocidos y tanto parloteo y deciden escabullirse sigilosamente. Desde lejos le hacen señas con la mano a Violeta comunicándole que estarán en la calle Paisley, entre cajas.

Ella les comprende y sonríe. En la iglesia hace frío, hay humedad, no es un buen sitio para quedarse. Se ha traído una rebeca de color azul y se la pone sobre la discreta blusa estampada. Delgada y alta de toda la vida, Violeta siente el frío enseguida. Se acerca a Grand, que sigue hablando con esa señora. Entra una luz dorada por el gran ventanal de punta almendrada del ala oeste. La señora Lope da unos pasos hacia donde están los rayos de sol para que caigan directamente sobre su cuerpo. Nota el calor templado de la luz, le gusta, pero desde aquí no puede oír la conversación que tienen el vecino de Bolví y esa misteriosa mujer. No puede perdersela.

—Bueno, le buscaron durante días en el río. Salió en todos los periódicos. Cuando me fui de la fábrica recuerdo que todavía leí en uno de ellos que celebraron su funeral... pero, bueno, es posible que me falle la memoria.

—No, tu memoria está muy bien, *sweetheart*. La familia celebramos el funeral y todos dijeron que se ahogó —dice Rebecca sin desconsuelo y con calma—. Pero nunca encontraron su cadáver. La familia lo arregló todo, ¿entiendes...? —Cautiva con su tono de voz. A pesar de su edad, Rebecca es una hechicera. Vuelve a pasarse la mano por los labios.

—No lo sé con exactitud, yo ya no estaba aquí. Recuerdo que leí que encontraron restos, la ropa, zapatos...

—Sigue vivo y volverá. Por eso estoy aquí, *sweetheart*. Le espero: aquí es donde desapareció y aquí es donde volverá —dice ella con seguridad y con un marcado acento inglés.

Violeta la mira. Es casi romántico, si no fuera por la falta de candor de la protagonista y por las arrugas que recorren su cuello y la lanzan a otra dimensión menos inocente. Es una diva, una mujer que interpreta su propia vida, no hay nada de romántico en ella. Es una persona que perdió la inocencia hace muchos años. Rebecca Paisley lleva un traje de temporada de DKNY, una marca que Violeta suele ver anunciada en las revistas de moda que tiene en el hotel a disposición de sus clientes. «Debe de ser carísimo» —piensa. Se fija

en que va enjorada, manos, muñeca, brazos, orejas y cuello. Un conjunto valioso y muy contemporáneo. Todo su cuerpo es un escaparate. Quiere parecer una mujer de su tiempo y por eso se compra ropa y accesorios de moda. «Es una lucha contra el tiempo que tiene perdida. Cuánto derroche».

A pesar de su indumentaria, Rebecca Paisley vive separada de la realidad. Es un anacronismo. «Es fascinante cómo nos escondemos de nosotros mismos» —piensa Violeta—. Y ese esperar lo casi imposible, esa fidelidad ciega a su esposo que la obliga a vivir desencajada. Un poco como la fiel Penélope esperando a Ulises, escondida en su papel de esposa tejedora. ¿Quién espera a un marido desaparecido durante veinte años? Ya no hay mujeres así. Incluso Penélope dudó y tuvo sus momentos bajos».

—¿Y vive usted aquí en la colonia, señora Rebecca?

—Sí, *sweetheart*. —Goza viendo la cara de sorpresa del señor Grand—. La familia lo vendió todo, pero yo me quedé con la casa que ocupábamos cuando la fábrica todavía funcionaba.

Es la vivienda con los jardines que han visto antes de entrar en la iglesia. Violeta queda admirada por el poder de persuasión que tiene ella. Su cara, sus facciones pequeñas, su sonrisa esbozada. «El marido de esta dama seguro que no ha muerto. Saldremos de esta iglesia creyendo en milagros». —No pongas esta cara, *sweetheart* —dice Rebecca Paisley al señor Grand. Ella tutea a todo el mundo, pero eso no la hace más asequible ni borra la distancia entre ella y los demás mortales—. John y yo necesitamos un lugar donde vivir, lejos de las tentaciones... Este es un buen lugar. —Se encoge de hombros y sonríe. Se saca el pañuelo que lleva en la cabeza y deja al descubierto una melena castaña recogida y bien cuidada que disfraza los años a la perfección. Nota y se recrea con el atisbo de admiración que expresan los ojos del extrabajador de su marido.

—Él sabe muy bien que yo le perdono todas sus debilidades. —Vuelve a pasarse los dedos por los labios. Es un gesto inconsciente y repetitivo.

«¿De qué estará hablando? Supongo que de lo que imaginamos todos. De líos de faldas». La señora Lope se lo preguntará más tarde al señor Grand. «Quizá su marido era un mujeriego. O tal vez solo se refiere a su ausencia, tantos años sin aparecer». El señor Grand se levanta, no parece que la

conversación vaya a ninguna parte y está alterado por las respuestas de la señora Paisley. Le da la sensación de que la mujer ha perdido la cabeza.

—Bueno, debo irme. Saludos a la familia... a sus hijos.

—*Sweetheart*, mi marido y yo nunca tuvimos hijos —dice ella escuetamente y aguantando su sonrisa magnífica y falsa—. Pero como ya te he dicho, yo le perdono todo.

El señor Grand le acerca la mano para saludarla con un estrechón de manos y ella pausadamente hace lo mismo. Vuelve a esbozar una sonrisa que parece la de una figura de cera. La señora Lope se estremece. «Será la invariable humedad de todo lo gótico».

*Querido Juan:*

*Ha nacido nuestro hijo. Todo ha ido fenomenal. Es un chico sano y precioso. Siempre duerme y me lo llevo muchas veces a la redacción del periódico conmigo. He contactado con una agencia de aupairs y esta tarde se pasará por casa una chica que cuidará de él mientras yo estoy trabajando.*

*He leído sobre el premio que le han dado a tu empresa. Felicidades. Aunque imagino que esto complica nuestros planes... Escápate lo antes posible y ven a conocer al pequeño Callahan. Un fin de semana, arréglatelas como puedas. Te quiero, estoy abrumada por los cambios, te necesito, amor.*

*Angelica*

*El nombre no es discutible, mi padre se llamaba así y le debo mucho.*



*To:*

*Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

# Capítulo 3

El sillón de lectura de la señora Lope es verde, con un tapizado modernista y un acabado *art nouveau*. Suele ponerlo de cara a la ventana y así cuando está sentada en él nadie la ve y no la molestan. En un mundo perfecto esto sería siempre así, pero como es propietaria de un hotel y siempre hay acontecimientos inesperados, la paz absoluta no existe. Además, todo el mundo sabe dónde se refugia la jefa. Si hay algo que solucionar, van a buscarla a su sillón de lectura.

El hotel no es muy grande, pero casi todas las habitaciones son *suites* y sus huéspedes requieren un cuidado especial. En esta época del año, cuando el verano queda atrás y su luz se pierde entre las nubes otoñales, hay más tranquilidad. El palacete modernista donde está situado adquiere una pátina más señorial y todos los detalles decorativos realizados con tejas de cerámica artesanales relucen con elegancia. El esbelto palacete se transforma en una bella caja de marquetería que guarda en su interior valiosos objetos que la dueña ha ido adquiriendo a lo largo de su vida. Aquí nada es banal, todo tiene su historia.

Se oyen voces en la entrada. Es Cordelia, la joven mamá de Bolví, hablando con Pablo, el recepcionista. Seguro que al chico no le interesan para nada las historias de bebés, pero ella habla por los codos sobre el recién nacido. Solo se oye su voz, la de Pablo no. «Le dije que sería una buena idea comprar un diario y escribir, escribir todo lo que hace el bebé y sobre su propia vida, tan desbordante en estos momentos... Pero todavía no lo habrá hecho. Le compraré yo el cuaderno». Cordelia es una joven dulce e insensata, por eso Violeta la quiere tanto y es como una hija para ella. Se pasa por el hotel cuatro días por semana y se ocupa del papeleo. No es la mejor contable del mundo, pero la señora Lope confía en ella y sabe que siempre está a su lado para lo que sea.

La joven hace dos años que se casó con Giacomo, al que todos llaman el italiano porque lo es. En el pueblo se hicieron apuestas, nadie les daba más de un año, pero la pareja es la mar de feliz. Viven en su casucha, un pequeño refugio excavado en la montaña que van arreglando poco a poco. Han conseguido que sea un lugar para vivir muy especial. A la señora Lope le encanta ir a visitarles. Muchas veces coge unas raciones de comida preparadas en el hotel y se pasa por la casucha para comer con ellos.

Podrían vivir con más holgura porque cuando Violeta volvió de su viaje a Praga les trajo un regalo muy especial, de los que cambia la vida: un pequeño diamante azul que podría permitirles algún que otro lujo. Pero ellos no necesitan pompa ni ostentación y tienen el diamante en la repisa de la chimenea como si fuera un simple guijarro recogido en uno de sus paseos por la montaña. Lo guardan para su hijo.

Así es que ellos siempre van justos de dinero. Ahora tienen goteras, cada vez más, y deben cambiar parte del tejado de pizarra de la vivienda. Aunque los jóvenes padres se lo toman con calma; Giacomo dice que lo tiene todo bajo control y a Cordelia eso le basta.

Lo que sí les ha trastornado de verdad es el bebé. Aunque ellos se empeñan en decir que todo sigue igual. Los lloriqueos, el desorden, los pañales, los biberones, la ropa, la falta de espacio y un largo etcétera hacen de la casucha otro ecosistema al que hay que adaptarse poco a poco. El pequeño tiene ahora tres meses y sigue durmiendo en un cajón sacado del armario del dormitorio. La criatura es tan diminuta que por ahora cabe bien. «Más adelante vediamo», dice el padre con sabiduría.

—Señora Lope, buenas tardes —saluda Cordelia. A pesar de todo lo vivido juntas, a la joven le es imposible tutear a Violeta.

—Ven aquí, bonita. —La dama de los Pirineos se levanta, la abraza y se dan un beso—. ¿Cómo está el pequeño?

—Con su padre en la casucha. —Cordelia se deja caer en un sofá cercano al sillón de lectura y suspira teatralmente como si estuviera muy cansada.

La señora Lope se sienta en otra poltrona más cercana al gran sofá. Mira a Cordelia con satisfacción, es feliz de que la joven haya encontrado su sitio en el mundo.



—El bebé está bien, pero yo estoy agotada. Lo sé, no me puedo quejar, es un angelito y Giacomo me ayuda mucho. El único problema es que se pasa más horas con el pequeño que arreglando la casucha. El cajón se le va a quedar pequeño y hay que buscarle un lugar donde dormir.

—Seguro que Giacomo encontrará una solución a esto y a las goteras.

Cordelia no lo menciona, pero todo el pueblo conoce el estado de la casucha que alquilaron los jóvenes dos años atrás.

—Ya. Y la verdad es que no me importa mucho, ¿sabe?, porque no puede imaginarse lo bonito que es escucharle cantar canciones de cuna en italiano. Me enamoro de él de nuevo cada vez que le oigo cantar. ¡Ay, señora Lope, es tan delicioso! —Abre los brazos expresivamente. Lleva un vestido ajipiado con unas botas altas de ante viejas y un par de collares largos con piedrecillas que le habrá hecho su italiano.

—Tengo algo para ti. —Violeta se levanta. Señala las dos cajas de cartón que reposan bajo la inexorable mirada de las dos esfinges de mármol que decoran la chimenea del salón.

—Ven y mira si te gustan estos juguetes. El otro día fuimos de paseo por una colonia industrial cercana al río a la que llaman Las Casas de los Ingleses. Parece ser que el señor Grand había trabajado allí hace muchos años y conocía a gente.

—El caballero Grand... así que en una fábrica. Es tan reservado con su vida. Sería de muy joven, porque yo me lo imagino en lugares más exóticos.

—Bueno, déjame terminar. En una de las casas hacían mudanza y mira qué te he traído. Son juguetes antiguos, fíjate, algunos son de latón y están en muy buen estado. ¿Qué te parece?

A Cordelia se le iluminan los ojos. Se arrodilla al lado de la caja y empieza a buscar.

—¡Hay muchos!

Saca el autobús de dos plantas que ya había visto la señora Lope y lo deja en el suelo. Sigue buscando y encuentra unos soldados de madera muy graciosos con elegantes casacas rojas y altos sombreros negros. Continúa la búsqueda y coge una almohadilla infantil grande y mullida que reproduce la forma de la torre del Big Ben de Londres. Las dos mujeres se ríen.

—Es todo precioso. A Giacomo también le encantará.

—Imaginé que os gustaría. Ya sé que el niño es pequeño...

—¿Para el bebé? Pensé que nos lo había traído para nosotros...

La señora Lope no sabe qué decir.

—Claro que es para vosotros, mujer. Haced lo que queráis con los juguetes.

—No, no, no. No puedo llevármelo. —Cordelia se alarma y se lleva la mano a la boca—. ¡Si le enseño esto a Giacomo, la cama del bebé todavía se retrasará más! —Escóndalo, señora Lope, por favor, guárdelo un poco más y me lo da dentro de un mes.

—No te preocupes. Así lo haremos.

—¿Y esta otra caja? —Cordelia fisga entre los papeles que sobresalen del otro cajón de cartón.

—Iban a tirarlo. Vi algunas postales antiguas y quería verlas... Ya sabes cómo soy, la curiosidad puede conmigo. Anda, trae la caja al sofá y la miramos juntas.

—Pero ¿y el trabajo?

—Esperará.

Cordelia sonríe y se sientan las dos con la caja en medio. Sacan documentos sin importancia, facturas de electrodomésticos, billetes de avión antiguos y bajo estos papeles aparecen las postales. No hay muchas, pero todas son encantadoras. Por los matasellos tienen unos treinta años, algunas quizá son más antiguas, pero todas son escogidas y bellas.

—Qué pena, están escritas en inglés. —Cordelia sabe algo de inglés, pero le aburre tener que traducir—.

Las firma una chica, Angelica.

Mira el reverso de la postal. En el primer plano hay una cabina de teléfono roja de las que solía haber en Inglaterra y en el segundo plano la torre del Big Ben con su gran reloj dando las siete y cuarto. La postal tiene ese toque *vintage* que ya cuenta una historia por sí misma.

—Mira, aquí hay otra. —La señora Lope saca una postal con los bordes dentados donde se ve a un joven y guapo músico callejero con un corte de pelo punk tocando la guitarra. Tiene un sombrero delante con algunas monedas y parece estar en un mercado popular—. Es de la misma mujer, está firmada por Angelica.

—Esto tiene que ser de los ochenta. Quizá esta mujer era una estudiante en Londres.

—No creo, esta postal habla de un bebé acabado de nacer, pequeño como el tuyo. Le llama Callahan. —Violeta mira a Cordelia con sus ojos de ardilla y le lanza una pregunta—. Ahora que viene a cuento, y vosotros ¿qué nombre le vais a poner al niño?

Cordelia empieza a hablar sin quitar la mirada de la postal que le da la señora Lope. Intenta leer en inglés lo del bebé.

—Pues no hay nada decidido. En el registro le pusimos Cim, pero seguro que este no será su nombre. Le llamaremos de otra manera. A Giacomo le van los nombres mitológicos: Telémaco, Aris, Zeus. ¡Imagínese! Yo soy más de Ricardo, Fernando o Carlos. En este tema no nos ponemos de acuerdo y por eso lo posponemos. Por ahora, al pequeño le llamamos Cim.

—Estaré chapada a la antigua, pero me parece una barbaridad que todavía no tengáis un nombre. Sois vosotros los padres y los responsables de darle un nombre. Nadie más.

—Bueno, bueno, señora Lope, no se ponga así. ¿Tiene usted alguna sugerencia?

La señora Lope se sorprende que le pregunte. Reflexiona. «La verdad es que no es tan fácil poner nombre a un bebé, un ser que no sabes cómo va a ser de mayor...».

—Es que así, tan de sopetón, no se me ocurre nada. Lo pensaré y ya te lo diré. Tal vez...

*Querido Juan:*

*He visitado a mi familia este verano en Cornwall. Hemos celebrado el cumpleaños de Callaban allí. Pienso en ti siempre. Estos tres primeros años de su vida han pasado de una manera tan fugaz que me da miedo. Temo por ti, por nosotros, Juan, debes tomar una decisión, sé que quieres hacerlo y sé que eres infeliz porque no te atreves. Desearía poderte dar toda la fuerza que tengo yo. La vida se te escapa de las manos cuando no la diriges tú sino los demás. La libertad personal es el mayor triunfo que existe en este mundo.*

*Ven a vernos y aventúrate a hacer planes, sé honesto contigo mismo, encontraremos la manera de estar juntos.*

*Te quiero y te espero.*

*Angelica*



*To:*

*Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

# Capítulo 4

Las postales son mejor que unos mensajes en el móvil porque todavía tienen algo de vida literaria, están unos pasos más allá de la realidad, más allá de lo puramente práctico. Son fugaces, caóticas, pero se pegan a la memoria como lapas.

Las postales que tiene delante la señora Lope evocan otra época y las breves notas en el reverso de cada una de ellas están cargadas de información vital que la trasladan a finales de los ochenta. En esos años hubo cambios políticos importantes, no solo en Inglaterra. Ella debía de tener la misma edad que la mujer inglesa que escribió estas postales. Pero sus vidas, parece ser, fueron muy distintas. Angelica era periodista en algún diario inglés y vivía de cerca la actualidad, mientras que ella trabajaba noche y día sin descanso en su primera casa de huéspedes y la vida parecía pasarle de lejos. Todo sucedía en otros lugares del mundo que enseñaban huidizamente por la televisión.

—No sabemos dónde vive —Violeta siente una creciente curiosidad por esta mujer—. Esta es otra de las particularidades de las postales: no hay remitente.

Le gustaría saber qué hace ahora y preguntarle simplemente por su mirada al mundo, por su camino.

—Posiblemente siga viva. No tiene que ser tan mayor. —Cordelia intenta ponerle una edad mientras saca de la caja más papeles viejos.

La gran puerta que va del salón a la recepción del hotel se abre de repente. Cordelia se asusta, da un grito breve y agudo y lanza al aire los papeles de manera instintiva. La señora Lope mira la lluvia de papeles y después la cara de la joven en busca de algo de cordura.

—Buenos días, no quiero molestar ni asustar a nadie. Pablo me ha dicho que pasara directamente.

—Pero, criatura, ¿qué haces? Es el señor Grand. Estás muy sensible, mujer.

—Buenos días, señor Grand. Qué sorpresa. —Cordelia le sonrío—. Lo siento, soy una tonta. La puerta al abrirse... me ha entrado un escalofrío. No sé por qué.

—No esperaba verle hasta mañana para la tertulia —le saluda la señora Lope.

—Pasaba por aquí... —El señor Grand lleva el periódico bajo el brazo.

—Estamos husmeando en el pasado de una mujer —dice Cordelia recuperando su jovialidad habitual.

—¡Ah! Las cajas. Ya veo. —El vecino duda de que allí dentro haya algo que valga la pena. Sonríe y se acerca al sofá donde están sentadas las dos mujeres. Echa un vistazo a las cajas, pero sin deseos de tocar nada.

—Hemos encontrado una serie de postales. ¿Por casualidad no conocerá usted a una tal Angelica? —La señora Lope extiende el brazo y le da una de las postales para que la vea.

—¿Es alguien de la fábrica? —pregunta él.

—No lo creo. Más bien conocía a alguien de allí. Pero no era su amigo Pepe Rigau, porque las postales van dirigidas a un tal Juan.

—Qué extraño... —El señor Grand se fija en el destinatario de las postales—. Porque la dirección es la de Pepe.—Quizá eran para el hijo de Pepe. ¿Sabe cómo se llama? —Violeta hace memoria de su visita a Las Casas de los Ingleses.

—Imposible. En esa época el hijo de Pepe tenía pocos años, es imposible que sea este tal Juan. —El capitán Grand se fija en el matasellos y la fecha.

—Y están escritas en inglés... Es insólito. Pepe no sabía inglés, no era un hombre de mundo, dedicó su vida a la central eléctrica de la fábrica. Trabajaba solo, siempre estaba en el río, en la caseta de los generadores.

De repente suena el teléfono móvil del señor Grand. Se sobresalta como quien no espera nunca una llamada. Saca el aparato del bolsillo de su chaqueta, mira el número y contesta rápidamente.

—¡Hola, Marga! Qué sorpresa. ¿Todo va bien? —Se hace un silencio y él escucha atentamente—. ¿Cómo? Pero ¿cómo...? —pregunta con desesperación sin terminar sus pensamientos. Se remueve dentro de su indumentaria, siempre clásica. No lleva nunca corbata, pero tiene un porte tan distinguido que cualquier pulóver de rombos o camisa de cuadros hacen de él todo un señor.

—Podrías haberme avisado con un poco de tiempo. No sé, es que estoy tan acostumbrado a vivir solo. ¿Y él qué opina? Supongo que tendrá algo que decir al respecto. Es posible que él no quiera.

Violeta y Cordelia escuchan en silencio. Saben que Marga es su hija, aunque aquí acaba toda la información. Hace años que Grand vive en Bolví, pero la hija nunca ha ido al pueblo a visitarle. Él, en cambio, dos veces al año baja a la ciudad a verla y se queda unos días allí. Cuando vuelve nunca comenta nada. Ni Remedios Blas ni la señora Rafilette, las vecinas más cotillas de Bolví, consiguen sacarle prenda. Todos le tienen por un buen padre y, como buen padre, sabe que si no se tiene nada bueno que decir de un hijo es mejor cerrar la boca.

Él se aleja unos pasos hacia una de las ventanas mientras escucha las explicaciones de su hija. Tiene una mirada circunspecta. Se pasa la mano por la barbilla con preocupación. Las dos mujeres sentadas en el sofá temen que sean malas noticias. Les produce tristeza verle tan turbado.

—Claro, claro. Qué remedio. Si no hay otra solución... Espero que todo te salga bien. ¿Y cuánto dices que durará el taller?

Otra vez silencio y el señor Grand escucha las explicaciones de su hija.

—¿Y tú crees que esto te ayudará, hija? Bueno, pues si es así no hay más que hablar. ¿Cuándo empiezas? ¡El lunes! ¡Pero esto es dentro de tres días! Ya..., así que sale más económico, no lo han llenado... ya. No, no, Marga, yo no insinúo nada. Puedes dejarme al chico. ¿Cuántos días serán? Ya. ¿Y la escuela? —El señor Grand se tapa la boca con la mano al oír las explicaciones de su hija—. Ya imagino que a él le da igual, pero tú eres su madre. ¿No crees que son muchos días sin escuela?

Cordelia y Violeta empiezan a comprender. Parece ser que el señor Grand va a recibir la visita de su nieto. Para ellas no es nada grave y se alegran. Pueden volver a sus cajas y las postales mientras los Grand terminan su plática inalámbrica. Violeta toca otra postal con la mano y mira hacia la caja para sacarla. Quita unos papeles que salen a la vez que la postal. Ya está fuera y puede verla bien, observa rápidamente la imagen y después le da la vuelta.

—¡Esta está en español, fíjate! —dice en voz baja pero expresivamente mientras se la pasa a Cordelia y se afana en encontrar alguna más.

El señor Grand cuelga el teléfono y lo guarda en el bolsillo. Se acerca a ellas de nuevo.

—Parece ser que voy a tener visita: mi nieto.

—Menuda cosa, parecía usted tan alarmado —le dice Cordelia con optimismo—. Esto es una buena noticia, señor Grand.

—No sé yo, es un niño de diez años. ¿Qué voy a hacer yo con un niño?

—Pues lo mismo que yo con el mío: darle de comer y una cama donde dormir —dice Cordelia con alegría. Aunque de nuevo le viene a la memoria el cajón del armario donde duerme su hijo en estos momentos—. Sobre todas las cosas, que Giacomo no vea esta caja de juguetes, señora Lope.

—Tranquilízate, mujer. Otra vez con este tema. La guardaré aquí en el hotel.

Violeta mira al señor Grand; ya no parece tan intranquilo y ella vuelca de nuevo su atención en las postales. Ahora también él parece interesarse, quizá para olvidar la llamada telefónica, o quizá porque recuerda que el nombre del destinatario y la dirección de las postales son las de su amigo Pepe Rigau y no le cuadra que recibiera postales en inglés.

El señor Grand coge algunas de ellas. Comprueba que todas tienen imágenes de la ciudad de Londres y que todos los matasellos son ingleses y con la típica efigie de la reina de Inglaterra en los sellos. El vecino de Bolví recuerda que Mercedes, la hija de Pepe, dijo algo sobre una casa en Inglaterra.

—¿Y todas las postales tienen imágenes de Londres?

—Sí. Y todas están escritas por una mujer inglesa que se llama Angelica —confirma la señora Lope.

—No, todas no. Esta que me ha dado y que está escrita en español no es de Angelica. Miren.

Cordelia extiende el brazo y la primera en coger la postal de nuevo es Violeta, que comprueba, efectivamente, que no está firmada por Angelica, sino por un tal Juan. Se la pasa al señor Grand, que quiere verla.

Él mira primero la imagen de la postal y advierte que no es una fotografía turística de Londres, sino un dibujo publicitario antiguo. Emula a la famosa escena del libro de Swift, *Los viajes de Gulliver*; cuando los diminutos habitantes de Lilliput le atan al suelo y recorren su cuerpo con hilos para que no pueda escapar. A un lado de la ilustración hay un cartel que dice: «Paisley,



el hilo de algodón más resistente del mercado».—¡Es una vieja postal publicitaria de la empresa! De los hilos que hacíamos. Paisley, este es el nombre de los propietarios de la fábrica que fuimos a visitar el otro día. —El señor Grand les enseña la imagen.

—Es graciosa. —Cordelia mira el gigante atado al suelo con cientos de hilos y los ocupados liliputienses por todas partes, afanados en colocar más estacas.

El señor Grand le da la vuelta y lee para él las notas escritas.

—¡Por todos los dioses de este mundo! —Mira a las dos mujeres sobresaltado y se deja caer en el sillón que tiene más cerca—. No puedo creerlo. ¡Esto es imposible! ¡Esta es la letra de John Paisley! El propietario de la fábrica, el que murió en el río. ¡Esta postal la ha escrito un hombre muerto!

*Apreciado Pepe:*

*Te escribo estas líneas para hacerte saber que, después de un arduo viaje, he llegado a la capital.*

*Mi ángel te manda muchos recuerdos. Estamos en deuda contigo, no sé cómo voy a ser capaz de pagar lo que has hecho por mí.*

*He leído los periódicos y parece que todo sigue su curso. Estamos en un piso que tengo en Southwark, pero es algo temporal. Cuando me mude a una casa propia y disponga de una dirección fija te lo haré saber. Empieza mi vida de verdad y es gracias a ti.*

*Tu amigo fiel.*

*Juan*



# Capítulo 5

El señor Grand no pudo quedarse, tenía que bajar a la ciudad a buscar a su nieto, pero estaba eufórico con su descubrimiento, porque esa postal demostraba que John Paisley no murió en el río. Esa tarjeta cambiaba la historia, era una prueba de que el propietario de la fábrica podía seguir vivo. ¿Tendría razón su mujer, la señora que encontraron en la iglesia de la colonia industrial?

La letra es la de John Paisley. Cualquier grafólogo lo podría corroborar. Durante los años en que el señor Grand trabajó allí, pasaron por sus manos muchas notas manuscritas del señor Paisley. Le informaba de pedidos y le daba incontables indicaciones sobre el control de calidad a la llegada del algodón con el que hacían el hilo. El joven Grand se ocupaba de los almacenes de materia prima, donde llegaban las grandes estibas de la suave y blanca fibra vegetal. Venían de lugares lejanos de América que el joven almacenista solo había leído en las novelas de aventuras de la época. Por eso siempre le sonaban a exótico y peligroso.

John Paisley era un hombre entregado a su trabajo, quería saber todos los detalles del día a día. El señor Grand le recuerda caminando entre las máquinas cardadoras y saludando con la cabeza a las mujeres que trabajaban en la gran sala repleta de máquinas de hilados, observaba su trabajo y anotaba en su bloc de notas ideas y nuevas indicaciones. Era apuesto pero sencillo y repleto de simpatía. Cada mañana se pasaba por los almacenes donde se ocupaba personalmente de las recepciones de algodón. Quería estar siempre presente, era un hombre cuya vida giraba en torno a la fábrica. Después, a primera hora de la tarde, solía pasar por las oficinas, y allí despachaba con los contables y secretarios. Y terminaba la jornada en la central eléctrica, junto al río. Todos los de la fábrica sabían que John Paisley iba a pescar, una de sus pasiones. Y fue allí, en el gran río, donde todos supusieron que perdió la vida.

Sin embargo, las cosas nunca son lo que parecen. Después de treinta años, Grand tiene en sus manos una modesta postal perdida en el tiempo que demuestra que no murió ahogado. El matasellos es de fecha posterior a su muerte. Y no hay duda de que la postal está escrita por el señor Paisley, pues también el nombre coincide: John es Juan en inglés. Y la postal va dirigida a Pepe, que sin duda era el Pepe que él conoció y que se encargaba de la central eléctrica. Pero ¿qué pudo haber hecho él por Paisley? ¿Por qué John Paisley le da las gracias tan amistosamente y usando el nombre de Juan?

El señor Grand piensa en la postal. Su memoria fotográfica le permite verla como si la tuviera delante. La ha dejado en la repisa de la chimenea del salón en el hotel de la señora Lope. Mientras retiene cada detalle de ese trozo de cartulina, su cuerpo traquetea en un tren que desciende hacia la gran ciudad. Imagina la posibilidad de que Pepe y John Paisley llegasen a hacerse amigos. Pepe se pasó la vida en el río, en la central. Es posible que empezaran hablando de pesca y del río y que poco a poco entablaran conversación, se contaran sus cuitas y con los años terminaran compartiendo secretos.

Pepe Rigau era un hombre solitario, de pocas palabras. Así lo recuerda el señor Grand. Era de fiar y muy discreto, todo el mundo le respetaba. Su trabajo le hacía estar de día y de noche cerca del río, sobre todo, cuando había mal tiempo. La central eléctrica era un lugar peligroso cuando había tormenta y Pepe era un hombre valiente que conocía bien su trabajo. Acaso la amistad entre ellos empezó como una admiración mutua y con el tiempo John Paisley comprendió que podía confiar en ese hombre para lo que fuera; se convirtió en su confidente. Si fue así, Pepe se llevó a la tumba todos sus secretos.

«Pero esa postal... las fechas... un hombre muerto no escribe a un amigo...». Si John Paisley no murió en un accidente en el río, podría seguir vivo en alguna parte. La idea de que pudiera ser así le dio miedo. Tendría ahora unos sesenta y cinco años. Pero ¿por qué toda aquella mentira? ¿Por qué toda la farsa?

En el tren tiene tiempo de reflexionar sobre ello, pero le es difícil. Cada vez que piensa en John Paisley no ve más que el fantasma de un jefe responsable y obcecado en el trabajo. No puede imaginar al hombre. Grand se aleja de las verdes y escarpadas montañas pirenaicas y se acerca desvelado a

los abatidos suburbios urbanos de la gran ciudad adonde debe ir para encontrarse con su hija y su nieto.

Han quedado en el pequeño apartamento donde viven, en un bloque de pisos deshumanizado de las afueras. Marga es madre soltera. En su juventud viajó mucho y de uno de sus éxodos volvió embarazada. El señor Grand ya ha dejado de hacerle preguntas. Al principio insistió en saber quién era el padre, y le suplicó a ella que fuera al pueblo pirenaico a vivir. Pero Marga siempre se negó. Nunca han tenido una relación filial normalizada. De niña, cuando ella necesitó la figura paterna, él estaba ausente, porque Grand dejó la fábrica de los Paisley para hacer carrera militar. Por eso en Bolví los vecinos le llaman con frecuencia capitán Grand, aunque nadie sepa con exactitud qué hizo durante los años que pasó lejos de su familia en el ejército; se rumorea que tiene una medalla al valor oculta en su casa. Cuando en alguna tertulia le han preguntado sobre ella, él le quita importancia y cambia de tema.

Durante muchos años Marga creció sin un padre y con una madre que por aquel entonces ya pensaba en abandonar la relación y se afanaba en encontrar algo que le conviniera más. Recuerdos... A veces duelen demasiado. Grand sube las escaleras del bloque de pisos donde vive su hija, hasta un sexto de altura. El ascensor no funciona. Llega exhausto. Antes de llamar a la puerta se recompone; saca su pañuelo de algodón del bolsillo y se lo pasa por la frente. Le gustaría quitarse el pulóver que lleva y quedarse en camisa, pero espera. Antes de que tenga tiempo de llamar se oyen unos pasos y alguien abre la puerta del apartamento.

—¡Yayo! —Un niño rubio y de ojos claros con una gran sonrisa en la cara que se le echa encima de un abrazo—. ¡Mamá! ¡Ya ha llegado el abuelo!

El señor Grand también se alegra de ver al chico. A veces los cambios imprevistos, las decisiones de última hora, son pequeñas cosas que nos hacen salir de nuestra rutina convirtiendo nuestra vida en algo más especial y emocionante. Estamos perdidos si no somos capaces de escapar de la rutina. Hay que escapar, hay que dejarse llevar, porque si no lo hacemos nos marchitamos.

—¡Vaya, qué abrazo más fuerte! Ya has vuelto a crecer desde la última vez que te vi. ¡Si sigues así, pronto serás más alto que yo!

—Abuelo, esto será muy pronto. Tú eres alto, pero yo lo seré más todavía.

El señor Grand le mira. El chico es delgado y majo. El abuelo está convencido de que el padre del niño debe ser escandinavo. Recuerda un viaje que su hija hizo a los fiordos noruegos... Pero, bueno, Marga ha viajado mucho.

—Tengo la bolsa preparada, mírala. Y he cogido la tableta. Lo tengo todo. Vámonos.

—Espera, Ian. Voy a saludar a tu madre.

—Yo te espero aquí, abuelo. —El chico se sienta encima de su bolsa de viaje.

El señor Grand avanza hasta la pequeña cocina del pequeño piso alquilado y saluda a su hija con un beso en la mejilla.

—Papá, ya sé lo que me vas a decir, que es precipitado, que no debería hacer las cosas así...

—No, hija. Esto ya te lo dije por teléfono. No te lo voy a repetir. Si tú crees que es bueno para ti hacer este curso...

Marga tiene un trabajo de estos que se tienen en las grandes ciudades, un trabajo donde no te ensucias pero cobras lo justo para llegar a fin de mes y pagar todas las facturas y gastos de una vida moderna. Nada más y nada menos. No es una mujer feliz, pero lo parece porque vive en su burbuja urbana. Sale de vez en cuando con amigos, lee periódicos que hablan de gente como ella y disfruta de una oferta de ocio que la hace sentir que pertenece a un grupo. Esto es el cóctel urbano, una poción mágica que te impide pensar, pero que te ahorra muchísimo dinero en pastillas y psiquiatras.

—¿Quieres que te prepare un café? —No, gracias. No quiero desvelarme. Hay un tren de vuelta en una hora y quiero descansar en el viaje, son varias horas y llegaremos al pueblo entrada la noche.

—Papá, ¿quieres que te dé dinero para la comida del chico y el tren?

—No, hija, déjalo. Nos las arreglaremos. —El capitán Grand sabe que su hija no ahorra y nunca tiene dinero. Él dispone de una pensión modesta, pero allí, en el pueblo, en lugar de ir a pizzerías y restaurantes, cocina en casa y donde come uno, comen dos.

—¿Y cuándo te vas? —pregunta el padre.

—Mañana por la mañana muy temprano. En autobús.

—¿Sabes cuantos días estarás fuera, Marga?

—No. Porque una vez allí, me gustaría aprovechar y quedarme unos días más. —Marga mira a su padre a los ojos con cortedad. Es como una niña que confiesa algo malo.

—Pero no serán más de dos semanas, ¿verdad?

—No, claro que no. Más de dos semanas imposible.

—¿Y qué les has dicho en la escuela de Ian? —pregunta el señor Grand.

Se hace un silencio y la hija se muerde los labios.

—¡Marga! —Grand podía ser un hombre temible, pero siempre prefería ser amable.

—Es que ha sido todo tan rápido. Pero no te preocupes, hablaré por teléfono con el director la semana próxima. Me encargaré de decirles que Ian estará un par de semanas sin ir a la escuela. Tampoco es tan terrible, papá, ya le ayudaré después a ponerse al día.

—Lo que tú digas. —El señor Grand no quiere que su hija se sienta culpable de ser como es, la respeta y la quiere, por eso continúa—: Te confieso que, a pesar de todo, estoy contento de que venga el chico a Bolví unas semanas. Creo que puede ser bueno para él. —Mira las paredes del piso donde vive su hija con su nieto.

—Sí. Yo también.

—Pero no sé si sabré cuidarle. Yo ya soy mayor...

—¡Él también es mayor: tiene diez años! Ya no es un bebé. Papá, no te preocupes por eso, si necesita algo él te lo pedirá. Tú déjale jugar con la tableta cuando él quiera y todo irá bien.

—Espero que sí. No me gustaría que el chaval se sintiera solo.

—Mañana por la tarde tengo la tertulia que hacemos los sábados algunos vecinos del pueblo. No quiero perdérmela. Unas vecinas han encontrado unas postales...

—Tú sigue con tu vida, Ian se adaptará a ti. —Son postales de hace unos veinte años y resulta que algunas están escritas por el antiguo jefe de una fábrica donde trabajé cuando era joven.

Marga ha ordenado la cocina y está limpiando unos vasos de diseño para dejar el fregadero limpio. No se da cuenta de que su padre quiere contarle algo. El señor Grand no continúa, tampoco sabe bien qué decir. «Un hombre muerto no escribe postales».

—Me lo llevaré conmigo a la tertulia, ¿te parece bien?

—Pues claro, papá. Donde vayas tú tiene que ir Ian. Es mejor no dejarlo solo, es pequeño.

—Por todos los dioses de este mundo, ¿en qué quedamos, hija, Ian es pequeño o ya es mayor?

Y como manda la realidad, para algunas cosas se es pequeño y para otras ya se es mayor.



*Apreciado Pepe:*

*Espero que tu familia y tú estéis bien. Nuestro hijo cumple hoy cinco años y queríamos celebrarlo también contigo. Echo de menos nuestras tardes de pesca en el río, pero no puedo quejarme, llevo dos años felizmente unido a la mujer más maravillosa del mundo y es gracias a tu ingenio que estoy aquí con ella.*

*Todo va bien, excepto que, aunque no quiero preocupar a Angelica, estos últimos días tengo la sensación de que me siguen. He visto un coche aparcado cerca de la entrada de nuestra casa y a un tipo escurridizo que merodea por aquí. Es absurdo, pero me preguntaba si es que en la fábrica hay algún rumor.*

*Tu amigo fiel.*

*Juan*



# Capítulo 6

En las calles del Bolví no hay nadie. Ni un alma. Está lloviendo; la humedad de las tardes mojadas resquebraja los cuerpos de los habitantes del pueblo y por eso todos prefieren quedarse en su casa.

Todos excepto unos pocos valientes, o incautos, que deciden salir y desafiar a la naturaleza. Son los contertulios. Da igual si llueve o nieva o hay una tormenta de viento y pedrizo. Ellos salen de su casa y se reúnen cada sábado en el único hotel que hay en esta pequeña localidad pirenaica situada entre Francia y España.

La lluvia arrecia. Violeta da una ojeada por la gran ventana mirador que hay en el salón. Unos coloristas vitrales colocados con exquisita armonía acompañan sus ojos fijos hacia el exterior. Las sinuosas líneas curvas del vitral, propias del modernismo, recrean una escena rural con inesperada elegancia. Sobre una alfombra de flores y plantas silvestres se pasean libremente pájaros comunes, de los que no vuelan alto, de los acostumbrados a un entorno rural. Hay patos, gallos y gallinas con sus pollitos que se alzan protagonistas dentro del bello escenario de vidrio. Todos sabiamente compuestos por pequeños cristales de color encajados entre finas láminas de plomo que llevan la impronta de su artífice.

Años atrás, un arquitecto y cliente del hotel pidió a la señora Lope ver este salón privado porque le habían hablado de este vitral. Comentó que en un edificio catalogado de la gran ciudad había uno parecido. Pero el de la urbe tiene el fondo recubierto de vidrios opacos que forman montañas y un cielo dominante y artificial que impide ver el exterior. En cambio, el ventanal de Violeta es un auténtico mirador. El cielo y las montañas en el horizonte son reales, están en el paisaje. Y entre el ventanal y las montañas está el pequeño pueblo de Bolví.

La dama de los Pirineos sigue mirando en busca de coches que se acerquen con sus amigos y vecinos desafiando el mal tiempo. Se forman los primeros

charcos en el camino que atraviesa el jardín y lleva al palacete. La lluvia cada vez es más fuerte, «los gallos de los vitrales bajan la cabeza y la esconden entre las magníficas plumas de colores de su cuello. Los pollitos se refugian bajo el cuerpo de su madre. A veces cuando estoy sola tengo la sensación de que las cosas se mueven de sitio». Violeta se da la vuelta y mira la chimenea.

Ella misma la ha encendido. La mira para comprobar que las esfinges de mármol que hay a cada lado están allí y no se han movido. «A veces pasa. Pero si lo contara, nadie me creería». Es fácil olvidarse de la realidad dentro de este lugar. Olvidarse del agua que cae y enmohece los ánimos. «¡Ya vienen!».

Los primeros en llegar son Cordelia y Giacomo con su bebé. Llegan empapados porque no tienen coche. El pequeño va metido debajo de la chaqueta impermeable de su padre; parece que no le ha gustado y está llorando. El italiano da dos besos a la señora Lope y deja al pequeño tendido en la mullida alfombra que hay delante de la chimenea, pero a una distancia prudente del fuego. El ambiente es cálido y a pesar de la lluvia constante no hace frío. Cordelia saluda efusivamente y va hacia el equipo de música. Pone un mambo. El ambiente cambia repentinamente. El bebé deja de llorar.

Llegan más vecinos. Cruzan las puertas de la entrada con la boca abierta por la música y porque encuentran a Cordelia bailando como una posesa.

—Esta chica siempre tan desatada. —La señora Remedios Blas acaba de entrar con su marido mientras mira con reproche a la joven.

—Buenas tardes a unos y a otros. —La señora Rafilettete sonrío sin hacer comentarios sobre el panorama musical. Lo del estado mental de Cordelia no es una novedad y por lo tanto no puede convertirse en cotilleo.

Todos se sacan las chaquetas mojadas y las dejan en el colgador modernista de madera que hay a la izquierda de la gran puerta. Los sinuosos brazos de bronce del perchero se llenan de gabardinas e impermeables empapados. Violeta mira la escena satisfecha. «Seguro que a Gaudí le hubiera gustado verlo así de cargado, puesto a prueba. El mueble se hace mirar, como una bella dama, aquí no hay sitio para los objetos superfluos».

Lo primero que hacen es hablar del tiempo fugazmente, pero es obligado. Antes de platicar sobre cosas serias siempre hay que tocar el tema de la meteorología. Nadie se queja de la lluvia, aunque sea fastidiosa. Lo que los

mata a ellos es el frío, frío invernal que cubre la piel como un guante de metal y entumece el cuerpo. Ya vendrá, por ahora toca disfrutar de los suaves inicios del otoño. El marido de Remedios ha saludado escuetamente y ha salido a la recepción disimuladamente.

—Pero ¿qué es este ruido, señora Lope? Remedios se acerca a Violeta, que ha empezado a colocar en platos unos canapés variados que ha encargado en la pastelería más cercana. Al lado hay unas copitas de cristal que compró en Praga. Las ha dejado allí para servir unos licores a los contertulios. Todos gozan del lujo y la hospitalidad que les ofrece cada sábado su amiga y vecina. Remedios lo mira todo satisfecha. La mujer de Rufino lleva un vestido ceñido en una cintura que perdió hace años. El estampado tiene unas grandes rosas fucsias y coralinas sobre un fondo marrón que engrandan sus curvas redondeadas y le dan una graciosa forma de cilindro levemente abollado.

La señora Rafilettete va hacia el pequeño de Giacomo y Cordelia que descansa en la alfombra. Mueve los pies y los brazos exaltado, pero no llora.

—¡Ay, qué bonito es este niño! ¡Qué cosita más nueva! Hola, hola. —La mujer lo mira encantada.

—El bebé se calma con la música de mambo. Eso es lo que dice Cordelia —responde la señora Lope a Remedios, que se tapa las orejas dramáticamente como dando a entender que la música está demasiado alta.

—¿Y el señor Grand? Siempre es el primero en llegar. —Remedios mira alrededor. Tropieza la mirada con el equipo de música y la joven articulando con ritmo—. Hoy parece que rompemos algunas de nuestras costumbres.

—No se apure. Esto es bueno, Remedios.

La vecina se va hacia el gran ventanal con vitrales para ver si viene el señor Grand.

—Ya llega, ya llega. Veo su Citroën amarillo. No hay otro coche como el suyo. Entran en el salón el señor Grand acompañado de su nieto Ian. Por supuesto, hay algunas caras de sorpresa al ver al chico. Cordelia deja de bailar y se acerca a ellos.

—Yo soy Cordelia. —Le abraza—. ¿Cómo te llamas?

—Ian.

—Sí. Este es mi nieto Ian. Se quedará unas semanas conmigo. Espero que no les importe que forme parte de nuestra tertulia.

—Pues claro que no, señor Grand. Solo espero que no te aburras demasiado con todos estos carcamales de pueblo. —La señora Lope mira amable al chico con su sonrisa de ardilla—. Ven aquí, Ian, y escoge lo que quieras comer.

El niño se quita la chaqueta y se la da a su abuelo. Cordelia baja la música para no asustarle. Él y Violeta cruzan el salón para ir a ver todos los platos con comida. Pasa por delante de la chimenea y ve un bebé en el suelo, pero no dice nada. Lo mira todo fascinado.

Su abuelo cuelga las chaquetas mojadas y sigue a su nieto. Cuando se reúne con él de nuevo le presenta a la anfitriona.

—Ella es la señora Lope, la dueña de este hotel.

En la recepción ya le ha presentado a Rufino y a Pablo y ahora le dice los nombres de los demás. Ian escucha en silencio hasta que el señor Grand termina y cambia de tema.

—Y ese bebé que hay en el suelo, ¿quién es?

—Ah, el bebé. Bueno, todavía no tiene nombre, pero es el hijo de Cordelia y Giacomo. Le puedes llamar Cim.

Giacomo oye su nombre y saluda a Ian.

—Ven aquí, amigo, ven aquí. —¿Puedo ir? —pregunta Ian mirando a su abuelo.

—Pues claro, ve, ve.

El nieto de Grand sabe que Giacomo es de otro país, nada más y nada menos que del país donde surgió el Imperio romano. Antes de venir, su abuelo le ha hablado de los contertulios. Se sienta a su lado en el mullido sofá y el italiano le enseña unos bosquejos de diseños de cunas para saber su opinión. Tiene pensado enseñarlos a todos los contertulios. Hay que escoger una cuna y fabricarla y quiere su ayuda. Se siente como Leonardo da Vinci en su faceta inventora, en busca del mejor artilugio. Con un papel y un carboncillo ha ideado increíbles cunas con sistemas mecedores, detectores de movimiento, de sonido y con partes móviles que permiten transformar la cuna en objetos con los que pueda jugar el niño más adelante. La señora Remedios ya no puede más y pone fin a la música. Cordelia la mira apenada, pero le da igual, parece que el bebé se ha calmado y ya no necesita ningún mambo.

—¿Qué tal, señor Grand, cómo le va con su nieto? —pregunta Violeta.

—Algo cansado del viaje a la ciudad, pero bien. Mi hija tiene algo que hacer, un curso, y yo me quedaré con Ian.

—Si necesita algo, no tiene más que pedírmelo, señor Grand, ya lo sabe —se ofrece ella.

Grand no está acostumbrado a tratar con seres tan jóvenes. Y sus años en el ejército le acostumbraron a una vida excesivamente metódica.

—Gracias. —No es necesario decir nada más.

—Les sirvo un licor a todos y nos sentamos.

Pero antes la señora Lope quiere hacer algo. Sus ojos de ardilla han visto a Rufino Blas entrar discretamente y salir de nuevo a la recepción. Tendrá algo que le ronda por la testa. Violeta deja los canapés listos en varios platos y le pide a Remedios que sirva una copa de licor a todos para que entren en calor. Ella mira su reloj de pulsera, que es tan bello y antiguo como todo lo que tiene en su hotel, y se dirige hacia la entrada.

—Pablo... —No continúa porque ve que Rufino está hablando con el joven recepcionista con secretismo.

—Rufino, ¿estás bien?

—Señora Lope, pues claro que sí. ¿Qué le hace pensar que no estoy como siempre? Ya me conoce, yo siempre estoy bien. Algo muy gordo tendría que pasar para que me salieran los diablos de dentro y me enfureciera.

—¿Desea algo, señora Lope? —interviene Pablo.

—No, déjalo. No es urgente. Llama a la pastelería y diles que la semana que viene preparen unas pastas dulces en lugar de canapés: veinte tartaletas de crema pastelera y fruta y el resto repostería variada. Pero no corre prisa, hazlo después.

Rufino sigue al lado de Pablo y la señora Lope no quiere molestar, aunque siente curiosidad por lo que Rufino tiene que decirle a su empleado.

—Bueno, yo me vuelvo al salón.

—Sí, sí, señora Lope, al salón. Todos al salón. Yo vengo en un momento, tengo algo que aclarar con Pablo.

El señor Grand se acerca a la chimenea en busca de la postal que ayer dejó en la repisa. No está y se sobresalta. Ve a la señora Lope entrar por la puerta y le pregunta.

—¿Dónde están las postales?

—Antes de ir a buscarlas tengo que decirle algo: dentro de la caja encontré dos postales más, también firmadas por Juan y son mucho más inquietantes que la anterior.

*Apreciado Pepe:*

*Ha sucedido algo horrible. Te necesito. He ingresado dinero en la cuenta bancaria, por favor coge el primer avión hacia Londres. No puedo decirte nada... te suplico que no tardes. No sé qué hacer, mi vida ha terminado antes de empezar...*

*Juan*



*To:  
Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*



# Capítulo 7

Todos toman asiento y preguntan a Violeta y el señor Grand de qué postales están hablando. Ella va a buscarlas y las pasa a los contertulios para que las vean. Les explica dónde las encontraron y les pone al día de su visita a Las Casas de los Ingleses.

Remedios Blas dice a todos que ellos también fueron de paseo a la antigua colonia industrial. Lo comenta con orgullo, como una gallina satisfecha, y lo de gallina es un cumplido, pues estos animales son más completos que muchos seres humanos.

Todos prestan más atención a las postales que están escritas en español. Excepto el nieto de Grand, que estudia inglés desde muy pequeño y entiende bien lo que cuenta la mujer inglesa llamada Angelica.

—¿Y usted está seguro de que el tal Juan es en realidad John Paisley, el dueño de la fábrica? —La señora Rafilettete intenta no perder el hilo.

—Por Dios, ¡y qué! Un ricachón escribe una postal contando sus problemas. —Remedios se espachurra en el sillón como una duquesa de provincias porque no ve el meollo de la cuestión por ninguna parte.

—¿Y qué que fuera rico?, incluso en el trono más alto uno se sienta sobre sus propias posaderas. Todos somos iguales —dice Giacomo.

—Ay, cuánto te queda por vivir y por aprender, italianini —replica Remedios.

La señora Lope se ríe y escucha cómo Rufino interviene acertadamente en la conversación. «Siempre es mejor una cabeza bien formada que una cabeza muy llena».

—Pero, mujer, qué poca memoria tienes. Aquí hay más intrínquilis. ¿O ya no te acuerdas de que el gran capitán Grand nos dijo el día que fuimos a la fábrica que el tal *Paseli* había muerto? Dime, Remedios, ¿cómo escribe un hombre muerto una postal? ¡A ver! —A Rufino le cuesta pronunciar el apellido inglés y le da más bien igual decirlo bien o mal. Está de pie a lado de los

canapés con sobrasada y cree que se merece un buen premio después de intentar pronunciar ese apellido extranjero y de aclarar a todos que quien escribió la postal tenía que ser el espíritu del hombre ya fallecido.

Remedios se lleva la mano a la boca asustada.

—¿Están diciendo que un fantasma escribió estas postales?

La señora Rafilettete deja la que tiene en la mano en una pequeña mesa de centro como si estuviera infectada de algún virus maligno.

—Quizá haya otra explicación —Cordelia lo dice impresionada. No cree en fantasmas, pero poco le falta.

—Un fantasma, esto es nuevo, una noticia. —La señora Rafilettete afila el lápiz.

—Bueno, bueno. También puede ser que nuestro capitán Grand se equivoque. Es otra explicación. —Hoy Rufino está hipotético. Se lleva otro canapé a la boca como premio, esta vez una fina crema de atún con virutas de cebollino encima.

—¡Rufino, estoy seguro! No hay error. Es la letra de John Paisley. La forma de escribir, y las fechas de los matasellos posteriores a su muerte —salta el señor Grand, molesto.

—Pues seguirá vivo; un hombre solo muere una vez —dice Violeta.

—Dicho de otra forma: John Paisley fingió su muerte —aclarar Giacomo, que está sentado en la alfombra al lado de su hijo.

—Así que no hay fantasma —concluye la señora Rafilettete disgustada.

—Pero ¿cómo lo hizo? —indaga el italiano.

—Quién sabe. Han pasado muchos años —dice el señor Grand. Reflexiona en silencio, él siempre prefiere ceñirse a los hechos—. Cuando sucedió, todo lo que se dijo fue que el inglés se cayó al agua. Iba con frecuencia a pescar, incluso cuando hacía mal tiempo. Solía hacerlo cerca de la central eléctrica. Allí hay varios travesaños metálicos que se adentran en el río. Dicen que se cayó en uno de los saltos de agua y se ahogó. Encontraron la ropa que llevaba ese día, sus zapatos y su caña de pescar. Todos asumieron que el cuerpo se lo llevó la corriente, fue imposible recuperarlo.

—Si no encontraron nunca el cuerpo, es plausible que lo preparara todo para simular su fallecimiento; quizá con la ayuda de ese tal Pepe. —La señora Lope piensa rápidamente—. Sería una buena razón para estarle agradecido. Es

posible que en la postal le dé las gracias por ayudarlo a crear el escenario de su muerte, de una farsa.

—Sí, yo también lo he pensado. —El señor Grand desarrolla esta última suposición—. Y después de ver esta última postal que encontró usted ayer parece claro que se hicieron amigos y que John Paisley confiaba mucho en Pepe.

—En esta última postal el inglés pide ayuda desesperada a Pepe. Algo sucedió. —Cordelia mira ese último mensaje—. Es más corto que los demás y el inglés parece desesperado. —La joven da la vuelta a la postal. En el reverso hay una mohína imagen en blanco y negro de Westminster. Después lee en voz alta el mensaje—: «Ha sucedido algo horrible...».

—Y eso tan horrible... sucedió en Londres —se adelanta la señora Lope de nuevo.

—John Paisley no murió, todo parece apuntar a que se fue a Londres —El señor Grand coge el hilo.

—¿Por qué Londres? —pregunta la señora Rafi lettete.

—Ellos eran ingleses y las postales todas tienen imágenes de Londres.

—Pero ¿por qué Londres?

—Porque allí estaba su amiga Angelica —dice Ian, que se ha entretenido en leer las postales en inglés.

Todos miran al niño contertulio para que continúe.

—Esta mujer que escribe las postales las envía a Juan y decís que Juan es John, ¿verdad?

Los demás, desde su perspectiva de adultos, decoran y añaden contenido a la palabra «amiga».

—La inglesa era una amiguita del inglés. —Rufino lo ve todo claro. Es hora de tomar una copita de un licor un poco más fuerte.

—Oh, por Dios, esto se complica. ¡Una amante! —Cordelia se levanta animada.

—Y un hijo. —Violeta enseña a todos la postal que habla de un niño llamado Callahan.

—Y su esposa esperándole como una cándida. Porque esa mujer que vimos en la iglesia era su esposa, ¿verdad, señor Grand? —Remedios recuerda a la elegante dama sentada en uno de los bancos de madera. En

realidad, los demás que estuvieron allí también la recuerdan muy bien, no es una mujer que se olvide fácilmente.

—Rebecca Paisley. —Para el señor Grand es como si la tuviera delante, la idealiza, su belleza, su porte, su traje. Para él siempre será la hermosa mujer inglesa esposa del director general y propietario de la fábrica. Rememora el encuentro en la iglesia gótica.

—La *sweetheart*. —Violeta grabó esta palabra en su mente, una palabra que Rebecca Paisley usó esa tarde como una coletilla.

El abuelo de Ian asiente con la cabeza en silencio y mira a su nieto.

—Trabajé en esa fábrica durante muchos años de mi juventud, Ian. La mujer del propietario era muy bella. Y sigue siéndolo.

—Abuelo, haces lo mismo que hago yo: mirar a las chicas bonitas. Mamá dice que no hay nada de malo en ello, que es normal.

—Sí, claro, es simplemente admiración.

—Ya lo sé. ¡El amor es otra cosa! —Con diez años Ian ya sabe muchas cosas.

«El amor no mira con los ojos, sino con el alma». Violeta sonríe al nieto del capitán Grand y le lleva de nuevo hasta donde están los platos con los canapés.

—Si no te gustan, te puedo preparar un bocadillo de queso o de jamón.

—No, no, señora Lope. Está bien, soy aventurero, probaré lo que hay aquí. —Tiene un aire de chico tímido, pero no lo es.

—Por favor, llámame Violeta. Nadie de esta sala lo hace, pero me gustaría mucho que tú lo hicieras.

—Vale.

—Señor Grand, tiene usted que hablar con esta señora y decirle la verdad —dice la señora Rafilettete.

—¿Y si no fuera verdad? —El señor Grand está cavilando—. Tantos años esperando a su marido y yo le digo que no murió y que se fue con otra mujer.

—Si no fuera verdad, metería usted la pata hasta el fondo —se ríe Rufino divertido.

—No puedo decírselo. No puedo hacerlo.

—Tiene usted razón. Necesitamos confirmarlo. —Violeta le mira con sus ojos de ardilla—. Y solo hay una manera de hacerlo: ir a Londres.

—¡Ir a Londres!

—Sí, y buscarlos allí.

—¡Me encanta! —Cordelia disfruta del vuelco que da la realidad con la salida de la señora Lope.

—Pero si no sabemos dónde viven ni si siguen con vida. ¡No sabemos nada! —El señor Grand se ha llevado las manos a la cabeza.

—Sabemos lo suficiente. Sabemos que Angelica trabajó en un periódico inglés que se llama *The Guardian*. Lo dice en una de las postales. Podríamos empezar por ahí.

—¡Son ustedes unos locos! —A Remedios le parece inmoral viajar y gastar dinero por una cosa así—. ¡Unos irresponsables!

El hijo de Cordelia y Giacomo empieza a gimotear mientras mueve sus extremidades frenéticamente. La madre le mira y se levanta para sentarse junto a él en la alfombra.

—Remedios, creo que su voz pone nervioso al bebé.

—Pues claro que es eso. Este niño vuestro es muy inteligente —apunta su marido chistoso.

—Serán solo unos días. —La señora Lope habla con calma—. Comprobamos si existe Angelica y si John Paisley sigue vivo y después regresamos.

—¡Pero qué locura!

—Y usted, señor Grand, se viene conmigo; si no, no voy.

—¡Por todos los dioses del mundo! Ha perdido el sentido común. Además, ¡tengo a mi nieto en casa!

—Tiene que ir, capitán Grand —le dice Giacomo efusivamente y para que acepte—. El dinero abre todos los caminos.

—Su nieto viene con nosotros. Ian, ¿quieres conocer Londres?

—¡Abuelo!, di que sí. Si esta señora quiere pagar, bueno, si tú quieres pagar, ¿qué problema ves, abuelo? ¡Yo tengo mi pasaporte en la mochila!

—Esto le va a costar un ojo de la cara a la señora Lope —comenta la señora Rafilettete a su vecina Remedios en voz baja.

Grand mira a su nieto, que está con las manos juntas como rezando.

—Yayo, te lo suplico, di que sí.

—Un par de días —dice él a modo de beneplácito.

—¡Un viaje! Esto hay que celebrarlo. ¿Quién quiere otra copita de licor?

Con el pretexto perfecto, Rufino vuelve de nuevo a las botellas con vistosas etiquetas que descansan en el mostrador. Su mujer le mira severa. La señora Lope les observa a todos calladamente y disfruta del momento. «El mejor matrimonio sería aquel que reuniese a una mujer ciega y a un marido sordo». Ella continúa con su propuesta.

—Me encargaré de reservar unos billetes de avión y un hotel.

—En fin, los hombres debemos estar siempre al servicio de la verdad. — Con estas palabras el señor Grand confirma que acepta el reto de ir a la capital inglesa—. Me pondré en contacto con la hija de Pepe para preguntarle el teléfono de su hermano. Si se acuerda, nos dijo que tiene una casa en Londres. Quizá su padre le contó algo... Podemos hacerle una visita, si le parece bien.

—Pues claro. Usted es el capitán.

—Me pasaré por la colonia industrial y preguntaré a algún vecino, quizá tengan el teléfono de la hija de Pepe. Querían vender la casa, habrán dejado algún número de contacto.

—Hágalo mañana porque el lunes nos vamos. —Resolver el misterio de los Paisley es ahora la prioridad de Violeta. Los misterios son para ella como un timbre de la puerta que suena y suena sin parar hasta que uno la abre—. Cordelia, confío en ti para que cuides de mi hotel. No serán muchos días.

—Ya sabe que puede irse tranquila.

—Después hablamos tú y yo de los detalles. —La señora Lope mira a Giacomo—. Te tocará quedarte con el niño y posponer unos días la reparación del tejado de la casucha y lo de la cuna.

—Tranquila, hoy llueve, pero no lo hace cada día. El agua de las goteras que recogemos en cubos la usamos para regar las plantas del salón. — Giacomo siempre optimista— Además, tendré unos días más para pensar qué cuna hacerle. Todavía no me he decidido por ninguno de los modelos. Y hoy tampoco me habéis ayudado mucho, bolvinos.

—A mí me ha gustado la cama que has dibujado que es como un helicóptero. Esto de que la hélice sea un ventilador que puede mover el niño tirando de la cuerda está bien —dice el nieto del señor Grand.

Giacomo coge los bocetos de nuevo y se acerca a Ian para hablar del tema. Los demás continúan con el debate sobre el viaje.

—Esta mujer no tiene juicio. —Remedios mueve la cabeza con desaprobación. Después mira hacia donde está su marido—. ¡Rufino!, deja ya las botellas de licor en paz.

—Cada sábado lo mismo. ¡Déjame respirar, criatura! Déjame tomar una copa tranquilo. Aquí en nuestras tertulias faltan hombres. De eso precisamente hablaba antes con Pablo. No quiero faltar a los aquí presentes, ni quiero que piensen que no disfruto de su compañía, porque me gusta, sobre todo, cuando hablamos de cosas del campo o de las escaramuzas de la vida con gresca. Pero falta aporte hombruno, señora Lope. —Rufino evita mirar hacia donde está apoltronada su mujer y se dirige a la anfitriona de las tertulias.

—No me mires a mí. Trae a quien quieras, si los demás están de acuerdo, yo también.

—Pues la próxima vez habrá un nuevo fichaje.

Exclamaciones. Violeta los escucha feliz de que haya un nuevo miembro en sus tertulias. Ella recoge todas las postales que tienen. Esas cartulinas son el motivo de su viaje y la prueba que han desenterrado del olvido y que cambia la historia de toda una comunidad.

—Calma, calma. —Los contertulios se enseñan los dedos entre ellos, es una batalla digital, se señalan, señalan al cielo o quizá a las montañas que tienen alrededor, quién sabe. Violeta Lope disfruta. Nadie va a perder. La semana siguiente tendrán un nuevo contertulio y todos ganarán—. Señores, calma, calma.

—Hoy me tocará dormir en el sofá, lo sé. —Rufino bebe de un trago la copa de licor que tiene en la mano.

—¡Hombres, el mejor al horno y con limón! —Remedios se mueve mucho dentro de su vestido floreado.

—Bueno, siempre hay alguno que sirve para algo —añade la señora Rafilettete con vehemencia.

—Lo ve, señora Lope, lo ve, como tengo razón de que aquí faltan varones.

Rufino mira a la propietaria del hotel y a su vecino Grand, que abre los brazos con desesperación. Después se sube los pantalones con decisión.

—Rufino, tú trae a quien quieras, que ya será mucho si nos acepta y tiene el coraje de venir.

—Usted dele cuerda, señora Lope. Ya verá usted lo que pasa.

—Volviendo a lo del viaje: no me dirán ustedes que no les intriga el final de la última postal, es todo muy dramático, la espera hasta el lunes va a ser interminable. Escuchen : «Mi vida ha terminado antes de empezar». ¿Soy yo la única que quiere saber qué pasó? «¡Mi vida ha terminado antes de empezar!». ¿La persona que lo escribió está viva o muerta?

Todos dejan atrás los otros temas y se ponen a rumiar sobre el huesudo problema filosófico de la cuestión.



*Amigo John:*

*Te pedí que me escribieras, pero no lo haces. Amigo, tienes que echarle cojones. Pasan los años y sigues culpándote de todo. Los psiquiatras están más locos que nosotros, no les bagas caso, solo quieren sacarte los cuartos. Ayuda más la vida, y la mejor medicina para la desdicha es la esperanza, no tienes que perder la esperanza.*

*Yo, como siempre, te escribo para hablarte de Callahan, aunque nunca sé si te llegan las postales, o si las lees. Esta semana recibimos las cañas de pescar que nos compraste en la capital. Son buenas. Me llevaré de pesca al chaval. Con diez años se mueve por el río como pez en el agua.*

*Como siempre te digo para que te quedes tranquilo:*

*nadie sabe nada y no deajo que el niño se acerque a esa mujer del diablo.*

*Un abrazo,*

*Pepe*



**VIA AEREA**

*To:*

*John Paisley*

*Portobello Road, n.º 10*

*W11 1LJ London*

# Capítulo 8

Fue fácil dar con el teléfono de Mercedes, la hija de Pepe. Grand la llamó el domingo. La mujer le hizo mil preguntas por teléfono y desconfiaba de cada respuesta que le daba él. Pero él contestó a todo con la verdad por delante, no había nada que esconder.

—Con el abuelo guleamos ayer y encontramos la casa. Mira. —Ian está sentado al lado de la señora Lope en el avión y le enseña la pantalla de su tableta, donde aparece una bonita casa victoriana de dos pisos más unos bajos donde hay una tienda.

—Así que aquí vive el hijo de Pepe.

—Sí. Fue fácil encontrarla. Con el Street View de Google se ve superbién.

El señor Grand tiene un asiento tres filas más atrás que ellos. El aparato va lleno y, en lugar de un avión, parece un autobús. Los pasajeros charlan desenfadadamente y no hay la sobriedad que la señora Lope recuerda del viaje que hizo a Praga el año pasado. Las azafatas son azafatos y hay uno que se pasea por los pasillos con unas gafas oscuras muy roqueras en el pelo. Ahora pasa junto Ian, que tiene asiento de pasillo, el azafato se las pone e imita a un cantante de moda que el chico identifica como Gang Style. Él se ríe y la señora Lope a su lado también, aunque no entiende nada.

Ella mira de nuevo la vivienda. Es una de esas casas inglesas con la puerta a la derecha y junto a ella a la izquierda, una vidriera semicircular con tres grandes hojas de cristal que permiten ver el interior. El gran ventanal acristalado es el aparador de la tienda y está lleno de objetos antiguos expuestos caóticamente. No se distinguen muy bien en la fotografía, pero justo encima hay un cartel muy visible donde pone *Angelica's antiques shop*, con letras muy grandes y con una tipografía muy británica.

—Cuando me llamasteis ayer por la noche y me dijisteis que la tienda tenía este nombre lo único que pensé es que estábamos haciendo lo correcto al viajar a Londres.

—Esto es una pista. ¡El abuelo se quedó tieso! Él cree que el hijo de Pepe tiene que saber algo si esa es su casa.

La fachada es estrecha y de obra vista. Los viejos ladrillos le dan un aire muy georgiano. Cada planta tiene dos ventanas, de grandes dimensiones, con unos generosos marcos de madera pintados de blanco.

—Cuando lleguemos, será mejor ir al hotel, pero mañana sin falta nos pasaremos por la tienda de Angelica.

—Se imagina, bueno, te imaginas. —Uno más a quien le es difícil tratar a la dama de los Pirineos de tú. Violeta ya sabía cómo terminaría—. ¡Puede que el hijo del amigo del abuelo nos cuente toda la historia!

—Si es que sabe qué paso. Él era un niño de unos cinco años en la época en que se escribieron las postales que hemos encontrado y vivía lejos, en las casas de la fábrica donde trabajaba tu abuelo. Pero puede que conozca al hijo de Angelica y John porque, más o menos, tendrán ahora la misma edad. — Violeta reflexiona en voz alta.

— Ya... Mmm... Pero quizá no sepa nada y no se conozcan: ¡Londres es una ciudad muy grande! Es una *megacity*. Y casi mejor si no se conocen — añade Ian.

—¿Por qué lo dices?

—¡Porque vamos a volver a casa enseguida si sabe todo lo que les pasó a John Paisley y a Angelica!

—Todos los años que he vivido hasta ahora me han enseñado una cosa: que las vidas de las personas siempre son más complicadas de lo que parecen.

—Quieres decir que por mucho que sepa el hijo de Pepe no lo sabrá todo...

—Eso.

Ian no dice nada y mira por el pasillo por si ve al azafato de antes. No está, estará preparando los ortopédicos carritos con *junk food* que hacen circular hacia delante y hacia atrás con una dificultad más que angustiosa. El chico lleva unos pantalones azules de ropa tejana y una camisa de cuadros amarilla y azul desabrochada. Por debajo se ve una camiseta de algodón gris con unos personajes amarillos de un solo ojo como los cíclopes, pero no dan miedo; en cambio los monstruos griegos, sí. Se pone las manos en los bolsillos y algo recuerda.

—Tengo una cosa para usted. —Imposible el trato de tú.

Ian saca de los pantalones un papel doblado y se lo da a Violeta.

—¿Qué es? —Ella lo coge.

—Un dibujo que le he hecho.

La señora Lope despliega el lienzo de papel y ve una gran batalla naval, aérea y terrestre. Distingue naves, drones y helicópteros que lanzan bombas a diminutos hombrecillos que intentan defenderse por tierra y por mar de un ataque feroz. Los barcos de guerra son casi microscópicos, pero están dibujados con detalle. Se distingue su armamento y el movimiento humano en la cubierta de los navíos. «Cómo saber de dónde viene la pasión de todos los niños por las armas y las batallas y la de las niñas por otra clase de juegos». Violeta mira a Ian y le sonrío admirada y agradecida por el dibujo.

—No lo terminé de pintar porque lo hice ayer por la noche y tuve que ir a dormir. ¿Le gusta?

—¡Pues claro! Sabes, muchacho, eres la primera persona que me regala un dibujo. Tendrás que poner tu nombre en esta esquina.

—¿Tienes un boli? —Ian va del usted al tú con alegría.

La dama de los Pirineos busca en su bolsa de viaje. Mientras rebusca, el avión empieza a moverse espasmódicamente por unos segundos. Ian se coge del brazo de ella con fuerza, instintivamente. Ella también se asusta.

—No te preocupes, serán simples turbulencias. —Son las únicas palabras que es capaz de articular. «A ver si estos azafatos nos dicen qué está pasando».

—Se imagina que se cayera el avión ahora. —Ian se ríe histriónicamente.

—A mí no me hace tanta gracia como a ti.

Por el altavoz, se oye al personal de cabina que notifica a los pasajeros que atraviesan una zona con viento fuerte y hay que ponerse de nuevo el cinturón de seguridad. Violeta ayuda a Ian con el suyo.

—Ya sé yo. Es fácil. Déjame que lo haga yo.

Violeta le observa para asegurarse de que lo cierra correctamente. Después vuelve a mirar en su bolso y saca el bolígrafo para que el chico firme el dibujo. Ian abre la mesita que tiene delante y escribe su nombre completo: Ian Grand.

—Veo que llevas el apellido de tu madre y de tu abuelo. Es un magnífico apellido. —El avión da unos saltos que alteran el metabolismo de todos.

—Sí. Es una historia muy larga. —El niño dobla el dibujo y se lo da a Violeta—. Mi madre me la ha contado muchas veces. Casi todos mis amigos tienen el apellido de su padre, pero yo no. Mi madre dice que esto de los padres es como bautizarse o no. Hay niños que lo hacen cuando son bebés y otros, cuando son mayores. A mí me ha tocado lo segundo: cuando sea mayor, si quiero, podré conocer a mi padre. Por ahora dice mamá que no tengo que preocuparme.

—Pues escucha a tu madre y haz lo que te dice.

—Por ahora la escucho, pero cuando llegue a la adolescencia... No sé. Todos dicen que te vuelves loco y que no escuchas a nadie. Yo no quiero que esto me pase. —Hay otro bache y el chico vuelve a cogerse del brazo de la señora Lope.

—Este avión parece que lleve una rueda pinchada.

Ian la mira y sonrío.

—Pues esperemos que haya un gato a bordo.

—Abre tu tableta y déjame ver de nuevo la casa del hijo de Pepe.

—Pues claro, mire, se abre así, tome.

—Ya entiendo.

*Apreciado John:*

*Ya hemos recibido el dinero que ingresaste para el regalo de cumpleaños de Callahan. Quién pudiera tener sus quince años. Ojalá las cosas hubieran sido de otra manera... Sigue con las pastillas, no las dejes y prueba de escribirme, sería bueno para ti.*

*El chico crece tan rápidamente. Cuando le recogí de pequeño me pediste que aprendiera bien el inglés y deberías oírle, te sentirías muy orgulloso. Durante todos estos años, con el dinero que me has enviado, lo he llevado a clases particulares y va muy bien. Pero con todo lo demás anda justillo; no es un lumbrenas. Aunque te digo una cosa: lo que le falta de mollera lo compensa con lo que tiene de corazón.*

*Amigo mío, si estás mejor, házmelo saber, el chico podría venir a verte, podríamos intentarlo este verano. Tú tranquilo, que no sabe nada, pero podríamos arreglarlo diciéndole que eres un amigo de la familia que vives en Inglaterra.*

*Dime algo. Escribe.*

*Pepe*



*To:*

*John Paisley  
Portobello Road, n.º 10  
W11 1LJ London*

# Capítulo 9

Tres extraños venidos del sur se adentran en la gran ciudad londinense sobre los raíles de un tren parsimonioso que les deja ver las distintas pieles de la ciudad. A través de los cristales ven las serpenteantes calles victorianas y georgianas conviviendo con lo que queda del pasado industrial de la ciudad. Es la piel de Dickens, es profunda y surcada por el tiempo, pero está allí latiendo, vital e imperecedera. Se acercan al gran río, que se ofrece con toda su majestuosidad. Aquí los edificios turísticos más antiguos y legendarios se debaten con los nuevos rascacielos, impecables, pero sin nada que contar, sin leyenda, sin historia y sin posibilidades de llegar a ser más de lo que son ahora.

Pero todo suma, las capas de historia transpiran. Mucho se salva del olvido. Más que en otros lugares. Resguardar lo frágil frente a los inclementes y bárbaros vaivenes del mundo político y financiero es cada vez más difícil. El acero ataca, el duro acero está ganando la batalla a la piel, la piel que siente y que se altera. Con lo importante que es esto: sentir, dejarse impresionar, para saber que estás vivo. Cómo puede haber tanta gente dentro de la trampa de la perfección metálica e inoxidable.

Sea por la edad que tienen ellos tres, sea porque sin saberlo son de los que salvaguardan la condición humana, Ian y los dos habitantes de los Pirineos miran Londres emocionados y les parece estar en un sueño. Se sienten como águilas sobrevolando la gran urbe, se emocionan como Wendy y sus hermanos esa noche que siguieron a Peter Pan hasta el país de Nunca Jamás.

El capitán Grand está impresionado con la heterogeneidad de esta ciudad, esta superposición de edades visible incluso a los pocos minutos de haber penetrado en ella. La señora Lope se concentra en los demás pasajeros del tren. Observa con curiosidad sus trajes, sus carteras de trabajo, sus zapatos. Mil historias que imaginar. Ian señala entusiasmado edificios turísticos que

aparecen a su paso y que reconoce. También intenta leer velozmente los anuncios y los carteles de las calles con sus nombres.

—*Mind the gap*. Esto no sé qué quiere decir.

—Debemos bajarnos en Saint Pancras Station. Es la próxima estación. Allí está el hotel. —El capitán Grand es el guía y el que lleva el mapa y los papeles.

—El hotel lo eligió la agencia donde compré los billetes. Me aseguraron que está al lado de la estación y que no tiene pérdida.

Desciende la velocidad del tren hasta parar. Los tres bajan al andén. No van muy cargados, cada uno lleva una simple bolsa de mano. Más que turistas parecen aventureros. Dejan la plataforma ferroviaria y suben unas escaleras mecánicas hasta el gran vestíbulo de la estación. La expresión de sus caras es de absoluta admiración cuando ven el lugar donde están. Es una grandiosa obra victoriana, un edificio público que sobrepasa en belleza otros palacios más famosos. Tiene una planta muy compleja de escala catedralicia. Se eleva hacia el cielo como un edificio de culto, con distintas torres cuadradas asimétricas gigantes que, a pesar de sus dimensiones, le dan un toque humano a la construcción. Quizá por ser asimétricas, por no ser perfectas. Las torres son neogóticas, con su drama y su altura, pero todo está suavizado por el uso de ladrillo visto de terracota decorado con finas cenefas lineales de una piedra amarilla más clara.

Salen fuera y contemplan boquiabiertos la fachada. Hay gente por todas partes, que se mueve a su alrededor. El señor Grand, que lo sabe todo, les dice que el arquitecto fue George Gilbert Scott.

—¡Por San Pancracio! ¡No me esperaba una estación de tren como esta!

—Si no me equivoco, el hotel que buscamos está en el mismo edificio de la estación.

Miran de nuevo la construcción de donde han salido y, efectivamente, ven que hay un hotel con una entrada espléndida justo al lado. Los tres se quedan mirando incrédulos.

—¿En serio? ¡Señora Lope, esto es un hotel de lujo! —Ian no se lo acaba de creer. Ve en la puerta un *doorman* vestido con un uniforme muy elegante de color café y un gracioso bombín al estilo inglés. El nieto de Grand está



frenético. Se aleja de ellos para llegar antes a la gran puerta circular de la recepción. Lo hace caminando de lado.

—¡Mirad, soy el cangrejo más rápido del mundo!

—¡Ian! Ven aquí y déjate de tonterías —dice Grand, molesto por la poca seriedad de su nieto y también por la elección del hotel que ha hecho la señora Lope, pues imagina el precio de las habitaciones en este lugar.

—Déjelo, no hace nada malo.

Los tres pasan a la gran sala de recepción y preguntan por la reserva.

—¡Es como estar en un castillo medieval! —Ian admira los fabulosos arcos neogóticos que voltean la gran sala con acabados terracota y crema, que se alternan elegantemente. Hay una escalinata en el centro y al fondo paredes con motivos dorados medievales que recorren los laterales de la gran sala. Les atienden enseguida y los llevan a sus habitaciones. El espectáculo continúa porque allí se encuentran con suntuosos dormitorios colmados de comodidad y con sorprendentes vistas de la estación de tren a través de ventanales de tracería de tres óculos y gárgolas de acero en el exterior que les recuerdan que el edificio es un juego de capacidad y virtuosismo de la gran época victoriana y no un castillo medieval.

Ian desaparece por unos momentos con su abuelo y la señora Lope deja su bolsa en la cama *queen size* donde caben cinco más como ella. Violeta examina el resto de la habitación. Unos minutos más tarde entra Ian.

—Señora Lope, nosotros estamos en la habitación de al lado. Si me necesitas solo tienes que silbar. —El chico está entusiasmado.

Ella está satisfecha con el hotel, aunque le gustan más los hoteles que tienen pocas habitaciones y un trato más personal, pero le parece bien la elección de la agencia turística. Mira atentamente cada detalle, estudia la posición de cada objeto y de cada mueble. Sus ojos de ardilla inteligente no descansan, ya se relajará después, ahora no puede, todo es impresionantemente nuevo. Se están forjando recuerdos inolvidables, son momentos únicos para los tres. Después poco a poco se acostumbrarán a ese entorno y algo de magia se perderá. Ella lo sabe. Pero es importante preparar a la perfección ese primer momento de espectáculo. Violeta estudia el hotel al milímetro, reconoce, aprende y comprende. No puede evitarlo.

—Tu habitación es casi como la nuestra, pero nosotros tenemos dos camas que son cada una como la de un rey.

—Ve a decirle a tu abuelo que en media hora bajamos al bar del hotel a tomar algo y después iremos a comer, seguro que tienes hambre, ¿verdad?

—Yo siempre, aunque no se me note. —Ian se toca la barriga contento—. Voy ahora mismo.

Pero el niño duda. No sale corriendo, se queda unos segundos quieto.

—¿Puedo decirte una cosa?

—Adelante.

—Deja que mi abuelo invite a comer. Que, si no, se sentirá mal. Está refunfuñando en la habitación porque dice que te has gastado demasiado dinero con este hotel.

—Vale. —La señora Lope sonríe. «Un chico observador y listo».

Después de refrescarse un poco, cambiarse de ropa y tomar un *gin-tonic* en el bar del hotel, salen en busca de un lugar donde comer.

Los lugares cercanos a las estaciones de tren suelen ser sórdidos y grises y todos los seres humanos tienen recuerdos relacionados con las plazas y calles que las rodean. Es el gen de la estación de tren, todos lo tienen, forma parte del código genético. Son experiencias vividas en estos lugares que no se borran nunca y que son muy nítidas. Por alguna razón, el frenesí, el ir y venir de personas desconocidas nos queda grabado para siempre; una cara, un cuerpo, una expresión. También los lugares, un banco, un olor, un café o una comida rápida inmunda y nada memorable en otras circunstancias.

Salen del hotel con la esperanza de encontrar algún local con algo de tranquilidad. Están desorientados y miran alrededor. Hay una bifurcación de calles frente a ellos y unos cuantos restaurantes a cada lado. Todo les parece demasiado efímero para su gusto, demasiado *cool*, esta es la palabra que utiliza Ian para describir lo que tiene ante sus ojos. Hay establecimientos con toda clase de comida rápida internacional: hamburgueserías, *texmex*, pizzerías. Entre tanta velocidad culinaria, el señor Grand divisa a su derecha un diminuto restaurante con cortinas blancas de bisel. Es un restaurante indio que se llama Jazmin. Lo señala a los demás y caminan hacia allí con la esperanza de que dentro del local no hayan oído nunca hablar del acelerador de partículas ni de la deconstrucción de platos.

De vuelta al hotel, Grand está relajado. Habla de su hija Marga y de la vida que lleva en la ciudad, de la necesidad que tiene de hacer algo nuevo y distinto cada cierto tiempo. Grand nunca habla de su familia y la conversación coge por sorpresa a Violeta que le escucha sin hacer preguntas indiscretas ni dar consejos genéricos y ramplones.

Hola, John:

Sigo sin tener noticias tuyas y esto me preocupa. Aquí vamos todos tirando a pesar de la crisis. Yo paso mi vida en el río, en la central. Muchas tardes viene el chico a verme. Dice que el instituto no le gusta y cuando viene se sienta en los travesaños, cerca de los rebotaderos y mira el agua borbotear.

Ya sé que acordamos no contarle nada y yo siempre callo, en boca cerrada no entran moscas y le dejo a él que desuarie. Pero el caso es que tengo que contarte algo que me pasó la semana pasada. Aquí hubo una tormenta muy fuerte y lo pasé mal. Un rayo cayó sobre la central y hubo una descarga de tensión. Por poco no me dejo allí la vida. Desde el accidente tengo una herida en el brazo que no cura como debería y el dolor es insufrible. Me da miedo no poder seguir trabajando. Tenemos que hablar, amigo.

Pepe



To:

John Paisley  
Portobello Road, n.º 10  
W11 1LJ London

# Capítulo 10

Londres es la piel que se acaricia y se recorre. Todo depende del respeto por la vida y la historia que uno tiene. De lo hombre que uno es. De la mujer que una es. Si te descuidas, puedes quedarte con solo la imagen más superficial de la ciudad, sin llegar a tocar ni su epidermis. Pero quedarse flotando en la superficie es más que una pena, es un castigo. Porque esta ciudad es mucho más, es profunda y azul como el océano, y es ardiente y osada como la conciencia de los hombres sabios.

Ninguno de los tres esconde su impaciencia por llegar a Portobello, el barrio donde esperan encontrar la casa donde vive el hijo de Pepe Rigau. Están en el piso superior de un autobús londinense y se dirigen cómodamente a esa zona. En la recepción del hotel les han dicho que Portobello es famosa por su mercado de antigüedades de los fines de semana. Les han aconsejado esperar al sábado. Pero ellos no van de compras sino en busca de una casa inglesa. Los tres tienen en la cabeza la imagen de la vivienda que vieron por internet, con la tienda y el gran cartel colgado en la fachada con el nombre de Angelica.

Ian hace fotos de todo lo que ve desde el interior del autobús. Por la mañana se ha encargado de documentar gráficamente sus dormitorios y después el salón donde han desayunado a la inglesa, con los *baked beans*, *sausage*, *bacon*, *scrumble eggs*, tostadas, zumos y té de rigor. Han recordado a Rufino Blas, pues seguro que el vecino de Bolví le hubiera hecho un buen repaso a la copiosa comida matinal inglesa.

Se apean en una gran avenida con mucho tráfico rodado. Grand consulta un mapa que lleva en la mano y su nieto, una aplicación de mapas en la tableta. Se abren camino entre una serie de calles con viviendas unifamiliares que seguramente ahora son plurifamiliares. Por fuera son elegantes casas victorianas y georgianas, por dentro un queso gruyere con varios apartamentos en cada planta. Y dentro está lleno de ratones de ciudad. Hay grandes hombres

en el mundo y hombres muy pequeños, pero todos somos animales de costumbres y tenemos la memoria muy corta y una capacidad de adaptación demasiado grande. Aceptamos lo inaceptable. Hasta que llega el día D.

Cruzan un ajetreado mercado de verduras y fruta. También hay algunas paradas de ropa de todo tipo, sobre todo de poliéster y de nailon, dos eufemismos de la palabra plástico. No hay señal de las antigüedades. Ian se entretiene con todo, aunque va con un poco de miedo y no se aleja de los dos adultos que le acompañan.

Grand y Violeta conversan sobre la idea de invitar a un nuevo contertulio. Ella ve un quiosco que tiene postales turísticas a la venta. Llama a Ian para que la ayude a escoger unas cuantas, todas muy parecidas a las que lleva en el bolso escritas por Angelica y John veinte años atrás.

El chico ve pasar un reluciente taxi londinense.

—Que me cuelguen si tiene alguna explicación que los coches ingleses tengan el volante al otro lado y conduzcan por la izquierda.

—Ni me había dado cuenta. —Violeta mira al taxi distraídamente.

—¡Señora Lope, todo el mundo sabe que aquí conducen al revés!

—Bueno, ahora ya lo sé yo también. ¿Te gusta esta postal con los músicos callejeros tocando en el metro?

—Sí. ¿Qué llevan en la cabeza?

—Creo que es su pelo. Se lo pintan y se lo peinan así.

El señor Grand se acerca a ellos y les reprende. Hay que seguir adelante, a él no le gusta entretenerse.

—Estamos cerca. Pero hay que subir esta calle. Vamos.

Caminan unos diez minutos por Portobello Road hasta llegar a una altura de la calle donde hay numerosos negocios de antigüedades a cada lado; desde los más *posh* a los más alocadamente *vintage*. No hay duda de que tiene que ser interesante pasarse por aquí un fin de semana cuando hacen el mercado de antigüedades callejero. Las paradas tienen que ser paraísos eclécticos para los entendidos y seguro que también para los curiosos esporádicos que se dejan caer por aquí.

Les lleva unos minutos encontrar la casa que buscan, pero ya están frente a ella y es tal y como la vieron en la red. La puerta de la tienda está abierta y los tres entran hinchados de orgullo por haberla localizado. Dentro no hay

clientes, ni nadie que les dé la bienvenida. Se miran interrogativamente. De repente, sale una cabeza de detrás de una cortina algo sucia que hay al fondo. Como no se ve el cuerpo, la cabeza parece que esté flotando por arte de magia.

—*¿Helloouu, can I help you with anythiiiiing?* —les pregunta la cabeza que flota, despeinada y con legañas en los ojos.

—¿Es usted... es usted el hijo de Pepe Rigau?

El capitán Grand vacila. El tipo que tiene delante no se parece en nada a su amigo. Él era moreno de piel y de pelo, más bien bajo y con el cuerpo robusto, mientras que el hombre que tienen delante es rubio y con unos grandes ojos marrones adormilados. Sin embargo, por la edad, unos veintitantos, podría serlo. Los mira divertido sin responder y abre los ojos tanto que parece que se le van a saltar de la cara.

—¿Síííí? —Lo dice como si acabara de levantarse pero estuviera todavía soñando—. Esperad un momento. —Se oye un murmullo de conversación en baja voz y después el joven sale de cuerpo entero de detrás de la cortina con unos *jeans* arrugados y una camiseta descolorida estampada con pingüinos blancos y negros.

—Si quieres volvemos más tarde... —La señora Lope entiende que acaba de levantarse de la cama.—Nooo. No pasa nadaaa. La tienda ya está abierta. ¿Queréis algooo? —pregunta y mira al niño con una sonrisa risueña, como si lo conociera de algo, aunque no le conoce de nada—. Ah, no. Me habéis preguntado quién soy. —Se ríe y su alto y enclenque cuerpo se remueve, le viene como un escalofrío—. Esperad un momento —dice de nuevo y desaparece detrás de la cortina por segunda vez—. Ya está. Es que tenía frííío. —Se ha puesto un jersey azul que cubre a los pingüinos.

Ninguno de los tres sabe muy bien qué decir, el señor Grand es el que continúa.

—Yo conocí a tu padre, cuando trabajaba en la fábrica y vivía en Las Casas de los Ingleses. Bueno, y siento mucho que lo hayas perdido hace tan poco.

Por unos momentos el hijo pone la mirada triste que pondría un perrito con el que nadie quiere jugar. Pero le pasa enseguida. Hurga en los bolsillos de su

desgastado pantalón en busca de monedas y mira hacia el techo maldiciendo en inglés.

—¿Queréis un tééé? —les pregunta sin esperar respuesta. Se mete detrás de la cortina y se oye como pide a alguien unas monedas. Una chica refunfuña y él vuelve a salir.

—Té para todos. ¿Qué queréis... —les vuelve a preguntar— ... amigos de mi padre?

—Queremos información —dice el pequeño Ian como si fuera un agente secreto.

—Información. —El hijo de Pepe se sobresalta. Abre sus grandes ojos saltones y de nuevo parece que se le van a caer de la cara. Mira alrededor buscando en algún estante o encima de una repisa lo que acaban de pedirle. Hay cachivaches por todas partes, muchos objetos de metal y bronce que nadie sabe qué uso tenían en el pasado. También hay muchos relojes, grandes y pequeños, de muy distintas épocas. Todo está recubierto con una pátina de polvo que también tendrá su historia— Es que de esto no tengooo. Pero, espera que me aclare: ¿qué clase de información?

—Acerca de John Paisley y de una amiga suya.

—Aaaah. John, claro, John, os puedo contar lo que queráis. Pero el viejo también está muerto. —Toma la postura del pensador de Rodin y al cabo de unos segundos añade—: Él me dejó esta tienda. —Mira alrededor y sonrío satisfecho— Me cogió de ayudante y cuando la palmóó me lo dejó toodo. A mí, ¿os lo podéis imaginar? —Lo dice con incredulidad y los mira abriendo mucho los ojos— Soooy un tipo afortunado. —Se pone las manos en los bolsillos de su viejo pantalón y los mira con una sonrisa.

—¿Alguien quiere unas galletas con el té? —pregunta a continuación como si estuviera hablando todavía de Paisley. Vuelve a desaparecer detrás de las cortinas. La voz de la chica de antes protesta, le tira algo a la cabeza y le da, él se lamenta y aparece en la tienda tocándose la cabeza y con cara de sufrimiento, como un niño al que le han tirado un balonazo.

—¿Cuándo murió? —pregunta la señora Lope.

Poco a poco se recobra y responde pausadamente.

—Haceee medio año.

Los tres se miran entre ellos emocionados.



—¡Lo que pensábamos! ¡No murió en el río en 1990! —dice Grand eufórico.

—Así que vino a Londres y compró esta casa. —La señora Lope mira a su alrededor.

—Abuelo, ¿y esa historia de que se cayó al río era una mentira? —pregunta Ian.

—Eso parece.

—Y tu amigo Pepe, abuelo, ¿tu amigo lo sabía y le ayudó con su plan de venir a Londres?

El joven propietario de la tienda los mira divertido sin entender una palabra de lo que hablan.

—Pero ¿y la chica, Angelica, y su hijo? —Violeta quiere saberlo todo.

Los tres buscan la respuesta a la pregunta en el tipo que tienen delante. Él se vuelve hacia un pequeño espejo victoriano colgado en la pared de detrás del mostrador e intenta que dos ramilletes de pelo en punta sobre su cabeza vuelvan a su sitio y no delaten que hasta entonces estaba en la cama retozando.

—¿Por qué me miráis asíííí? —Hace un último esfuerzo para arreglarse el pelo. Los ve a través del espejo. No ha seguido la conversación de ellos, está en otra dimensión, o quizá son ellos los están en otra dimensión...

—Supongo que conoces a Angelica —dice Violeta.

—No. —Pone cara de chico asustado buscando una respuesta—. ¿Debería conocerlaaaa? ¿Es una chica del barrio?

—Tu tienda se llama así —dice Ian señalando el cartel que hay fuera—. Angelica.

—Síííí.—¿Estaba con alguien John Paisley? ¿Vivía con una mujer? —pregunta el señor Grand.

El hijo de Pepe se ríe por la insinuación. Le parece absurda. El John que él conoció era un hombre antisocial y poco hablador.

—John era un viejo muuuy solitario. No había mujeres en su vida. Nunca habló de ninguna chicaaaa.

—¿Y el nombre de la tienda? Angelica.

—Ahh. El nombre de la tienda... pues no le pregunté nunca. —El hijo de Pepe los mira divertido—. Y si le hubieera preguntado, poca cosa habría sacado de él. John era uno de esos hombres con probleemas, no sé si me

entendéis: pastiiiiillas, loqueeeeros... Se pasa la mano por la boca y la moja con su propia saliva y después se la pasa por el pelo en un último intento de que el pelo de punta se baje. Es inútil. Deja el espejo y se da la vuelta.

—Uuuuuuh, era un gran hombre, me dejó la casa. Pero tenía sus problemillas... bebía muchooo. —Gesticula con uno de los brazos como si tuviera una botella en alto y se tragara todo su contenido—. Como una esponja. Siempre ganaba todas las apuestas en el *pub*. Siempre bebía mááás que los demás. Cómo le echo de menos... —suspira—. Ahora cuando voy al *pub* siempre me toca pagar a mí... Mientras les habla de sus costumbres éticas, por detrás de la cortina sale una chica feúcha y despeinada con una camisa muy ancha y unos tejanos muy estrechos que parece que lleve pegados al trasero con pegamento.

—*Hallo* —dice con una voz de tunanta y con acento extranjero.

No se para y sale de la tienda sobre unas viejas botas de ante con una plataforma de diez centímetros.

—Es Dominika. Nos traerá unos té —les informa el hijo de Pepe—. Es de Poloniaaaa —añade como si su origen diera pistas sobre la razón existencial de la chica y su presencia en la casa.

—Creemos que Angelica era amiga de John y tuvieron un hijo juntos.

—John, ¿un hijo? Buenooo... No le veoooo. —Arruga los hombros y se ríe como si le acabaran de contar un chiste. —Lo sabemos por unas postales que encontramos en casa de tu padre. Angelica tuvo un hijo. Por los matasellos de las postales sabemos que fue en 1987. Y tu padre lo sabía todo.

El chico hace como que piensa.

—¡*Blimey!* —Sonríe despreocupadamente—. Un buen año: es el año en que nací yo. Pero yo conocí a John muuuucho después. Vine a Londres hace diez años, en el dos mil... —Rumia sin éxito—. Oh, o lo que es lo mismo, cuando tenía dieciocho años. Y ahora tengo veintiocho. Uf, cuántos años, ¡no soy una calculadooora!

La señora Lope se pregunta cómo le irá con la contabilidad de la tienda. «Tendrá alguien que le ayuda, como yo».—El hijo de ambos se llamaba Callahan, el nombre está en las postales.

—¡*Blimey!* —El hombre se ríe como si le hubieran contado otro chiste que solo él comprendiera.

Le miran sorprendidos.

—¿Conoces a alguien que se llame así?

—¿Que si le conozco? Pues claroooo. Soy yooo, ese es mi nombreee. Callahaaan. —Una risilla tontaina escapa de sus labios—. Esto es algún tipo de broma, ¿eh?

Le miran anonadados.

—Pero ¿tú no te llamas? Tu hermana me dijo... —Grand rebusca en su bolsillo el papel donde anotó el nombre y la dirección del hermano que le dio Mercedes, la hija de Pepe Rigau—. Tu hermana me dijo que te llamas Carlos.

—Allí abajo síííí. Todos me llaman Carlos. Pero cuando vine a Londres, padre me diiiijo que mi nombre de verdad es Caaaal.

—Callahan —dice el nieto de Grand.

—Cal, Callahan, qué más da. ¡Os imagináis, vine a Londres y ya tenía nombre inglés! Era mi destino. La primera vez que entré en esta casa, me acuerdo de que me pareció que ya había estado aquíííí. Es como cuando en una película el protagonista sabe máááás pero no lo sabe. Me encanta el cine, ¿sabéis? Y a vosotros, ¿os gusta?

Le miran desconcertados.

No les da tiempo a considerar lo que esto significa porque la puerta de la tienda se abre a la velocidad del relámpago y entra una chica alta y preciosa que les interrumpe. Lleva ropa muy ajustada y sexi, es una mujer explosiva. Callahan, al verla aparecer en la tienda, se refugia detrás del mostrador y se pone una mano en la cabeza para tapar los pelos rebeldes que no quieren bajar.

—¡Cal, mi agua caliente no funciona! —El joven inglés se angustia y retuerce su cuerpo intimidado por esa chica despampanante.

—¡Oh, *blimey!* Irina, lo arreglaré hoy sin falta.

Callahan babea al verla, es como un niño admirando una diosa. La chica es impresionante, tiene unas piernas largas como zancos y unas medidas modélicas.

—No te pago el alquiler si no lo arreglas, ya sabes.

—Déjalo en mis maaaanos, yo te lo arreglo. Quizá esta noche podemos ir al puuub y te invito a una cerveeeeza, ¿por las molestias?

—No, no, no, Cal, estoy ocupada esta noche.

—¿Trabaaaajas? —pregunta él casi sin querer, en voz baja.

—No, no, no, Cal, esta noche tengo una fiesta. —Lleva un móvil en la mano y solo hace que mirar a la pequeña pantalla del aparato.

—Quizá puedo veniiiiir.

—No, no, no, Cal, tú no puedes venir. —Irina se ríe burlonamente—. Es una fiesta para gente estupenda. Otro día tomamos una cerveza. Pero, primero, el agua. Quiero ducharme esta tarde, ¿te queda claro?

—¡Oh, *blimey!* Síííí. —Callahan enrojece como un pimiento, la imagina desnuda bajo la ducha con el agua caliente deslizándose por sus pechos y el resto de su cuerpo.

Irina le conoce y sabe lo que está pensando. Se ríe a carcajadas y saluda a los presentes con un *See you later* sonoro y definitivo.

—Es Irinaaaa, una de mis inquilinas. Es rusa. —Lo dice como para describir de qué tipo de mujer se trata. Callahan piensa otra vez en ella y un escalofrío le vuelve a recorrer el cuerpo—. Brrrr... Irinaaaa... Tengo que anotar en algún sitio lo del agua: Llamar a Wiiiill —Lo escribe en la palma de la mano.

—Mi abuelo es bueno con las tuberías, puede ayudarte —sugiere Ian.

El señor Grand y la señora Lope miran al niño. Callahan mira a los tres extraños que tiene delante y se pone las manos en los bolsillos como para confirmar que no tiene ni un penique para pagar a un fontanero, aunque sea Will, que es un vecino y amigo con el que siempre comparte cervezas en el *pub*.

—¡*Blimey!*, si quieres echar un vistazo al calentadooooor, está arriba.

Dominika, la joven polonesa, entra con una bandeja llena de tazas. Callahan le dice que hay un cambio de planes y que van todos arriba. Quiere enseñar al visitante el problema que tiene con la fontanería. Ella vuelve a refunfuñar y le insulta en polaco, pero como tiene la bandeja en las manos no pasa de ahí. Cal cuelga un cartel en la puerta que reza «I will be back in five minutes» y salen todos de la tienda.

Hola, John:

*Ha llegado el momento de que Callaban te conozca y pase el verano contigo. Desde el accidente en la central eléctrica, las cosas VIA AEREA no van bien: hablan de amputarme el brazo.*

*Estoy jodido y en casa mi hija Mercedes le hace la vida imposible al chico. Él es un buenazo pero algo blando. Es una época mala. Mi mujer ya es mayor para tanto trajín y yo, con lo del brazo, no tengo la maña ni las ganas que tenía.*

*John, manda dinero para el viaje, el chico viene a verte.*

*Le diré que es un premio por los estudios. Ha costado sudor y sangre, pero ha terminado el instituto. Dejo en tus manos contarle la verdad. Yo solo le diré que tengo un amigo en Londres que le hospedaré durante estos meses veraniegos.*

*Tu amigo que te aprecia,*

*Pepe*



To:

John Paisley  
Portobello Road, n.º 10  
W11 1LJ London

# Capítulo 11

Los cinco suben las estrechas escaleras que hay detrás de una puerta lateral. La fachada de la tienda es de un color azul muy inglés, en cambio esta puerta de acceso al primer piso es de otro color y no parece que pertenezca al mismo edificio. Pero una vez arriba, sin lugar a duda están encima de la tienda.

Entran en un espacioso salón comedor que tiene más el aspecto de un *squat* que de una vivienda normal, aunque, llegados a este punto, es difícil definir «normal». La cocina está unida a la sala de estar a través de una gran abertura en la pared. El resto de la casa son habitaciones que Callahan alquila. Violeta se hace una idea de las finanzas del joven. El negocio de las antigüedades no parece muy boyante, pero con lo que debe de sacar de los alquileres seguro que puede pagar las facturas y los impuestos de esta gran casa en Londres. Ella calcula que tendrá unos cinco o seis dormitorios porque la vivienda es de dos pisos.

Y a ella le gusta el sitio, el ambiente. También Ian parece sentirse cómodo en un sitio tan informal. El señor Grand es el único que está incómodo, porque lo ve todo sucio y desordenado, aspectos de la casa que a los demás no parece importarles lo más mínimo.

Ian enseguida se fija en un gracioso reloj de cuco que hay en la pared. Tiene tres piñas colgando de unas largas y finas cadenas, un péndulo y arriba una pequeña casa tirolesa. El chico no había visto en su vida un artilugio como ese. Está construido con madera y tiene todo tipo de detalles: el tejado inclinado y a dos vientos, un balcón lleno de flores tornasoladas, ventanas con sus cortinas de encaje y abajo, a pie de puerta, una cabra y una pareja de jóvenes enamorados sentados debajo del gran reloj esférico con las horas talladas meticulosamente y patinadas en un tono más claro que el resto del reloj.

—¿Qué es esto? —pregunta señalando la pared. A él le parece más un juguete que un reloj y no acaba de entender qué hace allí colgado.

—¡Oh, *blimey!* Es un reloj de cuuuuco. —Callahan está contento de que se lo pregunten—. Me lo regaló el viejo John. Le gustaban mucho los relooooojes y me pegó la afición. A mí también me encaaaaantan. —Se acerca al chico, tira de dos de las piñas y el reloj empieza a funcionar—. Estate atento, en unos minuuuutos te llevarás una sorpreeeesa.

Dominika deja las tazas de té con leche en una gran mesa y se lleva la bandeja a la cocina. Vuelve unos instantes después con un azucarero en forma de perro salchicha y cucharas. Callahan no hace cumplimientos, va hacia el centro del salón y coge una de las tazas de la mesa, la que tiene un conejo dibujado con precisión, un conejo con chaleco que consulta la hora en un reloj de bolsillo. Es su taza especial, de la que siempre bebe sus infusiones. Cal mira la taza y murmura «¡Oh, dear! ¡Oh, dear! ¡I shall be toooo late!», mientras se mueve agitadamente por el salón como el conejo de la taza llegando tarde a ninguna parte.

Ian deja por un momento su interés por el reloj de cuco y se ríe con Callahan y sus movimientos espasmódicos. Dominika ni se inmuta, este es un ritual de su casero que ya conoce. Mientras repite la frase y se ríe de sus propios pensamientos, Callahan echa tres cucharadas de azúcar en su taza de té.

Por fin deja el baile, se serena y vuelve a la realidad, que es mucho decir, por lo del espacio y lo del tiempo.

—Este reloj de cuco es una caaaaasa. ¿Has oído hablar de los etruscos? —Se retuerce como si tuviera frío mientras habla con el niño. Después se gira hacia el reloj y murmura algo, como si estuviera hablando con el medidor de tiempo—. Ya sé, ya sé... Lo olviiiido, viejo. —Los visitantes le contemplan desconcertados—. La vida es muy difiiíicil de entender. Mi amigo Will os lo explicaría mejor. —Ahora vuelve a hablar con ellos—. John siempre le daba cuerda, era su reloj preferiiiiido. —Callahan acaricia el reloj.

Para no hacerse preguntas sobre el estado mental del propietario de la casa, todos se acercan a la mesa, cogen una taza de té al azar y la endulzan a su gusto. Dominika trae un plato con galletas y se sienta en una silla mientras hace señales e increpa a los recién llegados para que tomen asiento en el

salón, donde les apetezca. La joven polaca tiene la boca y las mejillas algo caídas hacia abajo, y parece que la venza eternamente la desgana y el malhumor. Pero también le da un aire simpático, de campesina campechana. Ian deja de mirar el reloj por unos instantes y pone sus ojos en las galletas. Ella lo ve y le acerca el plato.

—Come, niño, come.

—Todavía no nos hemos presentado... Él es Ian, el nieto del señor Grand, y yo soy Violeta Lope. Vivimos en los Pirineos, en un pequeño pueblo que se llama Bolví, está cerca de la fábrica y de Las Casas de los ingleses.

—¡Blimey!, son las casas donde vivííí yo. De las casas de los ingleses a la casa del ingléeéés —exclama Callahan sin prestar atención a lo que acaba de decir.

Se oye ruido en alguna de las habitaciones de la planta de arriba.

—No *is* nada. Es Nick —aclara Dominika a los demás, pero sin dar más detalles.

—Ah, bien —dice la señora Lope—. Nosotros hemos traído las postales de las que te hablamos en la tienda. —Saca las postales del bolso—. Mira, Callahan, estas son las postales que hemos encontrado en casa de tu padre. Las escribieron Angelica y John Paisley. Hablan de un niño que se llama Callahan, como tú, y que es hijo de ellos, de John y Angelica.

Callahan mira las postales sin leerlas. Se fija en las imágenes, coge la que tiene el dibujo de Gulliver en Lilibut publicitando los hilos que fabricaba la empresa de Paisley y levanta un brazo como si fuera a tener una idea brillante. Mira al techo y se pone a pensar por unos instantes.

—Creo que en algún siiiitio...

—Sí, en algún lugar de tu memoria. —El señor Grand cree que ya se acercan al *fiat lux*.

—No, no. Creo que en una habitación de la casa.

El señor Grand no puede más y deja caer su hipótesis de lo que pasó.

—John tuvo un hijo hace veintiocho años y es posible que seas tú, porque tienes la misma edad y te llamas Callahan —el señor Grand lo dice con gravedad. Para él ya no hay duda, este hombre que tiene delante es imposible que tenga el mismo código genético que su amigo Pepe Rigau. Pero tiene sus dudas sobre la posibilidad de que descienda del inteligente y avisado señor



Paisley, que él conoció cuando era joven y que era el director y propietario de la gran fábrica de hilos.

Callahan no está escuchando, sigue con el brazo en el aire, antes del ¡Eureka! final.

—Ya está aquí otra veeeee. —Se retuerce en un escalofrío—. Noto como si hubiera una presencia. —Sigue con el brazo en alto, pero se concentra—. Yo esta postal la he viiiisto antes, en un dormitorio.

—Pero ¿cómo *is* posible, zoquete? ¡Estas personas te están diciendo que tu padre no es tu padre, que eres hijo de otro! Deja ese *rullo* tuyo de que sientes que hay una presencia. —Dominika pierde la paciencia con él y se nota que no es la primera vez.

—¡Ya está! En la habitación del viejo John. Allí hay unas postales como estaaaa. —Se levanta y se dirige hacia el pasillo que hay al fondo del salón y que da a los dormitorios.

Ian le sigue y Violeta también, no quieren perderse detalle. El señor Grand se pasa nervioso una mano por el pelo y después bebe té.

—Es que Cal es muy zoquete. No te pongas *nervoso*. —La joven habla a su manera.

Los tres vuelven y Callahan lleva en la mano unas postales que estaban guardadas en la mesita de noche de la que fue el dormitorio de John Paisley hasta que murió. Todas están escritas y tienen en el reverso la misma imagen publicitaria de la fábrica. Las deja encima de la mesa y el señor Grand las coge enseguida para examinarlas.

—Esta habitación no la alquilaré jamáááás. Se quedará tal como está. Él me lo pidió muuuuchas veces, que guardara su memoria conservando su habitación tal como está... John era un tío raaaaro, a veces me daba miedo hablar con él. ¡*Blimey!*, y cuando estoy en la tienda, siempre siento que es como que está ahí conmigo. Tiene que ser él, es como algo que está junto a míííí. —Callahan mueve su enclenque cuerpo como si le recorriera de nuevo un escalofrío—. Como un fantasma... John, el anticuario, ¿me creéis? Mi amigo Will siempre dice que es el fantasma de esta casa.

—Yo sí, yo te creo —responde Ian mientras se sienta en el sofá y empieza a jugar con la tableta.

—¡Por todos los dioses del mundo! ¡Pero si son postales escritas por Pepe! —exclama el señor Grand al ver el nombre de la persona que las escribe. Da algunas a Violeta para que las lea.

—¡Oh, *blimey!* ¿Las escribió mi padre? ¿Ocurre aaaalgo? —Cal coge su taza de té y la saborea como si fuera néctar de los dioses, sin alterarse por el alboroto causado por las postales que John guardaba en su dormitorio—. No había sentido nunca curiosidad por leerlas. Solo sabía que había visto a Gulliver atado con hilos en un cajón del dormitorio que abrió justo el día que tuvo que buscar ropa con la que enterrar al difunto John.

La señora Lope las lee a toda velocidad y las va pasando a Ian, que ha dejado de jugar y quiere verlas también. El niño las traduce al inglés para que Dominika sepa qué dicen.

—¡Eres un maldito *zocote*, Cal! —Dominika está enfadada con su casero.

—¿Síííí? ¿Quéééé? ¿Por qué me miráis asíííí? Olvidaos, no voy a hacer ninguna pregunta. Cuando empiezo a preguntar todo va mal.

—¡Hablan de ti! Tiene razón *ista* gente: ¡tu padre era el viejo John! —Dominika le había conocido. La joven les aclara que hace dos años que vive en la casa.

—Si quieres que *ti* diga *lo vardad*, yo siempre había pensado que teníais un *porecido*.

—¡*Blimey!* John con un hijo, no me lo imagiiiiino con un hijo —dice Callahan, y se ríe como un niño al que le cuentan un chiste verde.

—¡Ese niño eres tú, Cal! Tu *ceribro* es un ladrillo.

—¿Soy yoooo? No lo entiendo, ¿cómo voy a ser otra personaaaa? Me estáis liando.

—Pepe debió de adoptarte, Pepe era tu padre adoptivo. No comprendo cómo no te lo contaron nunca; supongo que porque tu padre, John, no estaba bien de salud. —El señor Grand piensa sobre la marcha—. Pero y tu madre, tu verdadera madre, ¿dónde está?

—Angelica... —Violeta intenta imaginar qué pudo pasar—. Quizá algo le sucedió a tu madre, porque hay una postal... —Recuerda la postal donde Paisley dice que «ha sucedido algo horrible»—. Bueno, después de esa postal ya no se habla más de ella y es cuando tú, imagino que tendrías unos cuatro años, te fuiste a vivir con los Rigau a Las Casas de los Ingleses.

—Estos ingleses están por todas paaaartes. —Callahan se ríe, se sienta en su viejo sillón y los mira satisfecho de tener invitados en casa a esa hora.

—Pero ¡qué *zocote* eres, Cal! ¡Si tus padres fueron John y esa mujer, tú también eres inglés!

El reloj de la pared empieza a sonar inesperadamente. Se abre una ventanita en la cúspide de la casita de madera y sale un dicharachero pájaro de colores tallado a mano que se mueve graciosamente sobre un soporte en forma de rama mientras canta con ímpetu su tonadilla de cuco al ritmo de las horas. Marca las cinco.

Hay un sobresalto general. A la señora Lope se le cae el té de las manos. Y al señor Grand se le acelera el corazón. Ian corre a ver de cerca la magia del pajarito y los demás miran el reloj como encantados.

—Cuánto lo siento. —Violeta se arrodilla y empieza a recoger los trozos de la taza rota.

—Hacía tiempo que no oíamos *il* maldito reloj en *ista* casa. A mí también *mi* ha dado un ataque. —Se arrodilla y saca de sus bolsillos pañuelos de papel que se empapan enseguida con el líquido derramado.

—¡Oh, *blimey!*, ese viejo bribón de John está aquí con nosotros. Lo nooooto. Se oyen los pasos de alguien bajando por una escalera de madera. Entra en el salón un chico alto y fuerte vestido con ropa oscura e informal, con una larga melena castaña que cualquier chica envidiaría.

—Buenos días a todos, ¿qué es este ruido, tíos?

—Callahan acaba de *descubrir* que es adoptado y que su verdadero padre era el viejo que vivía aquí con él, John. ¿Le *ricuerdas*? El chico mueve la cabeza, desconcertado, pero no hace preguntas. Va hacia la mesa y coge una galleta.

—Es Nick —aclarar Dominika.

—El viejo John siempre ganaba a las cartas. Un buen tío, él sí que sabía de antigüedades y no como tú, que eres un piltrafilla.

—Y tú tienes miedo de salir fuera.

Nick se ríe y no le hace caso. Va hacia la cocina para prepararse un té y una tostada con *beans*, que es lo que come a diario.

—¡No te *mitas* con él! Lo que tiene es una enfermedad bien *conicida*: *agorafibia*.

—Agorafobia —corrige Nick desde la cocina.

—Es él quien se mete conmigo. Tú solo le defiendes a él porque tiene mááás músculos.

—Sí, y todos son más grandes que los tuyos —dice Nick.

—Pues, Dominika, cuéééntale, esta mañana se ha levantado conmigo y no estaba nada decepcionaaaada.

—¡Eres un idiota, Cal! ¡Y un *bocozas*!

—¡No me digas que te has vuelto a acostar con él! —Nick los mira desde la cocina con una espumadera en la mano—. Eres un alma de cántaro Dominika. —Nick se ríe y vuelve a su tostada en la cocina.

—¡Bueno, es que... una *mojer* también tiene sus necesidades! —Se justifica mirando a los visitantes.

—Y yo cumplí como un inglés. Porque ahora... soy inglés. Nick, que te quede claaaaro que ya no soy español, ahora soy iiiinglés: un poco de respeto.

—¡Ah, qué bien! Ahora ya podré insultarte como a un inglés cuando intentes subirme el alquiler.

—Bueno, esoooo ya lo veremos.

—La cuestión, Callahan —el señor Grand quiere que el hijo de John y de Pepe se centre y le mira para asegurarse su atención— es que tu madre biológica se llamaba Angelica y podría seguir viva; tu tienda lleva su nombre. En las postales no consta ningún apellido, pero quizá en tu pasaporte. Porque tendrás pasaporte y seguro que está a nombre de Callahan. Allí debe constar el apellido materno.

—¡*Blimey*! Será difícil, porque pasaporte, ahora como ahoraaaa, no lo tengo.

—¿Cómo que no tienes pasaporte?

—Pero lo tendréeéé; dentro de una semana. —Hace cuentas con los dedos y continúa—. Antes de una semana, el sábado ya lo tendréeéé. Se lo he dejado a un amigo que se parece mucho a mí para que viaje a las islas Canarias unos días; vuelve este fin de semana.

Todos le miran raro y Callahan se explica.

—No puede usar el suyoooo, tiene algún problemilla con la policíííí. Había una oferta y a Larry le salía más barato irse de vacaciones que quedarse

aquí en la ciudaaaad. Se parece mucho a mí, es así, alto como yo, apuestoooo... —Pone cara de hombre serio y muestra a todos su perfil.

—¡Pero si os *pariceis* como una patata a un pimiento! —Dominika lo tiene claro—. Ese maldito Larry *ti* ha embaucado otra *viz*.

—Pero te acordarás del apellido que consta en tu pasaporte.

—¿Cómo voy a acordarmeeee? —Se encoge de hombros como un niño al que acaban de pillar sin haber estudiado.

—Oh, Callahan, tu *ceribro* es una olla de latón vacía.

—¡*Blimey!*, pero si el sábado vuelve, qué más da. Esperamos hasta el sábado.

—Y si tu amigo se mete en problemas en las Canarias, todos pensarán que eres tú —Ian se preocupa. Callahan lo mira y también empieza a preocuparse ante el raciocinio del niño. Pero enseguida se tranquiliza.

—Noooo. No va a pasar nada. Larry es más listo que yoooo.

El niño se siente mejor, se levanta y coge dos galletas de una vez. Quiere ver la casa y se va a la cocina con Nick.

—Es que nosotros no teníamos previsto quedarnos tanto. Nos hospedamos en ... —El señor Grand mira a Violeta y recuerda el lujoso hotel de Saint Pancras, sobre todo se acuerda de sus precios por noche—. Debemos volver, solo viajamos hasta aquí para saber la verdad. Si Angelica siguiera viva, si tu madre siguiera viva, nos gustaría hablar con ella antes de irnos, saber qué pasó.

—Supongo que a ti también te gustaría saber lo que sucedió. —Violeta habla desde la cocina donde ha dejado los trozos de la taza rota. A pesar de la falta de curiosidad de Callahan, está segura de que el chico querrá conocer la verdad sobre sus padres—. Por qué te llevaron a Las Casas de los Ingleses y te criaron allí los Rigau.

—Hay otra cosa que debes saber. —El señor Grand mira a Callahan fijamente—. Tu verdadero padre, John Paisley, estaba casado con otra mujer que vive en Las Casas de los Ingleses. Ella cree que John sigue vivo y le espera. A mí me gustaría poderle explicar qué pasó en realidad.

—Vaya, tu padre era un adúltero —bromea Nick desde la cocina.

—Señor Grand, quédese tranquilo. A mí no me importa que nos quedemos unos días más. Ya sé que piensa usted en el dinero. —Violeta no está dispuesta

a dejar a medias la búsqueda de la mujer inglesa de las postales.

—¡No puedo permitirlo, es demasiado! —dice con rotundidad el señor Grand.

—¿Por qué no nos quedamos aquí con Callahan, abuelo?

—¿Alquilar una habitación?

—Pues claro que *puiden*. Arriba hay habitaciones *vocias*. ¿No, Cal?

—Si queréis, os cobraré un poocoo solo. —Callahan piensa en el dinero.

—Es un roñoso, lo hace con *tudos*. Os hará un buen precio, ya me encargaré yo —añade Dominika.

—¿Qué te parece, señora Lope? —El niño se sube a una silla y saca la cabeza por la abertura que hay entre la cocina y el salón.

—Muy bien. Pero nos venimos los tres. ¿Hay sitio en esta casa para un poco de pasado y algo de futuro?

—¡Oh, *blimey!*, no seráááá como un hotel, no tengo sábanas, ni toaaaallas...

—De eso no te preocupes, me encargaré yo —dice la señora Lope decidida—. ¡Me gusta ir de compras cuando viajo!

El señor Grand se levanta y va hasta donde está su nieto. Le da un beso y un fuerte abrazo, está orgulloso de él.

—Abuelo, ¿qué haces?

—Quererte, Ian, quererte, porque eres un chico estupendo.

—Nick me está enseñando a prepararme una tostada con *beans* y mañana dice que me enseñará a comer una tostada con raviolis.

—Callahan, ¿no tenías un problema con el agua caliente de una habitación?

El señor Grand está satisfecho con el arreglo y se siente obligado con Callahan, necesita ayudarle. Dentro de ese hombre confundido y de ojos saltones hay algo de John Paisley y también de su amigo Pepe. Se lo debe a ellos. Callahan está perdido en el presente y ahora llegan ellos y le desmantelan su pasado, que era lo único que el chico tenía seguro.

Violeta se siente de la misma forma, como en deuda. Han irrumpido en la vida de este joven y han hecho añicos su identidad. Él todavía no se da cuenta de la trascendencia de todo aquello, pero poco a poco comprenderá. Saber de dónde vienes es esencial para poder crecer como persona. La sensación que tiene Callahan de que el fantasma de John Paisley ronda por la casa no es algo

trivial. A Violeta le da que pensar: «Aquí hay muchos asuntos sin resolver, y no sé si hacemos bien en remover el polvo que hay encerrado en esta casa».

*Hola padre,*

*Ya estoy instalado en Londres con tu amigo John. Tu colega tiene una casa grande, con muchas habitaciones y está en un barrio del centro. Te manda saludos. El tipo es algo taciturno pero es el típico inglés ¿cómo os conocisteis? Es tan diferente a ti.*

*Su tienda de antigüedades está en un mercado. Me ha pedido que le ayude en el negocio. Es un chollo y me paga un sueldo. Me está enseñando cosas y me lleva a las subastas de viejo donde compra trastos que después vende. Siempre compra relojes, muchos relojes.*

*Os llamaré pronto por teléfono para saber cómo va tu brazo, y me alegro de que al final no tengan que amputártelo, hubiera sido jodido....como una castración, bueno casi que no tanto, pero ...dejémoslo aquí.*

*Un beso a madre y una colleja a la simple de mi hermana.*

*Callahan*



*To:*

*Pepe Rigau Ter*

*Las Casas de los Ingleses*

*Calle Paisley, n.º 5*

*08571 Pirineos*



## Capítulo 12

Ya hace tres días que los visitantes accidentales de Londres se han instalado en la casa de Portobello Road. El primer día la señora Lope se encargó de retirar su escaso equipaje del lujoso hotel de Saint Pancras. La acompañó Dominika, que se ofreció militarmente. Violeta no pudo decirle que no hacía falta. Cogieron un taxi y a la vuelta no fueron directamente a casa de Callahan, sino que se metieron en un *big department store* de Oxford Street con mucha historia e historias seriadas. Adquirieron ropa de casa, sábanas y toallas para sus nuevas habitaciones en Portobello.

Dominika es muy buena escogiendo. Con ella al lado no hay punto medio: «Una toalla es de algodón bueno o es una miorda». Le contó a Violeta que viene de un pueblo agrícola de Polonia. Le explicó la diferencia entre los pueblos fabriles y los agrícolas, entre la gente de las fábricas y la de las granjas. Los que están alejados de la naturaleza y los que viven con ella. Los desnaturalizados y los trascendentales, según ella. Así es como lo ve y lo expone. Los primeros son peligrosos porque solo aspiran a ser tecnócratas y los segundos hay que protegerlos porque son los únicos que tienen ideas elevadas, pero son demasiado moderados y respetuosos. En Polonia estudió Sociología, que aquí en Londres no significa nada y por eso trabaja limpiando casas a horas. Es una ocupación que le encanta y dice que no le importaría dedicarse a ello toda su vida porque las casas inglesas están muy *lompías* en comparación con las de otros países.

—Estoy agotada, Dominika. Necesito descansar —dice la señora Lope.

La joven de Polonia mira el reloj.

—Son las cinco, a esta hora de la tarde solo podemos hacer una cosa: tomar un té.

Sígame.

—Tomemos un taxi.

—¡Pero si está aquí *mesmo*, señora!

—¡Taxi! —Violeta no quiere jugársela. Dominika es fuerte, tiene un cuerpo robusto, ella no. Para un flamante taxi negro y las dos entran en el vehículo. La joven se vuelve y suelta algunos tacos en polaco, pero después se ríe ampliamente con un ronco jo, jo, jo.

—Tendrá que *dijar* al taxista una buena *propena* —dice mirando a la señora Lope mientras se acomoda en el asiento y acto seguido da la dirección al taxista—: Tea Terrace House of Fraser.

—Señoras, los taxis de Londres son los mejores, pero todavía no tenemos alas. Este salón de té está justo encima de nosotros. —El taxista señala el techo del taxi. Violeta mira por la ventana.

—¡Ya *estomos* aquí, señora Lope! Es allí arriba, en el último piso de estos grandes almacenes.

Violeta da una buena propina al taxista por las molestias y las dos mujeres bajan del vehículo.

—Conozco a una chica de Polonia que trabaja en el *silón*. *Ségame*.

El ascensor de la Shop Store las lleva a la planta más alta del edificio. Nada más salir de la caja de acero ve a su amiga polaca. Es una chica preciosa, con algunos kilos de más, pero con un rostro bello y elegante. No tiene la cara de panadera que tiene Dominika. Las dos jóvenes se abrazan y se dan un beso. Hablan rápido mientras se acercan donde está Violeta y hacen las presentaciones. La chica se llama Ania, pero no puede quedarse con ellas porque es la hora del té y el local está lleno de gente. Las acompaña hasta unas poltronas tapizadas en azul con unos altos respaldos maravillosos. Minutos más tarde les trae el té y un surtido de dulces y sándwiches inesperados y recién horneados. Todo tiene un aspecto delicioso.

—Ania era pastelera en Polonia. Muy buena, fue a la escuela *conmiga* cuando éramos *pequeñotas*.

—¡Oh, oh, nunca había probado algo tan delicioso! —A Violeta le sorprenden los sabores.

—Ya, ya. Lo sé, lo sé. Por eso la he traído aquí. Poca *ginte* conoce este lugar. Además... —Mira de manera sospechosa a Violeta y baja la voz— no *paguiremos*.

—¿Cómo?

Dominika se molesta porque tiene que repetirlo y no quiere comprometer a su amiga.

—Que no nos *trairá* la cuenta, ¿entiende? —Hace un movimiento con la mano como queriendo decir: esto es un secreto absoluto, el mensaje se destruirá en cinco segundos.

Violeta sonríe encantada y le devuelve otro signo: «Mi boca está sellada. Aunque no por mucho tiempo, porque todo me parece delicioso. La hora del té es un gran invento, ¡más aún si no hay que pagarlo!».

Para la señora Lope y los Grand Londres es un viaje y un escenario turístico. Pero para Dominika y su amiga Ania la capital inglesa es un destino laboral que acostumbra a mostrarles una cara menos amable que la que ofrece a los turistas.

El día siguiente al de las compras en Oxford Street, Dominika va a trabajar. Tiene varias casas que limpiar. Muy distinto a lo que hacen los visitantes venidos de los Pirineos. Por mucho que las casas inglesas están más limpias que las de otros países, la vida de muchas jóvenes extranjeras en esta gran ciudad es un doloroso calvario, lleno de sacrificio y humillación. Día tras día.

Cuando la joven polaca vuelve del trabajo el viernes por la tarde se encuentra un ambiente sosegado en Portobello Road. Saluda al entrar en el salón y enseguida advierte que Callahan está leyendo con pasmosa atención las postales escritas por John y Angelica. Estos últimos días ha dejado las postales encima de la mesa, colocadas de forma estratégica, para que despertaran la curiosidad del chico.

—Ha *fincionado* —murmura satisfecha—. Tu madre escribía *moy* bien, Cal —dice a modo de saludo.

—Yo tambiiiiiééééé envié unas postales a mi padre Pepe cuando me instalé en Looondres —dice Cal con melancolía teatral y sin preguntarle por el trabajo. En esta casa nadie pregunta por los trabajos, demasiado sórdido.

—¡Todos enviamos postales a la *famolia*! ¡Postales, *e-mails*, *munsajes*! —contesta ella.

—Hay una cosa buena en todo esto: que Mercedes no es mi hermana. ¡*Blimey!*, ¡cómo me alegro! Me siento más ligero, pasé muchas noches sin dormir por su culpa, me tenía aterrorizado. Era una bruja maliiiiigna.

—¿*Tintas* miedo a una chica, Cal?

—Tú no la conoces. Callahan se pone taciturno con sus propios pensamientos. Quizá se da cuenta de que ahora no le queda nadie a quien llamar familia. Solo si Angelica siguiera viva.

—¿Tú crees que mi madre me abandonó?

—¡Eres un zoquete, Cal! ¡Seguro que no! Una madre no haría *iso*. Tú siempre pensando lo peor. —Dominika no puede evitar sufrir al ver a alguien triste—. ¿De verdad no te acuerdas del *segundo* apellido escrito en tu pasaporte inglés?

—No. —El chico suspira—. Y si ese idiota de Larry se mete en algún lío antes del sááábado...

—Mañana ya es sábado. Pero ¡cómo se te ocurrió *dejurle* el pasaporte! ¡Eres un zoquete, Cal!

—Me lo pidióóó. —Callahan sigue con las postales en la mano, pero está delante del televisor, mirando de reojo las imágenes con el volumen en off. Así es como le gusta ver la televisión. De repente, señala la pantalla y se troncha de risa por algo que ve. Dominika, que ha ido a la cocina a beber agua, le mira desde allí y también se troncha, aunque ella se ríe del largo y escuálido cuerpo de Callahan doblegándose en el sofá como si le estuvieran haciendo cosquillas.

La joven polaca se queda en la cocina para preparar un puré de patatas mezclado con champiñones y *bacon* que compartirá con él. Va hacia la nevera para coger un par de cervezas.

—¡Qué asco de queso! Irina ha vuelto a dejar el *stinking bishop* abierto. Que me cuelguen si *isto* no mata a quien lo come. *Mi* va a oír cuando la vea, esa estirada piernas largas aspirante a *modilo*. —Y empieza a maldecir en polaco.

Callahan levanta la cabeza desde el salón para escuchar con precisión los tacos en polaco.

Ella termina y deja la cocina. Lleva dos cuencos llenos del puré y dos tenedores. Le da uno a él y se sienta en el sofá a su lado.

—Tu madre era *piriodista* del *The Guardian*. ¿Has leído las postales, Cal?

Él asiente con la cabeza mientras da un buen repaso al puré.

—Cuando sepas el apellido podremos ir a preguntar. La *señora* española dice que ya sabe la dirección del periódico. El viejo y ella son de pueblo, como yo; el niño, Ian, es de ciudad.

—¡*Blimey!* ¡Mañana es sáááábado! Antes has dicho que mañana ya es sáááábado! —Callahan se levanta y empieza a moverse de un lado a otro pasando por delante de los dos grandes ventanales que dan a la calle.

Abajo, enfrente de la casa, están Ian, su abuelo y la señora Lope. Han visitado el puente de Londres y la White Tower. Vuelven cansados y con unas bolsas de comida china *take away*. Piensan invitar a todos los que viven en la casa, aunque no saben a ciencia cierta cuántos son. Violeta recuerda algunos platos de la cena china que hizo en Praga con su amiga Flor y su hija Ivana. «Qué distinta es Londres de Praga. Una es Próspero y la otra, Oteló».

Suben la estrechísima escalera de madera que los lleva hasta el salón. Se quitan los abrigo y dejan las bolsas en la mesa. Hay un revuelo general, Dominika grita a voces que hay comida gratis. Se oyen portazos y vítores de gente que baja por la escalera. Los primeros en aparecer son Nick con un amigo con las mismas pintas que él, pero pelirrojo. Después entra en el salón Irina, la escultural mujer que habían visto en la tienda tres días antes. Y la última en llegar es otra joven que les presentan como Olesya y es de Ucrania. Todos se sienten contentos y hay un buen ambiente general. La ropa de Nick y su amigo huele a marihuana, tanto, que hasta el pequeño Ian les pregunta qué colonia usan.

—¿Te gusta?

—Sí. Es muy natural.

—¿Vienen de Ucrania ustedes? —les pregunta Olesya con una voz asustadiza.

—No, no. Venimos de los Pirineos.

Ella no parece tranquilizarse.

—¿Hablas ruso?

—No, no hablo ruso —responde la señora Lope confundida.

—¿Tú sí?

—No. Irina es rusa, yo soy de Ucrania y hablo ucraniano. Son dos países diferentes y dos lenguas diferentes.

—¿Y usted cómo se llama?

—Violeta Lope. —Y señalando a Ian y a su abuelo se los presenta.

—Tengo té chino en la cocina. Voy a preparar un poco. —Olesya se aleja.

De pronto se oye un ruido extraño. Todos los inquilinos de Cal miran hacia los ventanales que dan a la calle. Saben quién es. El joven propietario de la casa se levanta de la mesa donde están todos sentados y abre una de las ventanas.

—¡*Blimey!* ¡Eres un tío con suerte! ¡Es Larry! Tú siempre llegas en el momento en que todo se aniiiiima. No te pierdes una fiesta. Pero ¿no volvías mañana, bribóóón? —Callahan tiritita de frío, lleva solo una camiseta sin mangas que le marca todas las costillas y unos viejos *joggers* grises cortados a la altura de las rodillas que deja ver sus torcidas pantorrillas. —Se frota las manos y sale del salón para bajar a abrir.

Larry ha vuelto por fin de sus vacaciones en Lanzarote. Acaba de pasar todos los controles de seguridad de los aeropuertos con el pasaporte de Callahan. Suben las escaleras hablando y entran en el salón. El hijo de John Paisley tiene el brazo extendido hacia arriba y lleva el documento oficial en la mano como un premio.

—¡Me llamo Blurton! Callahan Paisley Blurton. ¡Sé cómo me llamo!

—¿Qué *puñotas* te ha pasado en la cara, Larry? Todos miran al recién llegado entre risas y consternación.

—No tenía pasta para crema solar y todas las chicas estaban en la playa.

—Pareces un langostino. Muy malo para tu piel —dice la guapa inquilina rusa.

—¿Y esto? —Nick señala un sombrero mexicano que lleva en la mano.

—Lo gané en un luna park. Es para Will. Hice una apuesta con él.

Larry es un Travolta del siglo veintiuno. Deja la bolsa que lleva en la espalda y el sombrero y mira las curvas del cuerpo de la rusa.

—¿Por qué no ponéis algo de música? —dice a los demás. El recién llegado va al aparato de música y conecta un lápiz de memoria que lleva en el bolsillo de la camisa. Empieza a sonar música *house*ailable. Después se acerca a la chica rusa para hablar con ella.

—¿Por qué no nos haces un favor a todos y bajas a por unas cervezas? Te sentará bien un poco de aire fresco. Tu piel necesita hidratación. —Irina quiere sacarse a Larry de encima.

—Ven conmigo, diosa, si vienes conmigo, soy capaz de ir al fin del mundo.

Con los primeros golpes musicales los pies de Ian se disparan como dos cohetes y empieza a bailar. El niño salta por el salón al ritmo de la música frenética. No puede parar.

—No será necesario ir tan lejos, Larry. El *off licence* está en la esquina — dice Olesya mientras se tapa las orejas porque la música está altísima.

—Poned todos unas monedas, vamos, que voy de rojo, pero no soy Papá Noel. —Larry nunca puede pagar. Su economía combina con el color de su piel. Todos se rascan los bolsillos, incluido el señor Grand, que está hablando con el amigo de Nick. Ian está saltando como un poseso y encantado con la idea de una fiesta.

—¡Trae un zumo de frutas para mí! ¡No te olvides! —Larry mira al niño sorprendido.

—¿Y tú, qué haces aquí?

—¡Soy Ian, el nieto de ese hombre de ahí! —El chico señala a su abuelo mientras sigue bailando.

Larry hace una señal de *ok* y mira a Callahan.

—Tío, ¿qué pasa? ¿Quiénes son estos? —*Blimey!*, tú no sabes nada. Resuuuulta que soy adoptado e ingléeéés. Apostaría a que ninguna de tus historias en las Canarias supera estoooo —le dice Callahan risueño y casi gritando para que le oiga.

—Voy a por las cervezas, tío. —Lo poco que oye de lo que dice Cal no lo entiende y no parece que le interese. La despampanante rusa acepta bajar con él. Larry le pasa el brazo por la espalda y ella se lo quita de encima como si fuera un fastidioso mosquito. A Larry no le importa, ella es una diosa y dentro de un rato él volverá a intentarlo.

*Hola, padre:*

*Ha terminado el verano, pero no voy a volver:*

*Me quedo en Londres. Tú ya estás mejor del brazo y yo aquí tengo trabajo y me gusta esta ciudad, parece que me acepte tal como soy. Me gusta el mundo de las antigüedades y estoy aprendiendo mucho con tu colega John.*

*Cuanto más le conozco menos extraño me parece. El tío es raro, a veces se queda en blanco, tiene como vahídos, y me mira como si quisiera decirme algo, pero nunca lo hace. No sé cómo era de joven, pero ahora tu amigo es la sombra de lo que debió ser. Toma muchas pastillas y bebe mucho, sobre todo cuando vamos al pub juntos. Pero no pienses que yo bebo, yo no bebo...*

*Callaban*



*To:*

*Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*



# Capítulo 13

Hablar del tiempo es un deporte que hay que practicar a diario porque todos vivimos bajo un cielo que cambia de color, no siempre es azul. Dependiendo del día y del meridiano donde se vive, es más blanco, más pálido, o más gris, más oscuro y negro. Hay que decir que los días que estaban teniendo los vecinos de los Pirineos en Londres eran perfectamente soleados y con nubes pequeñas y gordas que decoraban con primor la capa celeste. Durante la primera semana el cielo de la ciudad ha sido un bonito papel de regalo y el envoltorio perfecto para pasar las horas fuera de casa.

Los tres han aprovechado bien la semana con paseos por Regent's y Hyde Park. Han caminado complacidos por la ribera del río Támesis y recordado las palabras del poeta Wordsworth en Westminster.<sup>1</sup> Abrir los ojos para escuchar a los poetas. Taparse las orejas para no ver a los políticos, su séquito monocromo de economistas y sus bufones mediáticos perturbadoramente populares. Solo los poetas saben volar.

Pero volviendo a cuestiones más mundanas, que afectan al cuerpo y no al alma, la casa del inglés ya vuelve a tener agua caliente. El señor Grand y William han dedicado parte de su tiempo a hacer pequeñas reparaciones. Will es el vecino y la mano invisible de la casa de Portobello. Sin su presencia nada funcionaría en este habitáculo. Es como el *alter ego* de Callahan, es el hombre que insufla ciencia y también sapiencia dentro de estas cuatro paredes. Los dos chicos se conocieron en un *pub* donde daban un concierto de música punk alternativa, aunque ni a uno ni al otro les gusta esta clase de música. Cada uno había acudido a tal evento por razones distintas. Cal, por la cerveza gratis, ya que invitaba a una inquilina japonesa que había en la casa por aquel entonces, y Will estaba allí porque conocía al guitarrista y ayudaba al grupo a montar y desmontar el escenario además de escribirle algunas de las canciones clandestinamente.

Will es la mano invisible de muchas cosas que suceden. Pero él, siempre que alguien pregunta sobre lo que hace y lo que deja de hacer, responde evasivamente. En Londres, este chico ha conseguido ser simplemente William, el vecino que sabe hacer chapuzas y entra y sale de las vidas y de las casas de los demás habiendo arreglado algo que estaba roto. Y, aunque es inglés, tampoco es de Londres, él viene de Warwickshire y siempre habla del magnánimo río que le dio vida, el Avon. Tiene el cabello algo largo y lleno de bucles, parece que lleve casco. Le ha dicho al capitán Grand que en invierno nunca se corta el pelo porque es como un cálido gorro de lana que mantiene su mente ardiente.

El joven vecino quiere saberlo todo de los Pirineos, de su arte, de su historia, de sus gentes y ha formulado mil preguntas al capitán Grand. Forman un buen equipo juntos. Elaboraron una detallada lista con los arreglos más urgentes y se han empeñado en hacer pequeños cambios que pueden mejorar la vida de todos los inquilinos. Después de solucionar el problema con el agua, clavaron y atornillaron mil objetos que lo necesitaban. Y hoy sábado, antes de que el señor Grand vaya con Violeta a la British Library en busca de información, los dos hombres están empeñados en arreglar un desagüe del cuarto de baño.

—Esta casa tiene lo más sustancial: un buen tejado y un fantasma.

Los dos están en el suelo del baño entre herramientas esparcidas por todas partes.

—¿Cómo? —El señor Grand le mira sorprendido. Hasta ahora William le había parecido un hombre sensato e inteligente.

—Que Callahan es afortunado porque no tiene goteras, el tejado está perfecto y eso es lo más importante.

—¿Y lo del fantasma?

—Sí, un buen fantasma. Un alma en pena. Cal es capaz de sentir su presencia. No es un viejo de aspecto horrible, con ojos encendidos como carbones ardiendo y con cadenas colgando de sus muñecas y tobillos. No es un Canterville. Pero es un espectro, un espectro del pasado que vive en esta casa y, por alguna razón desconocida, no puede descansar en la eternidad.

—¡William! Ahora lo que necesita Callahan es tranquilidad para poder asumir lo que ha descubierto esta semana. No necesita interrupciones de otro

mundo.

—Capitán, estoy seguro de que hay un fantasma. Y está aquí por Cal. Está por ver si es o no una presencia oscura. Este fantasma tiene que ver con su pasado, veremos si es o no un alma sombría. ¿Sabe una cosa? Yo conocí a John, y él sí que estaba perdido en la profundidad del Hades.

—Yo también le conocí, hace años, pero era otro hombre. ¿Por qué dices eso de que estaba perdido?

—Era un tipo reconcomido, un hombre sin amor, y «el amor nunca prospera en corazones que se amedrentan de las sombras». Callahan es muy distinto a su padre y esta casa también. —William hace una pausa y mira al señor Grand—. ¿Tiene miedo de lo que le digo?

—Te confieso que no me gustan las historias de fantasmas. —El capitán Grand siente frío por dentro y por fuera.

—¡Ah, amigo mío! «De todas las bajas pasiones, el miedo es sin duda la más maldita».

El señor Grand reflexiona.

—¿De qué habláis? —Ian asoma por la puerta con una sonrisa. Los dos hombres están arrodillados debajo de la pila del baño.

—Hablamos de fantasmas —responde Will jovialmente.

—Bueno, esto creo que ya está. —Grand mira a William con cierta consternación.

—¿Por qué no me avisasteis? Yo sé muchas historias de fantasmas.

—Tenemos que ayudar a Callahan a encontrar el fantasma, señor Grand.

Ian abre los ojos como platos.

—Bueno, bueno, ya veremos, dejemos que el tiempo esclarezca las dudas. Quizá no estemos hablando de un fantasma.

—¿Piensa usted que no es un fantasma, que lo que siente Cal es... algún tipo de prueba? ¿Una prueba del destino? —pregunta William.

—Yo veo al hijo de John un poco perdido, es posible que Callahan esté confundido y sienta cosas que no son del todo... que no son reales.

—En caso de que fuera una prueba ¿no hay que estar preparado y luchar? Quizá «el destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos», ¿no le parece?

—Ah, joven William. Eso está por ver. Los años que llevo a mis espaldas me han enseñado a ser cauto, a darme cuenta de que solo somos juguetes de la fortuna.

—Pues yo... «¡me lanzaría de cabeza desde el escollo de la duda al mar de una existencia nueva!». —Will se levanta impetuosamente.

—Lo que daría por tener tu ímpetu juvenil.

El señor Grand le mira con envidia y se ríe de sí mismo, pensando en lo que fue y lo que es. Se toca el bigote mientras recuerda.

William se limpia las manos con una vieja toalla.

—Hola, *chocos*. Tengo que ir al baño. ¿Podéis *solir* todos, por favor? —Dominika les ofrece un baile indio a base de saltitos y se cubre la parte baja del vientre con la mano como si el pipí pudiera salir en cualquier momento. Todos se alarman y salen pitando del baño, ni recogen las herramientas.

De pronto oyen un gruñido dentro del baño, a Dominika se le ha caído una de las llaves inglesas en el pie.

—Abuelo, te has dejado las herramientas dentro —dice Ian mirando a Grand. Pero él está muy lejos recordando otros tiempos.

—Deja soñar a tu abuelo —le dice Will mientras le da unas palmadas en la espalda cariñosamente—. «Morir, dormir... ¿dormir? Tal vez soñar...». El vecino de la casa del inglés desaparece por el pasillo bajo la mirada atenta de nadie.

---

<sup>1</sup> *Earth has not anything to show more fair:  
Dull would he be of soul who could pass by  
A sight so touching in its majesty;  
This City now doth, like a garment, wear  
The beauty of the morning; silent, bare,  
Ships, towers, domes, theatres, and temples lie  
Open unto the fields, and to the sky;  
All bright and glittering in the smokeless air.  
Never did sun more beautifully steep  
In his first splendour, valley, rock, or hill;  
Ne'er saw I, never felt, a calm so deep!  
The river glideth at his own sweet will:  
Dear God! the very houses seem asleep;  
And all that mighty heart is lying still!*

*La Tierra no tiene nada que mostrar más justo:  
Aburriría el alma que podría pasar de largo.  
Un espectáculo tan conmovedor en su majestad;  
Esta ciudad ahora lleva, como una prenda de vestir.  
La belleza de la mañana; silenciosa, desnuda,  
Barcos, torres, cúpulas, teatros y templos yacen  
Abierto a los campos y al cielo;  
Todos brillantes y brillantes en el aire sin humo.  
Nunca había hecho el sol más bello y empinado  
En su primer esplendor, valle, roca o colina;  
Nunca vi, nunca sentí, una calma tan profunda!  
El río se desliza por su propia voluntad:  
¡Dios mío! Las mismas casas parecen dormidas;  
¡Y todo ese poderoso corazón está quieto!*

*Hola, padre:*

*Hoy llueve. Te escribo desde la tienda de John. Te manda saludos. Es sábado, pero no creo que se pasen muchos coleccionistas de antigüedades ni turistas mirones. He cogido una postal de John y te escribo. Dentro de un rato cerraremos y nos iremos al pub. John me ha contado que soliais ir a pescar juntos. ¿Trabajaba en la central eléctrica de la fábrica como tú? Hay días que saca chispas, se comporta como un chiflado. El otro día se puso como un loco porque entré en su habitación. Al día siguiente me dijo que tenía derecho a verla. A mí me importa un pimiento su habitación, yo buscaba algo de cambio para la tienda.*

*Os quiero,  
Callahan*



*To:  
Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

# Capítulo 14

Dentro de la British Library la temperatura es imperceptible, la humedad está bajo control inglés y el polvo no está permitido en ninguno de los departamentos.

—¿Han encontrado algo? —les pregunta una joven empleada de la gran biblioteca.

Los vecinos de los Pirineos buscan más información sobre Angelica. Han dejado las compras y los remiendos caseros para concentrarse en lo que los ha llevado a Londres.

—Por ahora nada. Es que es como buscar una aguja en un pajar — responde el señor Grand abrumado por las dimensiones del edificio.

La joven bibliotecaria tiene ojos aguzados en una cara de muñeca, sobre un cuerpo pequeño pero bien proporcionado. Se interesa por ellos. Lleva un vestido ceñido pero clásico, con unos zapatos *vintage* muy elegantes y un broche antiguo en la solapa. Viste raro, excéntrico, muy inglés. Es sábado y las salas de consultas están muy tranquilas los fines de semana. Ella se muere por saber qué buscan esos dos personajes extranjeros que parecen sacados de una historia de Lewis Carroll.

—Pueden afinar la búsqueda. Si me dan más información... Hoy en día se puede encontrar la cabeza de una aguja en un pajar. Créanme, todo esto de los ordenadores es de lo más creativo. Es como tener un armario con cajones infinitos: cada vez que uno necesita guardar algo nuevo se abre el armario y ¡tacháán!, un cajón vacío ante nosotros listo para llenar. ¡Oh, si Kant hubiera vivido en nuestra época! ¡No sería la pesadilla que es para los estudiantes! — Mira a los dos extranjeros con una sonrisa—. Ups. —Unas gafas muy finas que lleva en la cabeza se precipitan delante de sus ojos dejándole una mirada de ratita sabia.

—Estamos buscando a una mujer. Su nombre es Angelica. —La señora Lope responde con cordialidad mientras la mira—. Sabemos que era

periodista del *The Guardian*.

—Manos a la obra, señores, esto es coser y cantar, tienen más información de lo que piensan.

—Se pierde su pista en 1992, cuando su amigo... —El señor Grand es interrumpido.

—Cuando su amante y padre de su hijo deja de hablar de ella y cae en una gran depresión. —Violeta prefiere dejar claro que tenían una relación estrecha.

—Y no saben el apellido...

—Sí. Ayer lo descubrimos: Blurton.

—Esto es un raudal de información. Saben más ustedes que el MI5 inglés. Ups, espero que no me estén vigilando. Blurton no es un apellido muy común. Algo podremos hacer. —Se coloca bien las gafas delante de los ojos, como quien coloca bien el espejo retrovisor en un coche antes de empezar una carrera. Ella se dispone a ajustar todavía más la búsqueda. Los dos vecinos de los Pirineos la miran como hipnotizados. Su media melena está tan bien peinada, su pelo tiene el color de la miel y ni se mueve al perder el soporte de las gafas.

—¿Cómo te llamas? —pregunta la señora Lope.

—Alice. Lo sé, no digan nada. Es un nombre con muchas entradas, ups, quiero decir, con muchas referencias.

La joven toma asiento junto a ellos. Están delante de un monitor de gran tamaño donde se pueden consultar toda clase de periódicos antiguos.

—Nosotros somos...

—Sé cómo se llaman ustedes. La duda ofende. Soy bibliotecaria, señores, mi misión es saber muchas cosas, no solo saber dónde se encuentran. Aquí en la British Library somos todos espías, espías del BL5. —Grand y Violeta se miran impresionados—. Estoy convencida de que si hubiera nacido cien años atrás trabajaría en Bentley. ¡Oh, *gosh*, esto se me resiste!

Los mira de reojo mientras sigue tecleando.

—No se inquieten, sé sus nombres por las fichas que han rellenado al entrar. —Ellos suspiran aliviados.

—Esta biblioteca es grandiosa —dice la señora Lope.

—Es que están ustedes en la British Library.



—Es la única biblioteca de la ciudad que conocemos. Hace pocos días que llegamos y casualmente nos alojamos en el hotel contiguo a su edificio, el hotel de Saint Pancras. Alice los mira por encima de las gafas sorprendida. Ella es una estudiante de biblioteconomía en pruebas y pasa por delante del elegante hotel del que le hablan cada vez que va hacia el metro para volver a su casa. Muchas veces ha querido entrar en ese magnífico edificio victoriano y dejarse seducir por un hombre guapo y elegante que la invite a un cóctel con frambuesas, lavanda y algo de gin en el magnífico bar del hotel.

—Oh, *gosh*, el Grand Hotel Saint Pancras. ¿Son ustedes millonarios de incógnito? Las veces que he soñado con ese hotel —suspira Alice—. ¡Creo que tengo algo! —Vuelve al trabajo—. ¡Pero claro que tengo algo! ¡Están ustedes en la British Library, la casa de los periódicos! Aquí tenemos reunidos y custodiados todos los periódicos publicados en el Reino Unido desde el siglo XVII y algunos son incluso más antiguos. ¡Son más de sesenta millones de periódicos! ¡Oh, *gosh*, cuando lo pienso yo misma me impresiono!

Grand y Violeta se dejan embelesar por la pasión que siente la joven. «Ya me gustaría a mí tener a una empleada como esta en mi hotel». Alice se toma muy en serio su trabajo, aunque sea en prácticas.

—¿Qué has encontrado? —pregunta la señora Lope.

—Esperen, esperen, tengan paciencia.

El capitán Grand sigue admirando el edificio mientras la bibliotecaria busca.

—Yo podría perderme fácilmente aquí dentro sin un mapa. —Sí que ha sucedido, sí. —Y se ríe al ver las caras de los dos vecinos de Bolví—. Perderse en un lugar lleno de pasadizos, estanterías y libros es una aventura que no hay que perderse. —Alice se ríe de nuevo encantada.

Mientras habla no para de teclear

— Es que esta biblioteca es magnífica y laberíntica. Y es mejor que la de Borges o la de Eco porque esta es real. —Deja la pantalla y los mira devolviendo sus gafas a la cabeza—. ¡Ya está!

—Alice, te llaman por teléfono, dicen que es urgente. —Un hombre mayor que ella con un chaleco clásico de rombos y una camisa de rayas debajo aparece ante ellos.

—Miren, aquí hay algunos artículos escritos por ella y algunos que hablan de ella. Les dejo. Seguro que es mi madre al teléfono, que no sabe qué ponerse de ropa. ¡Vuelvo enseguida!

Alice desaparece sin que puedan darle las gracias. Ante ellos tienen una lista de artículos del periódico *The Guardian*. El nombre de Angelica Blurton aparece en casi todos como autora de los documentos. Por los títulos de sus escritos entienden que era corresponsal y viajaba mucho. Lo interesante, sin embargo, son las últimas entradas, seis artículos publicados entre mediados y finales del 1992. Los títulos revelan mucho e inquietan a Violeta y al señor Grand:

«La conocida periodista Angelica Blurton, ganadora de un premio del British Press Awards, desaparece misteriosamente», «Ninguna noticia nueva sobre la desaparición de Angelica Blurton», «La policía interroga a la familia de Angelica Blurton», «La investigación sobre la desaparición de Angelica Blurton en punto muerto».

—Aquí dice que interrogaron a John Paisley, «destrozado por la desaparición de ella». Y aquí pone que no denunció su desaparición. ¿No le parece esto extraño, señor Grand?

—Pues sí. Pero tenga en cuenta que Angelica era corresponsal y una mujer muy independiente. En esa época no todo el mundo tenía un móvil y muchas regiones estaban fuera de cobertura. Quizá John supuso que estaba trabajando... y con el paso de los días se vino abajo pensando que le había pasado algo.

—Sí, es una explicación lógica, pero mi intuición me dice que hay algo más. Esa última postal de John en la que dice «ha sucedido algo horrible» un mes antes de que empezaran a buscarla.—También es posible que discutieran, que ella le dejara. Aunque lo de «ha sucedido algo horrible» suena a algo más grave, más definitivo.

—La policía dejó de buscarla, pero ellos nunca tuvieron en sus manos la postal que tenemos nosotros.

—La desaparición se hizo oficial el 3 de julio de 1992 y la última postal de John es de principios de junio.

—Sí, eso es: exactamente un mes entre esas palabras y la desaparición confirmada por la policía.—Y durante este mes Pepe Rigau vino a Londres.—

Me pregunto en qué cosa pudo Pepe ayudar a John, qué pudo venir a hacer aquí. Pepe no era un hombre muy hablador, no me lo imagino reconfortando a John ni podía ser útil como intermediario en nada porque no hablaba inglés.

—Sí, es intrigante, la verdad sea dicha. Me alegro de haber venido, señor Grand.

Violeta le sonríe y se frota las manos. «No hay ninguna pastilla mejor para revivir y reverdecer que quitar el velo a una ocultación». Hay que hacer fotocopias de estos artículos, a Callahan le gustará tenerlos.

—Si usted lo dice... Yo no veo al hijo de John muy interesado en nada.

—Se equivoca con Callahan. Es un hombre sensible con un ritmo de vida diferente, nada más.

Alice vuelve ágilmente sobre sus tacones y se sienta con ellos.

—¿Qué le pasó a Angelica Blurton, lo han descubierto? ¿Y quién es Callahan? —Alice ha vuelto y no ha perdido la curiosidad por el asunto—. ¿Queréis un *jelly bean*? —Les muestra el contenido de un pequeño estuche de flores que lleva en la mano. Hay pequeños caramelos de colores—. ¡Oh, *gosh!* ¡No sean carcamales! ¡Cojan uno, no se hagan de rogar! Aquí nadie nos ve.

Los dos cogen un *jelly bean* y se lo llevan a la boca sin decir nada.

—Así me gusta, señores, la vida son dos días y hay que endulzar cada hora que pasa. Me tienen ustedes en ascuas: ¿qué pasó con la periodista?

—Desapareció, parece que la policía no pudo encontrarla. Y Callahan es hijo de ella. Hasta hace tres días pensaba que era hijo de una familia española, la que lo adoptó.

—¡*Gosh!* Y ahora ha descubierto que su padre y su madre eran ingleses. Qué fastidio, los ingleses somos tan aburridos.

—Yo no diría eso —dice el señor Grand mirándola con una sonrisa.

—¿El padre biológico sigue vivo?

—No. John Paisley murió hace seis meses.

—Pues qué pena, tendréis que volver a la península con malas noticias: su padre muerto y su madre desaparecida...

—No, no. El hijo, Callahan, no vive en España, sino aquí. Tiene una tienda de antigüedades en Portobello que le dejó su verdadero padre. De hecho, la tienda se llama Angelica. Fue otra pista clara de que él tenía que ser el hijo de ambos.

—Qué interesante. Ojalá pudiera ayudarles más. ¡Ups!

Sin querer la señora Lope ha empujado con el codo el estuche que estaba sin cerrar y los *jelly beans* han caído al suelo. Alice piensa rápidamente. Coge una hoja de papel y la pasa como una pala por el suelo. Los mira y les pide silencio mientras se ríe y recoge las pequeñas gominolas de colores. Cuando termina la señora Lope le habla más detenidamente de las postales y de su contenido, y de la fábrica y de cómo encontraron las postales en Las Casas de los Ingleses. La curiosidad de Alice aumenta, solo hace que llevarse la mano a la boca con sorpresa.

—Para el gato. —Alice señala los *jelly beans* recogidos del suelo.

—Queremos hacer fotocopias de estos artículos, ¿es posible? —El señor Grand mira el reloj, les ha pasado el día rápidamente.

—Claro, yo me encargaré. Déjelo en mis manos. Si acaso, podría llevárselos yo esta tarde al hotel, está aquí al lado. Podríamos quedar en el bar. —Alice ya saborea el cóctel y les mira inquisitiva.

—Ya no nos alojamos en Saint Pancras. Ahora estamos viviendo en casa de Callahan, el hijo de la periodista, en Portobello, está más lejos.

—¡Oh, *gosh!* Es una lástima, pero está bien. No me importa. Entonces la dirección donde están ahora es una tienda de antigüedades en Portobello Road con el nombre de Angelica.

—Perfecto.

—Pasaré mañana. ¡Como me gustaría que hiciera buen día! Mi piel es mucho más resplandeciente con un poco de sol. Aquí dentro parezco una raíz bulbosa.

La señora Lope ha sacado una de las postales que compró el otro día y garabatea unas palabras velozmente. Quiere enviarla hoy.

—Prepararé algo de comer y te quedas —dice Violeta sin quitar la vista de la postal—. Prepararé algo casero, todos en esa casa lo necesitan, todos tienen a sus madres demasiado lejos.

—Tu madre, Alice, ¿vive en Londres contigo? —Violeta recuerda la llamada telefónica de antes.

—No. Vivo sola y estoy sola. —Alice se ríe de sí misma—. ¡Oh, *gosh!* no entiendo cómo me resulta tan fácil confesar cosas tan íntimas!

«Otro gato sin cascabel», piensa la señora Lope mientras la coge de los brazos y le da un beso cariñoso.

—Un último favor, ¿puedes echar esta postal?

*Hola, contertulios,*

*Saludos desde la capital de los ingleses. Nos ha parecido apropiado mandar una postal en vez de llamar. Noticias frescas:*

*¡John Paisley no murió en el río! Y el hijo de Pepe Rigau resulta que no es hijo de Pepe, sino de John Paisley. La pena es que John murió hace unos meses y todavía no sabemos qué pasó. Hemos hablado con el hijo, Callahan, que es el niño del que hablan las postales. No sabe nada sobre sus verdaderos padres.*

*Nos vamos a quedar unos días más para descubrir dónde está la madre, Angelica Blurton. Esta mujer sigue siendo un misterio.*

*Nos veremos pronto y la próxima tertulia en Bolvi la haremos con té.*



# Capítulo 15

—Esto no me gusta —dice Rufino después de escuchar a su mujer leer la postal en voz alta.

—¿El qué? —pregunta ella, que está a su lado en la recepción del hotel.

—Lo del té. —Rufino lleva una ramita de romero en la boca como si fuera un cigarro.

—Ya, tú vas a lo tuyo.

—¿Qué quieres? Sin licor la vida tiene otro color.

—Espero que estos dos no se metan en ningún lío. Y tienen al nieto con ellos. Una ciudad tan grande... pueden pasar tantas cosas...

—¡Remedios, no se angustie! —Alguien grita desde lejos.

La joven Cordelia aparece en la recepción del hotel. Ella ya ha visto la postal a primera hora de la mañana. Sabe que durante el día de hoy pasarán todos los vecinos a leerla.

—Los ingleses son un pueblo muy ordenado.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Que donde hay orden hay menos sobresaltos.

—¡Sí, pero para vivir hay que sobresaltarse! —grita Giacomo desde alguna parte del hotel.

—¡El italianini! —grita Rufino a modo de saludo—. ¡Pensé que estarías arreglando el tejado de tu casa!

Todo el pueblo sabe que la joven pareja tiene goteras.

—¿Qué hace él aquí? —Remedios quiere saberlo todo.

—Falla el wifi.

—Ya, y él lo arreglará... —Hace un gesto con la mano y continúa—. ¿Y vuestro hijo?

Cordelia señala los pies de Pablo, el joven recepcionista. El bebé está metido en una caja de cartón, detrás del aparador; descansa sin importarle lo

más mínimo el trajín cotidiano. Lleva un gorrito en la cabeza del que salen dos largas orejas de conejo. Por la puerta del hotel aparece la señora Rafilettete.

—Bueno, ¡ya estamos todos! —Rufino sonrío y saluda a la contertulia con la mano.

Su esposa también la saluda y le enseña la postal.

—Lo importante es que estén bien. Yo siempre lo digo.

—Pero ¿quién les manda hacer un viaje tan lejos? Solo para saber la verdad —dice Remedios fastidiada por las decisiones que toman los demás.

—Sí, tiene usted razón, no será para tanto. Saber la verdad es algo que no hace tanta falta. —La señora Rafilettete reflexiona sobre lo que acaba de decir.

—¡Pues claro que no! No es asunto nuestro. A nosotros ya nos basta con llegar a final de mes. A Rufino esta semana se le han puesto malas dos cabras y no dan leche. Queríamos hacer unos quesos. ¡Nuestro gozo en un pozo!

—Por cierto, tengo que hablarles del queso.

—Aquí hay corriente de aire, yo lo noto. —La señora Rafilettete se enrolla un pañuelo muy discreto que lleva en el cuello como si fuera una bufanda invernal y se sienta en un sillón muy elegante que hay frente al mueble de la recepción—. El aire de mar consuela, pero el de la sierra hiela.

—No será para tanto —dice Rufino.

—Las corrientes de aire son muy malas —insiste la más anciana de los presentes—. Sé de mucha gente que...

—¿Ahora vamos a hablar de las corrientes aire? Pues no. Señora Rafilettete, ¿no ha oído a Cordelia? Iba a decir algo sobre nuestros quesos. —Remedios mira a su vecina impacientada y le hace señas para que pare de lamentarse.

—Voy a mirar si hay alguna ventana abierta en la cocina. —Pablo desaparece por una puerta invisible, integrada en la pared de la recepción.

—Sí, sobre eso. Hay un cliente que quiere llevarse cinco quesos el viernes cuando deje el hotel. ¿Podrán traerlos?

—Claro, niña, claro. Buf... —Remedios respira aliviada—. Esto nos ayudará un poquito. ¿Quieres que te traiga alguno más para el hotel?

—Sí. Otros dos. —Cordelia sigue al pie de la letra la filosofía de la dueña, que es ofrecer calidad; las comidas que se preparan aquí solo



contienen productos artesanales locales. Son siempre platos sencillos y honestos, también hogareños y succulentos.

—¿En la postal no dicen cuándo van a volver? —pregunta la señora Rafilettete.

De improvviso el bebé de Giacomo y Cordelia se despierta y se deja oír. Los Blas acuden detrás del mostrador y empiezan a ponerle caritas y a hablarle el idioma de los bebés, que es muy simple: hay que terminar todas las palabras en ‘-ito’ o ‘-ita’. El primero en alejarse de nuevo es Rufino que tiene una nariz muy fina y comprende que el niño viene con sorpresa.

—Seguro que se ha despertado por la corriente de aire —insiste la señora Rafilettete.

—¿Cómo le va a llegar el aire a este infeliz? ¡Si lo tienen metido dentro de una caja! —Los enjuiciadores labios de la señora Blas caen hacia abajo por los lados y mueve la cabeza consternada. La mujer de Rufino se acerca un poco más al bebé, quiere cogerlo en brazos, pero se para en seco y empieza a olerlo con atufó. Al momento se echa para atrás al comprender que el hedor proviene de los pañales de ese pequeño ser que se mueve nervioso dentro del embalaje de cartón.

—Rufino, ¿no teníamos nosotros que hacer un encargo en el pueblo? — Remedios coge la chaqueta de su marido y le insta a ponérsela rápido—. Hay que irse. Por cierto, ¿ya habéis puesto nombre a esta cosilla?

—No, todavía no. —La señora Blas siempre consigue intimidar a Cordelia—. Pero estamos a punto, a punto estamos.

—Parece que no era la corriente de aire. El bebé se ha cagado. —La pestilencia llega hasta donde está sentada la señora Rafilettete que, dadas las circunstancias, decide levantarse e irse con los Blas.

Rufino se despide a gritos de Giacomo, que sigue en alguna parte del hotel arreglando el wifi; le dice que si necesita ayuda con el tejado solo tiene que silbar. Los tres se apresuran a salir por la puerta mientras saludan a la joven madre. Aunque no abandonan el hotel sin aconsejarle sobre cómo hay que limpiar el pompis a los niños y embadurnarles después con una buena pomada para que no se les irrite la piel. Los vecinos no saben que quien va a cambiar los pañales al bebé será Giacomo, un hombre entregado al goce matutino de ser padre.

Hola, padre:

*Ahora que Mercedes se ha casado recuperareis la tranquilidad en casa, ya no tendréis que aguantar a ese bicho de mi hermana.*

*Aquí todo sigue bien. Hoy echaba las cuentas y ya llevo en Londres cinco años. Vaya, ni yo mismo me lo creo... Lo raro es que me siento cada día como un recién llegado, esta ciudad es tan grande, hay tantos lugares a donde ir. Pero no me siento un extraño. Y tampoco me siento solo.*

*Aunque me gustaría tener una novia. Entre tú y yo, nada de decirlo a madre: aquí hay muchas chicas y de todas partes del planeta. Y ligo más. A John no le importa que salga con amigos y que vuelva con una chica a casa. Es un buenazo como tú. Pero no son novias, tú ya me entiendes...*

*Os volveré a escribir pronto, lee la postal a madre, pero no toda, solo algunos trozos, ya sabes.*

*Abrazos,*

*Callaban*



To:  
Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos

# Capítulo 16

El cielo es de domingo, impoluto y claro. Las nubes siguen pequeñas y perfectas, mejores incluso que las pintadas por Rafael.

Dominika está fuera, ayudando a Cal a montar la parada ambulante que cada fin de semana les permiten tener en la calle. Portobello es el mercado de antigüedades más célebre de Londres, y para el joven inglés representa la mejor oportunidad que tiene de vender algo. La calle se transforma, se llena de gente y el ambiente es festivo, lo cual favorece el comercio y todo tipo de transacciones.

El nieto del señor Grand ya conoce el mercado porque pasó el sábado en la tienda con Cal y Dominika, mientras su abuelo y Violeta andaban tras la pista de Angelica Blurton en la British Library. Como era de esperar Ian estaba eufórico cuando volvieron ayer. La experiencia de vendedor le encantó. Les contó que toda la calle se llena de paradas y de miles de personas de diferentes países. Vio músicos callejeros y muchos lugares donde vendían comida exótica que no había visto en su vida. Les explicó que ya conocía el oficio, los distintos estilos de relojes de la tienda del inglés, y que sabía para qué sirve cada uno de los cachivaches que vende. También les comentó que el hijo de John es un gran comerciante porque tiene una «estrategia de mercado». El inglés contrata a la atractiva Irina cada fin de semana. La inquilina rusa, que quiere ser modelo, se viste muy sexy y se pasea por delante de la tienda. «¡Y atrae a muchos turistas! ¿Os lo podéis creer? —les decía Ian entusiasmado—. Callahan es más listo de lo que parece». Aunque unas horas más tarde, cuando Ian ya estaba durmiendo, descubrieron que esto fue idea de Dominika y no del joven Paisley.

—Hoy no puedo ayudarte, Cal, me han llamado para un casting de un catálogo de ropa interior. —Irina lo suelta mientras tiene sus largas uñas y su mirada en el móvil de última generación. Ha salido de casa vestida para atraer a toda la población masculina de la capital.

—¡Oh, *blimey*! Si te cogen, quiere decir que saldrás en ropa interior en un catálogo. ¡Oh! —Callahan se ríe tontamente, como si le hubieran contado una broma subida de tono.

—¿En *surio* te vas? —Dominika se pone a decir tacos en polaco.

Callahan deja de pensar en su inquilina rusa desnuda y escucha atentamente los tacos. Le encantan.

—Adiós a la pasta hoy. —La joven polaca sabe que sin ella no van a vender nada.

—¡No hay problema! Yo haré el trabajo de ella —dice Ian, que también ha bajado para ayudar en el montaje.

—¡Tú no puedes hacerlo *pequeñojo*. *Eris* un niño!

—Yo atraeré a los clientes. Confía en mí.

—Buen rollo —dice Callahan y choca esos cinco con Ian.

—Y otra cosa, Cal, la casa huele mal. Te lo he dicho mil veces. —La rusa ni le mira—. El pasillo huele mal, las escaleras también huelen mal. Haz algo o no te pagaré el alquiler. ¿Me has entendido?

El señor Grand y la señora Lope también acaban de salir de la casa. Saludan a todos y miran asombrados el ambiente de Portobello Road. Ian abraza a su abuelo y después a ella como si hiciera días que no los ve. Es un abrazo de agradecimiento, está convencido de que son los mejores días de su vida, que nunca vivirá otros mejores. Violeta también le abraza, lo aprieta con fuerza y le da un beso de buenos días.

—¿Has dormido bien, mozalbete? Esta mañana te has levantado muy temprano.

—Es que no quiero que Cal abra la tienda sin mí. Ayer me lo pasé bomba, pediré al abuelo que me deje quedar aquí. Vosotros os vais de paseo y yo me quedo aquí.

Violeta ve que Dominika habla con la rusa acaloradamente.

—¿Qué sucede?

—La guapa no quiere pagar el alquiler porque la casa apesta —dice Ian.

La señora Lope también ha notado que en algunas ocasiones en la casa del inglés hay un olor extraño y repulsivo. Mira al señor Grand, quien con la cabeza le da a entender que él también puede olerlo.

—Sí, es posible que sea algún bajante. Hablaré con William y lo miraremos. —El abuelo de Ian se siente en deuda con Callahan porque les ha pedido muy poco de alquiler por los días que estarán en la ciudad.

—Pero creo que ahora discuten por lo que os expliqué ayer. Irina se pasea por delante de la tienda y atrae a muchos turistas y hoy quiere irse...

—Ya entiendo, van a perder la mitad de sus compradores potenciales.

—¡Necesito un donut, *buen grande*, y con mucho azúcar *enzuma*! —dice Dominika acercándose a ellos a zancadas mientras la rusa se aleja calle arriba.

—¡Sí, Sí! ¡Vamos a buscar donuts como ayer!

La polaca no se deja vencer por el enfado y se ríe pródigamente. La socióloga que hay en ella recuerda las debilidades humanas y lo ridículos que somos todos ante ellas. Lleva un jersey de lana de color azul con el diseño de un perro terrier que mira a la señora Lope con cariño.

—Y tú, Dominika, ¿no podrías hacer lo mismo que hace ella para atraer clientes? —le dice Violeta al oído.

—Jo, jo, jo. Eres una mujer muy *brimista*. Los hombres se fijan en mujeres con la ropa ajustada, con *sojetadores* de puntilla y *unos* bragas pequeñas marcadas en el *triserero*. Y eso no soy yo.

—¿Por qué no me escucháis? Yo puedo atraer clientes. —Ian les interrumpe porque no se toman seriamente su propuesta.

—Un niño... ¡Oh, *blimey*!, pero los niños no tienen dinero.

—¡No seas zoquete, Cal! Quiere *atrair* a los mayores. Mmm... Puede ser una buena *ocarrencia*.—El señor Grand y yo nos vamos a desayunar. Volveremos dentro de unas horas y me pondré a cocinar. ¿Habéis dicho a los demás lo de la comida de hoy?

—Estaremos todos menos Olesya, que tiene trabajo.

—Pues podrías invitar a tu amiga la pastelera, ¿cómo se llamaba?

—Ania. La llamaré. Si hoy no trabaja, seguro que viene.

—Me imagino que también tiene a toda su familia en Polonia.

—Sí, *puos* claro, como todas.

—Llámala, llámala, que se pase, dile que hay comida casera. Y es domingo.

Cal se mete dentro y vuelve con dos relojes antiguos. Mira a la señora Lope con actitud dubitativa y después mira hacia el aparador de la tienda. Ayer por la noche le contaron lo que descubrieron en la biblioteca sobre su madre.

—A veces me parece que el viejo John está miráááándome desde detrás de los cristales del aparador. Ahora mismo, me lo ha pareciiiiido. —Se retuerce por el escalofrío que recorre su cuerpo y sigue—: Mi padreeeee... el viernes hubiera jurado que estaba en casa con nosotros comiendo comida china y bebiendo una cerveza. En su sillóóóón. ¿Tendrá algo que decirme y por eeeeeeso no se va?

El señor Grand oye lo que dice, pero evita intervenir. Violeta y Dominika le miran algo espantadas. Hace unos días que Callahan está más extraño de lo normal. No es la primera vez que insinúa que se le aparece su padre, pero últimamente es un tema recurrente.

—Pero esto no puede ser, ¿verdad? —Violeta duda y mira a la joven.

—¡Oh, eres un zoquete, Cal! Nosotros somos dos *mujores*, ¿qué quieres? *Asostarnos*. Esto es un *negucio*, una tienda. No es una casa donde hacen sesiones de *espiritismo* con fantasma incluido.

—Si atraigo a clientes, ¿tendré un sueldo? —pregunta Ian, que ha estado valorando su primera incursión en el mundo del trabajo.

—Mmmm. —Callahan se hace el longuis—. Ya vereeeemos.

—¡Cómo eres, Cal! —grita Dominika. Va a donde está el niño, le coge de la mano y tira de él para llevarle con el inglés—. Cuando termine el día, el *ticaño* de Cal te dejará escoger un objeto de la tienda y te lo podrás *quidar*, ¿qué te parece el trato?

—¡Trato hecho!—¡*Blimey!* Pero algo pequeñiiiito, chico...Callahan hace muecas, pero la polaca mira al niño y le dice que no le haga caso.

Ian abre mucho los ojos y aprieta los labios por la emoción.

—¿Seguro que no quieres venir a desayunar con nosotros? —pregunta el capitán Grand a su nieto por última vez. El pequeño se acerca, le abraza de nuevo y después le empuja para que se vaya. Todos se dispersan, todos tienen cosas que hacer. Hay decenas de comercios en Portobello Road y sus propietarios y trabajadores se preparan para recibir un alud humano que se

desploma sobre el asfalto de la calle cada fin de semana como una masa de lava se desplaza hacia abajo parsimoniosamente.

La transformación de esta calle londinense es prodigiosa. Hay tantas paradas ambulantes y objetos curiosos. A algunos les faltan años para llamarse antiguos, pero eso importa poco en este lugar. Todo es infinito. La señora Lope avanza entre la gente como una turista más. Han caminado calle abajo y se han alejado de Angelica's Antiques Shop. Los dos vecinos de los Pirineos curiosean. Ella se detiene en una tetera en forma de casa inglesa decorada con un despliegue de vibrantes flores de colores que llama su atención. Mira en la base y ve que está a buen precio. La tienda donde se encuentra se llama Memorabilia. Más que antigüedades lo que hay en el comercio son trozos de historia cotidiana en forma de electrodoméstico, de ropa, de sombrero de fieltro o de cartel publicitario de otra época. Todo es anterior a internet pero posterior a la Segunda Guerra Mundial. Con esto se dice todo.

El señor Grand descarta su hallazgo, le advierte que la tetera no tiene ningún valor, pero a Violeta le da igual. Le parece bonita y está como nueva. Mientras la admira recuerda que tiene que comprar té antes de dejar la capital inglesa, té para ofrecer a los clientes de su hotel. Había oído hablar del té inglés, pero fue el otro día en el salón de té de Oxford Street donde degustó las excelencias de estas hojas y sus múltiples combinaciones con flores, especias y frutos. «Nada que ver con el café, por mucho que algunos quieran ponerlo de moda por las ganancias que les deja. Vivimos tiempos dudosos, la gente debería confiar más en sí misma y menos en los demás».—Voy a comprarla. Veinte libras no me parece ninguna fortuna. Le encontraré un sitio en el hotel.

La señora Lope mira de reojo al señor Grand. Por una décima de segundo le parece ver a alguien que se escabulle entre la multitud al girar ella la cabeza. Él está absorto en una colección de variopintos objetos militares de una parada contigua. Violeta paga y va junto a él.

—¿No le ha parecido ver a alguien observándonos hace un momento?

—Ahora que lo dice, está lleno de españoles.

—No me refiero a los turistas. ¿De dónde sacarán estos artilugios? —La señora Lope mira la parada con asombro—. Esto es una granada de mano, ¿verdad?

—Se pregunta usted de dónde las sacan: de los trescientos años de imperio —responde Grand.

—Ya. ¿Sabe una cosa?, hace un momento me pareció que nos espiaban. Qué tontería, déjelo, no he dicho nada.

—No quería inquietarla, pero ya que saca el tema, a mí también me lo ha parecido.

Los dos siguen avanzando entre los curiosos que están apostados en las paradas, pero ahora tienen un ojo en la espalda. Les sobran años a ambos para saber que no se equivocan y que hay alguien que les observa. El ambiente que se respira en Portobello es tan jovial que resulta imposible pensar en algo siniestro; aun así no consiguen imaginar quién puede ser la persona que les vigila. Se detienen en una tienda de muebles donde hay una gran chimenea del siglo XVII en el aparador, es una obra de arte. «Son incontables las veces en que la artesanía supera al arte». Los dos sienten una presencia a sus espaldas y sin mediar palabra se dan media vuelta para sorprender al espía.

—¡Oh, *gosh*, qué susto me han dado! He estado a un tris de caerme al suelo.

Es Alice, la empleada de la British Library que conocieron ayer, con su cara pizpireta. Su vestuario no es el de un espía, nada de gabardinas y sombreros que ocultan el rostro. Lleva un birrete *vintage* de color crudo con unas finas y elegantes cenefas en azul y rosa pastel. Su pelo liso cae sobre sus hombros perfectamente.

—¡Alice! Nos tenías asustados. Ya hace un rato que vienes detrás de nosotros...

—Sí, así es. Debo confesarlo, soy culpable. Los he visto por casualidad. ¡Oh, *gosh*! No es la primera vez que lo hago. Cuando veo a alguien que conozco me gusta seguir sus pasos sin que me vea. A veces pienso que tiene relación con el hecho de que sea bibliotecaria. —Debajo del brazo lleva una carpeta y lleva un abrigo *vintage* ceñido a la cintura.

—Por Dios, mujer. Quizá lo tuyo era verdaderamente la MI5 y no la BL5 —dice el capitán Grand mirándola.

—¡Oh, *gosh*! Lo siento, no era mi intención asustarles. ¿Se han fijado en la enorme cantidad de espejos que venden? ¡No sé por qué, pero estos objetos



me hipnotizan! Les he traído las fotocopias de los artículos para su amigo, el hijo de Angelica Blurton.

La señora Lope mira el reloj.

—Es temprano. Quédate con nosotros. Después iremos a ver a Callahan y si no te importa ayudarme en la cocina...

—Haré lo que pueda. Soy muy mala cocinando, pero si me da instrucciones claras... ¿Tiene algún libro de cocina, una receta escrita en una pantalla?

—No necesitamos libros ni pantallas. Ya verás.

—¡*Gosh!*, sin libros, sin internet, ¡qué emoción!

En la tienda de Callahan las ventas van viento en popa. El pequeño Ian, como un saltimbanqui de feria atrae las miradas de los curiosos y les arranca una sonrisa tierna. Muchos se acercan y el inglés hace negocio. La mayoría de las ventas son objetos pequeños, sobre todo relojes de bolsillo. Una señora que ha entrado en la tienda se interesa por la taza que Callahan utiliza para beber el té y que ha dejado sobre el mostrador.

—¡*Blimey!* No puedo vendeeerla, no. —Cal la coge con las manos y la esconde tras él como un niño al que quieren coger un caramelo.

—Pero, déjemela ver, joven, solo verla. ¿Es suya? ¿Es la que utiliza usted? —La mujer insiste. Es una mujer madura, pero va vestida escrupulosamente.

—Sí, esta es mi taza de téééé. —Callahan mira el conejo dibujado en ella y le entra un deseo incontrollable de empezar a imitar al conejo en su baile angustioso por llegar tarde a ninguna parte. Pero se contiene porque está con una clienta.

—¡*Oh, dear, oh, dear, I shall be too late!* —Solo repite las palabras del conejo y se ríe tontamente—. No la vendo. Y ahoora meeeenos. Porque la persona que me dio esta taza resulta que era mi padre. —¿Su padre?

—Sí, y resulta que le gustaban mucho los relojes. —Callahan descubre de nuevo la taza y se la enseña a la clienta—. Este conejo es uno de los personajes de *Alicia en el país de las maravillas*. Fíjese, lleva un reloj de bolsillo, es un conejo que llega tarde. —El joven se ríe de nuevo mientras deja la taza en las manos de la clienta para que pueda verla bien—. Es una taza antiguaaaa —continúa—, tiene más de cien años, este dibuuujo del

coneeeejo es el que aparece en la primera edición del libro en 1865. La taza está pintada a mano.

La mujer examina la taza largamente y se produce un silencio. Callahan sigue con su plática.

—La taza era de mi padre, y murió hace unos meses. —Mira a la mujer buscando algo de comprensión, pero ella sigue con la mirada en la taza. Mira el objeto obsesivamente como si viera en él algo que los demás no pueden.

—Muerto...

—¡Oh, *blimey!*, la estoy aburriendo. Lo siento, soy un bocazas. Tengo otras tazas y relojes de Sèvres que le pueden interesar.

Por la forma de vestir de la cliente, Callahan intuye qué puede gustarle de su tienda.

—En ese caso —la señora se la devuelve—, tu padre ya no está. Ahora estás tú y la usas para beber el té, ¿no sería mejor guardarla en una vitrina?

—¡Oh, *blimey!*, no, yo la uso toodos los días para bebeeeer mi té.

—No insistiré. Has hecho tu elección. ¡Quién soy yo para despojarte de un objeto así!

*Hola, padre:*

*Ya estoy de vuelta en Londres. Espero que entiendas por qué no me quedé después del funeral. Es que me siento como un extraterrestre en la casa. Todo me parece irreal, como si yo perteneciera a otro lugar.*

*Todos la echaremos de menos. Empieza para ti una nueva etapa sin madre. Estoy cabreado contigo por no aceptar el ofrecimiento de John de venir a Londres. Sin madre en casa te vas a sentir muy solo. Sabes que no puedes contar con esa Barbie de periferia de Mercedes. Sé que en Las Casas de los Ingleses tienes a tus amigos y tu buerto y tu río para pescar. Pero padre, si en algún momento no estás bien, tienes que prometerme que cogerás el teléfono y yo te vendré a buscar.*

*Cal*



*To:  
Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

# Capítulo 17

La tarde es fría y oscurece temprano, el otoño avanza, pero hay tal ambiente en la casa del inglés que a nadie le importa la temperatura del día ni el hecho de que el sol se apague prematuramente. Y es que la burbuja urbana funciona a la perfección en Londres, hay siempre suficiente luz artificial como para que el tiempo real pase desapercibido.

La señora Lope ha preparado lasaña casera para diez jóvenes hambrientos y unos pollos al horno que había dejado macerar toda la noche en su mágico mejunje a base de hierbas y zumo. Ha hecho también unos flanes caseros que han acompañado con unas deliciosas pastas preparadas por Ania, la amiga de Dominika.

La cocina no es muy amplia, pero Violeta y Alice se las han arreglado para preparar suficiente comida para todos. Es la estancia en mejor estado de la casa. Los armarios y aparatos eléctricos son todos nuevos, no tienen demasiados años, aunque acumulan mucho polvo y manchas de sustancias que en su buena época debieron de ser comestibles. Tiene una mano de pintura de hace pocos años y a la señora Lope le parece extraña esta reforma viendo cómo está el resto de la casa. Esta mañana, cuando han empezado a cocinar, han encontrado un azulejo de la pared encima del microondas. «Se habrá despegado y alguien lo ha dejado allí». Han buscado el lugar de donde proviene el azulejo; lo han encontrado y han comprobado que en algún momento del pasado hubo un incendio en la casa porque la pared original de la cocina está completamente negra. Las dos coinciden en que hay un olor extraño en el piso y que el incendio podría ser la causa.

No han servido la comida hasta que se han sentado todos a la mesa. Y han comido tarde porque han esperado a que el mercado hubiera plegado velas. El nieto de Grand era el que más cansado estaba y también ha sido el que más ha comido. Se ha pasado la mañana atrayendo a clientes. Se ha disfrazado con algunos objetos que tenía Cal en la tienda; un bombín, un bastón, una corbata

que le llegaba a las rodillas y un chaqué muy elegante que le llegaba a los pies. Con su inglés de estudiante ha hablado a los paseantes de las maravillas de Angelica's. El resultado de su buena disposición y empeño ha sido inesperadamente bueno. Callahan ha salvado el domingo y ha tenido ganancias.

Como lo prometido es deuda, al final de la jornada Ian ha tenido su recompensa. Ha escogido una austera cajita de madera sin pretensiones, pero que contiene algo fabuloso: un rey y un rebelde de metal, dos figurillas que caben perfectamente en su bolsillo del pantalón. Diversión portátil y con historia. La figura real es un príncipe medieval sobre un caballo blanco; sostiene una espada en alto que no termina nunca y va elegantemente ataviado con una capa encarnada que le cae por la espalda. El rebelde no es un mendicante, sino un luchador, un hombrecillo con un ingenioso traje verde ceñido a su esbelto cuerpo. Su misión era robar a los que roban. Para gloria suya y de los suyos, este personaje ha ganado mucho más que cien años de perdón, ha conseguido la indulgencia eterna. Vivió en los bosques, oculto entre el follaje de los árboles. El camuflaje es la principal arma de los luchadores, de los *antistabishment*. El ladrón de ladrones sostiene en alto un poderoso arco que tensa con toda sus fuerzas, listo para lanzar una flecha que será capaz de pasar entre los arbustos y la maleza y dar en un blanco limpiamente. Ian está eufórico con su regalo. Juega con las dos figuras sentado en el sofá sin más mundo a su alrededor que el de su fantasía.

Los demás están todos a la mesa charlando de todo un poco. Es una mesa ecléctica, llena de color. No hay ni una sola silla igual a la otra; ni tampoco platos iguales, ni copas, ni servilletas ni cubiertos. Violeta se siente joven rodeada de todos esos chicos. Les observa desde su silla roja de escritorio con sus ojos de ardilla y disfruta de la anonimato que le da su edad. «A los jóvenes les atrae la juventud. Ellos no miran con el corazón, sino con los ojos. Pero siempre hay la excepción que confirma la regla». Presta atención a William, el vecino. El chico que aparece y desaparece, el chico que ayuda a Callahan en las chapuzas, que no vive en la casa pero que con frecuencia se deja caer para ver si necesitan ayuda. Se supone que la razón de que se pase con frecuencia es para ver el espectáculo: chicas jóvenes, bellezas raras, todas compartiendo el mismo techo. Pero su mirada va más allá, tiene esos

ojos que son capaces de desnudar el alma. Sus intervenciones siempre son una ráfaga de significados solapados, su mente inquieta que no le deja descansar. Desde que ha sabido el misterio que guarda el pasado de Callahan, sus visitas a la casa son diarias. Al igual que Dominika ve a Callahan como una criatura singular que necesita ayuda, y ahora todavía más si cabe. No es fácil hacerse a la idea de que eres otro, de que tienes otra identidad.

William es de esos hombres que va más allá de la anodina conversación. Es como un médico de las profundidades que reconoce la falacia y la verdad. Y la casa, esta casa... Algo siente, algo le dice que entre estas cuatro paredes algo está sucediendo. La señora Lope también nota algo extraño, por eso siempre que Will habla le escucha con atención, intuye que nada de lo que dice ese chico es banal. Durante toda la comida ha preguntado detalles a los demás sobre el olor de la casa. La señora Lope entiende que hay algo en la vivienda que le trastorna. «Quizá tenga razón y sea el fantasma de John Paisley», Violeta sonrío consigo misma. Recuerda que el señor Grand le ha explicado la conversación que tuvo con William sobre el fantasma de la casa del inglés. «A mí también me parece, a veces, que hay algo que nos mira. Callahan siempre tiene esos escalofríos y le parece ver a su padre». Hoy no corre la cerveza, sino el vino que ha comprado el señor Grand para todos. Violeta termina el que tiene en su copa y le pide al joven vecino que le sirva un poco más.

—El precio de las cosas debería depender del mérito, jamás de los adjetivos.

—¿Lo dices por el vino, William?

—Por supuesto. Dígame una cosa, señora, ¿podría yo participar en una de sus tertulias allá en los Pirineos?

—El señor Grand te ha hablado de nuestros sábados por la tarde.

—Sí, él y yo hemos hablado de todo.

—Creo que eres lo suficientemente habilidoso para participar en una de las tertulias y salir ileso.

Oyen que alguien sube la escalera. Es Larry, el amigo fiestero de Callahan.

—¡Fiesta en casa del español, fiesta en casa del español! —grita mientras sube las escaleras.

—¡Eres un *zocote*, Cal! ¿Cómo has invitado a este *desperdicio* humano?

—Dominika está furiosa. El amigo de Cal no le cae bien.

—Larry. Ahora sooooy inglés. Ahora esta es la casa del inglés. — Callahan lo dice como si su colega faltara al respeto a John Paisley, su verdadero padre—. Oye, Larry, esto es una comida, no te paseees, que te conozco.

—Quédate tranquilo, colega. ¿Cuándo te he fallado yo? Callahan se pone a pensar y levanta la mano porque empieza a recordar ocasiones en las que su amigo le ha dejado colgado. La joven polaca se lleva las manos a la cabeza.

—Llegas muy tarde, Larry —le dice la despampanante rusa que ha vuelto de su casting sin buenas noticias, pero a buena hora para comer con los demás.

—Yo nunca llego tarde, cuando yo llego es cuando empieza la fiesta — dice Larry dándose la vuelta para que todos admiren su figura y su estilo. Hoy ya no tiene la cara tan roja, pero su aspecto es horrible porque ha pasado una semana y se le está pelando la piel de la cara y el cuerpo. Va directo a poner música, pero no le pasa por alto que hay dos mujeres que no conoce sentadas a la mesa y que hay comida sobrante en las bandejas. Coge al vuelo un trozo de pollo y, con la boca llena, el desafecto Larry se acerca a la joven Alice.

—Soy Larry, preciosa. —La coge de la mano y le da un beso burlón, como si ella fuera una dama de la aristocracia. Sus labios grasientos de comida quedan impresos en el dorso de la mano de ella.

—¡Oh, *gosh!* Nunca me habían saludado de tal forma. Quizá me he excedido con el vestido —dice Alice incómoda y sonrojándose por la teatral presentación. Debajo del abrigo que llevaba esta mañana había un vestido rosa pálido muy elegante con bordados en el borde de la falda y en los puños de las mangas y en el cuello. Totalmente de otra época.

A Callahan le molesta el comportamiento burlón de su amigo con ella, pero no dice nada. El inglés está sentado al lado de la bibliotecaria. Por alguna razón desconocida para él mismo, siente la necesidad de estar cerca de esta chica nueva que le han presentado esta tarde. Quiere estar a su lado, aunque se le dispara el corazón cada vez que ella le mira tímidamente. Larry sigue con su técnica de acecho a Alice y al final Cal decide actuar. El joven inglés se coloca entre ella y su amigo que sigue de pie. Pero Larry no cede. Callahan se acerca más a Alice; lo hace mirando con interés el broche que lleva ella en el pecho. Se da cuenta de que es antiguo, seguramente de plata y con incrustaciones de pedrería en forma de ramillete de flores. Ella se

ruboriza de nuevo ante la mirada perdida pero incisiva de Callahan sobre su pecho.

—¡Oh, *Gosh!* ¡Olvidé los papeles en la tienda! —dice Alice de sopetón levantándose—. Se me ha ido el santo al cielo. Cuando nos presentaron, los dejé en una mesa de la tienda. —Cierra su pequeña boca delimitada por el pintalabios y mira a Callahan como una pequeña ratoncita en busca de ayuda para que la saque de las garras de Larry. El resto de los comensales la mira. La joven bibliotecaria ya ha sido presentada a todo el mundo y todo el mundo ya conoce a Alice. Esto no quiere decir que los demás la entiendan. Larry se rinde y se aleja de ellos. Los demás pierden interés y vuelven a sus charlas.

—Tengo que ir a buscarlos, quiero enseñarte algo. —Aguarda a que Callahan reaccione, sus finos labios pintados se reúnen en el centro de su boca como si se dispusiera a tirar un beso al aire.

—¡*Blyme!* ¿Vas a besaaaarme? —Callahan está desconcertado.

—¡Oh, *gosh*, no! ¿Yo besarte? No, no. Esto no quiere decir... Ups, me callo.

—Como me miiiiiras y haces esto con la boca...

—¡Oh, *gosh*, no, no! Esta es solo una de mis poses. La gente siempre me malinterpreta.

—Bueno, si un día quiereees... —dice Callahan en voz baja y retorciendo el cuello hacia un lado como si fuera un alambre.

—¡Oh, *gosh*, eres un hombre muy veloz!

—Es que en un minuto hay muchos díííías. Esto es lo que me dice siempre William.

—¡Oh, *gosh!* Siendo así... Yo solo quería enseñarte los artículos sobre tu madre. He encontrado al policía que llevó la investigación. Tu madre tiene un bonito nombre: Angelica. He visto que tu tienda también se llama así.

—¿Quieres un poco de vino, bella flor? —Larry aparece de nuevo y agasaja a Alice. No quiere dejarla en paz. No le gusta que Callahan muestre tanto interés por ella y le pisa los talones a su amigo. Callahan se retira momentáneamente. No es su deseo, pero está acostumbrado a que Larry acapare toda la atención de las mujeres.

—¡Oh, *gosh*, no! Ya he bebido bastante. Esto del vino no es para mí. Yo soy una mujer de cervezas y de sidra tomada a pequeños sorbos; pero es muy



amable de tu parte. —Alice intenta saltarse la presencia de Larry delante de ella y se balancea hacia un lado para ver a Callahan de nuevo.

—¿Vamos a buscar las fotocopias sobre tu madre, joven Paisley? —Alice está incómoda porque Larry está muy cerca de ella y no guarda la distancia de seguridad entre personas a la que ella está acostumbrada.

—¡Oh, *gosh!* Tengo que decirlo: no pareces inglés, estás muy cerca, demasiada intimidad para mi gusto. Me falta el aire. —Alice se siente atrapada. Callahan no aguanta más e interviene.

—Sí. Vaaaaamos a la tienda, ahooooora. —El hijo de John se pone otra vez entre Alice y Larry. Sin mediar palabra, la coge de la mano y se la lleva.

Alice le mira con admiración, ella es más bien de talla pequeña, en cambio Callahan es alto como una torre de telecomunicaciones. Siente el contacto de la mano de él y sus párpados se mueven como las alas de una mariposa. Los dos bajan precipitadamente y cogidos de la mano las escaleras que llevan a la tienda. Cuando llegan abajo, Callahan empieza a buscar en sus bolsillos la llave del local. Alice le mira, hay algo, qué es. Sin dar tiempo a que actúe la cordura y el comedimiento ella coge al inglés con fuerza y le besa como no ha besado nunca a ningún hombre. Ni ella misma sabe de dónde sale tanto arrojito.

Mientras tanto, en el salón, Larry coge una copa sucia de la mesa y bebe su contenido. Una vez vacía la llena de nuevo con el vino que hay en otras copas. Mira al resto de los comensales. Todavía hay chicas, va a cargar ahora contra el flanco polonés. Camina canturreando hacia el otro extremo en busca de diversión. Nick y su amigo Tony están con las dos polacas. Cuentan bromas ingeniosas mientras Dominika y Ania se ríen sin parar. Larry les interrumpe y pretende ahora acaparar la atención de la pastelera. Es un buitre en busca de capturas fáciles. Afortunadamente, su olfato es terrible y la mayoría de las veces no distingue a una princesa de una amazona. Bromean con la monodieta de Nick, pues come día sí y día también *beans on toast*. Tony dice que por eso tiene el cerebro del tamaño de una judía. Nick sigue la broma con otras comparaciones más jocosas y provoca la risa general.

—Para, para, Nick. *Mi* he hecho pis. Me he *miado*. No puedo más. —Dominika está roja de la risa y se levanta. Larry aprovecha la ocasión y le

coge la silla para estar al lado de esa fresca flor de Polonia venida del otro lado del mar.

—¿En serio, te has hecho pis? —Ania mira avergonzada a su compatriota, como si fuera ella la que ha tenido el desliz.

—Sí. Voy a cambiarme de *bragos* y vuelvo.

—¿Debería esconder la botella de vino? —dice el señor Grand a Violeta.

—No sea usted aguafiestas. Esto se arregla mañana por la mañana con un buen café y una aspirina, ¿no le parece? —El señor Grand se sirve otra copa de vino.

—Alice me ha comentado mientras cocinábamos que ha encontrado al policía que llevó la investigación. Ya está jubilado. Ahora se dedica a dibujar cómics. Es famoso aquí en Inglaterra por un personaje que ha creado. Dice Alice que tiene muchos seguidores.

—Vaya, a unos la jubilación les cunde más que a otros. Extraña mezcla esto de ser expolicía y dibujante de cómics.

—Tengo su teléfono. Si quiere esta noche le llamamos y quedamos con él. Me apuesto algo a que hablará con nosotros, por lo de la afinidad generacional, así sabremos hasta dónde llegó la investigación sobre la desaparición de la madre de Cal.

—De acuerdo. —Grand hace una pausa y mira a su amiga y vecina—. Porque usted, igual que yo, se dará cuenta de que ya ha pasado una semana. Hay que volver a Bolví. Lo esencial es averiguar si Angelica sigue viva.

—Abuelo, ¿no hueles a algo raro? Es como una peste.

—El niño tiene razón. En la cocina todavía podía olerlo más —dice la señora Lope.

—Cuando va a llover el olor es más intenso. Pero no son los desagües —dice William mirándolos inquisitivamente.

—Sí, algo hay. Pero debo añadir que mi capacidad olfativa es reducida. —Grand no está seguro.

—Esta mañana Alice también me preguntó por el extraño olor que hay en la casa. Creo que hubo un incendio. ¿Podría ser la causa? ¿Y tú, Irina, puedes olerlo? —Violeta se dirige a la chica, que está con el móvil, como siempre. Está sentada justo enfrente de ella y recuerda que por la mañana se quejaba.

—Oh, sí, es repugnante. Sobre todo, en el pasillo. Cuando Cal abre la puerta de la habitación donde dormía ese viejo. Ese dormitorio apesta.

—Es el pasado de Callahan —dice William.

—Los fantasmas no huelen mal. No huelen ni mal ni bien. —Grand responde al joven sonriendo.

—Bueno, yo os podría contar algunas historias —dice Ian desde el sofá al oír la palabra fantasmas. El niño tiene al príncipe en la mano derecha y al revolucionario en la izquierda. Esta batalla la va a ganar el primero, pero la última batalla, la más importante, la va a ganar el agitador.

—Yo también puedo olerlo —dice Ania—. No he dicho nada porque nadie lo ha comentado antes. No son las tuberías, es otra cosa...

—Es el olor del pasado, que quiere salir —dice William.

—¿Creéis de verdad que viene de la antigua habitación del padre de Cal?

—¡Seguro! *Eso* dormitorio está siempre cerrado. Cal tiene que abrir más la ventana. Que pase *il* aire —dice Dominika mientras entra de nuevo en el salón.

—¿Por qué no vamos todos a echar un vistazo? —propone la señora Lope. Hay gritos de emoción y apoyo a la idea.

Callahan y Alice se espantan con los gritos y abandonan su largo beso. Callahan se apresura a abrir la tienda, pero no puede, no encuentra sus llaves por ninguna parte. Sube de nuevo las escaleras y saca la cabeza por la puerta del salón. Se hace un silencio general y Callahan los mira desconcertado.

—¡Oh, *blimey!* Siento de nuevo la preseeeencia. ¿Hay alguien aquí coniiiiigo? —Se retuerce, alto y delgado como es, como un tornillo saliendo del agujero.

Todos se miran estremecidos, no se sabe si por la posibilidad de que de verdad haya un fantasma en la casa o por el terrible espectáculo de ver como media cara del inglés está completamente enrojecida.

—Tío, algo has comido que te ha sentado mal. Pareces un payaso. —Larry le mira con asco.

Es el pintalabios de Alice. El chico se tapa la boca y se dirige a la joven polaca.

—¿Viste las llaves de la tienda? —pregunta cubriéndose media cara con la mano.

—¿Dónde está tu *cabiza*, Cal? Coge las mías. Están en la cocina. — Dominika tiene otro juego de llaves porque limpia la tienda y ayuda a Cal, de muchas maneras distintas.

El hijo de John Paisley desaparece velozmente escaleras abajo y los demás se miran los unos a los otros con complicidad. El inglés intuye que algo se está cocinando en la casa, pero poco le importa porque la chica que le está esperando abajo le ha besado como ninguna mujer le había besado hasta ahora.

Al verse de nuevo los dos se ruborizan. No saben cómo actuar. Así que continúan como si nada hubiera sucedido. Entran en la tienda. Se miran. De repente, suena el teléfono y se rompe el momento. Callahan busca el aparato fijo que tiene tras la cortina que hay junto al mostrador y Alice va hacia el espejo que hay detrás y se arregla los labios con un poco más de carmín. Después empieza a buscar los papeles.

Para los demás que están en el primer piso, su desaparición es una oportunidad para investigar. Lo han decidido: van a entrar en la habitación cerrada a fisgonear. Si estuviera Callahan con ellos seguramente les impediría meter las narices en el dormitorio, pero ahora no está con ellos: la curiosidad y el vino se suman subrepticamente.

—Vamos, vamos. Pero no hagáis ruido. —La señora Lope es la primera que se levanta y va hacia el pasillo. Los demás hacen lo mismo. William la sigue y el pequeño Ian, y la rusa también se pone de pie y les sigue.

El señor Grand se queda en el salón con el brazo apoyado en la mesa y con la mano en la boca consternado.

—¡Levántese, por Dios! ¿Y si nos sucede algo?

—Si hay un fantasma o la habitación está embrujada o desaparecen por arte de magia, yo seré el encargado de llamar a las autoridades. Es mejor que me quede aquí.

Nick y Tony también se levantan y siguen hablando con Dominika y Ania. Cuchichean y susurran. Siguen a los demás, pero cuando llegan a las escaleras que van al segundo piso las cogen y desaparecen los cuatro. Lo han hecho tan rápidamente que Larry no ha podido anexionarse a ellos. No le importa lo más mínimo, está acostumbrado a que la gente desaparezca y le dejen solo. Él vuelve a la mesa, se sienta y empieza a comer las sobras de la comida que hay

en los platos. El señor Grand le mira asombrado por la cantidad de comida que engulle sin ni siquiera utilizar un tenedor.

—¡Pero coge un plato limpio y un cubierto, hombre! —Grand no puede morderse la lengua. Se levanta indignado y va en busca de los demás.

Ya están dentro de la habitación. Es un dormitorio austero y olvidado en el tiempo. Una cama, una mesita de noche, un viejo sillón, un armario y unas estanterías con libros. No hay cuadros colgados ni fotos enmarcadas. No hay nada que les llame la atención, pero todos están de acuerdo en que el olor proviene de aquí. En la estancia la fetidez es mucho más intensa.

—Es una peste rara.

—Yo diría que es cera vieja —dice la rusa.

—No es cera. Es alcanfor, creo que es alcanfor —dice Grand—. Se usa como bálsamo, y como medicina, porque mata los microbios. También lo utilizan como repelente de las polillas.

—El alcanfor solíamos ponerlo en los armarios antiguamente. Pero hace años que no hay en el mercado. Creo que lo prohibieron, pero no sé si este olor es alcanfor. Hay algo más... —Violeta olfatea levantando la cabeza. Parece un perro cazador—. ¡Esto es acetona, me huele a acetona! Lo que se utiliza para sacar el pintañas.

—Qué error pensar que este olor proviene de nuestro mundo. Este es el aroma del mundo en penumbras.

—Déjate de arte, William —dice la rusa como una amenaza y sin mirarle porque sigue pegada al móvil.

Ian abre el cajón de la mesita de noche y encuentra un tarro de cristal que contiene señuelos. Son pequeñas y frágiles construcciones en forma de insectos. Están fabricados con hilos y guijarros.

—¿Qué es esto, abuelo?

—El padre de Callahan era pescador. Serán cebos que hacía él para atraer a los peces. ¡Pero deja eso en su sitio!

—¿Y dónde pescaba, en el Támesis?

—No, hijo, no. Vaya, no creo. Pescaba de joven, cuando vivía allí en los Pirineos.

«La habitación tiene algo de siniestro —piensa la señora Lope— y es algo más pequeña que las nuestras. Es extraño que John Paisley escogiera el

dormitorio más pequeño de la casa para él». Violeta persigue cada detalle. Dice sus pensamientos en voz alta. Abre el armario donde todavía cuelga la ropa del difunto padre de Callahan. Hay un par de trajes muy elegantes y el resto son camisas viejas y tres pantalones de colores oscuros. También hay un abrigo largo y dos juegos de zapatos.

—No hay duda de que el olor viene de esta habitación, pero no veo alcanfor aquí en el armario.

—Tampoco pueden ser los bajantes, es otra cosa... —El señor Grand se pasea por el dormitorio olisqueando.

—Callahan dijo que su padre le pidió que nunca tocara esta habitación — Ian está algo asustado.

—Miremos un poco más. Si por lo menos pudiéramos encontrar una foto de Angelica. Me gustaría ver a esa mujer. —Violeta busca con los dedos por los rincones del armario por si hubiera alguna caja escondida. Pero nada—. Es extraño que John no tuviera ninguna fotografía de ella.

—Cal dice que se la imagina rubia y con grandes ojos castaños. —Todos miran al niño—. Eso me dijo ayer. Yo le pregunté.

—Ni una foto. —Irina lo dice con desprecio.

—Es extraño. Pero quizá tenía miedo de que su hijo la viera y le hiciera preguntas. Yo creo que, por algún sitio, debió de esconder una foto. —Violeta siente la necesidad de seguir fisgando—. Aunque fuera simplemente para no olvidar su mirada, sus gestos. ¡Buscad, buscad!

—¡Por Dios!, señora Lope, debería darle vergüenza. Está poseída por la curiosidad. ¿Y si sube Callahan y nos encuentra aquí? —Grand teme a Violeta cuando está en trance.

—Señor Grand, estoy segura de que al chico no le importará si conseguimos nuestro propósito de encontrar una foto de su madre. No pierda el tiempo hablando y busque, amigo mío, ¡busque usted también como un poseso!

—Si hay alguna foto, tiene que estar en un sitio cercano a la cama o a ese sillón cerca de la ventana. —La mente de la rusa es la más analítica y fría del grupo.

—¡Oh, *gosh!* Pero ¿qué están haciendo aquí? —Es Alice que aparece por la puerta desprevenidamente con los papeles que había ido a buscar. Entra en

el dormitorio y su vestido rosa de puntas flota nerviosamente.

—¿Y Callahan, sigue abajo en la tienda? —pregunta William.

—Sí, alguien le ha llamado, está abajo, al teléfono, ahora sube. —La bibliotecaria empieza a dar saltitos excitada—. ¡Oh, *gosh!* Díganme que han encontrado algo nuevo, yo también me muero de la curiosidad.

—Esto es inaudito. —El señor Grand mira a todos los que están en la habitación hurgando por los rincones como dementes.

—El placer y la acción hacen aparecer breves las horas —dice William.

—¡Creo que oigo algo! —dice Ian. El niño se apostea en la puerta y escucha atentamente—. ¡Son las escaleras, son las escaleras! Cal está subiendo. —Corre frenéticamente y deja los cebos donde los encontró.

—¡Aquí, aquí! —Violeta llama a los demás. Ha observado que hay un punto de la repisa interior de la ventana donde la madera está más gastada. Es una superficie muy pequeña, la de un dedo. El resto de la repisa es lisa, de madera maciza y ancha que conserva el barniz en perfecto estado.

—Es como si alguien hubiera apoyado un dedo aquí miles de veces.

—Deje eso ahora, salid todos de la habitación. —Grand parece un viejo profesor de escuela echando a los alumnos de clase—. ¡Ian, ve a entretener a Cal!

—¡Pero si ya está aquí!

No les da tiempo a salir a todos de la habitación. Callahan se acerca y mira ese pequeño dormitorio repleto de personas y le parece gracioso. Ya se ha quitado el pintalabios de la boca y se ha limpiado la cara. El espejo que tiene en la tienda detrás del mostrador no piensa venderlo nunca.

—¡Oh, *blimey!*, nunca había visto la habitación de John taaaan llena de gente. ¿Qué hacéis todos aquííí?

No hay indignación en la cara de Callahan. Los usurpadores se relajan, pero nadie habla. Ninguno de ellos desea explicar su presencia en el dormitorio.

—Todo está *tickety boo* —se adelanta a decir Alice—. ¡Oh, *gosh!* ¿De qué sirve mentir? Estaban asustados, Callahan. Un ruido... procedía de esta habitación y han decidido venir en grupo a investigar.

—Creo que he encontrado algo —dice la señora Lope mirando al chico—. Mira, aquí debajo hay algo. —Toca con la mano la madera—. Creo que la

repisa es una tapa y que se abre por este lado. Todos miran la pequeña señal en el borde de la tabla de madera.

—John muuuuchas veces estaba apostado aquí en la ventana, bueno, mi padre. ¡*Blimey!*

—No toquen nada. Déjenme a mí, déjenme que intente sacar la repisa si es que están en lo cierto y es una tapa. —Grand no quiere tener que disculparse por posibles destrozos en esta habitación, que es como un tabernáculo dentro de la casa.

No es necesario utilizar la fuerza. La vieja repisa de madera, como la tapa de un baúl bien engrasado, se levanta sobre dos bisagras que tiene a cada lado y deja al descubierto un aparador de fotos pegadas en el lado interior de la madera.

Se produce una exclamación general. Hay decenas de fotografías. Bellos recuerdos que se revelan ante ellos como un tesoro particular y humano. Todos se emocionan al ver por primera vez a Angelica. Callahan siente de inmediato un golpe en el corazón al reconocer a su madre entre distorsionados recuerdos infantiles de su memoria.

Para los demás es el descubrimiento de la misteriosa mujer que ya había sido presentada en las postales, a través de sus ansias y sus miedos. Pero ahora tiene un rostro. En las fotos luce una larga melena de color trigueño y sus ojos son como dos faros que no se apagan nunca. Es alta y dinámica, en casi todas las fotografías aparece con *jeans* y airosas blusas *folk* con bordados y delicados estampados. Este espacio escondido bajo la ventana es un relicario. Y ella es como una virgen en su capilla. John Paisley dispuso las fotografías en forma de espiral. La vida de ella en él. La primera imagen, la del centro de la espiral, es Angelica con una cámara fotográfica colgándole del cuello. Es una joven llena de vida, rodeada y abrazada a otros jóvenes eufóricos festejando la caída del muro de Berlín; hay una fecha, 10 de noviembre de 1989.

—¿En qué año naciste, Cal? —pregunta Alice.

—En 1987.

—Pues ya habías nacido en esta primera foto de la espiral —confirma el señor Grand.

—Tu madre era más guapa que tú —dice la rusa desdeñosamente.



—¡Y qué temple!! Con un cachorro de dos años y viajando por el mundo en busca de noticias. Me pregunto con quién debía de dejarte, con una *nanny* sin depilar, seguramente. ¡Oh, *gosh*, Callahan! ¡Tu madre era una mujer con mucha fuerza!

—¡Oh, *blimey!*, yo también tengo esta fueeeerza; todavía no me conoces bien, Alice, yo también puedo ser un hombre de acción, si tú quieres. — Callahan saca pecho ante la joven bibliotecaria que acaba de conocer. Siente la necesidad de hacerlo.

—Hay muchas fotos de cuando eras pequeño. —William resigue la espiral con el dedo—. Tu padre conservó retales del pasado que le ayudaban a recordar; pero los escondió. No me extraña, porque mirar esto era como admitir que la podía olvidar... Con la mano toca una foto del pequeño Callahan en brazos de su madre. Otra imagen de él gateando con Angelica en el sofá riéndose. Una instantánea del padre bañando al niño y el brazo de madre apareciendo en primer plano para salpicar al pequeño con agua y que pusiera una cara graciosa. Le sigue una foto de Poppies Day, el día del Armisticio o del Recuerdo, los tres llevan una amapola roja en la solapa y pasean por Londres. Hay tantos recuerdos. Violeta se fija en otra foto donde Angelica coge al pequeño Callahan de los brazos y le acompaña en sus primeros pasos.

«Son los fotogramas de la vida de John Paisley, los fotogramas de una buena película, de esas que nos complace recordar y volver a ver porque nos muestra un sitio del alma que no deseamos olvidar. Pero la rutina del día a día, que aplasta, es causa de distracción. Es siempre una lucha continua e incesante por no olvidar. John Paisley encontró una forma de estar con Angelica y con su hijo. Abría la repisa y era para él como si estuvieran en su dormitorio, hablaba con ellos. Estoy segura de ello. Lo hizo en secreto, escogió esconderlo, quizá por miedo a que le tacharan de cándido, de loco... Así de infelices somos los seres humanos, siempre ocultándonos, disputando con nosotros mismos, escondiendo nuestro lado humano, siempre riñendo para ver quién es más uno mismo, pero eternamente escondiéndonos».

La señora Lope se emociona viendo las fotografías. Se imagina a John Paisley, solo en la habitación, mirando el contenido de esta urna secreta. Le

parece ver fotos de un pasado que ella nunca tuvo. Es como ver lo que nunca fue y podía haber sido su vida si hubiera tenido una familia con hijos.

—Qué pena, de pequeño eras guapo —dice Irina al echar un rápido vistazo a la espiral de fotografías.

—Mira, aquí estás muy gracioso, no pareces tú, con la cara llena de chocolate. ¿Tu cumpleaños? —Ian sonríe, está impresionado por el hallazgo—. Encontrar este cajón secreto es como encontrar una tumba egipcia sellada.

—Sí, exactamente lo mismo —bromea William.

—Yo me siento como un arqueólogo —Ian quiere dejar claro que este momento de su vida pasará a la historia.

—¡Oh, *blimey!* Es verdad, qué guapo era ya de pequeño. Mira, Alice. —Dirige su mirada hacia la joven, como si necesitara conmover a esa extraña criatura vestida como una chica de los años cincuenta—. Son las primeras fotos que veo de mi infancia. Mi otro padre, Pepe, no tenía fotos.—Tu padre John empezó a vivir con Angelica en 1990, que es cuando urdió su desaparición en el río y vino a Londres. —El señor Grand mira a Callahan—. No se reunió con tu madre hasta un año después de esta primera foto en Berlín. En las demás ya estáis los tres. Mira, aquí ya aparece tu padre. —Señala la fotografía donde aparece Cal en la bañera infantil.

El resto de las imágenes que acaban de dibujar la espiral son fotos familiares que transpiran despreocupación y felicidad por cada grano reactivo del papel fotográfico. Todos se fijan en la Polaroid de las fiestas navideñas de 1991 donde los tres llevan coronas de papel y tienen detrás un precioso árbol repleto de luces. Hay otra foto que es de una visita al zoo fechada ese mismo año. Otra en un parque donde el padre juega a pelota con el niño y Angelica está sentada muy cerca leyendo un libro sobre un mantel de flores de colores y saludando a la cámara.

—Esta es encantadora —dice Alice señalando otra de las fotos donde la pareja se besa y el pequeño está de puntillas y tira del pantalón del padre para llamar su atención—. ¿De verdad no te acuerdas de ella? ¿No recuerdas nada, Callahan? —La joven bibliotecaria mira al chico con tristeza.

Él niega con la cabeza despacio y visiblemente emocionado. Se hace la misma pregunta.

—Algunos objetos me son familiares, pero...

—La última foto es muy enigmática —dice la señora Lope señalándola. Es simplemente una imagen de un día de mercado en Portobello Road. Hay gente deambulando, algunos tenderetes de antigüedades, pero en la fotografía no salen ni John, ni Angelica ni el pequeño Cal.

—Puede que la madre de Cal hiciera esta foto —dice el señor Grand.

—¿Y todo esto? —Ian señala alrededor de la espiral fotográfica. Está repleto de pequeños objetos clavados en la madera.

—Recuerdos que John Paisley recogió y ahora decoran este templo tan personal. —William está conmovido por lo que acaban de encontrar.

—Y hay unas cuantas postales más. —Ian las coge del fondo del cajón secreto y se las da a su abuelo, que las examina.

Lo primero que hace él es comprobar el remitente.

—Son de Pepe, tu padre adoptivo. Están escritas desde Las Casas de los Ingleses en la fábrica. Y la fecha... —En el matasellos se puede ver cuándo fueron enviadas—. Dos de 1993, hay de 1994, 1995, 1996... 2002, 2005 y la última de 2006.

—2006, el año en que vine aquí, a Londres. —Callahan chasquea con la lengua—. Esto me da mala espina.

—Haces bien en recelar de todo, Cal. Los fantasmas están en todas partes. —William mira alrededor. En el dormitorio hay un silencio húmedo. Todos parecen estar a la espera de que suelte una de sus enigmáticas frases, como un sacerdote del oráculo. Pero él no continúa.

—Esta última foto me tiene preocupada. —La señora Lope sigue con su atención puesta en la foto que cierra la espiral.

—Sí, no se entiende. ¿Qué hace aquí? —Alice empuja a los demás y mete su cuerpo de muñeca en primera fila para mirar de cerca la fotografía. Abre al máximo sus ojos, pero como son pequeños el efecto no es de asombro, sino más bien gracioso.

—Si en la fotografía se viera la tienda con el nombre de Angelica en el cartel... pero no —dice Grand.

—¡Oh, *gosh*, esto es un rompecabezas! —Alice se aleja de nuevo para estar al lado de Cal. Es tan alto, eso le inspira seguridad. Le mira a la cara y le sonrío—. Tu familia parece ser todavía más excéntrica que la mía. Me has quitado un peso de encima, Callahan Paisley Blurton.

—Hay una fecha escrita en la última foto: 6 de junio de 1992. —Grand ha dado las postales a Cal y mira la fotografía de nuevo.

—Es justo un día antes de la fecha que hay en el matasellos de la última postal que John envió a Pepe. —La señora Lope sabe que este dato es importante—. La postal en la que dice que ha sucedido algo horrible.

—¿Es cuando mi madre desapareció? —pregunta Cal.

—Me temo que sí —dice Grand desanimado. La foto es un indicio más que apunta a que su padre siempre supo lo que le pasó a su madre—. Es un día antes, son fechas muy exactas. Algo malo le sobrevino a tu madre.

Todos miran las fotos de Angelica de nuevo. Y después echan un vistazo a la última imagen sin ella. El mercado de Portobello. Gente y más gente, algunos con gafas de sol, algunos con sombrero, paseando, cogiendo objetos antiguos y examinándolos. Hay incluso una mujer muy elegante que advierte que alguien está haciendo fotografías y mira fijamente al objetivo.

—¿Quieres deciiiiir que murió? —Callahan retuerce todo su cuerpo porque le viene uno de esos escalofríos que tiene él cuando se pone tenso.

—Pero ¿por qué poner esta foto en la espiral sin ella? —pregunta Ian.

—Quizá es una foto que se hizo el mismo día en que desapareció. —Violeta coge la mano de Callahan y la aprieta con fuerza, algo le dice que ese chico va a necesitar el apoyo de todos muy pronto.

*Hola, padre:*

*Menudo día; acabo de prepararme un huevo frito y he pegado fuego a la cocina. John ha salido y todavía no ha vuelto. No sabe que el salón y la cocina están chamuscados. Hasta han venido los bomberos.*

*No sé cómo se lo va a tomar. Yo tengo tanto miedo de que me eche de su casa que he cogido una postal de la tienda y me he puesto a escribirte, a ver si se me pasa el tembleque.*

*John siempre dice que su casa es mi casa. Me lo dice en español y cuando me lo dice se ríe, como si estuviera haciendo un chiste. Pero creo que ya nunca más me lo volverá a decir, ni en serio ni en broma.*

*Un abrazo,*

*Callaban*



*To:*

*Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

# Capítulo 18

—Los detectives ingleses o los policías de Scotland Yard son los mejores amigos del crimen organizado, he comprobado siempre que confiando en su estupidez podemos hacer exactamente lo que deseemos.

—¿No pensará empezar con estas palabras nuestro encuentro con el expolicía? —pregunta alarmado el señor Grand al oír a su acompañante en el autobús.

—Oh, no. —La señora Lope se aclara la voz. Está un poco afónica y le duele la garganta. Lleva un pañuelo que le ha dejado Dominika—. Lo dijo Oscar Wilde, hay un artículo sobre él en el periódico que he comprado. Nació en un día como hoy, 16 de octubre, de hace... Bueno, hace más de ciento cincuenta años. ¿Sabía usted que era irlandés?

—No.

—Tienen la lengua afilada los escritores irlandeses.

—Violeta lleva sus gafas de lectura. Son modernas y vistosas. No las eligió ella, sino la chica de la óptica del pueblo.

—¡Uy! ¿Qué ha sido eso? El autobús de dos pisos donde están se para en seco. Unos policías entran y ordenan a todo el mundo evacuar el vehículo. Sus voces son potentes, no dan más explicaciones, pero todos se bajan rápidamente.

—¿Qué está pasando?

—Creo que han cerrado la calle —dice Grand.

—Hay una amenaza de bomba —les explica otra pasajera sin quitar la vista de su móvil—. Lo están tuiteando.

Hay mucha gente pegada a sus teléfonos. Los demás están a la espera de que les aclaren si pueden continuar su trayecto. Ellos van a Walthamstow, un barrio periférico de Londres. El policía que llevó el caso de la desaparición de Angelica Blurton les ha citado en el centro comercial de este barrio; no ha querido que vayan a su casa. Parece que, a pesar de estar jubilado, el tipo

sigue siendo un perro vigilante y receloso. La llamada telefónica de dos desconocidos le ha interesado, pero son unos extraños y no va a dejarles entrar en su guarida porque su casa es su castillo.

Ha quedado con ellos en una cafetería de moda cercana a la estación de metro y a la parada de autobús donde les indicó que debían apearse. Cuando ellos le preguntaron cómo iban a reconocerle, su única respuesta fue: «No se preocupen, yo les reconoceré a ustedes».

Los dos vecinos de los Pirineos no quieren llegar tarde a su cita, pero parece que por lo pronto el autobús no va a seguir su ruta. Están parados en una amplia avenida con mucho tráfico y no les es un problema encontrar un taxi libre. El taxista sabe lo que se hace y parece acostumbrado a esta clase de eventos inesperados. Es un profesional del volante y esquivo bien los controles policiales. Se meten por estrechas vías secundarias con pequeñas casas adosadas. Las calles ondulantes suben y bajan por lo que quinientos años atrás debió de ser una bonita colina boscosa donde pasear y hacer un picnic. Todas esas viviendas les han recordado a Las Casas de los Ingleses de la colonia fabril, allí donde descubrieron el secreto pasado de John Paisley, el pasado de un hombre que todos creían muerto muchos años atrás y que les ha traído hasta esta ciudad.

—Ojalá los enigmas tuvieran una cerradura, como las cajas, meteríamos la llave y los abriríamos —A Violeta se le escapa el pensamiento.

El capitán Grand está demasiado ocupado con el paisaje urbano y las escuetas indicaciones del taxista que les informa de dónde están. Pasan por delante del ayuntamiento local, un monumental y gélido edificio novecentista de entreguerras, una deshumanización al servicio de la arquitectura. Todo muy ordenado y limpio, con su césped verdeando frente a él como una gran alfombra voladora que nos lleva directos a la detestable dimensión administrativa de la realidad. Pero existe una posibilidad de regreso, de resurrección y de vida: justo al lado hay un centro educativo. La señora Lope contempla a los estudiantes ingleses uniformados saliendo del instituto. Un bullicio adolescente se ha apoderado de esa parte de las afueras de Londres. Mientras tanto el taxista les comenta en un acento cockney muy cerrado algo sobre Walthamstow y William Morris, y les señala con el brazo una casa

residencial totalmente distinta a las demás, semiescondida entre una cortina de majestuosos árboles en pleno proceso de perder sus hojas.

—El desnudo otoñal. Qué riqueza de tonos. William Morris. Si es aquí donde vivió, seguro que disfrutó de esta estación del año. En el hotel tengo una habitación dedicada a los prerrafaelitas y una pared está decorada con sus diseños. ¡Cómo admiro a este hombre! Fue uno de los primeros en decir al mundo que hay que preservar los oficios y las artes plásticas, aunque no den tanto dinero como las fábricas. —Violeta se acerca al taxista—. ¿Sí? ¿Aquí vivió William Morris? ¿Es un museo ahora? —Quiere cerciorarse, saber dónde está. Él se lo confirma. Ella intenta hacerse una idea de cómo debió ser este lugar años atrás, cuando iban de visita Dante Gabriel Rossetti, Edward Burne-Jones, Ford Madox Brown y tantos otros defensores de lo notable, de todo aquello que tiene miga. Imagina momentos en el jardín, su mujer Jane recogiendo las últimas flores antes del frío. Ella era la bella diosa de los prerrafaelitas, una sencilla y joven trabajadora de fábrica que les cautivó con su pelo cobrizo y su serena palidez. La mujer encumbrada para la eternidad en los fabulosos cuadros de los prerrafaelitas.

—Fue su Simonetta Cattaneo. ¿Se ha preguntado alguna vez, señor Grand, por qué es tan importante la belleza?

El señor Grand la mira, contrariado por su pregunta. Están en Londres y la señora Lope pierde el tiempo con reflexiones inútiles en lugar de absorber con la mirada cada centímetro cuadrado de la magnífica ciudad que tienen ante sus ojos.

—Supongo que supuso un escándalo en esa época. El hijo de una familia adinerada y una trabajadora de fábrica. Por eso me gusta esta historia, ¿entiende? Cuando alguien rompe las convenciones se me acelera la sangre. Ahora todo es distinto, en nuestro mundo todo vale, y mejor que sea así, pero también es verdad que ahora nada vale lo que vale.

—Pero los héroes siguen siendo los mismos, los inconformistas, los que no están de acuerdo —dice el capitán Grand.

—Sin embargo, ahora, un verdadero héroe debería levantarse y decir lo que no dicen los demás, lo que es políticamente incorrecto, tendría que salir y decir que sí que hay límites y que hay que creer algo, aunque no lo veas y que,



nos guste o no, no somos todos iguales, aunque la malgastada democracia luche a nuestro favor.

—¡Pero qué barbaridades dice!

—¿Ve como tengo razón? ¡Cómo me gustaría saltarme la barrera del tiempo e ir a tomar un té con él! William Morris tenía convicciones fuertes, muy demócratas. Pero como todo lo que pasa a la historia hay que encasillarlo, ahora dicen que fue un ideólogo socialista. Ese hombre era mucho más.

Grand sigue más interesado en el movimiento que hay a su alrededor, el tráfico rodado, el peatonal. Se acercan al centro, hay más gente, tiendas y una gran plaza adoquinada con el fiel ladrillo rojo de toda la vida. El vecino de Bolví advierte que Walthamstow es un barrio multicultural, hay muchas caras con rasgos asiáticos y cabellos femeninos cuidadosamente ocultos bajo sedosos pañuelos de colores.

El taxista les deja muy cerca del centro comercial y les explica cómo llegar hasta allí, pues los policías que están apostados en la boca del metro le han impedido avanzar más con el vehículo. Ellos cruzan una gran plaza pública y se adentran en el palacio de consumo local donde crecen como setas las sucursales de las grandes compañías de venta al detalle del Reino Unido. Avanzan sometidos por la espectacular cantidad de luces y focos. Por fin llegan a la médula del edificio y allí, como un gran salón de baile, envuelta por una cúpula de cristal triangular, está la cafetería donde les ha dicho el expolicía que estaría.

Dentro de esta esfera nada indica que hay una alerta de bomba. La gente sigue con su vida, incrédula, sin importarle lo más mínimo la coyuntura política internacional.

—Señora Lope, señor Grand, ¿cómo están? Soy Lewis, el policía.

El encuentro es inmediato. Les ha reconocido al vuelo. Un hombre alto y robusto les acerca la mano para saludarles y acto seguido les da un buen apretón manos. Tiene la cara muy roja y una nariz ancha y prominente. Les observa nervioso, como si los años le hubieran hecho perder el temple. Ellos le sonríen y él les invita a sentarse a la mesa donde ya tiene un té con leche y algo más, alcohol. Aceptan la invitación apresurada que les hace a un té y una

pasta que escoge sin preguntarles. Enseguida viene un chico muy joven y se lo trae.

—Son *custard fingers*, ¿les gustan? Estuve de vacaciones en su país, sé que allí tienen un dulce parecido a este...

—Muchas gracias. —El señor Grand mira la pasta intrigado y se pregunta a qué dulce se referirá el policía.

Violeta toma su taza y bebe un poco.

—El té es delicioso. —Ella le mira con interés. «No parece muy mayor, quizá se jubiló anticipadamente por otras razones»—. ¿Ha oído usted lo de la amenaza de bomba? Hemos tenido que coger un taxi para llegar. El autobús nos ha dejado a unos kilómetros de aquí.

—Sí. Ya saben, la seguridad. Supongo que no tienen esta clase de contrariedades en su pueblo pirenaico.

—No. Nunca. Tampoco ha desaparecido nadie.

—Sí, entiendo. El caso de Angelica Blurton. —Lewis hace una pausa que le ayuda a recordar—. Fue un gran fracaso personal. No me podré quitar nunca de la cabeza la mirada perdida del marido y a su hijo correteando por el piso y preguntado por su madre.

—¿Hablaba el niño?

—Algo. Era pequeño, unos cuatro años, solo hacía que repetir *mum* y golpeaba la pared como si quisiera despertar de un mal sueño. —Toma un buen sorbo de su té empapado en alcohol.

—Así que nunca la encontraron —El señor Grand lo dice con desánimo. Aquí parecen acabar sus pesquisas. Mira al expolicía que tiene delante: es un hombre con problemas. Tiene una cara sudorosa y un tic nervioso que le hace mover la cabeza ligeramente hacia un lado.

—¿Tiene usted hijos? —le pregunta la señora Lope sin maldad.

—No, ¿y usted? —Él responde incisivamente como si la pregunta la considerara demasiado personal.

—No, yo tampoco tengo. Discúlpeme si le he ofendido.

—No sé qué tiene que ver esto con la desaparición de esa mujer.

—Oh, nada, nada. Estaba solo conversando, señor Lewis.

—¿Recuerda si tuvieron algún sospechoso? Algún detalle que no cuadrara... —Grand prefiere ir al grano. Hay un largo silencio, el expolicía

baja la cabeza y se concentra en un punto del suelo.

—Hasta donde la memoria me alcanza, había un hombre, un colega del trabajo. Un periodista del *The Guardian* que siempre negó cualquier tipo de intimidad con ella, pero yo siempre pensé que había algo más entre ellos. Su nombre es Herbert Tongue. Es una hiena arrogante que todavía escribe artículos de opinión. —El policía señala la mesa, justo donde está el periódico que ha comprado la señora Lope por la mañana—. Una de mis hipótesis de trabajo fue el triángulo amoroso. Tongue es un hueso duro de roer. Recuerdo que enseguida me amenazó con su pluma si seguía haciéndole preguntas. Fue sutil, pero vino a decirme que o le dejaba en paz o empezaría a escribir artículos denostando a la policía y a mi departamento en Scotland Yard. Yo me di por enterado y no volví a molestarle. —Lewis apoya su cuerpo en el respaldo de la silla y suspira.

Lo de mirar al pasado siempre cuesta. Se hace un silencio.

—Y no se atrevan a juzgarme: era una investigación de una desaparición, no había ningún cadáver y donde no hay cuerpo del delito... todo se complica.

—¿Usted cree que Angelica está muerta? —pregunta Grand.

—No les quepa la menor duda —responde tajantemente, como si supiera más de lo que les revela.

—Veo que está convencido —dice la señora Lope alterada ante la convicción que muestra.

—Algo le pasó a esa mujer. Pero sin cadáver no hay caso. Les repito: todo se complica. —Lewis vuelve a beber de su té edulcorado—. Y no me acuerdo de mucho más. Yo tenía mis propios problemas en esa época. Más de veinte años atrás. Era otro hombre, con contratiempos personales. Pero ¿qué les voy a contar? Supongo que para ustedes es lo mismo, si miran atrás...

«Cuánta razón tiene». Si uno es lo suficientemente mayor como para poder mirar veinte años atrás, seguro que se topa con el cuerpo y el alma de un desconocido que no es él mismo pero que, en realidad, sí que es él. Es una ardua tarea reconocerse y restablecer los vínculos con uno mismo, porque no somos perfectos y, pasados los años, vemos con más claridad los desatinos y las faltas que cometimos.

—¿Cree usted que la asesinaron?

—Esa mujer no dejó este mundo por su propia voluntad. —Por la cabeza del expolicía pasan mil razones, pero solo menciona una—. ¿Qué madre abandona a su hijo sin decir palabra?

—¿Y sospechaba de ese colega del periódico? —La señora Lope juega con las pistas mientras piensa.

—Sí. Y también investigamos a su marido, su pasado, viene de una familia adinerada. Tenían una fábrica en su país...

—Sí. Lo sabemos. De hecho, todas estas pesquisas nuestras empezaron en una visita que hicimos a la colonia de casas donde vivían los trabajadores de una de sus fábricas, Las Casas de los Ingleses —le informa el señor Grand.

—Pero, un momento... —Violeta se queda inmóvil—. Si la policía de Scotland Yard investigó su pasado, debieron de averiguar que John Paisley fingió su muerte para venir a vivir a Londres con Angelica.

El policía parece descolocado. Mira alrededor para asegurarse de que no los oyen, lo que se hace cuando alguien nos dice algo confidencial y muy valioso. Se vuelve a producir un silencio, solo roto por la música de fondo del centro comercial. Es un lapso extraño.

—Pero ¿de qué hablan? Yo personalmente hablé con su mujer por teléfono, la señora Paisley. Fue ella quien me informó de su situación conyugal...

—¿Rebecca Paisley? —pregunta el señor Grand confuso.

—Sí. Rebecca Paisley. Toda una dama, recuerdo la conversación, su manera de hablar. Me comentó que su marido y ella estaban separados desde hacía unos años. Desde la separación no sabía nada de él. La señora Paisley estaba dolida y no deseaba saber nada de su marido fugado, ni qué hacía ni dónde estaba. Nos pareció suficiente y no indagamos más. Pusimos por escrito la conversación telefónica y lo añadimos al informe. Estaba claro que John Paisley había roto con su pasado.

Ahora son los vecinos de los Pirineos los que se quedan paralizados ante las palabras del expolicía. ¡Rebecca Paisley sabía que su marido no había muerto en el río! Su esposa sabía que aquello fue una farsa.

—Todo esto se complica. —La señora Lope recuerda la conversación con Rebecca Paisley en la iglesia. Esa mujer dejó que todo el mundo creyera que su marido se había ahogado. Los engañó a todos.

—¿Recuerda si en la conversación telefónica la mujer de Paisley utilizaba la coetilla *sweetheart* cuando hablaba con usted?

—Sí, señora, ¿cómo olvidarlo? Le digo que me acuerdo bien de esa conversación telefónica que mantuve con ella.

—No hay duda de que hablamos de la misma mujer. ¿Por qué Rebecca Paisley no dijo nada? —El señor Grand reflexiona. Está decepcionado. No pensó ni por un momento que la señora Paisley fuera capaz de mentir a tanta gente, incluido a él. Rememora el día en que la encontraron en la iglesia neogótica de la colonia industrial, «¿cómo pudieron mentirme esos ojos?», se pregunta.

—Quizá es por las convenciones; lo que hablábamos antes en el taxi, señor Grand. Prefirió seguir con el engaño antes que revelar que su marido se había escapado con otra mujer —apunta Violeta—. Decidió esperar a que su marido volviera con ella. De hecho, esto es lo que nos dijo, nos dijo que le estaba esperando.

—A ver, ¿qué saben ustedes que yo no sé? —El expolicía desea saber más.

—Tenemos que enseñarle una postal, señor Lewis. —Grand mira a Violeta.

—Encontramos unas postales escritas por John Paisley. Son de esos años que vivió con Angelica aquí en la ciudad. Hay una en concreto, la última, que quizá le gustaría leer...

Violeta saca la postal de su singular bolso bordado con hojas otoñales de colores vivos sobre un fondo gris, un regalo de Cordelia.

Se la pasa, pero el expolicía no parece darle mucha importancia.

—Fíjese en la fecha, es un mes antes de que les comunicaran su desaparición —le dice impaciente el señor Grand.

El expolicía vuelve a mirarla. Es poca cosa, pero... comprende que quizá John Paisley sabía más de lo que les hizo suponer en aquel entonces.

—¿Han hablado con él? ¿Le han enseñado la postal a Paisley? ¿Qué dice?

—John Paisley murió hace seis meses, señor Lewis. Y su mujer Rebecca sigue esperando que regrese; tampoco sabe que ha fallecido. Y su hijo Callahan, el niño que usted recuerda llorando y rogando por su madre, es

ahora un hombre de veintiocho años que no sabe nada del caso. John incluso le escondió al niño que fuera hijo suyo. Creció con una familia adoptiva.

El expolicía parece desconcertado. No esperaba esa respuesta.

—Aquí en el Reino Unido John Paisley murió hace seis meses, pero para las autoridades españolas John Paisley es un hombre muerto desde hace años. Fingió su propia muerte, un accidente en el río, nunca encontraron su cuerpo.

—Esto huele a podrido. ¿Por qué tanto misterio? Su esposa, Rebecca Paisley, ¿ha tenido contacto con su marido durante los últimos años?

—No. No sabe nada. Sigue esperando su regreso. No sabe que murió aquí en Londres hace unos meses.

—Mmmm. ¿Y por qué escondería Paisley a su hijo? Mmmm, ¿por qué dio el niño en adopción?

—El chico creció en España. Esto es lo extraño. Mientras John seguía aquí en Londres.

—Ayer encontramos unas fotos de Angelica Blurton en casa del hijo. También encontramos unas postales del padre adoptivo dirigidas a John. Por el contenido de las postales, parece que Paisley cogió una depresión a raíz de la desaparición de Angelica y quizá no podía cuidar del niño.

—Pero Paisley tenía dinero, podía haber dejado al niño al cuidado de alguien, no darlo en adopción. —Lewis pone en marcha sus mecanismos internos de investigación—. Tenemos que centrarnos en lo que ocurrió aquí, en torno a esta fecha de la postal. —Construye en su mente una línea temporal de los acontecimientos y la expone—: Angelica muere, Paisley estaba al corriente. Y pide ayuda a este tipo, ¿Pepe? Una segunda persona que está al corriente de lo sucedido. Si es que vino a ayudarlo... —Seguro que viajó a Londres a ayudarlo, tal como le ruega en la postal. Eran muy amigos. Pepe es el padre adoptivo, él es quien se hace cargo del niño. —Grand recuerda cómo era el trabajador de la central eléctrica de la fábrica.

—¿Han podido hablar con él? ¿Sigue vivo?

—Murió hace cosa de un mes. Es en su casa donde accidentalmente encontramos las postales que nos revelaron que Paisley podía seguir vivo y que no murió en el río como cree todo el mundo en España.

—¿Y a ustedes cómo se les ocurre meterse en todo este asunto? —Lewis los mira con asombro, pero sin desconfiar. Él está ahora retirado y hablan de

un caso de hace casi treinta años.

—Somos amigos de los enigmas. Y aquí el señor Grand conoció a John Paisley, a Pepe y a Rebecca. Deseaba poder explicar a la esposa de Paisley que su marido no murió y pensamos que estaría vivo aquí en Londres y podríamos hablar con él. ¡Qué ilusos! La vida de esta familia es todo artificio, está llena de engaños.

—A ustedes les han engañado. Pero a mí también, porque Rebecca Paisley no me dijo nada de que a su marido lo daban por muerto.

—Me pregunto si la señora Paisley sabe que su marido tuvo un hijo con su amante. —Violeta piensa que a esa mujer no le haría mucha gracia algo así—. Yo solo la he visto una vez, pero me pareció una mujer muy resentida. Ella intenta aparentar lo contrario, aunque...

—Señora Lope, la tengo por una buena analista de caracteres, pero creo que esta vez está equivocada —dice el caballeroso Grand—. Rebecca Paisley es una mujer que sufre, vive con la esperanza de que su marido vuelva con ella y con esta remota posibilidad sigue adelante. A mí me conmueve esa mujer.

—Estoy pensando que podríamos hacer una visita al periodista que trabajaba con Angelica. Los tres juntos, tres viejos inofensivos. —Lewis se ofrece, su mente policiaca enfoca en lo esencial, la desaparecida.

A Violeta no le ha gustado eso de «vieja», ya que es más joven que el policía retirado, pero en la vida hay que tomarse las palabras con mucha filosofía y la idea de seguir con la investigación es tan atractiva que lo demás no cuenta. Se ponen de acuerdo para volverse a ver. Entre tic y tic, Lewis ladea la cabeza como un búho a media noche, les explica que hoy es imposible acompañarlos porque tiene que entregar el cómic mensual que dibuja y ha quedado con su editor para comer y digitalizar por la tarde su trabajo en sus oficinas. El expolicía sigue haciéndolo todo a mano como un artesano predigital. Quedan en verse al día siguiente.

—¿Quién es el protagonista de los cómics que dibuja?

El señor Lewis ríe tímidamente mientras saca un gran pañuelo de algodón del bolsillo para sonarse la nariz.

—Es un héroe. A su manera... lleva una doble vida. Durante el día es un trabajador desestimado del servicio de cloacas de Londres, pero por la noche se transforma en un héroe subterráneo.

—¿Y qué hace?

—Digamos que ayuda a los ricos a redistribuir sus riquezas. —Lewis los mira con miedo y se sonroja, como si les hubiera confesado un delito punible.

—¿Cómo se llama su héroe?

—Spademan.

—¿No tendrá aquí algún número de la revista? Hemos venido a Londres con un chico que estaría encantado de leer uno de sus cómics. Hoy le hemos dejado en casa de Callahan Paisley.

—Creo que sí. —Coge una vieja mochila militar que hay al lado de su silla y saca una revista. La portada exhibe unas letras amarillas en la parte superior con el nombre del héroe y abajo hay una figurilla humana con dos grandes pinzas en forma de pala por brazos y unos ojos que son como dos potentes rayos de luz láser iluminando la más pavorosa alcantarilla de la ciudad de Londres.

—Yo también tengo una pregunta. ¿Cómo han podido localizarme?

—Usted dibuja cómics —responde Grand.

—¿Y? —Lewis arquea las cejas.

—Y nosotros contamos con la ayuda de una heroína inglesa que se llama Alice y es bibliotecaria. —Violeta sonrío al pensar en ella.

—Nos vemos mañana en la estación de tren de Saint Pancras, junto a la estatua de John Betjeman. Les ruego que tengan cuidado, en nuestro mundo ya no hay héroes, solo villanos.



Hola, padre:

Soy un tío con estrella. John no me ha echado de su casa por quemarle la cocina. Lo que sí tengo claro es que seguiré comiendo solo sándwiches por una temporada. No quiero abrir los fogones, tengo miedo, no voy a ser que me olvide de cerrarlos otra vez...

La semana pasada conocí a un inglés y nos hemos hecho colegas. Se llama Larry. Me ayudó mucho cuando unos tipos duros se metieron conmigo en el pub por ser extranjero. Ahora cada día se pasa por casa y me recuerda lo que hizo por mí, y yo le invito a unas cervezas... como él dice:  
es lo mínimo que puedo hacer. ¿No te parece que tiene razón?

Hoy ha traído unas cajas con ordenadores que quiere que le ayude a vender. Dice que su primo ha cerrado su negocio y le ayuda a traspasar el género de la tienda. Me ha pedido que le eche un cable. Tendré que ayudarle, ¿no te parece padre?

Un abrazo,

Callaban



To:

Pepe Rigau Ter

Las Casas de los Ingleses

Calle Paisley, n.º 5

08571 Pirineos

# Capítulo 19

Londres está cubierto hoy por una fina capa de niebla. Algunos dirían que es humo, otros dirían que es *smock*, pero cuando la señora Lope mira por la ventana nota la caricia de la escarcha. Es agua microscópica que rocía el rostro con una gentileza que solo se encuentra en la naturaleza. «Londres es una ciudad que no se confunde, sabe que el hombre pertenece a la naturaleza y no la naturaleza al hombre. Los lugares contruidos por gente que piensa lo contrario están perdidos, ya no pueden escapar de los cubículos de cemento, las alturas artificiales y las calles desangeladas donde todo es asfalto y armatostes urbanísticos. ¿Qué hará falta para que despierten?». El pensamiento se dispersa en el aire. Pero de repente se estremece, un temblor recorre su cuerpo sin preaviso. Vienen a su mente las últimas palabras de Lewis, el expolicía.

—¿Tiene frío, quiere mi jersey? —Dominika lleva una gruesa rebeca de lana que le llega a las rodillas y un gorro de colores con dos borlas saltarinas en la parte superior. La señora Lope le dice que no con la mano. El frío que tiene no es corporal, es más una señal, una premonición que no le gusta nada.

—No hay manera de que se despierten, yo *tingo* razón. ¡Son todos unos vagos! Callahan el *primiro*.

Debajo de la rebeca Dominika lleva un holgado pijama de cuadros.

—Que duerman, que duerman. Dormir es una buena medicina preventiva. Siempre.

Las dos mujeres se han encontrado en la cocina. Son cafeteras y la primera tarea del día es invariablemente preparar unas tazas.

—William me contó ayer lo de las fotos que encontraron en el dormitorio de John. Y las postales. Un buen descubrimiento. ¿Son *istas*? —Dominika señala la encimera donde están las postales que Pepe escribió al verdadero padre de Callahan. Violeta asiente con la cabeza. La joven de Polonia se fija en el dibujo del reverso, una imagen familiar: es el anuncio *vintage* del joven

Gulliver en el país de Liliput, prisionero de sus habitantes, atado al suelo por cientos de hilos que atraviesan su cuerpo y la frase alabando la calidad y resistencia de los productos Paisley. Es el mismo anuncio que había en una de las postales escritas por John Paisley.

Violeta ha leído detenidamente las escuetas pero reveladoras notas que el trabajador de la central eléctrica envió a su amigo John. Seguramente Pepe sacó las postales de la fábrica y les encontró un buen uso. Aunque los mensajes son cortos, estas pocas líneas en el reverso son una prueba de que los dos hombres se apreciaban. Debían de ser muy distintos, pero estaban unidos por los secretos que compartían.

—¿Qué pone? —Las postales están en español, pero Dominika quiere saber qué dicen. Sigue mirando al aventurero Gulliver, sorprendido por las maniobras de defensa de los liliputienses.

—Bueno, Pepe suele hablarle de su hijo, de cómo crece, sus estudios. También le pone al día de la fábrica y se preocupa por la salud mental de John. Parece ser que tomaba pastillas antidepresivas.

—Normal. John era un viejo con una de esas caras *somidas* en la oscuridad. No debió *soperar* nunca lo de perder a su mujer.

—Ayer fuimos a ver al policía que llevó la investigación y está convencido de que Angelica está muerta. ¿Has visto las fotos de ella en la repisa de la ventana?

—Sí. Muy guapa la madre de ese zoquete de Cal. Ayer estuve echando un *vestazo*. Tiene el aspecto de ser una mujer muy *independiente*. —Mientras habla la joven polaca se ha hecho una tostada y ahora la cubrirá de mantequilla y de mermelada de limón.

—Hoy vamos al periódico donde trabajaba. Hay un colega de ella que sigue en activo y Lewis, el policía, cree que podría esclarecer algo este asunto, ahora que tenemos un poco más de información sobre su desaparición.

—Sobre su muerte. ¿Por *qui* usar un eufemismo si todos pensáis que está muerta?

—¡Buenos días! —Ian saluda a las dos mujeres con un bostezo. Lleva un pijama azul repleto de cohetes espaciales amarillos y naranjas. Agarra con fuerza el cómic que le dieron ayer su abuelo y la señora Lope.

—¿Has dormido con la revista?

—¡Spademan es un héroe fenomenal! Tiene unos ojos láser y una fuerza sobrenatural, puede ver a kilómetros de distancia y con sus brazos-pala puede abrir agujeros gigantes en unos segundos. Su traje está hecho con polifenoles especiales y no se moja, es como una armadura que le protege.

—Bah, eso no es nada —bromea Nick, que acaba de entrar en la cocina y saluda a todos con la cabeza. Él no lleva pijama, sino una camiseta verde militar y unos pantalones raídos del mismo color.

—¡Para, chico! Yo *mi* he perdido. Pero ¿quién es Spademan? —se queja Dominika.

—Es este héroe de Londres. ¿No le conoces? —Ian le enseña la revista y señala con el dedo la portada con Spademan sumergido en las profundidades de las cloacas de la capital—. Es súper —dice el niño entusiasmado. Ella coge el cómic y lo ojea.

—¿Y *qui* hace este héroe?

—Ayuda a los ricos a compartir su riqueza —explica Nick, que parece conocerle bien—. Léelo, te gustará. Spademan trabaja mucho en la City y en las mansiones que los mafiosos rusos tienen en la ciudad; después visita barrios marginales y periféricos y reparte unas cuantas alegrías. Si te gusta, chico, tengo algunos números en mi cuarto y te los puedo dejar.

—¡Sí! ¿Ahora?

—Dame tiempo de preparar un té y vamos a buscarlos.

—Ve, ya *ti* preparo yo el té —le dice la joven.

Nick se lleva su larga melena castaña hacia un lado y saluda como un soldado dispuesto a obedecer. Ian empieza a saltar por la cocina como si tuviera muelles en los pies. El inquilino desaparece por el pasillo.

—¿Tu abuelo sigue en vuestra habitación? —pregunta Violeta al niño. Él y Grand comparten dormitorio.

—Sí. Está en su cama leyendo una guía de Londres.

—Buenos días, chicos. —Irina entra en la cocina.

Ian, a pesar de ser un niño, la mira embobado. Los demás van en pijama, pero ella ya está vestida y maquillada. Lleva una minifalda de tubo y una camiseta agarrada a la piel de sus pectorales, unas medias de encaje y unas botas de tacón que dan vértigo. Acompaña la ropa con una sobresaliente bisutería y un bolso de charol de color rojo que deja sobre la mesa. Es como

una portada del *Playboy* hecha realidad. Es el sueño fatal de incontables hombres del planeta. Y mueve el cuerpo de una forma que les deja oscilando como gelatinas.

—Deberías haber hecho tu entrada triunfal un *menuto* antes, cuando estaba Nick. —Dominika sabe que la rusa es una gata siamesa a la que le gusta provocar admiración.

—¡Qué guapa eres, Irina! —Ian está cegado—. Pero tendrás frío con la ropa que llevas.

—Tiene *rizón* el niño: ve y tápate un poco, que te vas a *risfriar*. Pareces un anuncio de desodorante para hombres. —La joven polaca la mira, si ella tuviera un cuerpo así...

—No tengo tiempo. Y soy rusa. Estoy acostumbrada al frío. —Mira su móvil, que es un apéndice de su mano y se despide de todos con unas palabras que suenan a *matrioska*.

—Nick, ¿puedo venir contigo a tu habitación? —grita el niño desde la puerta de la cocina.

—¡Anda sube! —responde él desde la planta de arriba.

Nick es muy reservado y la puerta de su dormitorio está siempre cerrada. Supuestamente debido a su agorafobia. La señora Lope siente curiosidad por este hombre inglés. Hace unos días oyó furtivamente una misteriosa conversación que mantuvo con Olesya, la chica de Ucrania. No puede quitarse de la cabeza el lenguaje que usaban, tan impropio de dos jóvenes que solo se conocen porque han alquilado una pequeña habitación en la misma casa. «Hablaré después con Ian para que me cuente». De repente, Violeta vuelve a tener esa sensación de desasosiego que siente hoy, como si el ambiente se llenara de una pesada incertidumbre, como si la realidad se convirtiera en una espiral arquimediana de acontecimientos que los arrojara al vacío.

—Y tú, ¿qué vas a hacer hoy, Dominika?, ¿tienes trabajo? —pregunta la señora Lope a la joven para olvidar sus propios pensamientos.

—Hoy no voy a ninguna casa a limpiar. Si queréis podéis dejar al niño aquí con nosotros. Ayer se lo pasó bien. Los martes me quedo con Cal y *lempio* un poco la tienda. Ese zoquete no quita nunca el polvo. Pero cuando *tirmine*, podría llevar al niño al Museo de Historia Natural. Hay dinosaurios.

—¿Dinosaurios?

—¡Físiles! ¡Dinosaurios *fisiles*!

Dominika mira el reloj de pulsera que lleva Violeta y se alarma al ver la hora que es. Sale de la cocina con la tostada en la mano. Unos instantes después se oyen gritos y palabrotas. La joven está intentando que Callahan se levante.

Mientras tanto, Ian ya está en la planta de arriba con Nick. La habitación del joven es como el cuartel general de las fuerzas especiales del ejército. En una de las paredes de la estancia tiene innumerables recortes de papel y notas manuscritas unidas entre sí por decenas de cordones de distintos colores. Cuando el chico se acerca para ver qué es esa gran red informativa a base de notas, números y fotos interrelacionadas, el inglés corre unas cortinas que van del suelo hasta el techo y esconde todo el cuadro estratégico que tiene montado en esa pared.

—¿Qué es todo eso que tienes pegado aquí? ¿Qué son esos hilos de colores?

—Nada. —Nick no desconfía del niño, atribuye su pregunta a su curiosidad infantil. Pero no va a contarle nada.

—¿Puedo verlo?

—Olvídate de eso, chico. —Se lo dice amistosamente pero con rotundidad. Coge un jersey que hay en la cama y se lo pone. Ian mira el pelo tan largo que lleva. Le parece raro ver a alguien que utiliza ropa militar y lleva una melena así de larga. Nick va hasta una estantería que tiene en una de las esquinas del dormitorio y saca unos cuantos cómics.

La habitación está desordenada, hay ropa vieja sin lavar por todas partes y unos pantalones militares desgastados en una silla con unas botas muy usadas justo al lado. Las puertas del armario están abiertas y el niño no puede evitar ver dos trajes del ejército británico colgando dentro. Uno es un uniforme de mayor del ejército, un rango por encima del de capitán. Y el otro es del mismo rango pero de combate, con una recia camisa de camuflaje con grandes bolsillos frontales. Están impecables, como nuevos, no como el resto de la ropa que siempre lleva Nick.

—¿Son tuyos? —Ian señala el mueble y va hacia este para tocar los uniformes.

Nick se adelanta para cerrar las puertas del armario, pero no lo consigue. Ian coge la manga de la chaqueta de gala y pasa sus manos por las coronas reales que lleva en los hombros, que son la insignia de mayor del ejército británico. Nick no está acostumbrado a que entren en su territorio y menos que le hagan preguntas directas sobre su pasado. Se siente cohibido y algo nervioso.

—Sí. Pero pertenecen a otra época.

—Pues están nuevos. ¿Has estado en el ejército, Nick? ¿Dónde?

El inglés duda en responder, pero ve la emoción del niño y le inspira confianza.

—En Afganistán —lo dice con dificultad y baja la vista.—¿Has luchado en la guerra?

—Sí. Pero me duele recordar todo aquello. No puedo... déjalo. No hay nada que contar, chaval. Una guerra es injusticia, injusticia y armas, injusticia, armas y sangre.

—¿Tuviste que matar a otros hombres? —Ian le coge de la mano y se la aprieta con dulzura porque ve que Nick está luchando consigo mismo para seguir hablando de ello.

—Sí y vi muchas cosas horribles.

—Por eso ahora no quieres salir de casa, ¿verdad?

—Algo así, chaval. —Nick le frota la cabeza amistosamente.

—¿Tienes el sombrero que va con el traje? ¿Me lo puedo probar?

Nick abre un cajón que hay en la parte inferior del armario y saca una boina verde con una insignia dorada. Se la pone al niño y este se mira en el espejo que hay en el mueble.

—Ojalá hubiéramos tenido a Spademan en ese maldito país. Hubiera sido más fácil dar a cada uno lo que se merece.

—¿Qué quieres decir? —pregunta el niño distraídamente mientras se mira en el espejo con la flamante gorra.

—No sabes de lo que hablo, ¿eh, chico?

Los dos oyen que alguien sube la escalera.

—Ven. —Nick se apresura a cerrar el armario.

Vuelve a la estantería y saca unos cómics. Deja en las manos de Ian más de diez revistas de Spademan. El niño se sienta en la cama exaltado y mira las

portadas de los cómics con pasión.

—¿Qué haces, Ian, no estarás molestando? —Es el señor Grand que llama a la puerta. Ha oído a su nieto. Nick abre.

—Abuelo, él ha estado en el ejército, como tú.

Los dos hombres cruzan la mirada, como si acabaran de revelarse el uno al otro parte de su código genético. Recelan, pero se crea un vínculo invisible de complicidad. Aunque Nick se pone en guardia, no quiere hablar del tema y cortará cualquier pregunta que venga de un adulto.

Nick mira alrededor y advierte que el ordenador está encendido. El señor Grand se fija en la pantalla. Hay mensajes escritos en otra lengua que no es el inglés. El joven corre a apagar el ordenador y mira hacia la pared donde antes ha corrido las cortinas para cerciorarse de que no es visible.

—Bueno, de eso hace muchos años —aclara Grand.

—No hablaré del tema —asegura Nick con nerviosismo.

—Pues como mi abuelo —dice Ian—, que nunca me habla de cuando era capitán.

Los dos hombres vuelven a entrecruzar miradas llenas de información confidencial. El capitán Grand percibe algo más que recuerdos amargos en la mirada de ese inglés. Sabe que sufre agorafobia y supone que su carrera militar le ha dejado secuelas psiquiátricas graves.

—Vamos, Ian, tenemos que irnos.

Ian coge los cómics de Spademan y suplica a su abuelo para que le deje quedar en casa con Cal. Quiere leer y estar en la tienda. Hoy no hay mercado, pero no le importa.

—Además, ya he hecho planes con una chica.

—¿No eres un poco joven para estas cosas? —bromea Nick.

—Es con Dominika, queremos ir a un museo.

Al abuelo le parece bien, así que los dos vecinos de Bolví se acicalan y se despiden de todos. Volverán por la tarde. El señor Grand deja a su nieto en Portobello Road mientras ellos van a Saint Pancras Station para reunirse con el expolicía. Los *headquarters* del periódico donde trabajaba Angelica Blurton están a pocos metros allí.

Y otra vez Saint Pancras en su camino. La señora Lope empieza a pensar que el santo que da nombre a esta gran estación de Londres solo existe porque



quiere decirles algo. Dominika, que procede de una familia polonesa católica muy creyente, les ha informado antes de salir: «El nombre del santo quiere decir ‘el que todo lo aguanta’».

San Pancraccio se dice que protege a los inocentes y a los que sufren a causa de las mentiras de los demás. Murió joven, decapitado. Por la mente de Violeta navegan imágenes tempestuosas, obras de Caravaggio. «Una forma terrible de morir. Pero ¿es que hay alguna forma de morir que no sea terrible?».

*Hola, padre:*

*Menuda semana. Tengo que decirte que he tenido un pequeño problema con la policía. Ha habido un malentendido. Resulta que los ordenadores que dejó Larry en casa eran robados. Pero él no lo sabía; ya me lo ha explicado todo.*

*He pasado los peores días de mi vida. Los calabozos de la comisaría estaban llenos de bandidos y facinerosos. ¡Qué miedo he pasado!*

*John se ha portado muy bien conmigo. Ha pagado la fianza y no me ha sermoneado. Aunque sigo pensando que algún día me va a echar de su casa porque solo hago que traerle complicaciones. Soy un idiota.*

*Quiero devolverle el dinero de la fianza y he tenido una idea. Le he dicho que alquilemos un par de habitaciones de la casa y que yo me encargaré de todo gratis. Así poco a poco recuperará la pasta que ha perdido por mi culpa.*

*Cal*



*To:  
Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

## Capítulo 20

—¡Caaaaal! Baja a la tienda. Un mensajero trae un *poquete* para ti. — Dominika grita por la escalera. Ella ya ha abierto y está limpiando.

El joven inglés se levanta de su sillón asustado por el vozarrón de la joven polaca. Ya está vestido, pero zanganeaba por el salón y leía algunas de las postales que escribió Pepe a su padre biológico. Las deja en una pequeña mesa y baja las escaleras de dos en dos con sus largas y delgadas piernas de saltamontes. Saluda al chico que trae la caja. Todavía lleva el casco puesto.

—¿Hay que pagar algo? —pregunta.

—No. Pero tienes que firmar aquí. Hoy hay que hacerlo manual. No llevo la terminal.

—¿Tienes boli?

—No.

—¡Oh, *blimey!*, espera que busco uuuuno. A ver. Vale, espera, ¿dónde teeeeengo un bolígrafo? —Callahan se da la vuelta y abre uno a uno los cajones de un mueble de oficina de los años cincuenta que tiene detrás del mostrador. Nota cómo el mensajero se mueve a su espalda, algo hace, se oye el crujir de su traje de cuero, el abrir y cerrar de cremalleras. Piensa que es porque está inquieto y estresado, que tendrá otros paquetes que entregar.

—Seguro que tengo uno poor aquí. Oh, qué suerte, lo he encontrado.

Callahan se da la vuelta y enseña triunfante el bolígrafo. Firma el papel que le indica el mensajero escondido bajo esa ropa negra y ese casco todavía más negro.

El motorista guarda la pantallita eléctrica averiada y el bloc de papel donde acaba de firmar Cal. Sale de la tienda rápidamente, como si hubiera cometido alguna fechoría. Ni les saluda.

—¡Que *tingas* tú también un buen día, simpático! —dice Dominika cuando el mensajero ya está en la calle.

Callahan no abre el paquete. La caja se queda cerrada en la tienda, sobre el mostrador. Él se acerca a la puerta y mira a través de los cristales para ver la moto del mensajero. Se oye el murmullo del motor y unos segundos después desaparece de su vista. Cal vuelve al mostrador y vislumbra su taza de té, la del conejo blanco trajeado y con el reloj de bolsillo. La mira con satisfacción porque desprende un aroma encantador a té calentito. Se lo ha preparado Dominika. Él se alegra de no tener que ir arriba a preparárselo él.

—*I shall be too late, I shall be too late...* —dice contento, como si estas palabras le ayudaran a entender su existencia y pudiera reírse de ella por fin.

—¡*Biébetelo* ahora que todavía está caliente! —Dominika ojea unos segundos a su casero, le mira como una madre atareada que debe asegurarse de que el menos listo de sus hijos también come.

Hoy hace frío, a pesar de que ya es casi mediodía. El sol no parece tener ninguna oportunidad detrás de los nubarrones grises que hay en el cielo. Una infusión caliente le sentará bien. Dominika no le ha preguntado cómo quiere el té porque sabe de sobra que lo toma con leche y con dos cucharadas de azúcar.

Callahan lo coge con la mano y se acerca de nuevo al aparador de la tienda. Anda algo distraído desde el domingo. Ver a su madre en esas fotos... conocer a Alice. Cierra los ojos un instante y hace un esfuerzo por recordar a su madre. Estuvo con ella, vivió con ella los primeros años de su vida. Pero nada, no hay manera, todo está oscuro, ella no aparece. Decepcionado y triste abre los ojos de nuevo.

Después se concentra en Alice. ¡Qué nombre, Alice! No necesita cerrar los ojos. La puede ver perfectamente en su cabeza. Qué mujer, su mirada saltarina, sus labios. Ninguna chica le había besado así. Le entra un escalofrío de los suyos. Mira a través de los cristales inquieto. No hay gente paseando, solo personas con ocupaciones. Se fija en una furgoneta que está descargando unas cajas en una tienda de periódicos de enfrente. Y allí en la acera, al otro lado de la calle, Callahan distingue a una mujer que le resulta conocida. Rumia.

—Oh, *blimey*, es una de las clieeeeentes que pasó el sábado por la tieeeeenda.

Decide saludarla con la mano. No es la primera vez que un mirón se lo piensa durante un par de días y después vuelve para adquirir una de sus

antigüedades. La mujer, descubierta, cruza la calle dubitativa. Cal corre a dejar su taza de té en el mostrador y vuelve a la entrada para abrirle la puerta.

La señora saluda cortésmente y mira contrariada a la chica que está limpiando en la parte de atrás. El hijo de John se deshace en cortesía; es gracioso verle conducir una venta. A Dominika le encanta. La clienta pregunta por uno de los relojes que tiene cerca del mostrador, uno de repisa con un soporte de piedra de jade con unas vetas oscuras que recorren toda la pieza.

A la mujer parece desagradarle la presencia de la joven polaca. Ella se da cuenta y prefiere desaparecer; sabe que hay gente muy *desdiñosa* en el mundo y no quiere que Callahan pierda una venta. Deja la escoba y saluda discretamente mientras va hacia las escaleras. Aprovechará para ir arriba y ver qué está haciendo el niño.

La clienta no se decide, está como distraída. Cal recuerda que, el otro día, esta señora se interesó por su taza de té y tuvo que decirle que no estaba a la venta. Ahora ve cómo la observa de reojo. Por suerte está llena de té allí en el mostrador, al lado de la caja que ha dejado el mensajero.

—¿Tiene usted más relojes? —pregunta.

—Oh, sí, por supuesto, en el aparador, no sé si los ha visto. Tengo varios. —Callahan se encamina hacia el escaparate. Dobla su escuálido cuerpo y su cabeza desaparece entre varios relojes de gran tamaño que tiene expuestos en la entrada. La señora no se mueve del mostrador. Aprovecha que el joven está lejos de ella para sacar de su bolso un pequeño frasco que se apresura a abrir disimuladamente. Se asegura de que el hombre no la está mirando y, sigilosamente, echa el contenido del frasco dentro de la taza de té que tiene junto a ella y después lo esconde velozmente dentro de su bolso. Ha sido muy rápido. El joven inglés no se ha dado cuenta de nada. Sigue en el aparador batallando con dos relojes que quiere coger para enseñárselos a la clienta.

—Este es un reloj victoriano, uno de los mejores que tengo. Y está en perfecto estado. ¡Nadie diría que tiene más de cien años! —Al final, vuelve con solo un reloj. Después irá a por el otro. Lleva en los brazos un escultural objeto de bronce que tiene una pequeña esfera con las horas en la parte superior. Callahan aparta la taza de té a un lado y deja el pesado reloj encima del mostrador.

La mujer no parece impresionada. No presta mucha atención al objeto.

—Me lo pensaré —se apresura a decir—. Debo irme.

—Si no le gusta este, tengo otros... —A Cal no le ha dado tiempo ni a ir a por el otro reloj.

—Quizá en otra ocasión. —La mujer sonríe maliciosamente, como si supiera que no habrá tiempo para otro encuentro. Abre la puerta de la tienda y desaparece.

Cal está perplejo. Abre los ojos como platos y pone cara interrogativa. Después se huele los sobacos.

—No soy yoooo, llevo desodorante. —Le sobreviene un escalofrío de los suyos y retuerce todo su cuerpo mientras deja escapar un grrrr—. Sé que estás aquí, viejo John, padre. ¿Qué quieres ahora?

—¿Con quién hablas? —Dominika ha oído la puerta de la tienda y baja—. ¡Pero si *isa* señora ya se ha ido, aquí no hay nadie!

—He sentido uno de mis escalofríos. Está aquíí. Ahoraaa. El viejo John está aquíí.

—*Isto* es el frío. Tómate el té y entrarás en calor.

Cal coge la taza y se la lleva a los labios.

—¿Has vendido algo? —pregunta ella.

Él niega con un movimiento de la cabeza.

—¿Qué hay en la caja que *ti* han traído antes?

—Cosas mías. —El inglés sigue con la taza lista para beber.

—Pero ¿qué hay? Tengo *curiosidad*.

—Oh, *blimey*, las mujeres queréis saberlo sieceempre toodo. —Deja la taza de té en el mostrador, coge la caja en brazos y se la lleva arriba sin desvelar qué es.

Dominika coge la escoba de nuevo y se dispone a seguir barriendo cuando aparece por la puerta el pependenciero de Larry. Lleva la cara de no haber dormido en toda la noche. Se queda apoyado en la entrada impidiendo que la puerta se cierre; es que necesita aire fresco para despejarse.

—No me lo digas: has estado de *fiesto* toda la noche —le saluda Dominika sin dejar su trabajo.

—Sí, no podía quitarme las churrís de encima, soy como un imán.

La polaca le expresa su incredulidad con un taco y se ríe a carcajadas de él. Sigue barriendo la tienda mientras el chico hace un recuento desatado de la

noche que ha pasado. Su virilidad nuclear es el tema principal e insinúa que incontables mujeres que lo circundaban como electrones se sentían atraídas por él. Larry sigue con su recuento de la noche y cada vez es más explícito. Dominika no puede más y le da en el trasero con la escoba. Le empuja hacia dentro de la tienda para que pueda cerrar la puerta y no entre frío.

—¿Dónde está el español?

—Ahora ya no es español, ahora *is* inglés —dice ella.

—Ya, y yo a partir de ahora soy el rey de Inglaterra.

Larry va hacia el mostrador. Ve la taza de té recién hecho, la coge y empieza a beber.

—¡Larry, este es el té de Cal! Ahora tendré que hacerle otra *tiza*.

—¿Para qué están los amigos?

—Eres un *gorrión*.

—Querrás decir un gorrón, mujer.

—Pues eso. Un aprovechado.

—Mejor que le hagas otro, este apesta —dice Larry, pero se toma otro sorbo—. Puaj, ¿qué hay dentro? ¿Ajo? —Sigue quejándose, aunque sin dejar de beber—. ¿Qué pasa, es que no sabéis hacer un té en condiciones los extranjeros? Por cierto, ¿dónde está el infeliz de Cal?

—Arriba.

Deja la taza vacía encima del mostrador y va hacia la puerta bailoteando. Coge de la mano a Dominika y tira de ella para que baile con él mientras tararea una canción de moda. Ella no quiere, pero sigue la corriente al fiestero de Larry. Tira al suelo la escoba que ella todavía tiene en las manos como si se tratara de un rival al que tiene que neutralizar.

—*Díjame*, pendenciero, que estoy trabajando.

—¿A esto le llamas tú un trabajo? ¿Limpiar la tienda del idiota de Cal?

Dominika se deshace de él y Larry desaparece escaleras arriba mientras tararea la canción. Ella recoge la escoba del suelo y murmura malhumorada consigo misma. Se pregunta por qué siempre es ella la que tiene que aguantar los desplantes de los demás.

Unos minutos después, en el salón de arriba empieza a funcionar el equipo de música a tope. La joven oye cómo Callahan protesta y le ruega a Larry que

baje el volumen. La música baja y al instante vuelve a ponerse alta. Los dos amigos se están peleando con el volumen.

—¡Este Cal necesita un poco más de bravura, oh! Seguro que ahora Larry le va a pedir dinero y nos va a *viciar* la nevera. —Dominika se da prisa, quiere terminar de pasar la escoba lo antes posible para subir. Sabe lo que se propone Larry. Siempre lo hace: se pasa por Portobello abre la nevera y empieza a comer todo lo que encuentra. A Dominika no le sobra el dinero y tiene que limpiar casas para poder comer. No le gusta nada que venga ese amigo de su casero y sin ni siquiera pedírselo, le birle la comida ante sus propias narices. Ya quitará el polvo en otro momento.

Pero esta vez es distinto. Algo sucede arriba. La música suena por toda la casa, algo habitual cuando Larry aparece después de pasarse la noche en una fiesta. Sin embargo, hoy Callahan grita más de lo habitual.

—¡Larry! ¡Larry! ¡Larry! —Se oyen los gritos.

Dominika casi ha terminado. Callahan invoca repetidamente el nombre de su amigo. Ella deja la escoba apoyada en la pared de la tienda y va hacia las escaleras.

—Pero ¿qué sucede? —grita la joven desde el rellano.

—¡Es Larry! ¡Oh, *blimey*! Pero ¿qué te pasa, colega? ¡Larry! ¿Qué estás haciendo? Larry, me estás asustando. ¡Laaaaarry!

Dominika sube las escaleras lo más rápido que puede. Entra en el salón y ve al amigo de Callahan de rodillas, vomitando en el suelo y más blanco que el papel.

—¿Qué pasa aquí?

—No lo sé. No está bien. Oh, *blimey*, ¿qué hacemos?

—Larry, pero ¿*quí* te pasa? —Dominika se acerca a él y le toca la frente.

—Déjame, ¡no me toques! Has sido tú. ¿Qué había en ese maldito té? ¿Matarratas? —Larry grita de dolor y se lleva los brazos a la barriga. Vomita de nuevo y cae al suelo retorciéndose en su propio sufrimiento. Ian aparece en el salón asustado por los gritos y ve a Larry en el suelo.

—¿Qué sucede? —pregunta el niño que todavía lleva en la mano el cómic que estaba leyendo en su dormitorio. No espera respuesta inmediata, se tapa las orejas porque la música está muy alta.



Nick también baja hasta el salón alarmado por los gritos y la música a tope.

—*Llívate* al niño, Nick. ¡*Llívate*lo ya! —grita la joven alarmada.

—¿Qué pasa aquí? —repite el niño nervioso.

Nick coge a Ian del brazo y tira con fuerza de él hasta hacerlo salir. Lo lleva hasta su habitación, le prohíbe salir y vuelve inmediatamente al salón.

—No sé qué le pasa. En la tienda se ha tomado el té de Cal y ha subido aquí. Nada más.

—¡Oh, *blimey*, mi téeéé!

—¡Ayúdame! —suplica Larry a su amigo Cal. Se agarra a sus pantalones. Grita de dolor y, sin tiempo a nada, empieza a convulsionarse en el suelo. Hay una exclamación general de terror.

—¿*Qui* hacemos? —¡Hay que llamar a una ambulancia! —grita Nick y corre abajo a la tienda que es donde tienen línea de teléfono. Acercarse tanto a la calle no es fácil, pero tiene que vencer sus miedos en segundos.

—¡Ayudadme, tíos! —suplica Larry aterrorizado. Mira a los dos desesperadamente y se agarra a la mano de la joven. Ella se arrodilla e intenta cogerle en brazos.

—¿Qué me está pasando? —El pánico se ha apoderado de él.

—Tío, ¿has tomado drogas en la fiesta de esta noche? —le pregunta Cal.

Larry no puede responder, escasos segundos después vuelve a retorcerse de dolor y vomita de nuevo. Dominika intenta calmarle pasándole la mano por el pelo.

—Está perdiendo la consciencia —dice alarmada.

—¡Larry! ¡Espabila! ¡Tienes que despejarte!

—¡*Cógile* de los brazos, Cal! —La joven quiere ponerle de pie.

Los dos observan asustados que las venas que tiene en la frente parece que le vayan a estallar. Larry vuelve a vomitar y esta vez saca sangre. Hay un grito de pavor. Se convulsiona de nuevo y seguidamente pierde la consciencia. Les es imposible ponerle de pie.

La música sigue sonando a todo volumen. Callahan intenta levantarle la cabeza. Tiene vómito en la ropa y en las manos, pero intenta reanimarlo dándole palmadas en las mejillas.

—¡Larry! No te duermas. ¡Aguanta, diablos! Hemos llamado a una ambulancia. —Todo lo dicen a gritos porque la música está insoportablemente alta.

Ian sigue en el dormitorio. No hay nadie más en la casa. Olesya e Irina se han ido a trabajar. Y su abuelo y la señora Lope no están con él. El niño no puede más, sale de la habitación corriendo y va al comedor.

—¡Ian, vuelve a tu habitación!

—¡No! —El niño corre hacia el aparato de música, quiere apagarlo y acabar con esta locura. Cuando pasa por delante de ellos se lleva la mano a la boca al ver a los tres en el suelo cubiertos de vómito y sangre y a Larry convulsionándose inconsciente. Consigue llegar hasta el aparato y lo desenchufa.

—¡Ve al dormitorio y *espira* allí! —Dominika está nerviosa y grita mucho.

Pero el niño no la escucha. Las convulsiones se detienen y los tres ven impotentes cómo Larry empieza a respirar con dificultad.

Se oyen las sirenas de la ambulancia. Nick entra en el salón, mira al amigo de Cal con pesimismo y abre una de las ventanas. Indica a los de los servicios de urgencia cómo tienen que subir. Está sudando, todo aquello lo traslada a otra época de su vida. Ha dejado la puerta de abajo abierta para que puedan llegar rápidamente. Nick coge del brazo a Ian de nuevo y tira de él con fuerza, quiere alejarlo de todo aquello. El niño se resiste. Dominika se levanta del suelo, coge al niño y se lo lleva.

Callahan se queda en el salón al lado de Larry. Intenta responder a las preguntas que le hacen los sanitarios, pero a la mayoría solo puede añadir un no lo sé. Su mirada sigue fija en su amigo, en su cuerpo, que ya no se mueve. Él y Nick asisten con aprensión a los intentos de reanimación.

Llega William, el vecino, sobresaltado por las sirenas. Ve la escena en el salón. Conmovero intenta acercarse a Larry, pero los del servicio de urgencias no le dejan. Pregunta por los demás y le dicen que Dominika está en la casa con el niño español. Están de pie a unos metros de Larry, a la espera del desenlace, incrédulos. A Callahan algo se le remueve dentro. Imágenes de algo que había estado dormido en alguna parte de su memoria durante años reaparecen.

Los servicios de urgencia no consiguen devolver el aliento a su amigo. La fiesta ha terminado. Hay un desánimo general y uno de los sanitarios mira a los tres jóvenes y les confirma que Larry ha fallecido. Media hora más tarde la casa es una colmena de policías.

Hola, padre:

*Al final John ha accedido a alquilar algunas habitaciones y ya tenemos dos japonesas viviendo en casa. Tienen costumbres espantosas, como comer pescado crudo, pero son muy generosas y siempre que vamos al pub pagan ellas las cervezas. Estoy encantado. Creo que por primera vez he tenido una buena idea.*

*Ayer estuve en una fiesta con Larry, ya te he hablado de él. Conocí a un tipo muy raro. Dice que trabaja en un periódico. Conoce a John y me hizo muchas preguntas sobre ti. Es un tipo repelente, con gafas, de los que cae mal. Un tipo sucio. La suerte fue que había barra libre en la fiesta y pronto dejé de oírle.*

*A tu amigo John no le ha gustado nada oír su nombre. Le ha entrado una crisis. La verdad es que está desconocido últimamente, no está cuerdo, toma tantas pastillas.*

Cal



To:  
Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos

# Capítulo 21

Ajenos a todo lo que está sucediendo en Portobello Road, los dos vecinos de los Pirineos han encontrado sin dificultad la redacción del periódico *The Guardian*. Es una caja de cristal sobre finas columnas negras o un insecto gigante de Lego con un cuerpo compuesto de piezas transparentes y sostenido sobre unas cortas y redondeadas patas negras.

—Suelo comer un queso estupendo de los Pirineos. Ahora que soy editor puedo permitirme excentricidades. Podría contratarlos a ustedes, si quisiera —les dice Herbert Tongue, el hombre a quien han ido a ver. Gesticula mientras habla. Lleva un traje muy caro pero informal. Es de los que no quiere parecer un caballero con asiento fijo en la Cámara de los Lores, pero que marca las distancias con un atuendo elitista de izquierdas igual de pedante y chulesco.

La señora Lope está decepcionada. Su intuición le dice que debería estar en otro lugar y no aquí. Sus pensamientos se disparan. «No vamos a sacar nada en claro. Vinimos a por información sobre Angelica y este hombre no hace más que hablar de sus gustos elitistas y vanagloriarse de su puesto de trabajo. Como si no nos hubiera quedado claro que es miembro del consejo editorial y no un simple periodista. Nos lo ha dicho cinco veces. Y los quesos de nuestras montañas no son excéntricos».

—Es difícil encontrarlo aquí en Londres. Aunque hay una tienda en Kensington Road que lo vende. Es carísima. Pero me queda al lado de casa.

Habla sin parar, pero no les dice nada. La señora Lope le mira entristecida. Tongue es un hombre con un gran sueldo, un gran consumo y recreación en estas dos cosas. «No tendrá familia o estará divorciado y no verá a sus hijos más que para comer con ellos en algún restaurante de moda de la ciudad y se enviarán mensajes escuetos y muy globales a través de las redes sociales. Porque lo que no tiene es tiempo. No puede profundizar en nada. Ya es incapaz. Y aunque trabaja en un periódico y debería haber aprendido que la esencia de las cosas es lo único que cuenta, me temo mucho que este pez ya

solo nada en la superficie. Él hace el teatro que hacen todos los profesionales liberales. Se viste con ropa de diseño, se pone gafas de marca, ridículas pero muy urbanas y tiene siempre el móvil de última generación en la mano o encima de la mesa para que se vea bien. Dicho de otra forma, cada día se pone el traje nuevo del emperador de Hans Christian Andersen. La tragedia está en que Herbert Tongue es periodista y no un efímero diseñador, arquitecto de moda o abogado. Su trabajo salva vidas y conciencias, como el de un buen médico. Pero me temo que este hombre que tenemos delante no es periodista. Algo me dice que no deberíamos estar aquí, sino en otro lugar».

—De vez en cuando pasaba a verle. Supongo que ya os lo habrán dicho. Unos días antes de que John falleciera estuve en su casa.

Por fin algo relacionado con sus preguntas. El señor Grand se levanta del sillón verde pistacho en forma de seta en el que estaba sentado. Está a punto de perder los nervios. El expolicía tiene más aguante y parece acostumbrado a tratar con tipos como Tongue. La opinión que le merecen es igual de tajante que la que tiene Violeta. Lewis les llama intelectuales brutales. Hombres despiadados que solo se permiten la crueldad de pensamiento y creen que así son menos ruines. Pero son bárbaros vestidos de Armani, tienen las mismas entrañas que los mafiosos, los evasores fiscales, los narcos o los cabecillas de redes de explotación sexual o laboral.

A pesar de lo que piensa, Lewis está relajado en su poltrona de diseño y le mira interesado. Durante su carrera como policía ha conocido a muchos periodistas, grandes profesionales dedicados a la verdad. Nada que ver con el tipejo que tiene ahora delante. Tongue es de los que piensa que la verdad no existe. El expolicía sabe qué puede esperar de él. Pero le escucha porque siempre hay deslices, y entre tanta verborrea para despistar puede escaparse algo de información útil.

—Estaba mal. No se cuidaba. Hacía años que llevaba una vida pésima. Desde lo de Angelica que no era el mismo. Nunca supe lo que vio ella en John. Eran muy distintos. Venían de mundos muy diferentes. —Hace ademán de mirar la pantalla de su móvil, como si dentro del aparato hubiera otra persona presente que le hace una pregunta—. La muerte de Paisley se veía venir: tomaba muchas pastillas, bebía alcohol, llevaba una dieta deficiente; demasiados factores de riesgo.

El expolicía piensa que, por esa regla de tres, él también debería estar muerto. Pero lo importante no es esto, Lewis toma nota de que Tongue conoce bien el pasado de John Paisley, no hay duda. Y se pregunta para qué iba a ver a John. No es el tipo que se preocupa por los demás y les hace visitas de cortesía... La señora Lope piensa lo mismo y mira a Lewis preocupada.

—Ella era una mujer fantástica y una gran periodista. En cambio, él... —Tose e interrumpe su propia frase—. Bien, tampoco lo conocía tanto, pero no creo que estuviera a la altura de ella. No era un tipo brillante ni mucho menos.

De nuevo la señora Lope y Lewis intercambian una mirada. Lo dice con envidia. Por sus palabras les queda claro que no hubo relación amorosa entre él y Angelica. El periodista la admiraba y quizá deseaba intimar con ella, pero no hubo reciprocidad. Si hubieran tenido una relación, no hablaría de este modo sobre John Paisley, con rencor, con celos. El señor Grand está de pie mirando las vistas de la ciudad, pero no pierde detalle de lo que dice el periodista.

—¿Cree usted que John Paisley mató a Angelica, señor Tongue? —pregunta directamente Grand.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —Su tono es desdeñoso. Para él John Paisley era un inútil, un idiota, un tipo incapaz de hacer algo así.

—¿Cree usted que desapareció *motu proprio*?

—No, tampoco diría esto. Algo le sucedió, evidentemente, pero siempre he pensado que fue algo accidental, algo fortuito, imprevisible.

—¿Y el cuerpo?

El hombre tarda en responder. Antes de hacerlo echa un vistazo a su móvil para ganar tiempo.

—Quién sabe. ¿En el Támesis? Me hacen especular, pero es lo que he pensado todos estos años...

—En las ocasiones que visitó a John Paisley, ¿le dio algún dato que pudiera hacer suponer que sabía algo sobre la muerte de Angelica? —La señora Lope no se explica que un hombre como el que tiene delante haga visitas a domicilio y menos a Paisley, con la baja opinión que tenía de él.

—No. Fueron encuentros absolutamente esporádicos y ocasionales. —El periodista se pone en guardia por primera vez. Percibe que ha cometido un error al hablar de estas visitas.

—Si les soy sincero, mis visitas «a esa parte de la ciudad» eran primordialmente para ver la tienda. —Vuelve a mirar el móvil, es puro teatro, pero gana unos segundos más—. Tengo una valiosa colección de tazas de té antiguas. Mis piezas de porcelana son del siglo XIX, pero las hay más antiguas. Las primeras tazas realizadas especialmente para beber té provienen de China y Japón, aunque son sin asa, son objetos sin gracia. En el siglo XVIII aparecen las primeras tazas con asa, en Meissen y aquí, en un taller de Worcester, en Inglaterra. Como pueden imaginar, estas primeras piezas son extremadamente valiosas. —El periodista sonrío enigmáticamente.

—Y ustedes, ¿saben algo nuevo? Han venido hasta Londres.

—Lo único nuevo es que Angelica Blurton y John Paisley tenían un hijo.

Tongue levanta los ojos por encima de sus gafas ridículas. Mira a los tres botarates seculares que tiene en su oficina de diseño.

—Pero quizá tú ya lo sabías —añade Lewis usando un lenguaje de cercanía para romper obstáculos.

—Sí. Por supuesto. Recuerdo al niño, tendría unos cuatro años cuando Angelica desapareció.

—Su nombre es Callahan Paisley. Es el chico que lleva la tienda de antigüedades, se la dejó John —añade la señora Lope con sus ojos de ardilla clavados en los de él esperando captar si Tongue ya sabía que Cal era su hijo.

Él interrumpe todo contacto visual. Mira de nuevo su teléfono y se levanta de improviso. Da a entender a todos que el encuentro ha concluido y que le es indiferente la información que le acaban de dar. Pero es un error por su parte no interesarse por el hijo, aunque sea por cortesía. Puede parecer un detalle trivial, pero no lo es.

Su hedonismo y la apariencia *cool* de esos tres carcamales le ha hecho bajar la guardia y no debería haberlo consentido. Herbert Tongue no está dispuesto a bajarse de su trono. Él es superior a ellos. ¿Es miedo? ¿Es arrogancia profesional? ¿Esconde algo? Ellos se levantan también de sus incómodos y modernos asientos y se despiden de él con un apretón de manos de los estudiados en seminarios de fin de semana para directivos sin vida y sin corazón, apto solo para personas que viven en un mundo estudiado y clasificado.



Ellos salen del edificio del periódico y se rinden ante la triste realidad de que no han conseguido nada. La señora Lope está decepcionada. Piensa que Angelica y ese hombre posiblemente eran buenos en su trabajo cuando eran jóvenes. «Pero ahora Tongue ya no es periodista, ya no informa, ahora es un fante de izquierdas elitista y presuntuoso, ¿puede haber algo peor que esto?».

Deben irse, es hora de volver a «esa parte de la ciudad». Ni la señora Lope ni el capitán Grand saben lo que les espera. Ajenos a la desgracia sucedida en la casa del inglés, los dos se van a comer a un restaurante del centro con el expolicía. No llevan móviles. No piensan que puede haber un muerto de por medio. Tampoco vuelven temprano; después de todo, están en Londres, uno nunca se aburre en una ciudad como esta.

Pasean toda la tarde por Covent Garden y compran productos locales que viajarán con ellos a las montañas. Ven actuaciones callejeras, mimos, músicos e incluso un mago cockney acostumbrado a trabajar con los turistas que tanto abundan por allí. Imágenes y sonidos que también viajarán para siempre con ellos en su mar de los recuerdos.

Pero por la noche la muerte les está esperando y dejará en ellos una huella mucho más profunda que un simple recuerdo. Llega la muerte y la vida pierde sentido. Como les dijo William esa noche: «La vida es como un cuento relatado por un idiota; un cuento lleno de palabrería y frenesí, que no tiene ningún sentido».

*Hola, padre:*

*He visto un programa por la televisión sobre buertos y he pensado en ti. También pienso en ti cuando no veo programas de buertos, tú ya me entiendes. Las japonesas se han ido y ahora tenemos un inglés y una croata. El inquilino nuevo lleva el pelo largo y a veces se lo recoge en una coleta. Se baña poco y lleva ropa de soldado en casa. Tu amigo John dice que es normal, pero ya veremos. La chica es muy suya.*

*Me imagino que te gustaría que te dijera que tengo novia, pero este tema está complicado. Es como si fuera invisible para las chicas y cuando tengo una delante no sé qué decirle y siempre es Larry quien se las lleva al buerto. El idioma no es el problema, el inglés lo hablo tan bien que todos me toman por el hijo de John. Se me ocurre que podría pedirle a Larry un par de consejos...*

*Cal*



*To:  
Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

# Capítulo 22

Ocurra lo que ocurra, aun en el día más borrascoso, los relojes no se detienen. Las horas pasan. Ni la muerte de Larry consigue detener el devenir. El tiempo sigue avanzando y llega la noche sombría, silenciosa, funesta. Un embate de desesperación inunda la casa del inglés. Los que siguen vivos no alcanzan a respirar. Se ahogan en un mar de preguntas sin respuesta. Pero no hay lágrimas. No hay manera de llorar al muerto. Hay demasiada incredulidad. Nadie se atreve a decir con seguridad que lo sucedido es real y no una fantasía que mañana se desvanecerá.

Reina el silencio. En la casa de Portobello todos se guardan su perplejidad, sus miedos y sus dudas. Los servicios de urgencias se han llevado el cadáver de Larry y la policía les ha confirmado que van a hacerle la autopsia, aunque, por ahora, solo se trata de una intoxicación por causas desconocidas. Los que siguen con vida están reunidos en el salón, a pesar de la hora tardía. Los únicos que no están con ellos son Grand y su nieto, que descansan en su dormitorio.

La señora Lope examina a los chicos con ojos fieros. Nick está deshecho y muy nervioso. Mira frenéticamente a la ucraniana. La chica, sin embargo, conserva su serenidad habitual. Irina no está nada afectada. Ha hecho algunas preguntas de cómo sucedió todo, pero nada más. Escribe y chatea en el móvil, ajena a la tristeza que se respira en la estancia. El pobre Callahan ha tomado unos calmantes y descansa anestesiado en su poltrona del salón.

Entre todos han limpiado el comedor, pero a pesar de que ya no hay vómito ni sangre, siguen viendo el cadáver de Larry en el suelo y sigue oliendo a catástrofe. Es el hedor de la muerte, sumado fatalmente al pestilente olor a naftalina que sale de la habitación de John Paisley. Violeta se pregunta dónde estará escondida la naftalina. «Alguien ha dejado abierta la puerta del dormitorio de Paisley. Los chicos quizá no se acuerdan de haberla puesto en algún armario, pero está aquí, en esta casa, en alguna parte. Es un olor tan

fuerte. Huele a corrompido, a rancio oculto con la hedionda naftalina. Y ahora Larry, el vómito en el suelo y en la ropa, la sangre...».—Bajo un momento a tirar la basura —dice Violeta. En la cocina hay bolsas de basura con los trapos y el papel de cocina que han usado para limpiar.

—Lo haré yo, señora, déjelo. Me la llevaré yo al bajar. —William es el único que no vive en la casa del inglés—. Es mejor que me vaya... aquí ya no hay nada que hacer. —El vecino se levanta y se pone las manos en los bolsillos. Está pesaroso, como los demás.

Se acerca a Dominika y la abraza, la joven polaca es la única que ha llorado, tiene los ojos rojos e hinchados. Ella nunca había visto morir a alguien, pero sabe a ciencia cierta que se trata de un envenenamiento. No ha querido tomar ningún calmante porque quiere mantener los ojos bien abiertos. Siente el peligro, tiene miedo y quiere sus sentidos aguzados.

—*Blimey*, ¿quién ha dado cuerda al reloooooj? —pregunta Callahan saliendo inesperadamente de su letargo.

Entre el gélido y silencioso paso del tiempo que domina la vida del salón se escucha el retumbo de un corazón nuevo. Tictac. Es el viejo reloj de cuco que cuelga de la pared, el reloj de John. Como una broma del destino, hoy vuelve a funcionar. Siempre está parado, nadie le da cuerda. Pero esta noche, su tictac resuena por la casa y el péndulo del reloj bascula de un lado a otro recordando a todos su fecha caducidad. Se miran unos a otros, pero no hay respuesta. Nadie ha dado cuerda al reloj.

—Está aquííí con nosotros. Mi padre no se va. ¿Verdad, viejo John? — Callahan tiene un escalofrío que le hace acurrucarse todavía más en el sillón. El reloj ha llegado a las ocho en punto y empieza a marcar la hora con su rotundo e impertinente gorgoreo. Es mucho más tarde, son más de las doce de la noche, pero el reloj da las ocho. Hay una sensación de angustia general. Todos se levantan sobrecogidos. Es hora de abandonar el salón e ir a dormir.

La almohada y el manto de las sábanas se encargarán de calmar los ánimos. Todos van a sus dormitorios con la esperanza de olvidar por unas horas lo que le ha sucedido a Larry. Aunque es imposible borrar una tragedia tan reciente de la memoria. Otra vez el tiempo. El tiempo que decide, que tiene la última palabra y la llave del olvido. Es tiempo de conjeturas.

El más pequeño de la casa duerme esta noche en la misma cama que su abuelo. Es la primera vez que el niño ve morir a alguien. Nada que ver con las películas o los cómics. Grand intenta poner algo de razón en lo sucedido, a la vez que se culpa de haber dejado a su nieto solo. Se le acelera el corazón al pensar que podría haber sido Ian. Dominika lo ha dicho acaloradamente a los demás, pero muy segura de sí misma: Larry ha muerto envenenado. Algo había en el té. ¿Cómo afectará al pequeño ver tan de cerca la muerte de alguien? Tendrá que hablar con la madre del niño. No pensaba decir nada del viaje a Marga hasta la vuelta. Pero ahora van a retrasarse. La policía ha dejado bien claro que ningún inquilino de la casa puede abandonar Londres. Duda, atormentado, cómo justificar su viaje a Londres y el retraso sin tener que dar muchas explicaciones. Será complicado.

La señora Lope tampoco puede dormir. Está dentro de la cama, sentada. La joven polaca está con ella, también sentada sobre el edredón que compraron juntas unos días antes. Violeta le da la mano para tranquilizarla y le asegura que todo se aclarará. La joven tiene miedo de que la policía piense que fue ella quien mató a Larry. Después de todo, ella preparó el té. Piensa en su familia, piensa en Polonia y después piensa en la cárcel. Ha dado mil vueltas a lo que hizo en la cocina por la mañana mientras preparaba la taza con la infusión. Solo salió un momento para ir al baño a arreglarse y al terminar pasó por la cocina, recogió la taza de té que había preparado y bajó a la tienda. ¿Quién pudo haber tocado la taza?

Violeta la anima y le dice que no está sola. Ella no dejará que la acusen. Sabe que la chica es inocente. Se conoce a sí misma y no abandonará Londres hasta que todo se aclare. Interroga a la joven, la incita a recordar detalles. Después de bajar la taza de té a la tienda, Dominika la dejó en el mostrador y empezó a limpiar. Vino un mensajero y dejó un paquete para Cal. Después vino una clienta y ella dejó de limpiar y subió. Violeta le pregunta por qué razón abandonó la tienda y ella le dice que la señora que había entrado parecía molesta con su presencia y decidió desaparecer para que Callahan no perdiera la venta.

—¿Qué quería comprar esa mujer?

—Relojes. Estaba interesada en los relojes.

—Mucho me temo que esto no ha terminado y creo que Callahan está en peligro. Esa taza de té era para él. Tenemos que hacer algo. Tenemos que alejarle.

—Pero ¿cómo?, la policía no deja que abandonemos la casa.

—¡Alice! Alice es la solución. —Es un pensamiento en voz alta de Violeta. Dominika no sabe a qué se refiere—. Tú vete a dormir ahora. Mañana será otro día. Descansa. Es importante que el chico se vaya de aquí. Me importa un pimiento lo que diga la policía.

La señora Lope tiene un presentimiento: el hijo de John Paisley está en peligro. La policía les ha prohibido abandonar el domicilio, pero ya hablará con ellos. Alice podría acogerlo durante unos días. Nadie conoce a la bibliotecaria, nadie sabe dónde vive. Se levanta de la cama y coge su bolso. Busca dentro hasta dar con el papel donde tiene escrito del teléfono de ella. Suspira aliviada, pide a Dominika que le deje su móvil y la llama.

Los demás inquilinos recuerdan todo lo que pueden de Larry y buscan alguna razón a lo sucedido. Dominika va a su dormitorio, pero no puede dormir, necesita hablar con alguien y llama a su amiga Ania por teléfono, precisa compartir lo que ella sabe que es la verdad y que los demás solo escuchan como una posibilidad entre muchas otras.

Nick hace lo mismo y comparte con su amigo Tony lo que les ha tocado vivir hoy. Olesya llama a la puerta de Nick y susurran unas palabras arropados por la oscuridad del pasillo. Irina, ya en su habitación, sigue pegada a su móvil y habla de dinero con alguien, no parecen ponerse de acuerdo.

A la mañana siguiente muy temprano, cuando la niebla y el *smock* todavía cubren la gran urbe londinense, Alice y Callahan ya están dentro de un coche circulando sin problemas por una de las arterias principales de salida. Escapan arropados por el silencio del alba, abandonan la ciudad y van en busca de la clandestinidad.

El coche en el que viajan es de ella, es un pequeño utilitario. Ha sido difícil meter al inglés dentro y no porque hiciera muchas preguntas o se negara a ir; ha sido complicado porque él es muy alto y el coche de Alice no está hecho para cuerpos como el suyo. Al final ha entrado doblándose como un metro de carpintero.

Dominika y la señora Lope han metido en una bolsa algo de ropa interior limpia, que ha sido una odisea encontrar por su habitación. Alice ya está al corriente de todo. Le parece enloquecedor todo lo que ha pasado y quiere ayudar. Sintió una angustia horrible cuando Violeta le dijo que Cal podría estar en peligro. Se pregunta por qué su corazón se agita tanto por este chico desaliñado y sonrisitas, pero ahora no es el momento de buscar respuestas, ahora tiene que actuar y, si hay que alejarle de Londres, ella sabe dónde llevarle para que esté a salvo.

Un saludo rápido al alba y Alice aprieta el acelerador, a la bibliotecaria le gusta correr. No excede los límites, pero se deja llevar por la velocidad siempre que puede. Durante el primer tramo del viaje el inglés dormita bajo una manta. Está contraído por el frío y porque es todavía muy temprano para él. Ella, en cambio, está pizpireta como siempre. Sus pequeños labios en forma de beso ya están pintados de carmín; su cara, maquillada, y se ha perfumado. Viste una chaqueta de vistosos cuadros escoceses pero muy femenina, ceñida en la cintura y con una falda hasta las rodillas. Siempre lleva ropa que no se encuentra en las tiendas. La señora Lope cuando la ha visto llegar esta mañana se ha preguntado de nuevo de dónde sacará la ropa que se pone. También lleva un gorro de lana con unas borlas que le ha dado Dominika cuando se ha quejado de que tenía heladas sus pequeñas orejas de ratón.

Poco a poco, el joven inglés se desvela. Alice ha estado tirando de la manta para que sienta frío y se despierte. Desea saber cómo está. El pelo rubio y los grandes ojos castaños y saltones de Cal aparecen por debajo de la cubierta de lana y ella se alegra. Callahan ve a su lado a la chica que conoció el domingo, la chica que le besó en las escaleras de su casa como ninguna chica le había besado antes. Sonríe complacido, es una visión, un agradable sueño, ya no hay pesadillas. Aunque después mira alrededor y se da cuenta de que está dentro de un coche en marcha. Alarmado yergue sus doblados huesos y mira por la ventanilla.

—Oh, *gosh*, lo sé, esto no es Londres.

—¿Noooo? —Callahan está todavía bajo los efectos de los calmantes.

—No te inquietes. ¡Relájate! Todo está controlado. Tus amigos de Portobello van a poner un cartel en la tienda y permanecerá cerrada. Nosotros

les llamaremos esta noche para saber cómo anda todo. Ahora disfruta del paisaje.

Pero el inglés no puede relajarse. Observa cómo Alice toma las curvas y la mira como si la conductora fuera un piloto kamikaze. Han dejado la autopista hace un rato y ahora conduce por una estrecha carretera secundaria de sentido único rodeada de campos verdes y bajos muros de piedra centenarios que delimitan las propiedades. Alice tiene cara de velocidad, corre y se divierte con su carrera.

—¡Oh, *blimey!* ¿No estás pisando el acelerador demasiaaaado? — Callahan se incorpora aún más y se agarra como puede al salpicadero.

—¡Bienvenido al campo!

—Pero ¿dónde estaaaamos? ¿Qué es todo esto... esta... hierbaaaa?

—Oh *gosh*, no me digas, eres un ratón de ciudad. —Alice le mira sonriente y después se mira presumida en un espejo que tiene en la guantera. Callahan se inquieta porque ella no está mirando a la carretera. De improviso, una criatura a la carrera se cruza en su camino.

—¡Un conejoooo! —grita Callahan.

Alice vuelve a poner los ojos en la carretera comarcal. Se oye un golpe en la parte delantera del coche. Callahan se encoge en su asiento, asustado.

—¡*Blimey*, acabas de matar a un animaaaal! —El chico se lleva las manos a la cara y se tapa los ojos. Son demasiadas conmociones para él.

Alice desacelera, no le ha dado tiempo a frenar. Detiene el coche en la cuneta sobre la hierba fresca tocada por los primeros rayos de sol de la mañana. Sale del vehículo y lo mira por todos los lados y por debajo y acto seguido se aleja unos metros y echa un vistazo al camino donde están. Unos metros más atrás ve al animal. Está desmadejado e inmóvil sobre el asfalto.

—¡Oh, *gosh!* ¿De verdad hice eso? Deberían poner semáforos, ¿no te parece? —Alice respira profundamente el aire del campo. Echa de menos estos parajes. Los conoce bien, pues su familia es de esta parte de Inglaterra y es a casa de sus padres a donde se dirigen precisamente. Es el lugar más seguro que conoce. Callahan también sale del coche, mira alrededor desconcertado y se abraza a sí mismo en un vano intento de mitigar el frío. La joven mira concienzudamente el cuerpo inerte de la liebre en el arcén del



camino. Ha muerto con el golpe. No hay sangre. Alice coge al animal por sus grandes y largas orejas.

—Pobre —dice él mirando a la criatura colgando.

—Sí. Nunca sabe uno si va a poder beber el té de las cinco. —Alice empieza a andar hacia el coche con el animal en la mano.

—Oh, peeeero ¿qué haces?

—Llévámelo. Adele hace unos estofados para chuparte los dedos con estas criaturas.

—Oh, ¿quién es Adele?

—¿Quién va a ser? ¡La cocinera! —Alice se ríe con desparpajo.

Entran en el coche y discuten porque Callahan no quiere aguantar la liebre ni quiere tenerla a los pies. Alice vuelve a salir del coche con el animal colgando y lo mete en el maletero.

Unos minutos más tarde cogen un camino particular y avanzan unos cuantos kilómetros de bosque y verdes claros donde hay ovejas pastando que los miran a su paso. Alice hace sonar la bocina de su bólido y de entre la lana blanca y las patas patizambas de las ovejas sale un perro pastor de pelaje blanco y negro que salta veloz hacia donde circula el coche y les sigue a toda velocidad hasta la casa.

—Es Spotless. Conoce este coche mejor que a su propia madre. —Alice reduce la velocidad, pues ya están llegando a la casa de sus padres.

—¡Oh, *gosh!* —exclama cuando llegan a la casa—, papá se ha dejado otra vez la puerta abierta.

Callahan ve anonadado cómo una gallina pelirroja de andares muy elegantes y sus diez pollitos salen por la suntuosa puerta principal de la mansión que tiene delante. Es un palacio georgiano de los que el joven solo ha visto en películas de época cuando hace *zapping* en la tele. Contempla la gigantesca casa de la familia de Alice, con sus vastos ventanales blancos vistiendo la fachada con elegancia y la entrada por donde han salido la gallina y los pollitos, que es monumental. Erguidas columnas de piedra a cada lado del portón sostienen un esbelto y etéreo balcón que da a las estancias del primer piso. Una elegante techumbre en forma de trapecio corona toda la casa. Está realizada con tejas de pizarra del color de carbón que contrastan con el color de la piedra arenisca cuadrangular que recubre el resto de la mansión.

Por último, hay unas colosales chimeneas que despuntan aquí y allí en el tejado de la casa dando al conjunto un acabado muy hogareño.

—¡Oh, *blimey!*, ¿y tus padres viven aquí?

—Sí, pero como ves no viven solos. Están las gallinas, Spotless, un par de cabras, ovejas y un cerdo, al que papá adora. Además de Adele, la cocinera, y Henry, el mayordomo y amo de llaves.

—No me habías dicho nada.

—No. Mi familia es un poco rara. Evito hablar de ellos todo lo posible.

—Alice se sonroja. Si no fuera porque su nuevo amigo está en peligro, este sería el último lugar del mundo donde le llevaría.

De la casa sale un hombre delgado y estirado que saluda a Alice tíbiamente. Ella en cambio le abraza y le pregunta cómo está.

—Yo bien. Adele anda algo desconcentrada estos días. Y tus padres siguen como siempre. —El hombre mira al recién llegado, se lleva la mano a la boca y tose a la espera de que Alice les presente. Es la primera vez que Alice trae a alguien.

—¡Oh, *gosh!* Sí, él es Callahan Paisley Blurton, un, un... amigo de Londres.

—Encantado. —Se acerca a Cal para estrecharle la mano—. Soy Henry, el mayordomo.

—¡Mayordomo y salvavidas de la familia! Impones cordura, ¡que buena falta nos hace en esta casa!

—Hola, hola —saluda Cal, y se dan un apretón de manos.

—¿Dónde están ellos?

—¡Hija!

A Henry no le da tiempo a responder. Por la puerta de la mansión aparece una mujer con un vestido de fiesta muy elegante debajo de un chaleco verde acolchado de cazador y unas botas de lluvia de color rosa que le dan un aire muy campechano.

—¿Cómo es que vas tan elegante, mamá?

—Trapos del armario. Me dan pena allí colgados. Ya sabes lo antisociales que somos tu padre y yo. Me los pongo para estar en casa.

—¿Qué hago con esto, Alice? —El mayordomo ha abierto el maletero para coger el equipaje y ha sacado el conejo cogido por las orejas.

—¡Una liebre! Qué buena idea. Adele se alegrará de no tener que pensar en el menú de hoy. Está un poco extraña últimamente. Ayer por la noche tu padre encontró unas gafas dentro de la sopa. ¡Anda distraída! La he pillado hablando sola y refunfuñando. Bueno, lo de hablar sola es bien normal, pero lo de refunfuñar... ¡eso no! —exclama la madre.

—Le habréis dado algún disgusto a la pobre mujer. ¿Dónde está papá?

—Con la cerda. A veces pienso que la quiere más que a mí. —La madre mira a su hija orgullosa y la llena de besos en las mejillas. Alice se sonroja y mira de reojo a Callahan. Los dos intercambian un guiño de complicidad.

—Mamá, quiero presentarte a Callahan Paisley Blurton.

La madre deja a la hija en paz y va hacia el chico y empieza a llenarle de besos como ha hecho con Alice. Coge a Callahan desprevenido. Le abraza, le achucha.

—Cómo me alegro de que nos traigas a un amigo. Qué bien tenerte aquí. ¿Paisley? No serás uno de los Paisley del norte, los que hicieron fortuna con las hilaturas.

—Madre, es una larga historia. ¡Y ahora deja de manosearle y besarle!

—Bien, bien. *Good gracious me*, eres alto como una torre. ¡Los hombres altos no tienen nada pequeño!

—¡Mamá!

—Así que este chico viene contigo. Entrad, entrad. ¡Cuidado con las boñiguitas de los pollitos! Tu padre se ha dejado la puerta abierta.

—Ya.

Callahan entra y mira asombrado el vestíbulo de la mansión. Es enorme y decorado con mobiliario antiguo muy bien conservado. Él sigue con la manta en los hombros, unos viejos jeans y un jersey de lana sobre una de sus camisetas con eslóganes. Es la misma ropa que llevaba ayer. Después de que se llevaran a Larry muerto, se quitó la ropa sucia con el vómito y la sangre de su amigo y se puso lo primero que encontró en su dormitorio.

—Madre, déjanos descansar hoy. Callahan no ha dormido mucho. Le acompaño arriba y enseguida bajo y te pongo al día. ¿A qué habitación le llevo?

—¡Llévalo a la tuya!

—Pero...

—Oh, Alice, no seas tan recatada. Además, es la única habitación que no usamos y que siempre está limpia y con sábanas. Henry siempre la tiene a punto. ¡Henry! ¡Henry! ¡Henry!

—Sí, señora Liddell. —Henry asoma por la esbelta y sinuosa balaustrada georgiana. Está en el piso superior.

—¿Está arreglada la habitación de Alice?

—Sí, señora Liddell. —Callahan oye el apellido de la joven bibliotecaria y la mira complacido.

—Ponles jabón, mucho jabón y muchas toallas. Oléis francamente mal. — La madre les huele y se retira unos pasos—. Y flores, muchas flores. Yo me encargo de las flores, ahora mismo voy al jardín.

La mujer sale del vestíbulo por la puerta principal y al cabo de unos segundos vuelve a entrar.

—Necesito unas tijeras. ¡Adele! ¡Adele!

Ellos suben la escalera. Alice va delante y Callahan la sigue. Tropezaba dos veces porque en lugar de mirar por donde va contempla la cantidad ingente de retratos antiguos que hay colgados en la pared de la escalera. Después siguen por un largo pasillo hasta que llegan a la habitación de Alice. Ella abre la puerta y deja entrar primero al chico.

—¡Oh, *blimey!* —exclama fascinado al entrar. El dormitorio está lleno de relojes: grandes, pequeños, antiguos, modernos, sobrios, infantiles, divertidos, hay tantos. Él también siente una verdadera pasión por estos aparatos que miden el tiempo y Alice lo sabe.

—¡Qué colección! *I shall be too late, I shall be too late* —se ríe fascinado.

—Oh, *gosh*. —Alice se sonroja.

—El domingo no me dijiste que a ti también te gustan tanto los relojes.

—Es que ese día no hablamos mucho. —Alice solo recuerda el beso.

—Y tú eres Alice —dice él. Los dos se miran e intercambian una mirada de complicidad.

—Al viejo John, mi padre, también le gustaban mucho los relojes. — Callahan se sienta en la cama y comprueba si es mullida—. Desde que vine a Londres, cada día lo primeeeero que hacíamos cuando bajábamos a abrir la tienda juntos era aseguraaaarnos de que el mecanismo de cada uno de ellos

funcionaba, eeeee como su corazón. Él repetía sieceempre en voz aaaalta: «El tiempo es muy lento para los que esperan, muy rápido para los que temen, muy largo para los que sufren, muy corto para los que gozan; pero para quienes aman el tiempo es eternidad» —lo dice de carretilla, son palabras grabadas en su memoria después de oírlas centenares de veces. Pero esta vez es distinto, mira a Alice enigmáticamente. Al oírlas saliendo de su boca comprende mucho más.

—Oh, *blimey*, pero tú ya lo sabes. Has estado en la tienda. Has visto mis relojes. El domingo...

Intercambian una sonrisa culpable, sabedores de que existe algún tipo de unión poderosa entre ellos. Él tampoco puede olvidar el largo beso dominical. Alice se ruboriza. Se emocionó cuando vio la tienda llena de relojes por primera vez, comprendió que se enfrentaba a su propio destino y le entró vértigo. Por eso no le dijo nada de su pasión por las esferas del tiempo.

La joven Liddell está nerviosa porque es la primera vez que entra un hombre en su habitación. Este lugar está lleno de objetos personales. Un dormitorio es el lugar que más cosas revela sobre nosotros mismos. Es la extensión física del alma humana.

—Veo que Henry ya ha traído tu equipaje. Túmbate y descansa. —Alice intenta calmarse; se acerca a la cama y la abre.

—Alice, yo no sé... no sé qué decir —dicho esto, que es como no decir nada, Callahan sigue mirándola.

—Estás cansado y es muy propio de ti no saber, quiero decir, no saber qué decir. —Ella le observa y sonrío aturdida. Sabe que detrás de su falta de palabras hay fuertes sentimientos y eso es lo que cuenta para ella, que su corazón late arrebatadamente como el suyo. Alice empuja a Callahan para que se eche a descansar. Pensamientos livianos desfilan por su mente, ese chico le gusta. El beso en Portobello Road cogió a los dos desprevenidos. Pero la inesperada muerte de Larry poco después ha absorbido todos sus minutos y sus horas.

Alice va hacia la ventana, cierra las cortinas y sale de la habitación sin decir palabra. Callahan está rendido y enseguida se deja llevar por el sueño.

El silencio es absoluto y el inglés duerme durante horas. El día transcurre sin contratiempos en esa parte de Inglaterra. Abajo, en el salón, madre e hija

se ponen al día de todo lo ocurrido en Londres y la señora Liddell comparte la preocupación de Alice por la seguridad del hijo de los Paisley. Es casi la hora de la cena y las dos van a la cocina para charlar con Adele.

Huele a estofado. La cocinera, que siempre recuerda a la familia su origen bretón, es una mujer de mediana edad, bajita y entrada en kilos. Lleva el pelo recogido y tiene uno de esos rostros que tienen los que toman mucho café, con una mirada descentrada y cargada de nerviosismo sinsentido.

—Esta noche, durante la cena, habla con tu padre, niña —dice la madre a Alice—. Dile que deje de coquetear con esa cerda y que traiga sus carabinas. Mejor que durmamos todos con un arma en la cama.

—Aquí Callahan está seguro. Nadie sabe que hemos venido —afirma Alice.

—Es horrible. Horrible. El muerto, Larry, ¿eran muy amigos?

—No lo sé, hace poco que conozco a Cal.

—Hija mía, eres muy confiada. No deberías vivir en la ciudad. ¿Tengo razón o no tengo razón, Adele?

—No lo sé, señora Lorina. —La cocinera les llama por sus nombres de pila—. Pero yo quiero una carabina. Dígale al señor Reginald que traiga una para mí. Esta noche estoy un poco alterada.—Mujer, tú siempre estás alterada últimamente. Si sigues así, sin encontrar sentido a nada de lo que haces, pronto caerás presa de los ansiolíticos. Que sepas que esas pastillas te transforman: te quedará cara de boba y tus pensamientos se empastarán como la masa de uno de tus bizcochos.

—Son dilemas vitales con los que convivimos los seres humanos, señora Lorina.

—¿A qué hora es la cena, madre?

—A las siete, como siempre, hija. Y dile a tu amigo que se vista, ya sabes cómo es tu padre en las cenas. —Alice va a interrumpirla, pero ella continúa—. En el armario de tu cuarto he dejado ropa de tu padre que ya no usa. Le quedará bien a tu novio, es alto como tu padre.

—¡No es mi novio!

—Ya, ya, esto decía yo cuando conocí a tu padre. Te gusta la misma clase de hombre que a mí. —La madre se ríe descaradamente—. En lo único en que no se parecen es que tu padre se pasa el día leyendo periódicos y tu dandi, en

cambio, no me lo imagino interesado en la actualidad internacional. Y, dime, hija, ¿en la cama...?

—¡Señora Lorina! ¡Que estoy yo aquí! —Adele reprueba la impudicia de la casa de los Liddell.

—Oh, *gosh*. No me avergüences en la cena, madre. Este chico me importa, te lo ruego, no le intimides.

La madre se ríe con desparpajo.

—Bien, bien, voy a cambiarme para la cena. Toma, Adele, te dejo aquí abajo la ropa sucia. —La señora Liddell se quita el vestido de fiesta que lleva y se queda con sujetador y bragas. Se pone de nuevo el chaleco verde militar que llevaba encima del vestido y se va medio desnuda sobre sus botas de lluvia rosadas.

Alice no se inmuta. Conoce de sobra las costumbres de su madre y le tranquiliza saber que Callahan sigue durmiendo. La que no se familiariza con estas excentricidades es Adele, que se santigua al ver salir de la cocina a su jefa medio desnuda sobre unas *wellies* de color fucsia. La hija se queda en la cocina para hablar un rato con la cocinera. Unos minutos más tarde oye la risa estridente de su madre.

—¡Alice! ¡Alice! Ven a buscar a este pajarraco asustado. —grita la madre desde las escaleras.

La joven bibliotecaria corre tanto como puede porque se imagina lo que ha pasado.

—Oh, *blimey*, no esperaba encontraaaarla, señora Liddell, quiero decir, encontrarla así, quiero decir, aquííí. —Callahan está clavado en unos peldaños y no puede desviar la mirada del cuerpo desnudo de la madre.

—No te preocupes, chico. ¡Tú vas poco a la playa!

—¡Madre! ¡Sube a cambiarte!

—Aaaalice... —Cal la ve y suspira el nombre de la chica como avistando un rayo de luz entre tanto mar de desconcierto.

—Vamos, Callahan, vamos al dormitorio. —Alice le coge de la mano y se lo lleva a toda prisa hacia arriba.

—Las escaleras. Las mujeres de tu familia y las escaleras... —Callahan hace sus propias asociaciones.

La joven intenta excusar el comportamiento de su madre, pero Cal la detiene. Para cuando llegan a la habitación, este pasaje ya es un tema jocoso y los dos le sacan punta con humor. Cal está mucho más relajado y le ha salido de nuevo esa sonrisa tonta que tiene él y que tanto le gusta a ella.

Empiezan a prepararse para la cena y el joven decide tomar una ducha antes de cambiarse. Ha descansado de maravilla, pero ahora quiere despejarse un poco. Va a cenar con los padres de una chica que se ha metido en su cabeza y no quiere salir.

Callahan entra en el baño y abre el agua. Rápidamente se llena la estancia de vapor. Alice sigue en el dormitorio mirando la ropa que les han dejado en el armario.

—Esto es una casa de locos —dice ella mirando los trajes que les ha dejado su madre.

—¡Oh, *blimey*! Alice, no puedo bajar el agua caliente, no sé cómo. Uy, ¡que me quemoooo! —Callahan está bajo un gran chorro de agua caliente que resbala por todo su cuerpo enjabonado.

Alice sonrío y deja la ropa. Entra en el cuarto de baño y cierra la puerta tras ella con decisión. Solo puede ver la silueta del chico entre el vapor. No piensa en nada más que en él. La joven se quita la ropa silenciosamente y se acerca al plato de ducha.

—Vamos a ver, creo que se regula así. —Entra en el cubículo y siente como las gotas de agua resbalan por su piel y la empapan. Semiescondida entre una húmeda y ardiente niebla blanca la joven acerca su cuerpo desnudo al de él.

—Oh, Alice... —Callahan reacciona—. La temperatura es perfecta.

—¿He llegado a tiempo?

—Has llegado a la hooora. Oh, *blimey*, ni un minuto antes, ni un minuto después. Ven aquí.

Y es que en casi todo cuanto se hace, se es más fogoso al intentarlo que al disfrutarlo. Por eso, no debemos nunca menospreciar las pocas actividades humanas donde el intento y el disfrute van siempre de la mano. Por fortuna de la humanidad.



*Hola, Marga:*

*Tu hijo ha insistido en que te enviemos una postal desde el British Museum, aunque no tenemos nada nuevo que contarte porque fue ayer que hablamos contigo por teléfono. Como dicen los ingleses:*

*«No news is good news». Ian dice que te gustará ver la fotografía de la Piedra de Rosetta de la que tanto le has hablado.*

*También tenemos una visita pendiente a la White Tower; según tu hijo es una mazmorra gigante de la Edad Media.*

*Deseo que este curso que estás haciendo sea fructífero. Te llamaré en cuanto sepa cuando volvemos. Después te contaré sobre el viaje... No te inquietes.*

*Te mandamos un caluroso abrazo,*

*Tu hijo y tu padre*



# Capítulo 23

El tiempo no acompaña en la capital inglesa. Lluve y los ánimos están empapados de malos augurios. Desde la muerte de Larry hace dos días, los habitantes de la casa del inglés andan silenciosos, como almas en pena, distraídos y confundidos. Todo ha perdido importancia, todo se ha desvanecido y hay que volver a empezar. Recelosos, intercambian miradas huidizas en el pasillo, en la cocina y en el salón al atardecer. Dominika llora constantemente y repite sin cesar que fue un asesinato, que alguien envenenó el té. Desde la tragedia, el pequeño Ian siempre va acompañado de su abuelo y tienen una regla nueva: no se bebe ni se come nada sin permiso.

Grand intenta pasar el mayor tiempo posible fuera de la casa. Hoy se ha llevado a su nieto de museos. El hombre está más tranquilo desde que ha comunicado a su hija que estaban en Londres y seguirían aquí unos días más. Por supuesto, no le ha dicho nada de lo sucedido en la casa. Esto lo deja para más tarde, para la *rentrée*, para un *tête à tête*.

En Portobello Road todos saben que Callahan está en el campo y dan por supuesto que no hace nada más que descansar. Mientras tanto, en la casa hay cierta agitación porque tienen un invitado que fisga en todas partes y a algunos de los inquilinos del inglés no les hace ninguna gracia. El husmeador es Lewis, el expolicía. La señora Lope le ha llamado y le ha puesto al corriente de la inesperada y trágica muerte de un amigo del hijo de John Paisley y Angelica. El hombre se ha ofrecido a pasarse por el lugar antes de que a Violeta le diera tiempo a pedírselo.

Lewis conoce bien la casa de Portobello. Estuvo aquí muchos años atrás, cuando Angelica Blurton desapareció y le tocó a él llevar el caso. En aquella época no tenía tantas arrugas, pero bebía mucho más alcohol del que bebe ahora. Sin embargo, hay casos que no se olvidan y este es uno de ellos.

Volver después de tantos años le altera. El tic nervioso que tiene y que le hace ladear la cabeza se ha intensificado. Es la tensión. Lewis hace lo que

puede para controlar la sensación de desasosiego que lo invade y esconder sus achaques nerviosos, pero es una lucha contra su propia naturaleza que va perdiendo. Sabe que se mueve en tierras movedizas, revisita un caso que fue incapaz de resolver. No obstante, su instinto investigador ha despertado con ímpetu. El letargo terminó para él. Es de nuevo un joven cachorro adiestrado olisqueando las esquinas. Y quiere verlo todo, examinarlo todo, incluso se ha traído un kit policíaco dentro de su vieja mochila: una cámara fotográfica, una lupa, un metro, una linterna, varias bolsas donde guardar muestras, una lámpara de luz ultravioleta para detectar sangre u otros fluidos corporales y polvos para levantar huellas dactilares.

Nick es el inquilino que está más agitado por su visita. Se ha encerrado en su habitación. No le gusta la idea de tener un poli fisgoneando en la casa. Fue más que suficiente para él lo que sucedió dos días atrás, cuando multitud de desconocidos uniformados desfilaron por toda la casa mientras el cuerpo de Larry, todavía caliente, yacía en el suelo del salón. En su mente han quedado gravados el miedo y la impotencia que sintió. Muchos recuerdos traumáticos de sus años en Afganistán han vuelto y le atormentan. Nick especula, no tiene pruebas, pero es posible que no fueran a por Larry ni a por Callahan. Quizá iban a por él... Tiene que estar vigilante y no perder la calma. No quiere que nadie más entre en su habitación y se niega a que Lewis se inmiscuya en su vida.

La chica rusa, Irina, lo mismo. Antes de salir por la mañana, deja bien claro que le trae sin cuidado saber que le pasó a Larry. Ella no quiere a nadie en su dormitorio. Ya son dos. Por suerte, los demás inquilinos de la casa no ponen pegos y dan acceso libre al registro de la casa.

—Algo se cuece en Portobello Road, de eso no hay duda. —dice Lewis.

—Es una *shepherd's pie* que ha *preparado* la señora Lope, está en el horno —dice distraída Dominika. Están los dos en la cocina. La joven está ojeando una revista de prensa rosa que le ha dado Irina. Hace dos días que no saben nada de la policía y este hecho le da ánimos, le permite obviar la realidad. Quizá se equivocó, piensa la joven polaca. Quizá Larry murió de enfermedad o a causa de algo que tomó en la fiesta donde estuvo toda la noche. Ella no es médica, ¿acaso no es posible que Larry muriera por causas naturales? Todos saben que bebía mucho, siempre estaba de juerga y seguro que comía mal.

Quizá fue un infarto. Y, por lo tanto, no debe temer nada. No hay que ver fantasmas donde no los hay.

—¿Me has preparado tú esta taza de té? —pregunta Lewis.

—Sí... —responde ella abochornada temiendo que el policía sospeche de ella. Esconde la mirada entre el papel maché de la maldita revista.

—Es delicioso. Gracias. —El expolicía sonríe y la mira con indulgencia—. Tengo en mi cabeza un diagrama cronológico de los hechos. La señora española me ha dado los detalles. ¿Dónde está el paquete que trajo un mensajero la mañana que falleció vuestro amigo?

—No lo sé. Puede que lo tenga Cal en su dormitorio.

—¿Qué hay dentro?

—No lo sé. No lo *obrió*. Cogió el paquete y subió. Hable con él. *Siguro* que sabía lo que *ira*.

—¿Pudo el mensajero echar algo en el té?

Dominika se queda pensativa. Ese día en la tienda, ella estaba limpiando y Cal estaba en el mostrador con el mensajero. Recuerda que el chico firmó un papel y durante unos segundos estuvo buscando un bolígrafo. Se lo dice al policía que toma nota en una libreta que tiene sobre la encimera.

—Pero yo no vi nada. No me fijé, estaba *lempiando*. Me gustaría poder *dicir* que vi algo, pero no sería la verdad. ¿Usted piensa que fue el té lo que mató a Larry, *siñor* Lewis? —Los miedos de ella vuelven a florecer. Él no habla, pero asiente con la cabeza. Después articula unas pocas palabras para calmar los ánimos de ella.

Deciden ir juntos abajo, a la tienda, a buscar el recibo que le dejó el mensajero. Lewis investigará quién trajo el paquete y su procedencia. Hoy el negocio de antigüedades está cerrado y han puesto un cartel en la puerta. «Cerrado por defunción». Mientras el expolicía mira concienzudamente el comercio, la joven polaca le habla de la clienta que entró ese día algo más tarde. Él hace algunas preguntas sobre cómo iba vestida y Dominika le confirma que también estuvo en la tienda el sábado, un día antes, y que habló con Callahan en el mostrador.

—Hay muchos relojes en la tienda.

—Sí. Al viejo John le gustaban y a Cal también. *Simpre* busca viejos relojes en subastas. Cuando *incuentra* uno lo compra y lo pone a la venta aquí

en la tienda. —Lewis recuerda que ha visto un reloj de cuco en el salón. Pregunta de nuevo a la joven.

—Sí. También *ira* de John. Se lo *rigaló* a Cal. Lo recuerdo porque yo ya vivía en la casa con *illos*. —Dominika se angustia porque le viene una imagen a la cabeza—. La noche en que murió Larry el reloj de cuco *impezó* a funcionar de nuevo. —La ansiedad se apodera de ella al recordar ese día. Siente calor, le sobra la ropa. Lewis se da cuenta e interrumpe la caída.

—Olvidalo. El pasado es solo un prólogo. Lo que debemos hacer ahora es adelantarnos a lo que está por venir.

Dominika no comprende del todo al policía. Le mira desconsolada y le dice que se quede en la tienda cuanto desee. Ella irá buscar a William, el vecino, a charlar un rato con él y a invitarle a comer la *shepherd's pie* que se está cociendo en la casa. Le deja las llaves sobre el mostrador para que cierre al salir y se va. El expolicía se queda solo. Examina algunas de las piezas y hace fotos del local con calma y detenimiento.

Violeta está arriba, arreglándose en su habitación. Lewis estará con ellos todo el día y quiere estar presentable. El expolicía es un tipo inteligente y perspicaz. Ella siente verdadera debilidad por los hombres que tienen más de lo que muestran y hablan menos de lo que saben. No es que le atraiga ese hombre de la ley, pero a pesar de los años no ha perdido la coquetería. «Tengo que ir de compras, aprovechar que estoy en Londres, le diré a Dominika que me acompañe y nos compraremos algo de ropa. Le ayudará a superar lo ocurrido, mataremos el tiempo juntas. Que me cuelguen si no encuentro algo de mi gusto en una ciudad como esta».

Lewis sube de nuevo a la planta de arriba y se topa con Violeta recién salida del baño, pero vestida y oliendo a colonia.

—Señora. —El expolicía la mira y la admira, aunque su trabajo siempre ha sido lo primero, incluso ahora que ya está jubilado—. ¿Le parece bien que empecemos el registro? Quiero echar un vistazo a cada una de las habitaciones. —Sin darle tiempo a responder añade—: ¿Empezamos por el salón?

La señora Lope le sonrío con sus ojos de ardilla, está encantada de formar equipo con él. Los dos entran en la gran estancia común del piso. Lewis ha cogido de su mochila una lámpara de luz ultravioleta. Echa un espray sobre la

zona donde murió Larry y posteriormente pasa la lámpara por encima. Enseguida aparecen unas manchas en el suelo que a simple vista son invisibles. Violeta suelta una exclamación. El día en que todo sucedió, el señor Grand y ella volvieron tarde y cuando llegaron el cadáver ya no estaba. Solo vieron el vómito y la sangre de Larry en el lugar donde cayó muerto.

—¿Cómo es posible? ¡Pero si lo limpiamos todo!

—Siempre quedan restos... Nuestros ojos no son perfectos. —Lewis comprueba que las manchas están en solo una zona del salón: allí es donde ocurrió la muerte—. Vamos a echar un vistazo a las habitaciones.

—Hay dos estancias en las que no podemos entrar porque los inquilinos no nos han dado permiso.

—Pues vamos a ver el resto. —Lewis no parece contrariado.

Empiezan por la de Callahan. La noche anterior le llamaron por teléfono y él les dio su conformidad. En el dormitorio encuentran una caja que coincide con la descripción que le ha hecho Dominika del paquete que trajo el mensajero. Lewis la coge y con cuidado la deja sobre la cama. Pesa y algo se mueve en su interior.

—¿Es una bomba de relojería? —bromea Violeta.

—Algo parecido. —Lewis abre con cuidado el paquete y comprueba su contenido. Dentro hay un bello reloj de mesa que marca con exactitud la hora. Es de porcelana y está montado sobre una base de metal dorado que podría ser oro. Tiene estilo oriental, pero hay minuciosos dibujos de palacios ingleses pintados a cada lado de la esfera y en la parte superior hay el retrato oval de medio cuerpo de un hombre joven, muy apuesto, luciendo una enigmática sonrisa a la Gioconda. La señora Lope lo coge con cuidado. Es un reloj muy bello. Sus conocimientos en arte le sugieren que seguramente es de principios del siglo XVIII y su intuición añade que es auténtico y muy valioso. Comparte sus pensamientos con el expolicía. Él hace fotografías del objeto y después prosigue con su examen de la estancia. La señora Lope sigue observando el reloj.

—Está en perfecto estado. «Ocurra lo que ocurra, aun en el día más borrascoso, las horas y el tiempo pasan». Su antiguo propietario cuidó bien de él. ¿De dónde lo habrá sacado Callahan? —La señora Lope lo coloca de

nuevo en la caja con lentitud mientras Lewis echa un vistazo a los muebles de la habitación.

Seguidamente van al dormitorio de Olesya y al de Dominika. Lewis es muy concienzudo. Lo examina todo, abre armarios y cajoneras. Hace fotografías y toma notas. Pregunta a la señora Lope sobre las jóvenes que viven en la casa. No hay nada sospechoso en ninguna de las dos. Ella no le cuenta nada sobre las conversaciones en voz baja que a veces tienen Nick y la ucraniana. Piensa que no es el momento. Demora los detalles porque ni ella misma está segura de que sea relevante. «Es mejor ser rey de tu silencio que esclavo de tus palabras». Siguen su exploración y van a la habitación del señor Grand y su nieto y después a la suya. También lo examina todo sin dejarse intimidar por la presencia de la dama de los Pirineos. Pasa su lámpara de rayos ultravioleta por los dormitorios, pero no aparece nada sospechoso.

Lewis deja para el final la estancia de John Paisley. En el pasillo la señora Lope le comenta que no duerme nadie allí pues Callahan no quiere tocar nada. Paisley se lo pidió antes de morir. Pero él insiste en examinarla también y Violeta abre la puerta.

—Pero ¿qué diablos es esta pestilencia? —exclama Lewis nada más entrar en la habitación.

Violeta se dirige a la ventana y la abre de par en par a pesar de que hace frío y llueve.

—Parece naftalina, ¿verdad? Es horrible, cada vez que abrimos la puerta se escapa este olor por toda la casa.

Lewis va hacia el armario y abre las puertas para comprobar si hay naftalina dentro.

—¿De dónde viene? No recuerdo este olor cuando estuve en esta casa al desaparecer Angelica. —Lewis observa detenidamente la habitación.

—Aquí, debajo de la ventana están las fotos que descubrimos. —La señora Lope levanta la repisa de madera y deja a la vista la espiral de fotografías y recuerdos que John guardó solo para él durante tantos años.

A Lewis no parece impresionarle el arca de recuerdos. Examina las fotografías una a una pero pronto vuelve su mirada a la habitación. Se oyen voces en el salón y después en el pasillo.

—Mil muertes nos rodean, ¿y nosotros tememos a aquella que pondría fin a tantos males? —Es William que asoma su cabeza llena de rizos por la puerta del dormitorio con una sonrisa teatral.

—No *li* haga caso, es William, un vecino y amigo de Callahan. —Dominika le acompaña.

El joven enseguida se interesa por la lámpara que lleva el desconocido en las manos.

—Es el expolicía que conocimos. El que llevó el caso de la desaparición de la madre de Cal. Le he pedido que nos ayude.

—Me lo ha contado la gentil Dominika. Buena idea. Un profesional... —William le observa. No necesita verle con una copa en la mano, el joven sabe que tiene delante a un bebedor infinito. Pero también le registra la mente y advierte que es un hombre inteligente y sensible.

—Señora Lope, hoy está usted muy guapa. —A William no se le escapa nada.

—*Is* verdad. —Dominika la mira—. ¿Va a ir a algún sitio?

—Estaba pensando esta mañana que me gustaría comprarme algo de ropa. ¿Qué te parece si vamos juntas? —Violeta desvía la conversación.

—¡*Puis* claro!

—¿Estabas aquí el día en que Larry murió? —Lewis mira al vecino de la casa con recelo y el joven lo ve.

—Ah, todos los viejos desconfían de la juventud porque han sido jóvenes. Pero no, ese día no estuve aquí. —Los rizos castaños de Will parecen saltar de jovialidad. Le gusta la gente suspicaz.

—¿Ya han terminado con los dormitorios? —pregunta Dominika.

—Sí. Ya está, el señor Lewis los ha examinado y ha hecho unas cuantas fotografías.

—¡Esta habitación apesta! —exclama Will—. Callahan siempre dice que el fantasma de John ronda por la casa. Si es así como huelen los fantasmas, que Dios nos ayude.

—Aquí no hay fantasmas. —Lewis mira a William.

—No hay tinieblas, sino en la ignorancia.

—Bien dicho. No basta con hablar, hay que hablar veraz. —William camina hasta donde están las fotografías y sigue hablando sin mirar al



expolicía—. Pero apuesto a que si se queda en esta casa un poco más, cambiará de opinión.

Lewis no se inmuta, está examinando la pared contra la que está colocado el armario. Hay una grieta que desaparece detrás del mueble.

—Parece que el olor viene de esta pared. William toca el muro agrietado, pasa la mano por la pintura y se la lleva a la nariz para olerla.

—No creo que sea la pintura —dice Lewis.

—Es la habitación más pequeña de la casa —observa la señora Lope—. El otro día me di cuenta y me pareció extraño. El dueño, viviendo en el dormitorio más pequeño.

El expolicía mira alarmado a Violeta. Deja sobre la cama el foco de luz ultravioleta y sale de la estancia como un relámpago. A los demás no les da tiempo a seguirle. Da unos pasos en el pasillo, mira la pared que va de la puerta de la habitación de John a la puerta del baño que hay al lado. Después avanza hasta el baño y entra.

—¡Por todos los diablos! ¡Cómo he sido tan estúpido! ¡Qué locura! —grita Lewis desde el baño.

Todos salen al pasillo.

—¡Qué idiota he sido! —exclama Lewis saliendo del baño. El hombre pasa por delante de ellos con las manos en la cabeza y entra de nuevo en la habitación de John. Los demás le siguen.

Lewis señala agitado el muro agrietado.

—¡Detrás de esta pared hay un espacio sellado! Por eso el dormitorio es más pequeño.

La señora Lope empieza a comprender. «Alguien levantó un muro dentro de la habitación. Pusieron el armario contra la pared y la diferencia es casi imperceptible».

—El espacio tapiado no tendrá más de un metro de ancho —Lewis hace sus cálculos.

—¿Otro relicario? —pregunta Violeta.

—¡Otro lugar *sicreto* de John! Será una capilla.

—Entre la muerte y el amor, disputado vaga el fantasma de John Paisley —el vecino cavila.

Lewis está excitado, no oye a los demás, él hace conjeturas mentales.

—Por eso es tan difícil darse cuenta. ¿Tenéis un piquete, un martillo?

—En casa tengo. Voy a buscar herramientas —dice Will dispuesto a todo.

—Esperad, esperad, hay que hablar con Callahan. Tiene que volver a Londres. Es su casa. —La señora Lope mira a los demás alarmada. Claro que quiere saber qué hay detrás del muro, pero no va a permitir que tiren la pared sin estar Callahan aquí—. Llámale, Dominika, dile que vuelva. Esto es importante.

Suena el teléfono de la joven. Todos se sobresaltan. Lo ha dejado en la mesa del salón al subir.

—Es posible que *sia* Cal. —La joven polaca sale del dormitorio de John y corre por el pasillo.

Habla por el aparato. Su voz suena apagada y nerviosa. La chica vuelve sobre sus pasos hacia el dormitorio donde están todos. Los mira alarmada.

—No *is* Cal. Es la policía. Pero quieren hablar con Cal.

—Dame el teléfono. Hablaré yo con ellos. —Lewis coge el aparato, se presenta escuetamente y escucha detenidamente lo que le dicen sin intervenir. Asiente varias veces con un mero sí. Su tic nervioso se dispara, está en tensión. Finalmente, se despide del policía con el que habla asegurándole que seguirán al pie de la letra sus disposiciones. Cuelga el teléfono y mira a los demás.

—Os quieren a todos en la casa y no quieren que nadie abandone la ciudad por ningún motivo. —El expolicía respira profundamente—. Ya han realizado la autopsia de Larry: han encontrado cianuro en el cuerpo y en la taza de té. A vuestro amigo lo envenenaron, ahora es oficialmente un asesinato.

Dominika grita lastimosamente y se sienta en la cama desesperada. Tiene mucho miedo de que la culpen a ella. William se sienta a su lado y la abraza para calmarla.

—Tranquila. Una buena conciencia vale mil espadas —le dice.

—Te dije que no estás sola —añade Violeta—. No dejaremos que te pase nada. Tenemos mucho trabajo por delante. Pero cuando se quiere ascender por cuevas empinadas, es necesario al principio andar despacio. Lo primero que debemos hacer es asegurarnos de que a la policía les queda bien claro que era a Callahan a quien querían envenenar.

—¡Pero esto no significa nada! Sigo siendo yo la que *preparó* el maldito té.

—Sí, pero si es Callahan a quien quisieron matar, el caso es más complicado. Quizá esté relacionado con el pasado de sus padres —dice Lewis girando la vista de nuevo hacia la pared—. La señora Lope tiene razón, hay que ir despacio. El pánico no es un buen compañero.

—Con un poco de suerte todo se arreglará. Ya verás —dice Violeta.

—A veces la fortuna llega en algunos barcos que no son guiados —añade Will—. Dame el teléfono de Alice y Cal, anda. Les llamo yo ahora mismo para decirles que vuelvan. —El chico quiere ayudar, pero también siente mucha curiosidad, quiere ver lo que hay al otro lado de esa pared.

—Si están fuera de Londres, llegarán tarde... —dice Lewis.

—Más tarde será mañana. —William se levanta y marca el número. Responde un desconocido y después lo coge Alice. Los dos hablan brevemente, pero queda claro que deben volver a Londres. La bibliotecaria y el inglés tienen que regresar esta misma noche a la gran ciudad.

—Ese zoquete de Cal, tantos años viviendo con John y ni *sipo* que era su padre, ni que su madre había desaparecido y ni se dio *cuinta* de este muro que *isconde* una habitación secreta en su propia casa. Esto es *ispinoso*.

—Suele suceder así —dice Lewis—. Las heridas que no se ven son las más profundas.

—Ni que lo diga. ¿Cree usted conveniente guardar este descubrimiento en secreto?

—Por ahora sí. Mejor no informar a la policía. Esperemos a ver que hay dentro del receptáculo sellado.

—Vamos todos a comer, es tarde. Y alegrad estas caras que os he preparado una *shepherd's pie* y una *crème brulée* de postre.

—El vacío me hace morir de hambre. ¿Se podrá repetir? —pregunta William.

—¡Pues claro!

—Yo también tengo hambre. Mejor *enfriantar* los problemas con la barriga *llina*. —Dominika se levanta y se dispone a salir de la habitación resignada.

—Señor Lewis, se olvida su linterna —dice Violeta.

William que está más cerca la coge al vuelo.

—¿Para qué usa este foco Lewis? El chico coge la lámpara ultravioleta y la enciende. Un fulgor de luz morada sale del aparato. William recorre las paredes de la habitación jugueteando con la linterna.

—Sirve para detectar restos de fluidos corporales que no se ven a simple vista.

Al pasar por una de las paredes el resplandor de luz ilumina pequeños cercos blanquecinos.

Lewis se sobresalta al ver esas manchas en la pared. Coge la linterna de las manos de Will y apunta el foco de luz hacia el suelo. Inmediatamente aparecen unos pequeños y tenues círculos blancos. Saca del bolsillo la botella de spray que antes ha usado en el salón y espolvorea el contenido sobre los lugares donde han aparecido las máculas. Una mancha más grande e irregular aparece en una de las esquinas. Todos la pueden ver claramente.

—Es sangre, ¿verdad? —pregunta Violeta alarmada.

—Me temo que sí. Pero no es reciente, por eso son como sombras, las manchas no son tan intensas.

—¡Sangre! ¡Oh, pobres de nosotros, somos juguetes en manos del destino!  
—William se abandona al drama.

—¡Esta casa *is* la casa de los horrores! —Dominika no quiere saber nada más y sale del dormitorio despavorida.

Lewis y Violeta se miran pesarosos. Lo que están viviendo es real, no es una obra teatral. En esta habitación sucedió algo sangriento. El líquido rojo y espeso que da la vida también la quita. En aras de un destino infortunado, la sangre siempre encuentra una hendedura por donde salir.

*Hola, padre:*

*He conocido a una chica. Es japonesa. Es una de las inquilinas de John. Se llama Yoshiko. Se interesa mucho por mí... Me hace sopas muy raras y comemos algas. Salimos juntos; vamos a restaurantes muy finos y paga siempre ella. También cuando estamos en el pub. No habla mucho de su familia, pero mi colega Larry dice que seguro que es pariente de los Yamaha o de los Mitsubishi, ahora no me acuerdo.*

*John se ha dado cuenta de que la chica está por mí. Pero él me dice que la deje pasar, que el amor es otra cosa. John dice que «el amor es una locura muy sensata, una biel que aboga, una dulzura que conserva». ¿Te creerás que yo esto lo entiendo y pienso que tu amigo está cargado de razón?*

*Un abrazo,*

*Cal*



*To:*

*Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

## Capítulo 24

En las ciudades no hay estrellas por la noche y la luna está tan sola y triste que palidece y no es nunca hermosa. Pero en el campo, en los lugares donde hay más árboles que farolas, uno puede ver el baile nocturno de las estrellas por el espacio y el tiempo infinito. Uno se acerca a la inmortalidad.

—¿Es broma? ¿Hoy otra vez?

—¡Oh, sí! ¡Ya nos gustaría a todos que fuera una broma!

Alice y Callahan se arreglan de etiqueta para cenar con los padres de ella. Es el segundo día que pasan en la mansión de la familia. Han pasado la jornada explorando y explorándose, también fuera de casa. Se hacen preguntas, se conocen, se ríen juntos y se enamoran a cada paso que dan por la yerba fresca y el barro de los senderos. Han visitado a todos los animales que forman parte de la familia, incluida la cerda de su padre. Es una matrona gorda y sucia que campa con libertad por una generosa área vallada. Callahan se ha quedado a unos metros del animal, pues no tenía muy claro que fuera inofensivo. Por mucho que su bibliotecaria le invitara a entrar en el cercado, él ha preferido quedarse al margen y no acariciar a la pestilente criatura.

—¿Puedo probarme otro esmoquin? —Callahan mira los cinco trajes que la señora Liddell le dejó en el armario. Son todos de su marido, de cuando era joven. Hay uno que a Callahan le encanta, un esmoquin de los años setenta. La camisa es blanca con algunos flecos, la pajarita negra y la chaqueta y el pantalón son de un azul aturquesado.

—¿Me ayudas con esta cremallera? —Ella también lleva un vestido de fiesta de su madre lleno de bordados y lentejuelas—. Esto es delirante, lo sé, pero son mayores y es su casa: «Su casa, sus reglas».

—Me caen bien tus viejos. Y este esmoquin es *cool*. —Intercambian una sonrisa de esas que implican muchas cosas.

Ella se alegra de que las excentricidades de su familia no supongan un problema para él. Ayer por la noche ya conoció al paterfamilias, Reginald, y

en la cena hablaron sobre todo lo sucedido en Portobello Road y de lo que ha descubierto el chico sobre su pasado. Comieron liebre estofada a las finas hierbas.

Hoy de nuevo se reúnen en el comedor de la mansión. Durante el día no se han visto con los padres de Alice porque ellos han estado fuera explorando. Pero la cena en casa de los Liddell es sagrada y ceremonial. Reginald y Calvin vestidos con esmoquin y las dos damas llevan trajes largos muy festivos. Incluso Henry, el mayordomo, se pone traje para ayudarles con el servicio de la comida.

Callahan se siente como un cantante de rock vestido de gala. Está pletórico con su traje turquesa y su chica al lado. Después de lo sucedido en la ducha y algo incluso mejor esta mañana entre sábanas, el chico está seguro de que por fin ha encontrado a la mujer de su vida, su «locura sensata», como le decía siempre John. No hay duda, Alice está hecha de la misma materia que los sueños y él haría lo que hiciera falta para no perderla. Si sus padres fueran nudistas, a él no importaría quitarse toda la ropa y comer desnudo con ellos. Esta escapada campestre ha conseguido alejarle de los aciagos momentos pasados en Portobello Road.

—¡Ven aquí, Callahan! —el padre de Alice le llama con su voz marcial. Es un hombre alto y delgado con ojos de pez, pero una sonrisa que inspira confianza—. ¿Sabes qué es esto?

—No. Pero parece muy antiiiiiguo. —Callahan lo observa intrigado. Ve un gran baúl de madera que en lugar de descansar en el suelo está de pie, vertical. Cabría una persona dentro. Toda la mansión de los Liddell está repleta de objetos y curiosidades de otra época. Esta reliquia que le señala Reginald no se encuentra muy a la vista, sino que está escondida bajo un desnivel de la pared. Casi mejor, porque el arca es tétrica, parece un ataúd.

—Es un arma de tortura de la Edad Media.

El padre de Alice abre la robusta y pesada tapa.

—Ya decía yoooo... —dice Cal en voz baja.

Una vez abierta, la larga caja de madera muestra todo su terrorífico poder: por dentro está llena de largos y aguzados clavos de hierro.

—¡Oh, *blimey!*

Las puntas de los clavos brillan como espadas recién afiladas.

—Aquí es donde te meteré si haces daño a mi Alice, ¿queda claro?

—Ooooh, sí, señooooor. —Callahan siente como un sudor frío recorre su cuerpo. Se retuerce en uno de sus escalofríos. Se pregunta si su padre sabe que se han acostado juntos.

Busca con la mirada a su chica para que le salve. Ella deja la copa de aperitivo que tiene en la mano y va hacia donde están los dos hombres. Callahan está blanco como el mantel de la mesa.

—¿Qué te ha dicho mi padre?

—Querida, todavía no me has hablado de tu trabajo en Saint Pancras. ¿En una biblioteca? —El padre distrae la atención de su hija—. ¿Te conté alguna vez, Alice, que la estación de tren que hay allí la hizo un antepasado de la familia? Creo que tenemos un retrato en algún sitio de la casa. Gilbert... George Gilbert... Sir George Gilbert Scott.

—¡Oh, *gosh!* Me entusiasma ese edificio y el hotel.

—Lorina, ¿dónde tenemos el retrato de Sir George Gilbert Scott?

—Es el caballero con patillas enormes y sin pelo en la coronilla que cuelga del salón de invierno. Lleva una abultada y deslucida pajarita que lo estrangula. Cada vez que nos sentamos a jugar a las cartas allí le tengo enfrente. Es feo, tú y tu hija tenéis una nariz clavada a la de él.

Reginald se toca la nariz, dubitativo. Entra Henry con una bandeja enorme en la que hay cuatro grandes envoltorios de papel aceitoso.

—Oh, *gosh*, es verdad, hoy es jueves y toca *fish & chips*, la comida favorita de papá.

—Fenomenal, estoy hambriento.

—¿Les sirvo?

Henry vierte las patatas con vinagre y el bacalao frito en unos lujosos platos. Primero prepara la comida del señor Liddell en el mueble mostrador

—¿Quiere un plato, señor?

—Ya sabes que no. Nada de cumplidos, Henry. La regla es: plato y cubiertos ayer y mañana, pero nunca hoy. Trae la comida con todo en el envoltorio, con su papel untoso de aceite y su olor a periódico. Ahh —suspira profundamente disfrutando del olor a fritura y a prensa.

Hay cuatro servicios preparados en una punta de la larga y suntuosa mesa del comedor. Todos se acercan a la mesa para sentarse mientras Henry les



sirve el *fast food*.

—Callahan, parece que hayas nacido con este esmoquin. —Lorina le examina mientras se sientan—. El traje denota al hombre —susurra la madre dirigiéndose esta vez a su hija.

—¿Y tú, Callahan, cómo quieres que te sirva la cena? —Henry trata de tú a Alice y tiene órdenes de hacer lo mismo con su amigo.

—Yo también quiero mi comida en el papel de periódico.

—¡Vamos a comer! ¡Vamos a probar este manjar digno de dioses! —Reginald mira a Callahan con aprobación—. Estoy de acuerdo con mi mujer. Quédate con el traje. Es un esmoquin que me ponía yo cuando era joven. ¡Ahhh, qué años!

—¿De verdad puedo quedármelo? Si me lo regalas me encanta.

—Sí, cáspita, es tuyo.

Todos empiezan a cenar mientras Henry abre una botella de champán Bollinger special cuvéé brut.

Hablan de relojes. Parece ser que el bisabuelo de Alice compartía su pasión por estos aparatos que miden el tiempo. Alice les explica que a Callahan también le gustan y en su tienda de antigüedades de la gran ciudad tiene una pequeña colección.

—Tu bisabuelo estaba obsesionado con la hora. Tu nombre, Alice, fue idea suya. Tu abuelo así lo quiso. El día en que tú naciste murió él. Quiso que te llamaras Alice, como la protagonista del libro de Charles Lutwidge Dodgson.

—¿El bisabuelo conoció a Lewis Carroll?

—¡Pues claro, hija! Fue él quien escogió el nombre para la niña del libro. Él y tu bisabuelo eran grandes amigos. Y tu abuelo siempre contaba alocadas historias sobre ellos. Uno tenía una fijación con el tiempo y el otro era un matemático chiflado. Tu abuelo recordaba muchas anécdotas. Bueno... Me he perdido... ¿Por qué te cuento esto? No lo sé. Pero ahora, escuchadme, cuando terminemos de comer, saldremos todos al jardín.

—¡Papá! —Alice teme las locuras de su padre—. ¡Ahora fuera refresca! Déjalo.

Discuten, comen y se ríen de ellos mismos durante la cena. La bebida burbujeante no falta nunca en las copas con la ayuda de Henry. Cuando

terminan su *fish & chips* Reginald se levanta y les espeta con su voz firme y militar.

—¡Henry, trae mis armas! Vamos a disparar. Dile a Adele que nos acompañe, sé cómo le gusta pegar unos tiros.

—¡Oh, *blimey!*, creo que he bebido demasiado champán del caro. ¿Tu padre ha dicho disparar? ¿Disparar a quién?

Salen todos al jardín. Todavía hay luz. Henry aparece con dos maletines. En uno hay pistolas y en otro, carabinas. Detrás de él está la cocinera, que trae unos dulces que ha preparado.

—¡Oh, *blimey!* Esto es marchar entre locos.

—No te resistas —le dice Adele a Callahan—, todos están locos en esta casa, pero son inofensivos.

El padre de Alice coge una escopeta y dispara sin previo aviso hacia la casa. La bala se incrusta en una de las columnas del portal de la entrada. Todos se han encogido asustados.

—¡Señor!, recuerde que están cargadas —dice Henry solemnemente.

—Me temo que has bebido demasiadas copas de Bollinger, papá.

—Sí, Reginald, tu hija tiene razón. Ya no aguantas la bebida como antes —dice Lorina—. Fijaos cómo le quedan de sonrosadas las mejillas cuando bebe.

La madre ruge como una leona.

—¡Pero cómo me gusta este hombre! —Se acerca al señor Liddell y le da un beso que parece un mordisco.

—¡Oh *gosh!* —Alice desvía la mirada hacia otro lado.

—¡Coged todos un objeto de la casa que no os guste y traedlo! —exclama súbitamente el padre con su tremenda voz marcial.

Todos obedecen a pesar de su sorpresa. Dejan al señor Liddell solo en el jardín y vuelven sobre sus pasos hasta a la mansión. Cada uno de ellos se pone a buscar. La cocinera y el mayordomo son los primeros en volver a salir. Adele ha sacado un libro de autoayuda inútil que terminó de leer ayer y Henry trae una estiba de periódicos viejos, harto de los miles de periódicos que Reginald almacena en la casa. Lorina sale al jardín con un sombrero espantoso que compró para una boda. Callahan, con una botella de jabón. Y Alice trae una foto de Margaret Thatcher enmarcada que su padre tiene en su despacho.

Es una broma entre los dos; el padre tiene decenas de copias de esa foto y en cuanto su hija le quita la foto, él enmarca otra.

Callahan examina las pistolas. Las armas de los Liddell son joyas. Algunas son reproducciones actuales de armas más antiguas, pero todas están en perfecto estado.

—Esta es una ASP de 9 milímetros, la usó James Bond en sus películas. — Se la tira a Callahan y este desesperado y haciendo malabarismos recoge el arma antes de que se caiga al suelo y se dispare accidentalmente.

Alice coge una pequeña arma con el mango de marfil y apunta a la cabeza de Margaret Thatcher.

Uno a uno, se hacen con un arma y fijan la vista a través de las mirillas en los objetivos que Henry ha dejado bien alineados a una decena de metros de distancia.

El eco del primer disparo es como un trueno. Ha sido el padre de Alice. Hay un espaviento general y se retiran unos pasos al oír el estrépito del tiro, pero unos segundos después todos quieren probar suerte. La adrenalina corre por sus venas. Para Callahan aquello es completamente demente e inesperado. De niño nunca le habían interesado los juegos de rol con armas. Sin embargo, ahora se entusiasma abiertamente, siente cómo descarga tensiones y miedos acumulados con cada bala que sale de su cargador. Le resulta extremadamente terapéutico. Y parece que para los demás también lo es. La cocinera pega gritos como un *cowboy* y el padre de Alice hace compases teatrales, movimientos estudiados mientras sostiene el arma. Henry está alerta y no para de decirle que apunte solo hacia delante o tendrán una desgracia.

Suena el móvil del mayordomo. Él mira el número y sabe que es una llamada para Alice y su acompañante. Ha dejado este número en caso de emergencia. Sus padres no tienen teléfono y a ella tampoco le gustan estos intrusivos aparatos. Henry pasa el móvil a Alice. Ella escucha con atención la voz al otro lado de la línea invisible. Es William, quien le dice que algo han encontrado en casa de Callahan. Deben volver a Londres. Todo está muy confuso, pero tienen que volver esta misma noche a Portobello Road.

Uno a uno, van dejando las armas en los maletines. La fiesta ha terminado.

Dejan todas las pistolas menos una. El padre de Alice coge la ASP de nueve milímetros de nuevo y la desliza disimuladamente a las manos de

Callahan.

—Llévatela a Londres y cuida de mi hija. —El señor Liddell se lleva el dedo a los labios y reclama discreción al chico Paisley.

Callahan le mira con sus orbitales ojos castaños y asiente con la cabeza, aunque se queda preocupado por la responsabilidad. Toca el arma que tiene en el bolsillo de su pantalón turquesa. Piensa que quizá el padre de su Alice, al verle con el esmoquin, le ha tomado por un agente secreto de su majestad la reina.

Más tarde, cuando los dos jóvenes están solos en la habitación haciendo la maleta, Cal manifiesta sus temores a Alice.

—¡Oh, *blimey!* ¿Cómo cuidaré de ti si no sé cuidar ni de mí mismo? ¡Yo no tengo ni los pelos en las piernas de un héroe nacional. —Está sentado en la cama del dormitorio y Alice está en el baño recogiendo sus cosas—. Pero mejor no les digas nada, les decepcionaré y se preocuparán más. Haré todo lo que pueda.

Alice le oye y sonrío tranquila. Ella no necesita a nadie que la cuide. Además, no va a dejar la mansión de sus padres con las manos vacías. Cuidadosamente, guarda en su neceser la pequeña pistola con mango de marfil que ha cogido de la colección de armas de su padre. La deslizó con disimulo entre sus pechos bajo el elegante vestido de fiesta que llevaba.

—Y, además, me estoy volviendo loco, no soy un tío de confianza. Hay algo que no te he contado porque temo que vas a pensar que estoy majara.

—¡Oh *gosh!* Dispara —dice Alice—, ¿qué no me has contado? —Saca la cabeza por la puerta del baño del dormitorio.

—Pues que el día que sucedió lo de Larry tuve una visión. Es como si se hubiera abierto una puerta en mi cabeza. Pero no me gusta nada lo que hay detrás de esa puerta. —Callahan lleva todavía el esmoquin y no se lo va a quitar.

—¡Me estás matando! ¿Qué viste detrás de esa puerta de tu cabeza?

—Oigo gritos y hay alguien en el suelo y después veo una mano que lo oscurece todo. ¡Parece tan real, Alice! —El chico se conmueve y retuerce su cuerpo en uno de sus espasmódicos escalofríos.

Media hora más tarde, la inglesa y el inglés están en el coche, conduciendo en silencio a través la oscuridad. Cuestiones irresolubles e infelices

incertidumbres se abren camino en sus corazones. Abandonan el mundo de los árboles, se dirigen al lugar donde no hay estrellas.

*Hola, padre:*

*Algo buele mal en el piso. John dice que no es nada, pero apesta. Yo creo que alguno de los inquilinos habrá dejado comida por ahí. ¿Y si vienen ratones? Cuando llueve y hay humedad apesta más. Pero puede que no sea comida porque buele a esa cosa que madre ponía en los armarios para abuyentar a las polillas.*

*Hoy te escribo desde la tienda, ahora estoy detrás del mostrador. John está aquí conmigo y te manda un saludo. Soy su brazo derecho. Ahora sé muchas cosas, quiero decir sobre antigüedades. Esta mañana hablamos de ti y el viejo me ha dicho que tú estuviste aquí en Londres jén su casa! ¿Cuándo fue eso? ¡Tú en Londres! ¿Por qué nunca me contaste nada? Siempre me dices que John tiene mucho que explicarme, pero me parece que tú también, pillín.*

*Cal*



*To:*

*Pepe Rigau Ter  
Las Casas de los Ingleses  
Calle Paisley, n.º 5  
08571 Pirineos*

## Capítulo 25

Todos los inquilinos de la casa hablan acaloradamente en el salón. Los nervios están a flor de piel. El señor Grand y su nieto acaban de volver de su visita turística: hoy han ido de museos. Los dos escuchan atentamente lo que cuentan los demás casi a gritos. Se oyen pasos subiendo por la escalera.

—¡Oh, *blimey!*, ¡cuáááanta gente! ¿Qué celebramos? —pregunta Callahan, que llega a Portobello Road acompañado de Alice.

Hay caras de sorpresa al ver cómo va vestido. Lleva el esmoquin que Reginald Liddell le ha regalado. Hay risas y afortunadamente el ambiente se destensa. Cal les informa que piensa llevarlo durante todo lo que queda de semana; Alice describe el atuendo de su amigo como un traje vibrante y sideral.

—Vibrante y sideral. —William también está en el salón.

—Oh, *gosh*. ¿Siempre hay tanta algarabía en tu casa, Callahan? —pregunta Alice cohibida. Lleva una bolsa de mano floreada con enseres personales que deja discretamente en el pasillo. Después se quita el abrigo y el sombrero *vintage*.

—¿*Di* dónde vienes? ¿*Di* un viaje a los *sitenta*? —Dominika le mira encantada de tener un motivo por el que reírse a gusto. Cuanto más excitada está por algo, peor habla en inglés.

—¿Cómo ha sido tu tropiezo con la naturaleza, Cal? —dice Will con retintín.

Alice mira a todos sonrojada. Abre su boca de piñón con los labios perfectamente pintados y mira a Callahan.

—Oh, Callahan, quizá esperan que les contemos algo.

—Nooo, nooo. ¡Dejadnos! —Cal se acerca a la joven bibliotecaria y quiere darle la mano, pero no se atreve delante de todos—. Son todos unos cotillas. Sobre todo, ese de ahííí. —Señala a su vecino.

—Mi pregunta era inocente: yo soy feliz en mis amigos, por eso me intereso por vosotros.

—Callaos, ¿queréis? Estoy hablando por el móvil. —Irina les hace un gesto despectivo con la mano mientras con la otra aguanta el teléfono. Habla con alguien desgadamente y se apoya con sensualidad y a propósito en el brazo del sillón donde está sentado el señor Grand. Hoy lleva unos *leggings* negros y una túnica cortísima con un diseño geométrico muy a la moda.

—Solo diré que estos dos días he respirado mucho aire fresco —dice Cal.

—Bah, esto no es una confesión. En una confesión tiene que haber pecados, delitos. —Nick se levanta del sofá y va hacia la mesa al ver que llega comida de la cocina. La señora Lope ha aprovechado la tarde para hacer una gran tortilla de patatas y una empanada de atún que ha cortado a trozos pequeños para que todos puedan picar.

—Traed las cervezas que hay en la nevera —pide Violeta.

Nick y Dominika van a la cocina y vuelven con unas botellas que ha comprado el capitán Grand en el *off licence* que hay en la esquina de la calle.

—Bueno, no os creáis. Tampoco hemos respirado tanto, hemos estado con mis padres.

—¿Lo has llevado a tu casa? —pregunta Irina, que ha dejado el móvil por unos segundos.

—Sí. Es el lugar más seguro que se me ocurrió.—Qué coraje —dice Olesya con gravedad. No pasa mucho tiempo con los demás inquilinos de la casa, pero con todo lo ocurrido prefiere estar siempre acompañada.

—¡Oh, *gosh!* Sí. ¡Callahan es un valiente! Mi familia es un poco rara.

—Ian, ven a picar un trozo de empanada y de tortilla. —Violeta busca con la mirada al pequeño.

—No, gracias. No tengo hambre. Hemos comido con el abuelo. Ian está en el sofá con la tableta. Ella no insiste porque sabe que ahora el juego es lo primero para el niño.

—Pues a mí me han gustado tus viejos. —Callahan y ella se miran y se expresan—. Yo me lo he pasado muy bieeen. —Los dos jóvenes intercambian una mirada de complicidad.

Alice se sonroja y desvía sus ojos de los de él. Ve toda la comida que hay en la mesa



—Ups, me olvidaba, he traído dos docenas de huevos para todos.—Las gallinas están libres en casa de Alice.

—Así que son huevos *free range*. —Nick está abriendo las botellas de cerveza. Lleva ropa militar como de costumbre y el pelo recogido en una coleta.

—Sí, eso, son huevos *free range*. —Callahan se ríe de la expresión al recordar cómo las gallinas se paseaban por la casa de los Liddell.

—Nos vendrán bien a todos. Nos *ayudirán* a llegar a fin de mes. Con todo le *qui* pasa no he trabajado muchas horas —dice Dominika.

Olesya se acerca a la mesa y pica algo. Después va a la cocina y saca unas bolsas de *salt and vinegar* y *cheese and onion chips*, que vierte en un par de cuencos y también lo deja en la mesa. El nieto de Grand, al oír el crujir de las patatas fritas, olvida el juego de la tableta y se levanta rápidamente para ir a comer.

Cenan informalmente. Algunos cogen algo de la mesa y vuelven al sofá y a los sillones. Callahan no parece interesado en la comida, solo toma una cerveza y va hasta un mueble que tiene en el salón donde guarda algunas fotos. Hay instantáneas de visitas al *pub* y fiestas hechas en la casa, casi todas organizadas por Larry. En muchas imágenes sale su amigo con cara de borracho, entre atractivas chicas que lo sostienen o agarrado a una columna y más solo que la una.

—Por Larry. —Callahan levanta el vaso de cerveza que tiene en la mano.

—Por Larry. —Los demás hacen lo mismo. Hay unos segundos de silencio durante los cuales recuerdan mentalmente al tarambana de su amigo.

—Era un caradura, pero nunca perdía las ganas de fiesta —dice Dominika.

—Hay quien dice que si todo el año fuese fiesta, divertirse sería más aburrido que trabajar. Quien lo dice no conoció a nuestro colega Larry —interviene Will que también era un buen amigo suyo.

—A mí me había dejado más de una vez sin cenar —confiesa Olesya—. Llegaba a casa por la noche después del trabajo y al abrir la nevera no había nada, se lo había zampado él.

Hay risas generales recordando los monumentales cabreos de todos cuando esto sucedía.

—Bueno, en fin, el que muere paga todas sus deudas. —William toma un trago de su cerveza.

—Y nos hizo pasar *buinos* ratos ese botarate. —La joven polaca se siente triste.

—La policía dice que han conseguido contactar con una tía suya que se encargará del cuerpo. Sus padres hace años que murieron. —La señora Lope les comenta lo que le dijo Lewis.

—Nunca hablaba de él, ni de su infancia. Ni de sus padres. —Nick solo lo recuerda bailando con una copa en la mano.

—Ese chico había tomado muchos hipnóticos y metanfetas, tenía la cabeza ida —explica Irina, a quien nunca le gustó Larry.

—Qué va, él estaba en contra de las drogas —aclara Cal.

—¡*Piro* no estaba en contra del alcohol, Cal! —dice Dominika—. *Li* quedaban muy pocas *niuronas* sanas, ese era el problema.

La noche cae en la capital británica. En el salón de la casa del inglés todos comparten recuerdos, son momentos que no olvidarán porque están unidos a emociones fuertes tras los acontecimientos de los últimos días.

Pero la casa no es ningún remanso de paz, aquí no hay quien descanse. La señora Lope se sienta entre ellos y escucha sus anécdotas y cómo los demás inquilinos ponen a Callahan y a Alice al corriente de lo que ha ocurrido hoy, de cómo el expolicía ha descubierto un espacio tapiado en el dormitorio de John. Ella se siente como en Bolví, como cuando hacen sus tertulias. La verdad es que se siente como si estuviera en su casa. Piensa que esto es lo más parecido a sus encuentros del sábado en el hotel. «Es extraño, tan lejos de los Pirineos y me parece estar en mi salón. Vale mil veces más codearse con gente alegre y sin pretensiones que con gente encumbrada y con una dorada tristeza». Violeta vive este viaje a Londres como si fuera ella una más de estos jóvenes que la rodean. Es muy consciente de su edad, de sus arrugas y limitaciones físicas que vienen con los años, pero se siente llena de vida por dentro y sus emociones están a flor de piel, como cuando uno tiene veinte años. Este viaje está resultando un salto a la juventud.

En cambio, el señor Grand tiene un semblante circunspecto. No hace más que preguntarse qué hace en Londres, cómo se ha metido en este lío. Se arrepiente de haber llevado a su nieto y a la señora Lope a este laberíntico

viaje al pasado de los Paisley. La capital británica se ha convertido en el escenario de una historia aleatoria y peligrosa, porque no sabe a dónde los lleva y porque ha habido una muerte. Y lo que es peor, antes de que llegara Callahan, Violeta le ha dicho que la policía llamó por la mañana confirmando que la muerte del joven fue un asesinato.

—¿Y esta ropa que llevas? —Ian pregunta por el esmoquin.

—Me lo ha regalado el padre de Aaaalice. Es un traje de pajarita de cuando era joven. Es muy cóóóómodo. —Hace unos movimientos de modelo en una pasarela—. La pajarita también me la ha regalado y me ha enseñado a ponérmela. Me queda bien. Me da un aspecto sofisticado, ¿verdaaaaad? —Mientras gira sobre sí mismo y se mira, advierte que el reloj de cuco sigue funcionando. Al hijo de John le cambia la cara al ver el aparato en marcha.

—¿Quién ha dado cuerda al reloooooj?

—He sido yo. —Ian levanta la mano como si estuviera en el colegio—. Pensé que te gustaría.

—Ah, bueno, si has sido túúúú, no pasa naaaaaada. —Se relaja, por unas horas no hay fantasma a la vista. Cal se mira de nuevo y se pasa la mano por el pelo, le gusta su *look* elegante de los setenta.

—Estás muy ridículo con este traje. —La rusa se ríe de él con vehemencia.

—Pues a mí me gusta, pareces James Bond, pero de otro color —dice Ian. El color azul cielo tan intenso es lo único que no le convence.

—Callahan, ahora siéntate, tío, que tenemos que contarte algo más. William coge a su amigo por el hombro y le hace sentar en su butaca.

—Oh, *blimey*. Qué mal roooooollo. ¿Qué os pasa a todos? Estáis muy tensos.

—Tienen que contarte algo. ¡Oh, *gosh!* Yo no quise decirte nada antes. Los dioses son testigos de que en el coche he estado a punto de decírtelo. —Alice le mira con cariño. Le gusta su cara de bobo.

—Ha llamado la policía y ya es oficial: Larry murió asesinado y todos creemos que el veneno que tomó estaba dirigido a ti —dice la señora Lope sin andarse por las ramas—. Y hay más...

—La policía nos quiere a *tidos* en casa —añade Dominika.

—Oh, ¿y no podemos ir a ningún siiiitio, ni al *pub*?

—Oh, Cal, *ires* un zoquete, ¿esto es lo que te preocupa?

—Pues síííí. Entre otras cosas... —Y mira a Alice.

—No me gusta tener que hacer lo que nos dicen —dice Olesya contrariada.

—Qué remedio. Son la ley —añade Nick—. Para mí no representa un problema esto de quedarme en casa.

—Para mí sí —interviene Irina molesta—. Yo tengo muchas cosas que hacer y he quedado con gente. —No deja de mirar el móvil. Sigue sentada en el brazo de la poltrona del salón donde está el señor Grand.

—Ya nos lo imaginamos —dice William admirándola desde el sofá—. Tú siempre tan ocupada, pero ¿con qué? ¿Y por qué? «Comprarla a cambio de demasiadas preocupaciones es perder la vida».

—Déjate de citas. Es hora de hablar *siriamente* —dice Dominika.

—¿Habéis registrado las habitaciones esta mañana con el policía retirado? —pregunta la ucraniana muy seria.

—Sí. Pero no hemos entrado en la tuya, como dejaste dicho. La sorpresa nos la hemos llevado al examinar la habitación de John, como ya te han explicado los demás —dice la señora Lope.

—¡Oh, *gosh!*, veo nubarrones en el horizonte.

—Raro es. Es una cámara sin puerta, un espacio sellado. Alguien levantó una pared dentro del dormitorio.

—No es reciente. Antes de que llegais vosotros le he echado un vistazo. Se hizo hace años, pero ninguno de vosotros os habíais dado cuenta —dice el señor Grand. Nada más llegar con su nieto, Violeta le había puesto al corriente de todo.

—Es que en ese dormitorio no *intraba* nadie excepto el viejo.

—Lewis cree que el nauseabundo olor que corre a veces por el piso viene de allí.

—La naftalina.

—Sí, eso.

—Oh, *blimey*. —Callahan se retuerce.

—¡Oh, *gosh*, esto cada vez se parece más a una agitada historia de fantasmas!

—Pues espera a oír lo siguiente: el policía dice que hay restos de sangre en las paredes y en el suelo de la habitación.

—Oh, *blimey*. —Callahan se retuerce con el escalofrío que recorre todo su cuerpo—. En mi casaaaa. Ya está, ¡ya vuelve a estar aquí!

—Por el cosquilleo de mis pulgares creo que algo maligno viene hacia aquí —William escenifica sus palabras como si estuviera delante de un auditorio.

—¡Sangre! —exclama Irina—. ¡Esto todavía no me lo habíais dicho!

—¿De qué? —pregunta Nick.

—Dirás de quién —dice Olesya.

—Una desgracia pisando las ropas de la otra: tan inmediatas caminan —insiste William.

—Necesitáis a Spademan, él podría ayudaros —Ian apunta ideas.

—Nos las arreglaremos con Lewis, su padre —dice su abuelo.

—Oh, *gosh*, Callahan, esto podría estar relacionado con tu sueño. El cuerpo de alguien que viste en tu sueño.

—¡Alice! —Callahan se acerca a ella y la coge de la mano. Ya no puede esconderlo más—. Todos miran la escena y comprenden que hay un romance entre ambos. Los dos días en el campo han dado mucho de sí y empiezan las bromas y las preguntas indiscretas. Alice y Callahan se sonrojan como niños.

—¡Oh, *gosh!*, pero si no hemos hecho nada malo.

—Ya, ya. —Nick bromea con ellos.

—Dejadles tranquilos que «nunca hay pecado cuando se sigue al amor». —William actúa—. ¿O sí? —Y los mira pícaro—. ¿Qué habéis estado haciendo cogidos de la mano, durante estos dos días y una noche?

—¡Por todos los dioses! Pues lo que hacen dos tortolitos sobre la rama de un árbol —dice Alice ruborizada.

Hay risas generales y Alice se apunta a ellas. El señor Grand se levanta y sale del salón. No entiende a esos chicos, cómo pueden bromear con todo lo que está ocurriendo en la casa. Deberían tomarse las cosas más en serio. Tienen que centrarse. Violeta le sigue hasta la cocina.

—No viene mal reírse un poco —le dice ella. Sabe que el hombre está perdiendo los nervios.

—La muerte de Larry les ha afectado a todos, puede estar seguro de ello. Pero la vida sigue y las novedades los ayudan a olvidar.

—Lo sé, lo sé. Es que estamos tan lejos de casa y veo a todos estos chicos tan perdidos.

—No están perdidos. Simplemente son jóvenes, señor Grand. La juventud, aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

—¿Qué hacéis aquí en la cocina? ¿De qué habláis? —pregunta Ian que ha ido a curiosear.

—De nada importante.

—¿Tú qué crees que hay en la cámara secreta, abuelo?

—Mañana lo sabremos, Ian. Lewis viene mañana y si Callahan da su permiso tirarán la pared.

Oyen cómo Callahan acaba de decir que sí. Ha accedido a que derriben la pared mañana. William traerá herramientas.

—¿Podré ayudarles a tirar la pared, abuelo?

—¡No! Por Dios, no. Más peligros no.

—Deja que los mire, pues.

—No te preocupes Ian, estaremos todos aquí. No creo que nadie en la casa quiera perderselo.

—¿No cree usted que deberían llamar a la policía?

—No, señor Grand. Creo que tiene razón Lewis. Antes es mejor saber qué hay dentro de esa habitación sellada.

Queridos padres:

*Mi amigo Callaban y yo, vuestra única hija, dejamos la mansión ayer sin dar detalles. Dado que vivís sin tecnología telefónica, os dejé una nota en la repisa de la chimenea explicando el porqué de nuestra precipitada huida a Londres.*

*Sin embargo, apostaría todos los Alfred Munnings de papá, que leeréis antes esta postal que daros cuenta de que hay una nota en el salón.*

*Este trozo de cartulina me brinda la oportunidad de informaros formalmente de que me he enamorado perdidamente de Callaban Paisley. Le encantan los relojes como a mí, el esmoquin le sienta de maravilla y me hace sentir la mujer más tonta y feliz de toda Inglaterra. Sin duda estamos hechos el uno para el otro. Estoy esperando que él también lo descubra.*

*Ah y subid el sueldo a Adele. Hablé con ella antes de irme y no puede más con vuestras excentricidades. Dadle una buena razón para quedarse.*

*Os quiere,*

*Alice*



## Capítulo 26

William sube la escalera cargado con un pico y varios martillos. Viene con ropa de trabajo y unas gafas protectoras. Saluda a gritos y entra en la cocina. Pregunta quién le salvará de morir dormido haciéndole un café.

—Yo misma —dice la señora Lope. Ella va todavía con batín, pero está muy despejada porque ya se ha tomado su taza matinal—. ¿Quieres que te prepare un desayuno con *scramble eggs, baked beans, bacon, sausage* y unas tostadas de pan?

—¡Qué bonito es vivir! —William la abraza y le da un beso.

—Te tratamos bien porque ahora te *espira* trabajo duro, *vicino*. —Dominika está también en la cocina comiendo una tostada con mantequilla y mermelada de naranja.

—Tirar esa pared es pan comido.

—¿Quieres que *habli* con Nick para que te eche una mano?

—¡Me ofendes! Esa pared es cosa mía.

—Yo también podría ayudarte. Allí en Polonia *trabají* dos veranos con un *chapuzos*. Tiré muchos tabiques. Soy una mujer muy *fuerte*, aunque no lo parezca. No soy como la blandengue *di* Irina. Dominika se ata el cordel de los pantalones del pijama. Ha ganado unos kilos y han pasado unos años desde esos veranos en su pueblo, pero está muy satisfecha con su imagen actual. Excepto cuando tiene a la rusa cerca. Después le da la sensación de estar viviendo una pesadilla donde Irina es la bella y ella la bestia.

—Hablando del diablo y salen los cuernos —dice la joven polaca.

—¿Qué dices, mujer? ¿Ya hablas sola como las viejas? —La rusa acaba de aparecer detrás de ella.

—Buenos días a ti *tombién*.

Irina se ríe con desparpajo. Hoy todavía no se ha vestido y ha salido de su habitación llevando un *negligee* de lo más erótico, cubierto solo por un sofisticado batín de seda que ni se ha molestado en atar.



—¿No vas a ir a trabajar hoy? —pregunta Violeta.

—No. Hoy creo que va a ser más... lucrativo quedarme en casa —dice la guapa joven mientras deja su móvil en la encimera y se prepara un bol de cereales.

Nadie en la cocina está seguro de que haya usado el adjetivo correcto.

—Este desayuno va a ser un regalo para los sentidos. —William contempla cómo se mueve la joven aspirante a modelo por la cocina.

—¡Qué leches! Me voy a mi habitación. —Dominika coge su café y se va molesta por la atención que recibe Irina.

—Hoy me tomo el día libre. Quiero ver qué pasa aquí. —La atractiva rusa ríe satisfecha. Parece que se ha levantado con buen pie.

—Buenos días. —Nick entra en la cocina medio dormido—. ¿Esas herramientas del pasillo son tuyas, Will? A punto he estado de partirme la crisma.

—Voy a dejarlas en la habitación de John.

—¡No! —grita la señora Lope.

—Si abres esa puerta toda la casa se llenará de ese horrible olor... Espera a que hayamos desayunado todos. Además, Lewis todavía no ha llegado.

—Pues las dejaré en el salón.

Olesya entra en la cocina y saluda a todos. Ella sí que irá a trabajar. Abre la nevera y coge un sándwich que preparó la noche anterior. No toma nada, ni té, saluda a todos velozmente y baja las escaleras hacia la calle. Todos oyen cómo habla con alguien en la puerta de entrada y unos segundos más tarde aparece Lewis en el piso. Lleva su vieja mochila militar y un largo abrigo marrón atemporal; parece Francisco de Asís recién salido del fresco medieval. Saluda tímidamente, él hace horas que se ha levantado.

—Vaya, he venido muy temprano. El expolicía se topa de frente con Irina. Puede vislumbrar su cuerpo debajo de esas telas tan finas y sedosas. Es algo a lo que no está acostumbrado.

—No se preocupe, señor policía. No es ningún delito mirar —dice la rusa muy campante y orgullosa de que los hombres admiren su figura ejemplar—. Voy a vestirme. —Y desdeñosa sale de la cocina hacia su dormitorio.

Vienen el señor Grand y su nieto. Los dos están vestidos y aseados. La señora Lope dice que ya es hora de que ella también se arregle y sale de la

cocina apresurada porque no esperaba que Lewis llegara tan pronto.

Ian está muy nervioso. Se ha pasado la noche pensando qué puede haber al otro lado de la pared. Habla con Lewis, le explica sus hipótesis. El hombre retirado le escucha con estoicismo. Dominika vuelve a entrar en la cocina para hacerse otra tostada.

—¿Has desayunado, niño? ¿*Quieres* que te prepare un sándwich? Ian mira a su abuelo. La ley es la ley: no puede comer nada sin permiso de su abuelo. El señor Grand desconfía de todos. Pero esta vez le mira y asiente con la cabeza.

—¡Sí! —dice Ian—. ¿Puedo tomar un desayuno inglés, como este que está en la mesa? Ian señala el plato que la señora Lope ha preparado para William.

—Es el desayuno de Will —dice Nick.

—Adelante, chico, *comi* este de la mesa y yo preparo otro para el vecino. ¿Y usted señor policía, quiere desayunar?

—¿Hay té?

Grand le sirve una taza al expolicía y prepara otra para él. Su nieto coge un tenedor y empieza a comer. Pero el niño no pierde el tiempo y, con la boca llena, sigue exponiendo sus ideas a Lewis.

—Otra posibilidad que he pensado esta noche es que detrás del muro haya un arsenal de armamento nuclear.

—¡Ian, no hables con la boca llena! —El capitán Grand adopta una posición severa.

—Sí, abuelo. Pues lo que decía del armamento nuclear. John tenía una fábrica y era rico, ¿no? Pues es posible que aquí en Londres conociera a un espía y...

Suena el móvil de la joven rusa y el chico deja de hablar. El aparato está en la encimera. Dominika mira la pantalla y ve que pone *The Mirror*. Sabe que es un periódico inglés de baja estofa e imagina que es una llamada de trabajo, algún *casting* o alguna sesión para hacer de modelo.

—¡Irina, ven! ¡Tu móvil está sonando!

La rusa corre como una gacela hasta llegar a la cocina y coge el aparato, nerviosa. Habla entrecortadamente.

—Espera, ahora no puedo hablar. Espera... —Se aleja y se encierra en su habitación.

—Qué secretismo —dice Nick.

—Será alguno de sus admiradores y *time* que se lo birle. —La polaca se sube sus pantalones a cuadros del pijama.

—He dejado las herramientas en el salón. —William vuelve a entrar en la cocina y ve al niño extranjero disfrutando de un *full english breakfast* que llevaba su nombre.

—Siéntate. Te estoy preparando otro —le dice Dominika.

—¡Gracias! ¡Gracias! Soy mendigo, pero no pobre en agradecimiento.

—¿Vas a tirar esa pared tú solo, vecino? —pregunta Nick.

—Después de que termine este manjar, podré hacerlo con un solo dedo. Pero he traído algunos martillos por si alguien se apunta.

—Si quieres, yo mismo —propone Ian.

—Tú no —dice el abuelo.

—Pídeselo a Callahan —interviene Nick—. Si dice que no, te echaré yo una mano.

—Todavía duerme el muy zoquete. ¿Sabéis que Alice se quedó a pasar la *nochi* con él?

—¡Ama ahora mientras vivas, ya que muerto no lo podrás lograr! —dice William.

—Amén, amén —añade Nick.

Ella da un mordisco a la tostada que se ha preparado, el humor negro nunca le gustó.

—Están los dos en el dormitorio de él —dice ella con la boca llena—. Tendremos que llamarles. —¡Señora Lope! —grita—. ¿Puede llamar a la puerta de Cal y *dispertar* a los dos *tortolotos*?

—Sí. Voy.

En la casa todos se preparan. La mañana se despliega ante ellos cargada de expectación y nerviosismo. Hay gritos y prisas, y desplantes para los que se retrasan. Pero al fin consiguen estar todos reunidos en la habitación de John. ¿Qué hay detrás de esa pared? ¿Por qué huele a naftalina? ¿Tendrá que ver con la sangre que encontraron en el dormitorio?

Hay empujones porque la estancia no es muy grande. Entre todos han retirado la cama a un lado, junto con la mesita de noche y han sacado al

pasillo el armario que el padre de Cal había colocado contra la pared que van a derribar. La grieta ahora es bien visible, atraviesa el muro de arriba abajo.

—¡Cómo apesta este dormitorio! —exclama Ian tapándose la nariz con los dedos.

—¡Vamos! ¡Empezad! —les grita Irina impaciente.

—¡Oh, *blimey*! Ya está aquí el viejo Jooohn. —Callahan se retuerce como si le hubiera entrado un súbito picor—. Bueno, sí, mi paaaaadre. —Se retuerce de nuevo como con frío. William le enseña un martillo, pero Cal se encoge todavía más y se aleja de la pared. Nick toma el martillo. Se recoge el pelo en una coleta y se pone en la cara un pañuelo para protegerse del polvo.

—Vamos allá. ¡Cuanto más grande es la prueba, más glorioso es el triunfo! William hace una cuenta atrás y da el primer golpe a la falsa pared. Nick levanta la maza que tiene en la mano y da el segundo golpe en el mismo punto donde antes golpeó su amigo. Hay un martilleo constante y la tensión sube de nivel. Los trozos de yeso que cubren la pared caen al suelo como grandes migas de pan seco. Se levanta una nube de polvo blanco y el repugnante olor a alcanfor se vuelve más intenso. Ensanchan la grieta que ya había en la pared y que durante años había estado escondida detrás del armario.

La pared va cediendo centímetro a centímetro. William da un golpe fortuito con el pico y un gran pedazo de muro cae al suelo como un puente levadizo medieval. Se llevan un susto y hay una exclamación general. El nerviosismo aumenta, la abertura ya es lo suficientemente grande, ahora tienen acceso al recinto secreto. William y Nick empujan los trozos más grandes de la pared demolida y se quitan los pañuelos que se habían puesto en la boca. Dejan a un lado las herramientas y toman aliento después del esfuerzo. Los demás no se mueven de su sitio. Alice coge de la mano a Callahan y la aprieta con fuerza. La polvareda en la habitación es como niebla, un velo blanco que vuelve dudosa la realidad. Por la ventana entran rayos de luz en los que se mueven frenéticamente las más ligeras partículas de yeso. Hay una sensación general de estar en un sueño, de no tocar de pies en el suelo, de levitar en una existencia paralela. La señora Lope conoce esta sensación. «Es el viaje en el tiempo. Es saltarse las reglas de la física y vivir otro momento. No hay territorio en nuestro planeta que pueda engendrar esta sensación».

El silencio es absoluto. Nadie se atreve a dar el primer paso para mirar a través de la brecha que han abierto en la pared. Es suficientemente grande como para pasar al otro lado, es una puerta abierta al pasado.

—¡*Huile* fatal! —exclama Dominika.

—Sí, no hay duda de que este olor a naftalina viene de ahí dentro. —El señor Grand da un pañuelo a su nieto para que lo use como máscara.

—Callahan, anda, ve tú. —Lewis le pone en la mano una linterna y la enciende.

—Oh, *blimey*. Aaaaalice, ven conmigo.

—Oh, *gosh*. No sé si mis piernas van a llevarme, me tiemblan como dos juncos en un monzón. —Los dos se acercan al agujero y entran en el interior de la cámara.

Callahan mueve la linterna y un halo de luz atraviesa la pequeña estancia en varias direcciones hasta que por fin se queda quieta en una dirección.

—¡Por todos los dioses de la historia! —Alice se lleva las manos a la boca y sale de nuevo a toda prisa. Callahan no dice nada. Se queda dentro y mira en silencio hacia un rincón de la cámara. Al chico le saltan lágrimas de los ojos.

Los demás se acercan. Lewis está impaciente y pasa delante. Mete la cabeza por el agujero y la saca al instante. Mira a los demás.

—Hay un cuerpo.

Hay gritos y mucha tensión.

—Pero ¿qué locura es esta? —El señor Grand no puede creerlo.

—¡Lloramos al nacer porque venimos a este inmenso escenario de dementes! —William se deja caer en el suelo abatido al saber que hay un muerto al otro lado de la pared.

La rusa parece haber perdido interés y está de nuevo atareada con su móvil. Sale de la habitación sin decir palabra. La señora Lope es la siguiente que entra en la abertura de acceso a la cámara. Mete la cabeza y fija la vista en el lugar que está iluminando el halo de luz de la linterna. Ahí dentro, en un sillón, igual al que Callahan tiene en el salón, está el cuerpo momificado de una mujer que todavía conserva su larga melena rubia. Huele tanto a naftalina que no puede respirar.

—Es Angelica. Tu madre. —Violeta pone la mano en el hombro de Callahan.

Sale de la cámara incrédula. Ian quiere entrar, pero su abuelo se lo impide. Nick pasa dentro y reconoce enseguida a la mujer que vio en las fotografías que hay en el alféizar de la ventana. Ahora es solo una sombra de ella, es el cuerpo esquelético y apergaminado de esa mujer.

Es tan extraño, después de tantos años. Angelica lleva puestos los zapatos de tacón y la misma ropa que lleva en una de las últimas de las fotografías de la espiral. Sus manos están apoyadas en las abrazaderas del sillón como si estuviera descansando pacíficamente. William se repone y se levanta. Decide entrar en la cámara. Se queda un paso detrás de Callahan, pero puede ver perfectamente el cuerpo momificado de la madre de su amigo.

—De todos los tesoros que podías encontrar, Will, este es el más grande de todos. Anda, amigo, mejor que salgas ahora. —Está conmovido por lo que ve, pero piensa en su amigo y vecino. Coge del brazo a Callahan y tira de él con fuerza—. Es mejor que vengas al salón conmigo ahora. Ya habrá tiempo después. Alice se va con ellos y se queda con Cal, que tiene los ojos más tristes que de costumbre. William se sacude el polvo de la ropa y decide ir a su casa a buscar una botella de *whisky* escocés que guarda bajo llave. El hijo de John Paisley necesita un trago de algo fuerte.

El señor Grand también se lleva a su nieto al salón. El chico está furioso porque no le dejan participar del descubrimiento. En el dormitorio de John se quedan solo la señora Lope, Lewis, Nick y Dominika.

El expolicía entra en la cámara y examina el cadáver. La señora Lope sostiene la linterna que antes le habían dado a Callahan. La naftalina ha preservado el cuerpo. Hay miles de bolas de alcanfor esparcidas por el suelo, unas más grandes que otras. Debió de ser difícil reunir tanta cantidad. El cuerpo de Angelica está tan bien conservado que parece que haya todavía vida en él. Tiene la piel, las uñas, los labios, los dientes, las pestañas, el pelo. Incluso el maquillaje que llevaba el día en que murió es visible. Es imponente, es una reina sentada en su trono. Una heroína descansando para la eternidad, plácidamente.

Y, sin embargo, esa placidez es solo un espejismo. Lewis es un perro viejo en eso de la detección y acierta a ver unas manchas marrones en su ropa. El

expolicía sabe que son de sangre. Anuncian que la muerte de la madre del inglés no fue dulce. Esa sangre es un indicio de violencia.

—Mi habitación está justo encima de esta. —Nick empuja a un lado unos trozos de pared que hay en el suelo. Está sorprendido por el hallazgo y su propia reacción. Está cerca de la muerte, como cuando combatía. En pocos días se ha enfrentado a la muerte un par de veces. Hoy vuelve a estar delante de un cadáver. En su mente se amontonan los recuerdos, las imágenes de mujeres y niños que encontraba muertos en pueblos donde llegaban demasiado tarde. Muertos por inanición, sitiados y sin comida, reducidos a piel y huesos, se dejaban morir. Cuando les encontraban eran como momias, como el cadáver que tiene ahora delante. Nick lucha con sus propios fantasmas, y lo hace solo.

Lewis sigue su minucioso examen y Violeta va iluminando la zona del esqueleto en la que el hombre se fija. Dirige el foco de luz hacia la cabeza.

—Fíjese —dice Lewis señalando el cabello que le cae a Angelica sobre los hombros.

—Está sucio.

—Es sangre.

—¿La mataron? —Dominika está en la entrada de la cámara. Le da miedo acercarse más.

El policía coge un bolígrafo que lleva en el bolsillo y con mucho cuidado levanta la cabeza de la muerta hacia delante.

—Lo que me imaginaba. —Detrás de la cabeza, hay una brecha enorme, causada por un golpe contundente con algo grande—. No hay duda de que fue asesinada.

—Y todo sucedió en esta casa.

—Sí, esto es seguro.

—Es hora de llamar a la policía. La muerte de ese chico el otro día puede estar relacionado con la desaparición de Angelica. Y Callahan puede estar en peligro como usted suponía, señora Lope.

—Yo me *incargaré* —dice Dominika temblando.

Cuando se disponen a salir del pequeño recinto donde está el cadáver oyen gritos en la casa. Parece una pelea. William vocifera pidiendo ayuda. Los gritos vienen de la escalera. Nick sale del dormitorio a toda prisa. Detrás de él va Dominika.

—¡Ayuda! ¡No les dejéis pasar!

—¡Tú no te metas, idiota! ¡Tú *ni* vives aquí!

—¡Escoria!

—¡Apártate, estúpido!

—¡No os fieis nunca de las tablas podridas! En la entrada de la casa está la joven rusa forcejeando con William. Ella saca las uñas como una gata salvaje y él intenta que no avance agarrándose a su ropa. El vecino de Cal tiene sangre en la mejilla porque ella le ha clavado sus garras y lo intenta de nuevo acercándose peligrosamente a los ojos de Will. Él la empuja hacia afuera del piso, pero ella va a por todas y quiere entrar. Nick y Dominika no comprenden nada hasta que llegan a la altura de la puerta de entrada. Irina va acompañada de tres hombres.

William pierde el equilibrio y cae al suelo delante de Nick y la polaca. Ahora pueden ver claramente los tres desconocidos que hay detrás de Irina. Uno lleva una gran videocámara, a otro le cuelgan varias cámaras de fotos del cuello y un tercero lleva un foco y un micrófono. Uno de esos tipos empuja a Will y el chico cae escaleras abajo como una bola de pelo. Dominika grita y corre tras él asustada. Nick está desconcertado, pero reacciona. Corre tras esos tipos después de que los tres le sobrepasan y se escabullen por el pasillo detrás de la rusa metiéndose en la habitación de John.

—¡No les dejéis entrar! —grita William desde el fondo de la escalera. Está magullado y le duele todo, pero ha salvado la botella de *whisky* escocés que había ido a buscar a su casa—. ¡Estos tipos son *paparazzi*! —Maldita zorra. —Dominika recuerda la llamada que ha recibido la rusa por la mañana de un periódico sensacionalista—. Seguro que los ha traído ella a cambio de *dinero*.

Los demás siguen en el salón desconcertados. El capitán Grand aferra a su nieto para que no escape. El chico quiere ir a ayudar y lidia con su abuelo para escapar de sus brazos. Ian es fuerte y lo consigue, se hace un hueco en la puerta donde están asomados Alice y Callahan y corre hacia el pasillo. Tropieza con William y Dominika, que han subido la escalera a duras penas porque al vecino le han partido un brazo. Los franquea y corre hasta el dormitorio de John.



Los tres reporteros son fuertes y parecen acostumbrados a recibimientos destemplados. Son como parapetos y llevan unos chalecos negros duros como piedras que les protegen, son los matones de la intimidación. Cogen por sorpresa a la señora Lope y a Lewis que siguen dentro de la habitación. Los agresivos informadores empiezan a echar fotos y a grabar mientras la rusa les habla de lo que han encontrado y les señala la cámara secreta.

Es una historia truculenta con un cadáver momificado de por medio; se van a vender muchos periódicos y hay mucho dinero en juego. Los tres hombres no pierden el tiempo y empiezan a hacer su trabajo. Están acostumbrados al rechazo porque son los heraldos de lo siniestro, son los embajadores de las noticias más sórdidas. Pero hoy tienen una aliada. La rusa despampanante que vive en la casa del inglés ha olfateado dinero: sabe que puede sacar una fortuna si cuenta los acontecimientos que se suceden en la casa. Rusia está lleno de periódicos sensacionalistas con noticias atroces. Para ella esto es trabajo. Ella es amiga de uno de los tipos que han irrumpido en la casa, un individuo que comercia con la degradación y que tiene contactos en el *The Mirror*. Ya se imagina ante las cámaras, posando: será la testigo perfecta, las cámaras la adoran. Declamará, actuará, se presentará como una dulce e indefensa chica extranjera viviendo en la casa del terror.

El foco de luz de uno de los desconocidos ciega a Violeta que se lleva la mano a los ojos. Lewis extiende su brazo y a ciegas intenta poner su mano frente al objetivo de la cámara, pero el *paparazzi* sigue sacando planos del dormitorio.

—¡Tenemos permiso de la inquilina! Graba, graba.

—Saca el viejo de aquí, me está tapando la cámara —dice uno de ellos a Irina.

—¿Cuántos años tiene el muerto? ¿Es una mujer? ¡Joder, es una momia!

Ian entra en el dormitorio como una bala y con un grito de ira se tira encima del que hace preguntas y lleva el foco. Le echa al suelo porque le coge totalmente desprevenido.

—Pero ¿quién cojones eres?

Ian no responde y le mete los dos dedos en los laterales de la boca del hombre y tira con fuerza hacia afuera. Irina responde a las preguntas mientras

puede, pero pronto acaba porque Dominika entra furiosa en el dormitorio de John y coge a la rusa por el pelo.

—¡Diles a estos *istos qui* se vayan!

La rusa se ríe a pesar del dolor que siente.

—Ni borracha. Me van a dar más dinero del que ganarás tú en los próximos cien años.

La polaca le arranca una mata de pelo y se la enseña a la vanidosa rusa.

—¡Mi cabello!

—No sabes las ganas que *tingo* de *arrancartilo* todo. —Irina no se echa atrás y Dominika le suelta un puñetazo en la barbilla.

Nick coge al cámara con una llave de combate, pero el tipejo no suelta el aparato de vídeo, aunque consigue que deje de enfocar a Angelica. El *paparazzi* se defiende a patadas y Lewis recibe un golpe que le hace caer al suelo. Violeta se tapa la cabeza y va hacia la mesita de noche donde hay unos libros y empieza a tirarlos con fuerza a la cabeza del fotógrafo. Aparece Alice enojada por la falta de consideración que demuestran esos tipejos hacia Callahan. Ve que uno de ellos consigue meterse dentro de la cámara otra vez y ella decide saltar encima de él como una garrapata. Es el fotógrafo que, a pesar de llevar a Alice pegada a la espalda, no para de apretar el percutor.

—¡Por todos los dioses! No había visto nunca tanta falta de respeto. — Alice muerde con fuerza la oreja del fotógrafo, que pega un grito de dolor y empieza a tambalearse dentro de la cámara hasta caer de bruces encima del cadáver de Angelica.

William viene a echarles una mano. También el capitán Grand. Ian no quiere que su abuelo se lo lleve y deja en paz a su presa, que es la más cercana a la puerta de la habitación. Corre hacia la cámara secreta para ir a ayudar a Alice. William coge con el brazo bueno al del foco y se lo lleva a rastras hacia fuera con ayuda del señor Grand. El abuelo del niño ve a Lewis aturdido en el suelo y atraviesa la habitación para echarle una mano.

Ian entra en la cámara y se queda paralizado ante el cadáver de Angelica. Por la puerta de la habitación aparece también Callahan.

—Oh, *blimey*, quieren hacer fotos de mi madre. ¿Alice, dónde estáááás?

—¡Aquí dentro! ¡Creo que tendré que apuntarme a algún cursillo de defensa personal si lo nuestro continúa, cariño!

—Déjame a mí —dice Ian a la bibliotecaria cuando se recobra de ver el cadáver momificado.

Pero Alice está en plena batalla y defenderá el fuerte hasta el final. Sigue agarrada a la espalda del fotógrafo, que le es imposible levantarse con ella encima. Callahan cruza el dormitorio y se mete en la cámara. Mira el cuerpo momificado y sonríe.

—¿De qué te ríes? —le pregunta Alice mientras forcejea con el fotógrafo.

—Piensoooo que todo esto le encaaaaanta a ella. —Mira a su madre, acomodada en el sillón, gozando de una buena escena de acción—. Oh, *blimey*, creo que está sonrieeeeendo.

—¿De veras? —Alice sigue agarrada a la espalda del tipejo—. ¡Francamente, tu madre debió de ser una mujer estupenda! —Se tambalea, pero no cede ni un centímetro—. Además de sentido del humor, demuestra tener muy buen gusto con la ropa. —Con la ayuda de Cal e Ian empujan con fuerza al hombre hacia afuera. Alice deja a su presa mientras admira la indumentaria de Angelica; después tira con fuerza del chaleco del fotógrafo para que también se levante y le puedan sacar definitivamente de la pequeña estancia.

Dominika deja a Irina porque quiere coger las cámaras que lleva el fotógrafo, pero solo consigue hacerse con una. La balancea con fuerza como una peonza y le asesta un golpe en la entrepierna con el aparato. Acorralado por los cuatro, el fotógrafo se pone de pie y huye. El *paparazzi* insulta a la chica rusa que les ha metido en este lío y sale de la habitación diciendo a los demás que hagan lo mismo.

Irina huye con ellos. La polaca maldice a la rusa. Se le ha escapado. Paulatinamente bajan la guardia y se oyen las respiraciones de todos en busca de oxígeno. La señora Lope se precipita a la ventana y la abre. Respira profundamente y se sienta en la cama, se da cuenta de que está temblando. Están todos agotados y sentados en el suelo. Ni el más joven de todos está acostumbrado a luchas libres como la que acaban de vivir.

—¿Estáis todos bien? —pregunta Violeta desde la cama.

Se miran todos entre ellos para comprobar el estado de cada uno.

—¿Creéis que han podido coger imágenes de Angelica? —se pregunta Nick.

—Filmar no creo, pero ese maldito fotógrafo... —Alice está desanimada.

—¿Eran *paparazzi*, ¿verdad? ¡*Paparazzi!* —Ian mira a los demás. Le sale un poco de sangre por la nariz.

—Estarás contento —le reprocha su abuelo.

—Ya soy mayor, abuelo. Esto no es nada. Veo cosas mucho peores en los cómics de Spademan, no te preocupes.

—No me mire. Yo no las leo, solo las escribo. —Al expolicía le duele la pierna y sabe que le costará levantarse del suelo.

—¿Y ha sido Irina la que les ha traído? *Blimey*, ¿por qué? Si yo siempre la he mirado con buueeeenos ojos.

—¡Por dinero, Cal! Es lo único que *li* importa a esa víbora. Pero no se ha ido sin probar unas cuantas de mis patadas. Esta noche no podrá dormir de tanto que le *dolirá* el trasero.

—¿Cómo puede alguien hacer algo así?

—¿Y tú, William, cómo estás? —Violeta le mira. Está muy callado. Es el que más golpes ha recibido y se ha caído por las escaleras. Tiene la cara hinchada y un rasguño en la mejilla con mal aspecto. Además, uno de sus brazos se sostiene en una posición muy poco natural. Pero el chico no se queja.

—Algunas caídas son el medio para levantarse a situaciones más felices. Pero, por ahora, no me vendría mal un buen trago del *whisky* escocés que he traído. —Ha recibido muchos golpes y ahora empieza a sentir el dolor.

Entre todos le ayudan a levantarse y van al salón. El expolicía también necesita unos cuantos brazos tendidos para incorporarse, pero lo consigue y le sientan en el sillón de Callahan. Vacían la botella de *whisky* escocés en varios vasos. Hay algunos alaridos de dolor, sobre todo de Lewis y de William seguidos de bromas de los demás.

Llaman a un médico cliente de la tienda de Callahan que vive cerca. Media hora más tarde llega a la casa y cura las heridas superficiales de todos, pero les avisa de que William tiene el brazo roto y necesita escayola. La señora Lope se ofrece a llevarle la clínica donde trabaja el médico. Allí le harán unas radiografías y se lo escayolarán.

Los demás se quedan en la casa. Van a telefonar a la policía. Les espera una tarde larguísima en comisaría.

Hola, padre:

Ese tío, el periodista del que te hablé, ha estado aquí de nuevo. A John no le gustan sus visitas. Cuando viene me echa, me dice que me vaya a tomar una cerveza. Hoy también le ha dado un sobre. Cada vez que viene le da un sobre. Yo creo que es dinero.

Tu amigo hace días que me mira como si quisiera contarme algo. Me invita al pub y después de dos cervezas empieza a hablarme de una mujer. Pero después me dice que yo no debería saber ciertas cosas. Yo le digo que no se preocupe, porque siempre he sido un idiota y sé más bien poco.

No le veo bien. Con todas las pastillas que toma no debería beber. ¿Crees que va a estirar la pata? Si es eso estoy apañado. Con los alquileres que hay en esta ciudad yo no podría vivir ni en una plaza de aparcamiento.

Un abrazo,

Callahan



To:

Pepe Rigau Ter

Las Casas de los Ingleses

Calle Paisley, n.º 5

08571 Pirineos

## Capítulo 27

Hay un rumor frente a la casa del inglés. Es una nube de cuchicheo incomprensible pero preocupante que alerta a Callahan. El joven va todavía en calzoncillos y, como de costumbre, su pelo no se rinde a la fuerza de la gravedad por las mañanas. Echa un vistazo por la ventana del salón con curiosidad y ve una docena de periodistas apostados frente a su tienda. Llevan videocámaras y muchos móviles. Uno de los tipos de abajo avista al hijo de John y le señala con el dedo. Sus colegas reaccionan y empiezan a hacerle fotos y a filmar. Callahan salta hacia atrás asustado y se aleja de la ventana unos metros.

—¡*Blimey!* —Le viene un escalofrío de los suyos y corre a su dormitorio para avisar a Alice del ataque periodístico.

—¡Oh, *gosh!* ¡Son un ejército! —exclama horrorizada la joven después de fisgar un segundo escaso por la ventana del salón. Lleva puesto un largo batín satinado con unos bordados en los puños. Su pelo está alborotado y va sin maquillar, pero sus labios sonrosados son una cereza perfecta. Callahan le da un beso inesperadamente. La bibliotecaria se ruboriza encantada. Ha pedido unos días de permiso en el trabajo porque quiere estar junto a este chico que despierta en ella su instinto femenino y la hace disfrutar de tonterías absolutas. Además, al igual que la señora española, Alice también piensa que Callahan está en peligro y no quiere separarse de él.

—¿Cómo voy a abrir la tiendaaaa? Ooootro día cerrado. Me arruinaré. Y mañana es sábado, día de mercado, tengo que abrir. John, si me ves, no me eches la culpa. Fíjate, creo que la culpa es más tuuuuya que mía, viejo. — Callahan habla mirando al reloj de cuco que hay en la pared. De repente el pajarillo del reloj sale de su pequeña puertecita y empieza su cantinela escandalosa para marcar la hora en punto. Alice se echa a los brazos de Callahan espantada y aparecen en la estancia Dominika e Ian, que se quedan mirando el reloj de pared.

—¿Qué *diablos* pasa aquí?

—Mira por la ventana —le dice Cal.

La joven polaca se rasca la cabeza y la espalda mientras bosteza y cruza el salón. Echa un vistazo por la ventana y ve el rebaño de periodistas ante la casa. Le hacen algunas fotos y ella se les queda mirando con cara interrogativa. No se aleja de la ventana, les insulta con un par de signos que hace con los dedos. El niño también se apresura a mirar y se ríe encantado. Saluda a los reporteros divertido.

—¿Qué hacen aquí abajo? —pregunta.

—Pues en algún momento habrá que salir porque no tenemos nada de comida. —Dominika se rasca la barriga delante de los periodistas.

—¡Mira! —exclama el niño.

—Qué raro. —Dominika fija la vista en el sitio donde señala Ian—. Es un *mojicano*.

—Un mexicano —la corrige Ian como si fuera la cosa más normal del mundo la visita de alguien de América.

Efectivamente, hay un tipo con un enorme sombrero mexicano y una manta de colores con la que envuelve su cuerpo como si fuera un poncho. La señora Lope también se ha levantado con el alboroto y da los buenos días a todos.

—Tiene que ser de México —confirma Ian.

Violeta se acerca a la ventana desconcertada e incrédula. Se disparan algunos *flashes* al aparecer ella tras los cristales de la casa y mira a toda esa gente asombrada. Pero es verdad que hay un mexicano allí abajo intentando pasar entre los periodistas para llamar a su puerta. No sabe quién es, lleva gafas de sol y la manta le cubre también parte de la cara. Se oyen los golpes del picaporte abajo.

—¡Oh, *blimey*! Yo no voooooy, no conozco a ningún mexicano.

—Seguro que no es mexicano, quizá solo va vestido de mexicano. Oh, *gosh*, quién sabe.

—De todas formas, yo no voy.

El señor Grand acaba de entrar en el salón ya vestido. Se ha levantado más temprano que los demás y sabe que hay periodistas acechándoles en la entrada.

—Voy yo. Quedaos aquí.

Sale del salón y baja la escalera. Abre la puerta de la entrada y se oye el griterío espantoso de los periodistas hablando todos al mismo tiempo. Relámpagos de luz de los *flashes* iluminan el hueco de la escalera. El señor Grand y el mexicano empujan la puerta con fuerza para cerrarla tras ellos y suben la escalera entre risas.

—Hola, compadres —dice el desconocido al entrar en el salón.

Saca el brazo sano por debajo de la manta y se quita el sombrero y las gafas de sol.

—¡William! —Ian se acerca a él y le abraza—. ¡Parecías mexicano de verdad!

—Cuidado, cuidado con el brazo. —William se deshace de la manta que lleva encima. En la mejilla tiene una cicatriz por el arañazo que le dio Irina y una hinchazón amoratada en la frente y parte de un ojo que se hizo al caer por las escaleras.

—Es lo único que tenía en casa para esconderme. El sombrero me lo trajo el tarambana de Larry cuando fue a las Canarias. —Hace una reverencia y manda un saludo a Larry—. Por la mente de todos pasa fugaz la imagen de su amigo fallecido—. Todo tiene sentido. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Cada uno a su manera se hace la desesperada pregunta de por qué suceden las desgracias. Y por qué, «cuando vienen las desdichas, no vienen como exploradores aislados, sino en legiones».

—Basta de tristezas, que la aflicción hace de una hora diez. Además, os traigo una solución para poder escapar de vuestra propia casa.

Nick entra en el salón y saluda a todos. William les informa de que abrirá la puerta trasera de su casa. Solo tienen que bajar por la escalera de incendios que Callahan tiene en la parte de atrás de la vivienda y meterse en su patio. Entre las dos casas solo hay unas viejas tablas de madera. No será un problema. El edificio de Will hace esquina y su plan es que salgan todos sin ser vistos por una de las ventanas laterales de su piso que da a una calle transversal más estrecha y tranquila.

—Habrá que ir con cuidado, pero puede funcionar. —El señor Grand está satisfecho con la idea.



—Abandonaremos Portobello Road por la ventana de tu casa. —Alice resume el plan.

—Yo no puedo ir con vosotros, con este brazo no puedo bajar por la escalera. Saldré por donde he venido. Me meteré en casa y os abriré la puerta trasera. Los *paparazzi* pensarán que vosotros seguís aquí dentro.

—¡Voy a vestirme! —Ian desaparece por el pasillo.

—¿Ha venido Irina a dormir?

—No. Qué va. Mientras vosotros estabais en la clínica, el piso se llenó de policías. Pero la rusa no apareció. —Nick se pone serio.

—Bah, esa ya no vuelve.

—Pero todas sus cosas siguen en su dormitoriooo.

—Por *iso* no te preocupes, Cal. Hoy mismo me encargará de *sis* cosas.

—¡Oh, *gosh*, pero seguirá teniendo una llave de tu casa! —exclama Alice asustada.

—Cerraremos con pestillo. Esa disidente ya no vuelve a entrar. —Nick mira a Callahan—. Ayer se llevaron el cuerpo de tu madre.

—Oh, *blimey*, ¿quiéééén?

—¡*Lo* policía, Cal! —Dominika prefiere no añadir lo de «eres un zoquete» porque Alice está a su lado.

—¿Y qué voy a hacer con ella cuando vuelva a casa?

—¡Tiene que estar con John! Tus padres «no tenían más que un solo corazón». Deben estar juntos para siempre. —William lo tiene claro.

—¿En qué cementerio está tu padre? —pregunta Alice.

Cal mira a todos con cara de malhechor al que acaban de pillar infraganti.

—Oh, *blimey*, es verdad que cuando murió os dije que estaba en el cementerio de Highgate. Pero lo incineré y me lo traje a casa. —¿Y dónde está ahora? —pregunta Nick.

—Aquíííí, con nosotros —dice Callahan mientras se escurre en un escalofrío de los suyos—. Le metí allíííí dentro. —Y señala el reloj de cuco del salón.

Todos miran incrédulos hacia el reloj que cuelga de la pared.

—Está metiiiiido debajo del tejado. Lo incineré y dejé ahíííí.

—¡Siempre ha estado aquí! —Alice parece ver algún sentido en eso.

—Oh, *blimey*, tú me entiendes, Alice. —Callahan le coge la mano y la mira fascinado.

—«Con todo esto y, a decir verdad, razón y amor nunca hacen buenas migas». —Will mira al inglés y a la joven bibliotecaria acaramelados y comiéndose con la vista.

Los demás siguen examinando el reloj desde lejos. Está funcionando y nadie sabe quién le ha dado cuerda.

—Pues esto ya *istá* solucionado: la incineras y la dejas *in* la casita con tu padre.

—Es una excelente idea —opina la señora Lope.

—Y ahora ocupémonos de asuntos más sensatos, os lo ruego —dice el señor Grand, que está perdiendo la paciencia.

—Sí, estoy con usted, es mejor ponernos en marcha y salir.

—Sí, hay que ir a por comida. Somos ocho personas más los allegados. — Violeta hace números y una lista mental, es la costumbre. Tanto en el hotel que tiene en los Pirineos como cuando empezó de joven con una casa de huéspedes, alimentar a grupos de personas ha sido siempre para ella como respirar. Es un trabajo y una necesidad vital—. Comeremos en algún sitio y antes de volver haremos unas compras.

—¡Nos camuflamos, como has hecho tú! —Ian coge el colorido sombrero mexicano.

—Señor Grand, usted que ya está arreglado, ¿podría llamar a Lewis a ver cómo se encuentra? Ayer caminaba cojo. Invítele a comer, dígame que nos dirigimos al centro, a China Town, será fácil encontrarnos allí. Y enviaremos una postal a Bolví, recuérdemelo.

—Pero sea escueta. Nada de detalles. —Al señor Grand le preocupa que pueda llegar a oídos de su hija lo que les está ocurriendo en este viaje a Londres.

Nick se queda a cuidar del fuerte. A él no le gusta la idea de salir, su agorafobia se lo impide. Le traerán algo de comer a la vuelta. Olesya ya no está en casa, se fue a trabajar muy temprano así que no se une al grupo. Está al corriente de todo lo sucedido porque al volver a ayer se encontró con el enjambre de policías. Habló con ellos mientras los demás estaban en comisaría. La policía también tomó el testimonio de Nick; les enseñó un

socorrido papel de su psiquiatra militar que explica su enfermedad como efecto postraumático a su acción en combate en Oriente Medio. Cuando alguien duda de su dolencia, él siempre enseña el papel. Nick no da más explicaciones.

El plan de salida se pone en marcha. Bufandas, gorros y pañuelos cubren sus rostros. Hay peligro de caerse por la escalera de incendios porque tanto ocultamiento les impide ver los pequeños barrotes de hierro donde hay que poner los pies. Afortunadamente no hay accidentes desagradables y William les está esperando en su casa con la puerta trasera abierta. El vecino les guía a través de un pasillo hasta una de las habitaciones, que es por donde van a salir. Ian no pierde de vista a la señora Lope y a su abuelo y les ayuda a salir por la ventana. Los demás hacen lo mismo. El último en salir es William, pero él lo hace por la puerta principal, con sigilo para no despertar el interés de los periodistas.

Unos segundos más tarde se reúne con ellos en la calle lateral y el grupo se pone en marcha hacia el centro de Londres. Pasean sin rumbo por Regent's Park y exteriorizan sus miedos y su ansiedad hablando de lo que vivieron ayer, sus impresiones al ver el cadáver momificado de Angelica. Intentan recomponer la vida de la periodista y que la visión del cuerpo disecado que encontraron pase a segundo plano. Pero por ahora es imposible. Incluso para Callahan es difícil vencer el efecto que le causó ver a su madre muerta. El pelo y las largas uñas, el cuerpo consumido y la piel descompuesta y ennegrecida por el paso del tiempo. Ian es el que más se recrea en los detalles escabrosos. Su abuelo no pudo impedir que viera el cuerpo y su imaginación corre como un caballo desbocado. Primero Larry agonizando hasta morir y ahora el cadáver putrefacto de una mujer. La fantasía de un niño es imparable.

La señora Lope ha visto muertos. El primer rostro que le viene en mente es Ladislav, el marido de una amiga suya que murió en sus brazos recientemente durante su viaje a Praga. Se entristece y no quiere seguir por aquí. Violeta vacía la mente y mira a su alrededor. «Los parques londinenses son islas. Dentro de ellos uno se olvida de que hay más de diez millones de habitantes en esta ciudad. Si pudiera llevarme ahora mismo a todos estos chicos a los Pirineos, les haría subir al pico más alto y ver el mundo desde allí arriba. Desde la cima de una montaña las ideas se aclaran y el corazón se fortalece».

Centra su pensamiento en el primer sol del amanecer, esa hora temprana del día en que todo es fresco y silencioso.

—No hay confusión —se escapan las tres últimas palabras de sus pensamientos.

—No, claro que no. China Town no tiene pérdida. No te puedes confundir. Si estás en el centro, tropiezas con este barrio.

—Debemos ponernos en marcha. Lewis estará esperando.

Caminan sin prisas y unos minutos más tarde William señala un arco con techumbre oriental que les da la bienvenida.

—¡Amigo! —El señor Grand ve al expolicía apoyado en una papelera pintada del mismo color rojo que los faroles de papel que decoran la calle principal.

Ian corre hacia él entusiasmado por la decoración china repleta de dragones. Lewis lleva periódicos bajo el brazo y el chico coge unos cuantos para ayudarlo. El escritor de cómics no pierde tiempo y les guía hasta un restaurante de la calle que conoce bien.

—¡*Upstairs!*, ¡*upstairs!* —Nada más entrar un camarero chino les grita y empuja literalmente escaleras arriba. Hay mucha gente comiendo en el establecimiento, que parece tener varios pisos. Ellos suben hasta el nivel más alto que es el menos concurrido. El último en llegar es Lewis, que va más rezagado debido a la cojera en su pierna. Les ha dicho que no es nada, pero el golpe que se dio ayer le molesta al caminar. Se sientan a una gran mesa redonda y Lewis les pasa los periódicos que llevaba bajo el brazo. Él todavía no toma asiento y va directo a unos camareros chinos, a los que conoce y les saluda informalmente. Susurra algo en voz baja a uno de ellos y le pasa unos billetes; el camarero abandona la planta rápidamente. Acuerda con el resto del personal la comida que deben traer. La señora Lope observa cómo los dos chinos asienten con la cabeza y anotan rápidamente lo que les dice. Finalmente vuelve a la mesa con los demás, que están muy ocupados con las primeras páginas de los periódicos.

—Está en primera página: «¡House of Horror in Portobello Road! ¡Mummy found in Portobello!».—Casi todo son fotos.

—La rusa nos la ha jugado. Si *pidiera* pillarla. Cuando volvamos a casa echaré todas sus cosas por la *vintana*. —Dominika está encolerizada.

—¡Y qué fotos! —exclama Ian—. Mirad, yo también salgo. Pero ¿por qué me han difuminado la cara? ¡Así nadie me reconocerá!

—Porque eres un niño. ¡Ojalá fuéramos todos niños! ¡Oh, *gosh!* —Alice acaba de verse en una de las instantáneas.

En la misma imagen aparece la señora Lope protegiéndose de la luz del foco frente a la puerta de la cámara sellada como si fuera una *celebrity* del mundo de la farándula y detrás de ella está Alice agarrada a la espalda de uno de los reporteros y mirando a la cámara como una lechuza asesina. Hay otra foto con un primer plano del cadáver momificado de Angelica, de la cabeza y de su largo cabello rubio. Y una tercera imagen de cuerpo entero, calculada al milímetro, de Irina llorando ante las cámaras.

Muchos subtítulos: *Young girl terrified after finding she was sleeping with a mummy.*

*Boyfriend murdered in the same house some days before. I wouldn't wish it to anyone. Full witness interview.*

—¡Pero esto no es la verdad!

—Pues claro que no ¿Qué esperabais? —Les increpa Lewis.

—«Sé casto como el hielo y puro como la nieve, y no escaparás jamás de la calumnia». —A William no le preocupa mucho lo que divulguen los periódicos.

—Podéis denunciarles, son fotos hechas dentro de la casa. —apunta Lewis.

—¡Pero cuántas barbaridades! —El señor Grand está indignado.

—Es atroz. —La señora Lope se ha puesto sus gafas de lectura e intenta descifrar las pocas líneas de texto en inglés que acompañan al reportaje gráfico.

—Palabras, palabras, palabras —dice William.

—Si *vuilvo* a ver a esa culebra de Irina le afeitó la cabeza —exclama Dominika.

—Oh, *blimey*. Dééééjalo. No quiero más líos. —Callahan mira a Alice inquieto—. ¿Tú crees que tus padres van a leer el periódico, hoooy? — Recuerda la ristra de periódicos que había en el escritorio del señor Liddell.

—¡Oh, *gosh!* Cuando vean esta fotografía me desheredarán. He quedado fatal.

—¿En seeerio? Y todo es culpa mía. Yo quería quedar bien con tus padres, y lo he estropeado todo.

—¡Voy a apagar el móvil antes de que sea demasiado tarde! Henry podría llamar. —Alice se apresura a buscar el aparato en su bolso *vintage*. El mayordomo también lee los periódicos.

Callahan abre mucho los ojos al ver la cara de preocupación de la chica de sus sueños. Pero su inquietud se transforma paulatinamente en satisfacción y sonríe a Alice.

—En el caso de que te desheredaaaaan, ya no tendrías dinero para pagar el alquiler del apartamento donde viiiives ahoraaaa.

—Por las venas de los periodistas no corre sangre, sino tinta y eso les emponzoña. Son capaces de escribir cualquier cosa por un puñado de euros. —La señora Lope está indignada con esos titulares.

—¿Síííí? —Alice deja el periódico en la mesa y abre la boca a la espera de lo que va a decir ese chico que llena su vida de bobadas.

—Si no tuvieras a donde ir, podrías venir a vivir coniiiiigo.

Alice se sonroja. El pudor le impide echarse encima de Callahan y besarlo apasionadamente, pero es lo que quiere hacer. Acaban de desheredarla y ese chico se siente feliz porque es la ocasión perfecta para que vaya a vivir con él.

—¡Esto que acabas de decir es maravilloso!

Alice y Cal se miran, hay un fuego que chispea en los ojos de los dos jóvenes.

—Solo espero que tus padres no me odien mucho, o por muuuucho tiempo. Tu viejo me cae bien, ese esmoquin que me regaló me va que ni pintado. Un traje así es un buen regaaalo. Tengo miedo de que lean estos periódicos y te alejen de mí.

—¡Oh, *gosh!* Son incapaces de venir a buscarme. Aborrecen la ciudad... No vendrían a Londres ni aunque fuera el único lugar del mundo con *fish & chips*.

Callahan sonríe recordando la cena de etiqueta en casa de los Liddell.

—Síííí, tus viejos tienen sus cosas.

—Anda que los tuyos, Cal —dice Dominika con la boca llena de uno de los entrantes cocinados al vapor que les han traído en unas cestas de bambú.

Se oyen pasos en la escalera y de improviso Herbert Tongue se planta ante ellos. A pesar de los años, el antiguo colega de Angelica Blurton en el *The Guardian* ha subido las escaleras sin resoplar, con calma absoluta y calculada.

Los que más se sorprenden son Violeta y el señor Grand, que lo reconocen al instante. Lleva otro atuendo, siempre informal pero elitista, y otras gafas sobre su pelo canoso que son igual de urbanas y ridículas que las que llevaba la última vez. El tipo da una ojeada al piso del restaurante con controlado desprecio, el diseño no es de su gusto, no es de los que sale en las revistas semanales de su periódico.

—Le he invitado yo. —Lewis se levanta con rapidez mientras aclara su presencia a los vecinos de Bolví—. Me llamó esta mañana —dice casi susurrando—. Quiere información sobre el hallazgo. He pensado que sería mejor quedar con él aquí. A este tipo, si le dices que no, se presenta en tu casa.

Violeta le mira mientras se acerca a la gran mesa redonda donde están sentados. Herbert Tongue también les avista. Mira a los jóvenes desconocidos y parece molesto, no esperaba tanta gente. Saca del bolsillo su móvil de última generación y le echa un vistazo delante de todos antes de saludar. Es su manera consciente e inconsciente de dejar claro que él tiene una vida palpitante y global, muy superior a la que tienen ellos. La señora Lope observa fugazmente a los chicos con sus ojos de ardilla para ver si se dejan impresionar.

—¡Oh, *blimey!* ¿Qué haces tú aquíiii? —Callahan reconoce a Tongue enseguida y hace una mueca de disgusto. Recuerda su última visita a John, poco antes de que falleciera, y se asusta. —¿Vienes a buscar aaaaalgo? —pregunta recordando los sobres que su padre le daba y el mal rato que pasaba cada vez que este tipejo aparecía por Portobello.

—Hola a todos. —Tongue esconde su incomodidad. No esperaba encontrarse con el hijo de John aquí.

—¿Os conocéis? —pregunta Alice. Cal quiere responder, pero no puede.

—Por supuesto. Nos hemos visto varias veces en Portobello cuando visitaba a mi amigo John —dice velozmente Herbert.

Cuando Callahan le oye decir la palabra «amigo» levanta el dedo para protestar. Este tipo ni se presentó al funeral de su padre y aseguraría que su presencia en Portobello no era nunca bienvenida. Pero se rinde, está

demasiado débil y abrumado por todo lo que está ocurriendo estos días y lo deja pasar.

—Siéntate. —Lewis le ofrece una silla junto a la suya. Tongue toma asiento.

—Es el colega periodista que trabajó con la madre de Cal —aclara el señor Grand a los demás.

—Ahora soy miembro del Consejo Editorial del periódico —añade él para desmarcarse—. Ya veo que habéis visto la prensa de hoy. —Señala los periódicos que hay en gran mesa circular—. Habéis hallado el cuerpo de Angelica. Todo este tiempo estuvo oculta en la casa. Qué extravagante.

—Sí. Hemos estado muy ocupados desde nuestra visita a tu periódico. —Lewis insinúa que Tongue puede tener algo que ver con los recientes y trágicos acontecimientos en la casa del inglés. Pero el viejo periodista es listo y no se da por aludido.

—¿Y lo del muerto? ¿Es verdad que han asesinado a alguien en la casa estos días?

«Su sorpresa parece genuina. Pero está claro que pretende sonsacarnos información. Ha venido a pedir algo, de lo contrario no hubiera venido hasta aquí, ni tampoco se hubiera sentado en la mesa con nosotros. Demasiado remilgado». Tongue lee el pensamiento de la dama de los Pirineos, que no le quita ojo.

—Por supuesto, es una noticia demasiado sórdida para mi periódico. Ahora estamos investigando una complicada trama de evasores fiscales, empresas y familias muy importantes. No sé si me entendéis.

—Claro que le *intendemos*. Lo primero es lo primero. —Dominika no sabe quién es este tipo, pero le tiene visto y no le ha gustado como ha interrumpido a Callahan. Además, después del día que llevan por culpa de la prensa, es normal que desconfíe del hombre que se ha sentado con ellos a comer.

—¡Cuidado, Ian, estás ensuciando el periódico de grasa!

Grand coge el diario que tiene su nieto en las manos. Una de las bolitas rellenas que ha cogido del cesto de bambú se ha caído rodando.

—En los quioscos hay unas decenas de miles de ejemplares más. —Lewis es consciente de que la avalancha periodística es imparable.



—Y en internet. Quién sabe lo que habrá... —La señora Lope mira al chico que está sentado a su lado—. ¿Has traído tu tableta? —La he dejado en casa de Cal. —Ian se pone de pie inesperadamente—. ¡La comida! ¡Ya llega la comida!

Cuatro camareros se acercan llevando varios platos cada uno. Lewis les ha rogado que trajeran todo al mismo tiempo: arroces, *noodles*, cangrejo con puerro, pato cantonés, ternera con judías negras y pimiento verde, cerdo agridulce, verduras chinas.

Dadas las circunstancias, comer fuera facilita las cosas y les da un respiro a todos. El capitán Grand recuerda a los demás que, por ahora, esta sigue siendo la manera más segura de comer, hasta que se desvele el misterio sobre la muerte de Larry. A él no le preocupa quién mató a Angelica. Eso sucedió veinte años atrás. Lo que sí le tiene intranquilo es que haya un asesino suelto, que bien podría ser uno de los que comparte mesa hoy con ellos. Si envenenó y mató a un hombre por error, eso podría volver a pasar.

La vianda hace que se olviden por un rato de sus inquietudes y sus pugnas. «Como el buen humor es la mejor salsa para una comida», todos ponen de su parte para disfrutar y sacar el máximo provecho de estos momentos. Uno de los platos que les han traído es muy extraño. Es un cuenco lleno de amarillentas patas de pollo hervidas, con sus garras y sus uñas puntiagudas. Huele a rayos. No entienden muy bien qué tienen que hacer con ellas. Preguntan a uno de los camareros y el hombre se lleva las manos a la cabeza y coge el bol lleno de patas.

—*Mistake, mistake, this is not for you.*

—Deja el plato. Quiero probarlas —dice el expolicía agarrando la bandeja con esa manduca que no está normalmente en el menú.

—¡Qué asco! —exclama Ian.

—*This is not food for you, this is for chinese! ¡Only chinese people!*

Lewis gana la reyerta con el camarero y se impone. El plato se queda en la mesa junto con el resto de los manjares.

—¿Quieres? —Lewis ofrece las patas hervidas a Tongue que se echa hacia atrás horrorizado por su aspecto espeluznante y el hedor que desprenden.

—No. No. Adelante, coma usted. Yo he venido con poca hambre.

—Pero sediento de información. —William está concentrado en llenar su cuenco de *noodles*, pero recela del hombre que comparte mesa con ellos.

—Pretendo escribir un editorial dedicado a Angelica. Ella era una de las nuestras. Quiero recordar su trabajo como periodista y honrar su memoria.

—Nooo. Olvídalo. —Callahan se niega a que hable de su madre.

—¿Cómo sabemos que no te valdrás de nada escabroso? —pregunta Alice. Coge de la mano a Cal sabe que hay algo que el chico tiene que contarle.

—Yo no estoy hablando de esto —exclama señalando a los periódicos que siguen sobre la mesa— ¡Por supuesto que no! Esto es prensa amarilla, basura. Mi empresa no es así. Yo formo parte del consejo.

—Si una cosa he aprendido al venir a esta ciudad, es que la hipocresía no tiene fronteras. ¿Cómo sabemos que vas a escribir sobre la madre de Cal de manera digna como dices?

Lewis está satisfecho de haberlo traído aquí con los habitantes de Portobello Road.

—El mismo diablo cita las sagradas escrituras si viene bien a sus propósitos.

—Que nos lo deje leer. Que escriba y después que nos lo deje leer y que ponga por escrito que solo lo publicará si nos parece bien a nosotros —dice el niño que ha dado con la solución.

Herbert Tongue mira a Ian colérico. Lewis le sigue el juego al niño.

—Es una buena idea.

—¡Yo no firmo nada! ¿Crees que soy estúpido?

—Tongue, yo no tengo la costumbre de decir a la gente lo que creo.

Lewis se levanta y tiende la mano al que una vez fue un auténtico periodista para despedirle. El expolicía quiere hablar con Callahan y escuchar lo que el chico quiere contar.

Herbert Tongue desaparece escaleras abajo sin despedirse.

—Somos unos idiotas. Tongue va a publicar el artículo nos guste o no.

—Pero sin nuestra ayuda.

—Seguimos siendo unos idiotas.

—No somos tan idiotas como piensaaaaaas. Hay algo que tengo que contaros.

Callahan les informa de las preguntas que Herbert Tongue le hizo sobre Pepe y su familia y de los misteriosos sobres que John le entregaba cada vez que aparecía por casa.

—¡Dinero!

—Esto huele a chantaje.

—Os lo repito: ¡no hay que fiarse de las tablas podridas!—Pero ¿qué sabría él sobre tu familia biológica?

—Quizá sabía que tú eras el hijo de John y Angelica. Tu padre nunca quiso decirte la verdad, pero él llegó a la misma conclusión que llegamos nosotros y presionaba a tu padre para mantener el secreto —dice Grand.

—¿Opinas que puede ser peligroso? —Violeta mira al expolicía.

—Solo con un teclado entre las manos. Pero solo soy un hombre, puedo equivocarme.

*Saludos, vecinos:*

*No os lo vais a creer:*

*Ayer encontramos un cadáver en la casa del inglés. Resulta que es Angelica Blurton, la mujer que escribía las postales que hallamos en casa de Pepe.*

*Aquí hay mucho revuelo, incluso hemos salido en los periódicos. Angelica fue asesinada y todos se preguntan qué pasó. Algunos acusan a John Paisley, dicen que quizá fue una discusión de pareja que acabó mal. Pero es imposible. Nosotros vimos el cuerpo y fue un golpe por la espalda lo que la mató. Solo una persona cobarde y vil ataca a otra por detrás. El señor Grand, que conoció a John en la fábrica, dice que es imposible que él hiciera algo así y menos a la mujer que amaba.*

*Querida Cordelia, sigue enviando tus comentarios sobre el hotel a la tableta de Ian. Por favor dale a tu pequeño un cariñoso beso de mi parte, ¡espero que cuando regresemos ya tenga nombre!*

*Violeta*



## Capítulo 28

—¿Y Por qué no vuelven esos dos? —Remedios deja la postal desdeñosamente en la mesa de recepción—. Fueron allí para saber si el propietario de la fábrica seguía vivo y ahora ya saben que tanto él como su amante están muertos y enterrados.

—Muertos sí, pero no sabemos si enterrados. —Su marido coge la postal del mostrador—. Cuando la has leído has dicho que han encontrado a la mujer en la casa. No dice nada de que le hayan dado sepultura.

—Es un decir, Rufino, es un decir.

—Pues es la parte más jugosa de la postal porque uno se pregunta dónde estaba almacenada esa mujer. —Rufino mira a un amigo suyo que los ha acompañado hasta el hotel—. ¿En qué lugar de la casa crees que metió a la difunta, compadre? —Le da un codazo para que despierte y se luzca. El amigo se llama Nhug Galamus. Rufino está empeñado en que se una a las tertulias del sábado y lo dejó muy claro la última vez, unos días antes de que los dos vecinos de Bolví se fueran a Londres.

—Depende del grado de psicopatía del asesino... —dice él con cierto misterio. Nhug es un hombre de unos cincuenta años cuyos rasgos más sobresalientes son su barba bien cuidada y la imperecedera y cordial sonrisa que sale de ella.

—¿Quééé? —Remedios sabe lo que se propone su marido y le sabotea.

—Vais muy deprisa —dice Cordelia—. El asesino no tiene por qué ser el que la escondió en la casa.

—Tiene razón Cordelia. —Giacomo la mira con amor y confabulación—. Esconderla en la casa es recordarla eternamente. Yo sospecho que quien lo hizo la quería mucho. Quizá fue él, John Paisley, el que la guardó a su lado para siempre. Pero ¿por qué matarla?

—¡No me hagas reír! ¡Qué asco! En el caso de que tu mujer falleciera, y toco madera —Remedios se golpea la cabeza con el puño probando así que la

tiene llena de serrín—, ¿tú preferirías tener a tu mujer muerta en casa y no en el cementerio?

—Sí —dice rotundo Giacomo. Tiene en brazos a su hijo y este no para de moverse, está agitado.

—Y yo también —añade Cordelia. Los demás no pueden verla porque está arrodillada detrás de la recepción buscando una gran cuchara de madera que se le ha caído al niño.

—Por cierto, ¿dónde está Pablo? —Remedios acaba de percatarse de que el recepcionista no está.

—Le he mandado a la farmacia. Uno de los huéspedes nos ha pedido un favor. —Cordelia encuentra la cuchara en un cajón medio abierto. Le ofrece de nuevo el juguete al pequeño y este lo atrapa entusiasmado. Acto seguido empieza a golpear la cabeza de su padre otra vez y recupera la calma.

—¿Y dónde tendrías guardada a tu mujer, a ver? —Rufino se ríe. Piensa en su casa, que no es muy grande, y en el cuerpo de su esposa muerta, que sí sería bastante grande.

—Bueno, nuestra casucha es pequeña. —Cordelia y Giacomo se miran pensando en lo diminuta que es su cabaña al pie de la montaña.

—Excavaría. Haría una ermita para ella en la piedra viva. —dice Giacomo entre golpe y golpe de cucharón de su hijo.

Cordelia le besa, siempre ha sido perdidamente romántica. Lo que acaba de decir Giacomo le parece muy bello. A muchos otros les parecerá siniestro, pero a ella no.

—¡Los dos sois unos insensatos! Tú, Cordelia, la primera. No te fíes de los hombres: yo si tuviera que deshacerme de Rufino, le metería en el horno y con limón, como a un pollo.

—¡Acabáramos! —dice Rufino enfadado.

La señora Rafilettete, que hasta ahora no había abierto boca, estalla con un ji, ji, ji despiadado. Está sentada en una poltrona de la recepción. Es tan bajita y delgada, que parece una miniatura de mujer dentro del asiento modernista.

—Pero es que lo hacéis todo muy personal. —Se ríe el amigo de Rufino—. ¿Y cómo es que la señora Lope y el señor Grand han hecho este viaje a Londres?

Remedios pone al día a su vecino Galamus sobre la fábrica, Las Casas de los Ingleses, el pasado del señor Grand como trabajador allí, el encuentro con la señora Rebecca Paisley y las postales que encontraron.

—Me pregunto qué hará el señor Grand ahora —dice Giacomo—. Hizo este viaje con la esperanza de encontrar el paradero de John Paisley y poder decírselo a su esposa y así reconfortarla.

—Pues su gozo en un pozo, porque resulta que el tal Paisley está muerto y puede que fuera un asesino. —Rufino da otro codazo a su compadre.

—Qué pena para el hijo. Pobre —dice la señora Rafilettete.

—Sí, primero le dicen que su padre es otro y ahora descubre a su madre enterrada en su casa. Hay un silencio general mientras todos asienten con la cabeza imaginando lo horrible que tiene que ser algo así. Se meten en la piel del hijo y se asustan de lo que ven.

—Pero ya no es un niño, ahora es mayor. —Remedios mitiga el asunto—. ¿Cómo decían que se llama?

—Callahan. Venía escrito en la postal anterior.

—Es un nombre poco corriente —dice Rufino.

—¡Es inglés! —dice su mujer para aclararlo todo—. Y tomad nota vosotros dos —dice señalando al bebé con decisión— la importancia que tiene llamarse...

—¡Ernesto! —exclama el amigo de Rufino que mata mucho tiempo leyendo.

Nhug es el único policía que hay en el pueblo y su profesión en la pequeña localidad pirenaica le deja muchas horas muertas. Nhug tiene más tiempo que cadáveres, y es una pena, porque su mente es brillante, podría haber llegado lejos profesionalmente. Pero detesta las oficinas, les tiene alergia. A él le va la gente, el trato directo y el aire libre. Y le gusta echar un cable cuando alguien lo necesita, lo lleva en la sangre.

Pero su trabajo está en peligro de extinción. El edificio donde estaba la antigua comisaría local hace años que el Estado lo vendió y todos sus activos fueron trasladados. Todos excepto Nhug Galamus, que se quedó atrás, en Bolví, solo ante el peligro. Aquí, entre libro y libro defiende a un puñado de habitantes de los robos más inverosímiles e impone la sensatez durante los trasnochados fines de semana de los que se escapan de sus jaulas urbanas y se

vuelven locos durante dos o tres días en busca de calor humano y un largo etcétera.

—U Oscar —añade Giacomo.

—Pero no Callahan —concluye Rufino dando un codazo con disimulo a su vecino.

—Lo que tiene que hacer el señor Grand es volver a casa —dice la señora Rafilettete.

—Y la señora Lope lo mismo —dice Cordelia—. Tengo miedo de que le pase algo. —La joven tiene la postal en la mano y la mueve nerviosa. El viaje se complica e intuye que están pasando cosas que ellos desconocen. Violeta es como una madre para ella, y súbitamente siente cómo la invade una profunda inquietud.

—¿Tú la informas de cómo va el hotel, niña? —Remedios mira a Cordelia como si fuera su ama. Hoy lleva puesto un vestido con gruesas rayas verticales azul marino y eléctrico con una rebeca amarilla abotonada a la altura de su sobresaliente pecho.

—Sí, cada mañana le escribo un correo electrónico. Pero solo le hablo de temas estrictamente profesionales porque lee los mensajes en la tableta del nieto del señor Grand y no quiero que ni ella ni el chico se inquieten con mis miedos. Si me tiene que responder en algo, es Ian, el nieto, el que escribe las notas.

—¡Válgame Dios! ¡Qué tonterías! —Remedios coge su bolso y lo abre decididamente sacando de dentro su teléfono móvil—. ¿En qué siglo viven esos? Esto es lo que tienen que llevar. —Y enseña a todos su aparato de última generación que le vendieron fácilmente en la capital después de la execrable ráfaga de anuncios televisivos de falsas necesidades que transgreden la intimidad de su salón.

—No se trata de vivir o no en la actualidad, sino de elegir estar siempre conectado a ella o no. Yo también viajo sin móvil. Entiendo a la señora del hotel —dice Nhug.

—¡Pues yo no! —exclama Remedios molesta.

—Pues yo sí —dice su marido—. Sobre todo, sabiendo que tú tienes uno de estos trastos y nos puedes llamar a todos cuando quieres. —Vuelve a dar un codazo a su amigo y le guiña el ojo.



—¡Rufino!

Los dos se callan porque por las escaleras del hotel bajan unos clientes. Cordelia les habla en francés. Responde cariñosamente a unas preguntas que le hacen sobre el paradero del parque natural más cercano. Ella coge un mapa y les hace unas indicaciones; les da las coordenadas para el GPS del coche de alquiler. Todos esperan religiosamente a que se despidan mientras contemplan sin disimulo la vestimenta, el pelo y los accesorios de los dos huéspedes extranjeros. Les saludan con mucha cortesía cuando cruzan la gran puerta de acceso al palacete modernista del hotel y desaparecen en busca de su vehículo.

—¿Y eso de que han salido en el periódico, no les parece que, seguramente, exageran? —La señora Rafilettete quiere saber la opinión de los demás. Desde la butaca donde está sentada ojea la prensa diaria que tienen en la recepción del hotel a disposición de los clientes—. En los periódicos no viene nada. Y en el pueblo nadie conoce a la muerta. —Hoy va muy abrigada porque está algo resfriada. La señora Rafilettete no está segura de que pueda usar esta información como chisme. Duda entre volver a casa o dar una vuelta para pregonar que ha llegado una postal.

Los demás no parecen dar mucha importancia a la cuestión de salir en el periódico. Londres está muy lejos. Hablar de las noticias globales no conduce a ninguna parte, es como hablar del tiempo, no son más que conversaciones retóricas para la gran mayoría de habitantes del planeta.

—Me temo que la señora Lope no volverá hasta que se cierren todos los interrogantes —dice Giacomo a Cordelia con afecto.

—Sí, pero está con el señor Grand. No hay que desestimar la sensatez del capitán. Además, viajan con un niño. —Ella quiere que la señora Lope vuelva.

—Pues a mí me llama la atención eso que dice la postal de que a esa mujer la mataron por la espalda. —Nhug Galamus detiene su discurso estratégicamente—. Si me permitís. —Mira a todos para asegurarse de que su comentario es bienvenido.

—Hable, hable —dice Remedios haciéndole un gesto de prisa con la mano.

—Matar a alguien por la espalda es un acto con alevosía. El que asesinó a esa mujer tuvo que ser alguien que se sintió ultrajado o deshonrado por ella.

Asesinar por la espalda es el pago a una traición. No fue el marido, eso seguro.

—El amante, porque este señor no estaba casado con la periodista — corrige la señora Rafilette.

—¿Cómo es que está tan convencido? —le pregunta Cordelia.

—Porque un marido despechado no ataca por la espalda. Un hombre no haría eso; tiene razón vuestro amigo Grand.

—Ningún hombre atacaría por la espalda a una mujer. —Giacomo se pasa la mano por el cráneo magullado y mira a su hijo con una sonrisa a pesar de que no para de atizarle con el cucharón de madera.

—Uy, uy, por la boca muere el pez.

—¡Voy a escribir a la señora Lope para contarle lo que acabáis de decir! —exclama la joven Cordelia.

—¡Lo veis! ¡Lo veis! ¡Ya os decía yo que Nhug es un buen fichaje para nuestras tertulias!

—Tú, Cordelia, y tu marido, en lugar de perder el tiempo con todo este lío de la familia Paisley mejor sería que os pusierais a pensar un nombre para vuestro hijo. Que en eso sí que tiene razón la señora Lope. Dadle una alegría cuando vuelva. Diciendo esto Remedios se pone su parka de entretiempo que había dejado colgada en el perchero modernista del salón y recoge su cesto de la compra del suelo de la recepción. Se saludan entre ellos y comentan que echan en falta las tertulias. No van a reunirse de nuevo hasta que la señora Lope vuelva, pero nadie sabe con certeza cuando regresará a Bolví. Sin sus encuentros de los sábados por la tarde su vida es más anodina. No hay muchas alternativas a la tertulia de amigos que organizan. A ninguno de los vecinos se le ocurriría pasar la tarde malgastando el dinero en tiendas, cafeterías o bares. Si no hay tertulia de sábado, la única opción realista para la mayoría de ellos es sentarse delante de la insustancial televisión o meterse en internet y preguntarse, en el mejor de los casos, si realmente la vida es lo que ven.

Todos dejan el bello edificio modernista. A la salida Nhug Galamus les habla de unos castaños que tiene en su tierra. Han dado mucho fruto y propone que, cuando vuelvan la dueña del hotel y el señor Grand, se pasen todos un sábado por la tarde para la recolección. No hay fechas especiales para comer unas castañas asadas. Cada día del otoño es especial.

—¿Qué vas a hacer ahora en la casucha? —pregunta Cordelia a su italiano cuando se quedan solos.

—Si te quedas con esto —y señala al bebé— me pondré a arreglar las goteras que tenemos en el salón. Tengo que volver a subir al tejado y cambiar algunas placas más. El dueño de la pedrera me ha ofrecido pizarra gratis a cambio de unas horas de trabajo.

Los dos saben que tienen que terminar la reparación antes de que llegue el invierno. Viven en la alta montaña y esto no es un juego.

—Déjame. Lo acomodaré en uno de los cajones de aquí hasta que vuelva Pablo. Ya lo he hecho alguna vez. —Cordelia abre uno de los archiveros que hay detrás del mostrador de recepción y saca todos los papeles que hay dentro.

—Toma también la manta en la que lo he traído. —La joven madre coloca cuidadosamente la cubierta de lana dentro del cajón vacío. Después Giacomo le pasa el bebé y suspira aliviado. Su cabeza todavía retumba por los golpes con el utensilio de madera que le ha propinado su hijo.

Ella deja al niño encima de la mullida manta para que descanse. Le hace dos muecas y le dice unas palabras llenas de significado desconocido. Mira a esa pequeña criatura que le ha cambiado la vida y a la que tanto quiere. Hay que descubrir su nombre.

—¿Qué te parece Rodrigo?

—¿Y a ti qué te parece Aquiles? —dice Giacomo todavía con la mano sobre la coronilla de su cabeza.

*Hola, padre:*

*La japonesa que tenía alquilada la habitación se ha ido y hemos cortado. Lo peor de su marcha es que cuando voy al pub tengo que volver a pagar yo mis cervezas.*

*Ya he alquilado su habitación a otra chica. Esta vez es italiana, me la ha mandado William, un vecino. Pero no sé. Yo pensaba que las italianas eran mujeres con buen carácter, pero esta es del norte de Italia, de Trieste. Siempre me habla a gritos y encuentra pegas a todo. Vivo con miedo, cada vez que oigo su voz me entran escalofríos de los míos. Aunque, parece que le gusto y me deja estar con ella y me lleva a todas partes. Intimamos, tú ya me entiendes.*

*Un abrazo.*

*Callahan*



*To:*

*Pepe Rigau Ter*

*Las Casas de los Ingleses*

*Calle Paisley, n.º 5*

*08571 Pirineos*

## Capítulo 29

Hoy Londres está cubierto por una fina capa de niebla, como tantas otras veces. La señora Lope se queda ensimismada frente a la ventana de su dormitorio.

Le entra frío súbitamente y decide cerrar la ventana. Antes de ponerse su batín, Violeta vierte un poco de crema hidratante en sus manos; el aroma a flores y hierbas silvestres la devuelve a sus montañas. Pasa la crema por sus brazos respirando profundamente, son unos instantes en que el perfume la embriaga y la transporta a las laderas cubiertas de verde primaveral y de juventud.

Cuando vuelve a la realidad, Violeta se dirige sigilosamente hacia la puerta del dormitorio y mira a derecha e izquierda del pasillo. Quiere entrar en la habitación de John Paisley antes de ir a la cocina a por un café. A esta hora de la mañana todo es prodigioso. Da pasos de bailarina hasta la puerta de la estancia y entra en silencio. Se sienta en la cama vacía y con sus ojos de ardilla observa cada detalle: «Es como estar en una capilla».

Todos siguen durmiendo, es domingo, y el alba despunta parsimoniosamente. Las primeras horas de la mañana son paz absoluta, una elipsis del tiempo y del espacio. El silencio lo domina todo. No se oye respirar. Se levanta. Va hacia la ventana y con mucho cuidado levanta la repisa de madera. Su mirada revisita la espiral de recuerdos y fotografías pegados en el dorso de la tapa. Son presencias escondidas durante años. La policía se ha llevado algunos de los objetos y fotos, pero sigue siendo un lugar igual de especial y valioso.

Se emociona. «Los padres de Callahan compartieron un amor verdadero, de los que no mira con los ojos sino con el alma». El silencio de la habitación repite el nombre de Angelica. Puede sentir el amor acumulado en este relicario secreto. «Es como oler el perfume de una mujer. Es un aroma profundo e indescifrable, es la fragancia de la vida». La señora Lope oye un

ruido en el pasillo. El hijo de los Paisley asoma por la puerta indeciso, como siempre. Al final entra, Cal anda todavía medio dormido. Mira junto a ella la espiral de memoria construida por su padre. El joven bosteza risueño y sonrío satisfecho porque no le ha venido ningún escalofrío de los suyos cuando ha entrado en la habitación.

—Desde que la encontramos, creo que ya no siento presencias oscuras. Era guapa mi madre inglesa, ¿no le parece, señora Lope?

—Sí, lo era. Pero tú has salido más a tu padre —bromea Violeta. Quiere que el chico mantenga la sonrisa.

Con el tiempo parado de esos primeros momentos de la jornada, en medio de la limpia calma matinal, los dos intercambian pensamientos honestos y más valiosos que los del resto del día. El inglés le revela la visión que tuvo y que ya contó a Alice cuando estaban en la casa de campo de sus padres.

—Hay una mujer en el suelo inmóvil a la que no puedo ver el rostro, pero es rubia y estoy seguro de que era ella. —Callahan mira la cámara secreta ahora vacía—. Y tengo la maldita sensación de que hay otras personas en la habitación, pero son figuras borrosas. No consigo ver sus caras.

—Tal vez no es un sueño, sino un recuerdo. Puede que sí que sea tu madre. Tú tenías cuatro o cinco años cuando desapareció. Una posible explicación es que viste lo que sucedió, aquí en esta casa, pero se borró de tu memoria.

—Alice me dice lo mismo. Pueeeede que yo lo viera todo. ¡Oh, *blimey!* ¡Tengo al asesino de mi madre en la cabeza! No tengo escalofríos, pero me temo que me va a dar un sííííncope. —Callahan se descompone—. Y yo que había reunido coraje para abrir la tienda hoy. ¡Soy un cobaaaarde! Voy a hablar con John. Después iré a casa de Will por el patio; creo que todavía le queda algo de ese *whisky* escocéééés.

—¡Olvídate de eso! Ahora mismo te preparo un desayuno de montaña. No digas más, todo te gustará y después, si quieres te tomas tu copita con tu amigo.

«Este chico necesita comer. Es buena señal que haya decidido abrir la tienda. Pero necesitará a Dios y ayuda. Está muy quebrantado. Y todavía tiene algunos periodistas ahí fuera. Hoy hay que echarle una mano». La señora Lope le mira, Callahan es como un niño alargado. Le da un beso maternal y lo deja solo en la habitación.

Pero él decide no quedarse allí mucho tiempo. Cierra la repisa de la ventana y tras él la puerta. Prefiere ir al salón. Violeta ya está en la cocina y ha empezado a preparar su desayuno. Él se queda de pie en el salón, delante del reloj de cuco donde descansan las cenizas de John. Parece que esté rezando, pero simplemente mantiene una conversación con su padre. Le cuenta que desde que encontraron el cuerpo de su madre en la cámara sellada ya no tiene escalofríos; es como si su miedo hubiera encontrado un remanso de paz en su cabeza. Le asegura que luchará para que le devuelvan el cuerpo de ella lo antes posible. Quiere que esté junto al viejo, en el reloj de cuco. Pero hay que costear la incineración. Y no tiene dinero.

De pronto le viene a la cabeza una idea para reunir algo de dinero. Se apresura a su dormitorio, donde Alice todavía descansa. Coge la caja de cartón que trajo el mensajero el día en que Larry murió. Vuelve al salón y saca el reloj que hay dentro. Extiende un trapo sobre la superficie de la mesa y coloca encima la valiosa pieza. La base está laminada en oro y es muy pesada, pero el resto del reloj es extremadamente delicado. Lo deja con cuidado sobre el mueble y se sienta a contemplarlo. Observa los detallados dibujos de los palacios ingleses que hay a cada lado de la esfera. Se acerca tanto que su nariz casi toca la porcelana sobre la que están pintados. Hay figuras de señoras y lores paseando por los jardines de las mansiones. Son miniaturas perfectas. Una de las damas le recuerda a su novia Alice y se la enseña a John. Violeta oye como el inglés habla con el padre incinerado y le murmura sus planes.

No pensaba vender el reloj todavía, quería disfrutar de él un tiempo. Adora los relojes y ahora que está con la maravillosa hija de los Liddell, pensaba compartir su entusiasmo con ella y conservar esta pieza. Pero no puede ser: hoy lo bajará a la tienda y lo exhibirá en el tenderete. Si consiguiera la venta, podría pagar los gastos del tanatorio.

—... y podrías descansar junto a mi madre en el reloj de cuco, para siempre. Oh, *blimey*, me estoy emocionaaaando, viejo John. —Callahan se angustia ante el reto de vender el reloj lo antes posible y siente la necesidad de ir al baño.

A medida que se levanta el resto de los ocupantes de la casa, Violeta va hablando con cada uno de ellos. El mensaje es claro: hoy toca echar un capote a Callahan. Todos parecen estar conformes.

El señor Grand toma las riendas y reparte quehaceres. Él y su nieto ya están listos para empezar la jornada. Se han vestido, peinado y cepillado los dientes. Ian se ha puesto una sudadera que le compró la señora Lope en el mercadillo del barrio. «London is Calling» es lo que se puede leer a duras penas, pues las letras son un choque, colisionan las unas con las otras. El diseño es un incierto concierto de símbolos excepcional.

—¡Tienen una cara de felicidad los perros cuando se rascan! —El niño está mirando por el ventanal del salón. Se ha fijado en un perro que está sentado delante de la casa. Tiene una pose muy elegante pero seguramente va cargado de pulgas porque no para de frotarse con la pata.—Del tenderete me encargaré yo —dice Dominika, que ya se ha levantado.

—Será lo más penoso. Yo te ayudaré. Montarlo en el exterior de la tienda con esos pajarracos apostados frente a la casa... —Alice entra en el salón. Parece que ya ha inspeccionado la calle—. Me he desvelado esta mañana temprano y he contado tres *paparazzi*. —Ve el reloj en la mesa del salón y sonrío como quien se encuentra con un amigo. Fue una de las primeras cosas que Callahan le enseñó de la casa, a pesar de estar guardado dentro de una caja.

—¿Es de alguien ese perro, Dominika? —pregunta el niño señalando al animal pulgoso. La polonesa mira por la ventana, pero retrocede enseguida al ver dos reporteros justo enfrente de la casa.

—Ah, sí. No lo sé. Pero se pasa por aquí. Cal *li* puso el nombre de Cantaluna. Siempre le damos algo de comer. Por eso nos visita. —El perro sigue rascándose ajeno a todos los acontecimientos de esta semana en la casa de Portobello Road.

—No lleva collar.

—Es un perro muy listo. —El abuelo echa un vistazo al animal. Los *paparazzi* ya no les hacen fotos. Solo les observan.

—Sí que lo es. Una vez intentamos hacerle entrar. El perro olisqueó la casa y se fue. —Nick parece estar de buen humor. Como no puede salir del piso, el señor Grand le ha pedido que ayude a Violeta a preparar comida para todos. Ahora está sentado en el sofá releyendo uno de sus cómics de Spademan. Se ha duchado, su largo pelo negro está mojado y chorrea sobre una camiseta caqui desvencijada. A pesar de que se ha cambiado sigue



llevando indumentaria militar. Siempre a punto para algo que nunca sucede. Siempre con ropa que camufla al hombre que es de verdad.

—¿Y por qué le puso el nombre de Cantaluna? —Alice siente curiosidad.

—Eso tendrás que preguntárselo a tu novio —responde Nick.

—¡Oh, *gosh!* Parece que ya es oficial. Qué horror, ¿de veras se supone que somos novios? —Alice se sonroja. Es la sensación de pánico que se tiene la primera vez que se hace algo. Para ella esto de tener una relación naciente tan fuerte es entrar en una selva virgen, pisar por primera vez la luna y descubrir el código del genoma humano todo a la vez.

—Me recuerda a un perro que tuve cuando era pequeño, cuando vivía en Las Casas de los Ingleses. —Callahan aparece con un cómic de Nick en la mano. Vuelve del baño. Ha oído a su chica. Cruza el salón y le da un beso de buenos días. Él siente lo mismo que ella; es como visitar las cataratas del Niagara. Todo tan resbaladizo y vertiginoso. Pero están juntos, por fin se han encontrado y lo saben—. ¿Quieres que te prepare un té?

—¡Pues sí que estas enamorado, Cal! Tú preparando un té para otra persona. —La joven de Ucrania aparece. Es domingo y no trabaja. Mira fascinada el reloj que hay sobre la mesa—. ¿De dónde has sacado esta joya?

—De un ruso. Pero el reloj es inglés.

—Un compatriota de esa zorra traidora e ingrata que vivía con nosotros. —El tono de Dominika es hostil.

—Vi uno parecido en el Victoria & Albert Museum —dice Olesya—. También tiene este estilo ecléctico, entre oriental y occidental. Con los palacios a cada lado. Es increíble, pero creo que eran los mismos palacios. Aunque el retrato en la parte superior creo que era de una mujer y aquí hay un varón.

—*Moy guapo*, un Mr. Darcy. —Dominika contempla de cerca el pequeño pero perfecto retrato oval realizado en el reloj de porcelana. El hombre plasmado en el dibujo es un perfecto caballero: elegante, mirada reservada y enigmática, rostro firme pero íntegro.

—Quizá las dos piezas son un conjunto. Si pudieras investigar un poco, podrías sacar más dinero por el reloj. —Violeta quiere ayudar a Callahan—. Mañana podríamos ir al museo y preguntar.

—Déjelo. Hoy bajo el reloj a la tienda. A mí me ha costado poco. Pertenece a un ruso que se arruinó. Ya no vive en Londres. A mí me lo ha vendido unaaaa asistenta que trabajó en su casa. Se lo dio el dueño como pago de los últimos meeeeses de trabajo.

—Cal, es muy bello. —Alice pasa la mano por el objeto, lo acaricia con gentileza—. Ha acumulado tiempo, seguro que más de doscientos años.

Violeta se acerca a la pieza y mira el retrato con atención. El hombre perfilado y pintado en el reloj le recuerda a alguien de su pasado. «Sin duda, un Mr. Darcy. Pero nosotros no acabamos en Pemberley, desgraciadamente». —Y si este apuesto caballero es Mr. Darcy, la dama pintada en el otro reloj que ha visto Olesya en el museo podría ser Lizzie —«¿Quién no conoce y adora los personajes de Jane Austen?».

—¡Oh, *gosh!* o quizá sea Anne, la hija de *lady* Catherine de Bourgh —dice Alice perturbada por sus propios pensamientos.

—¡Y este *caballirete* podría ser solamente uno de los muchos Mr. Wickham que hay en nuestro mundo! —exclama Dominika.

—No, seguro que no. Este petimetre es Darcy —sentencia la señora Lope.

Las mujeres intercambian miradas de complicidad mientras se ríen de la vida. Los hombres procuran concentrarse en otras cosas. El señor Grand siempre se siente incómodo cuando hay gente que se ríe, sea de lo que sea, y mira a las mujeres disgustado por su ligereza. No dice nada porque ante todo es un caballero, pero su cara de tener una aguja pinchándole la retaguardia lo dice todo.

—Con este buen humor podríais ayudar a Callahan en la tienda —se le ocurre decir al señor Grand.

—Pues claro. Estaremos todas con él —dice Olesya más seria.

—Nick y yo cocinaremos. —Violeta mira al exmilitar—. Hoy vas a ser *sous-chef*.

—Yo puedo ayudarle, pero no espere instrucciones. En el ejercito pelé patatas y con los años he aprendido a freír huevos y a poner pan en la tostadora. Eso es todo.

—Es suficiente. —Violeta se va a divertir. Nick le cae simpático y es tan alto y guapo que le alegrará las vistas en la cocina.

—Yo estaré abajo contigo —dice Alice mirando a Cal a los ojos. La bibliotecaria se ha acicalado con elegancia y con estilo propio para estar en la tienda con él. Lleva un vestido sedoso y de un tono azul pastel muy claro, con un patrón ceñido a la cintura. Le da un aire atemporal de diosa. A la altura del pecho se ha puesto un bonito broche dorado con piedras de colores en forma de parasol. Nadie se imagina que es una joya *art déco* de los años veinte con pedrería auténtica.

—¿Di dónde sacas esta bisutería? —Dominika mira el broche y lo toca con la mano.

—Es de mi madre. Hay tantas cosas en casa. Nunca compro nada nuevo.

—¿Te llamaron tus padres por lo del artículo en el periódico, Alice? —Callahan se acuerda de los Liddell.

—¡No! Pero hoy pueden hacerme todas las fotos que quieran. Estoy lista. —Se recoloca los zapatos de tacón y se estira dentro del vestido para tener una pose más estilizada—. Y no pienso separarme de ti.

Esta mañana al alba ha roto dos vasos y tres platos preparando un simple café con leche. Incluso sus labios siempre rosados y perfilados con pintalabios parecen más pálidos que de costumbre. Se preocupa por el inglés. Pero su manera de afrontar las preocupaciones es arreglándose como si fuera a una fiesta. Es algo hereditario, su madre hace lo mismo. Alice sospecha que se avecina una tormenta. Se lo dice su sexto sentido femenino o la luna, o quién sabe qué. Pero está angustiada. Sabe al dedillo que la lluvia ligera suele tener duración larga, pero las grandes tempestades son repentinas. Su mirada permanece sobre el chico inglés que se ha quedado con un trozo de su corazón.

—¿Sigues pensando que estoy en peliiiiigro? —Cal no la mira. Se ha parado delante del reloj de cuco y se despide de su padre como si estuviera vivo. Ahora ya no tiene que esconderse, todos saben que el viejo descansa dentro del aparato. Ahora ya es normal.

—Todos lo pensamos, Callahan. —El señor Grand es tajante—. Yo también estaré por abajo. Hoy no vamos a hacer ninguna visita turística. He llamado a Lewis y también se pasará. De los periodistas y chismosos nos encargaremos nosotros.

—¡Oh, *blimey*! Me estáááais asustando.

Ian levanta los brazos como el ganador de una carrera al oír que viene a visitarles el expolicía.

—¡Viene el padre de Spademan! Me dijo que me traería más cómics.

—¿Ya te has leído los que te dejé yo? —pregunta Nick.

—Sí. ¿Qué te piensas?

—¿Y los entiendes bien?

—¡Sé inglés! —exclama Ian orgulloso—. Mama siempre dice que el papelito con el diploma es lo de menos porque eso, al final, todos lo tienen. Que lo importante es aprender a hablar con naturalidad una lengua y yo llevo años aguantando a un inglés estirado que me hace hablar por los codos.

—Tu madre sabe lo que te conviene —dice el abuelo.

—Yo creo que ese hombre es un antiguo novio suyo. A veces pienso que podría ser mi padre.

—¿Por qué lo dices? —pregunta el abuelo interesado. Es la primera vez que tiene un indicio sobre la posible identidad del padre de su nieto.

—Porque no creo que le pague. Yo nunca he visto que le dé dinero. —Ian se sienta en el sofá al lado de Nick.

—Llévale algunos cómics de Spademan a ese profesor tuyo, para que se relaje. —Nick le pasa el brazo por el hombro—. ¿Te gustaría saber si es tu padre de verdad?

—No.

—¿No? —pregunta el abuelo sorprendido.

—No. No quiero que nada cambie. Me gusta mi vida con mamá. Y te tengo a ti, abuelo. —Ian sonríe abiertamente. Se levanta de nuevo y se lanza a los brazos de su abuelo. Él es su modelo, la persona que quiere ser de mayor. No ese medio hombre que le da clases de inglés.

—¿De qué te quieres ocupar hoy? —El abuelo le consulta como si fuera un adulto más.

—Quiero estar en la tienda con Callahan y atraer a los clientes como hice el último finde.

—Bien.

Todos se ponen en marcha porque la calle se llena de rumor y ruido en un santiamén, lo típico de cada sábado y domingo en Portobello. Llegan miles de

visitantes, cargados de curiosidad. Algunos de ellos con los bolsillos llenos y dispuestos a dejar parte de su riqueza en el mercado londinense.

Callahan se frota las manos esperanzado. Hoy hay que vender, tiene que sacar la tienda adelante. Hace demasiados días que permanece cerrada.

Lewis y el señor Grand están batallando con los pocos fotografías que insisten en perturbar su trabajo. Los alejan de la tienda unos metros y Alice, Dominika e Ian han montado el tenderete. Callahan ha decidido llenarlo de relojes. Solo relojes. La joven polaca limpia los aparatos y él se encarga de sacarlos uno a uno. Unos pocos son de bolsillo y de pulsera, pero la mayoría son relojes de repisa de distintas épocas.

Los colocan con mucho cuidado en la parada. El hijo de John Paisley tiene muchos, son su obsesión. Y Alice vive incrédula estos momentos. Comparte con el chico del mercado una pasión que les puede mantener unidos para siempre. Puede que al final los dos hayan encontrado la manera de vencer el paso del tiempo, de parar las agujas del reloj. De que el pasado sea solo el prólogo. Así de extraña es la vida.

Con la ayuda de la bibliotecaria, Ian se ha hecho unas largas orejas blancas y lleva pintado un hocico de conejo. Se ha puesto de nuevo una pajarita y un elegante y varonil chaleco antiguo. Al disfraz añade un viejo reloj de bolsillo esférico atado a su indumentaria por una llamativa cadena plateada como el mismo reloj. Es de nuevo el hombre anuncio de la tienda del inglés. Hoy es el Conejo Blanco de *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*.

—¡Oh, dear! ¡Oh, dear! ¡I shall be too late! —dice Cal entusiasmado por el disfraz.

El chico corretea entre la gente y les señala con el dedo la parada de antigüedades especializada en relojes. Es un nervio y se mueve sin parar. A muchas chicas les parece gracioso y se acercan al tenderete tal como les propone. Callahan hace un par de ventas inesperadas: dos relojes de pulsera *vintage*.

Esto levanta el ánimo de todos. Ian sigue saltando entre la multitud metido en su papel de conejo. Por un instante le parece ver a Cantalunas entre la multitud. El niño arranca a correr para llegar hasta el perro. Desea con todas sus fuerzas hacerse amigo suyo. Ese perro le ha caído simpático desde el

primer momento que lo ha visto a través de los cristales del salón por la mañana.

Lo ve de nuevo y consigue poco a poco acercarse al animal y, cuando lo tiene a unos pasos, empieza a hablarle con dulzura. Pero el can desconfía, le mira receloso y confundido por la apariencia del niño. El perro tiene miedo y se aparta cada vez más. Ian le sigue sin mucha suerte porque hay mucha gente en la calle. Es una auténtica marea humana empujada calle abajo por inercia.

Sin darse cuenta, el chico se aleja de la tienda del inglés persiguiendo a Cantalunas. La gente le empuja y cuando se queda parado siente inmediatamente el peligro de que le arrollen. Pierde de vista definitivamente al perro y mira a su alrededor inquieto. Hay demasiada gente. Se siente más pequeño de lo que es y la sensación de agobio y desorientación aumenta.

—Cuidado, niño —le increpa una desconocida.

—¡Caray! Lo siento, señora. —Ian mira a su alrededor desconcertado. No ha pisado a nadie, pero parece que el niño está en el camino de esa dama—. No quería... —Ian interrumpe la frase. Él se ha disculpado en inglés, pero esa mujer...—. ¿Cómo sabe que soy español?

—Por las patitas, querido. —La señora se ríe sarcásticamente, de una forma que desagrada al niño—. ¿Eres un Paisley? —le pregunta con acritud.

—No —responde Ian.

Asustado, se aleja de ella y vuelve sobre sus pasos para estar más cerca de la casa del inglés. Pero está extraviado, no sabe muy bien como volver. Y encima, Cantalunas ha desaparecido. Le entra el pánico. Sigue caminando a paso ligero para alejarse de esa señora. El problema es que no sabe si la tienda está calle arriba o calle abajo.

—¿A dónde vas con tanta prisa, conejito? —Alguien lo frena por la espalda.

—¡Ah! ¡Eres tú, William! Tengo miedo. —El niño se alegra de ver la mata de pelo negro rizado del vecino. Es lo primero que uno ve cuando aparece.

Hay mucha gente en la calle y todos empujan. El vecino tiene dificultades para defender un espacio vital. Con el brazo inmovilizado dentro de la escayola todo es más difícil. Nota que el niño le aprieta la mano, angustiado, y él acelera el paso.

—Ian, «de nada sirven las carreras cuando huye el Valor y persigue el Miedo». Tranquilízate, chaval —Le mira con comprensión y le coge con seguridad—. No te separes de mí. Vamos a buscar a los demás.

—Esa mujer me ha asustado —dice el chico entre suspiros entrecortados.

—¿Qué mujer? —pregunta él desinteresadamente.

Juntos se abren paso entre la gente. También William se siente agobiado por el rumor de cientos de conversaciones que tienen lugar a su alrededor. Avanzan mientras el murmullo general se enrosca con una canción de moda que suena a toda pastilla y les destroza el tímpano. Proviene de algún bar cercano. Le han dado insensatamente al volumen del aparato musical con la esperanza de atraer a los visitantes más jóvenes.

—¿Quieres un donut, conejo blanco?

—Pues claro.

Sin pararse ni un segundo siguen su incesante pelea con los cuerpos de los visitantes que les rodean. Y poco a poco consiguen caminar. Es un avance lento, pero al fin llegan a una panadería de la calle con unas pocas mesas y sillas para sus clientes. El local es pequeño pero los propietarios son del barrio. A Will nunca se le ocurriría entrar en una cadena comercial de cafeterías. Para él no tiene sentido dar dinero a una persona que ni conoces. Dentro hay una barra de madera con algunos taburetes altos mirando a la calle. Ian se sienta en uno de ellos mientras el vecino va a pedir.

Sentado y desde esta posición elevada, el niño se siente más seguro. Respira profundamente aliviado. Will le trae un chocolate caliente y un donut. Él se ha cogido una pasta y algo que huele a hierbas.

—Gracias. —Ian pone las manos en la taza para entrar en calor—. La señora Lope quiere invitarte a comer hoy.

—¡Bien! Ojalá se quedara a vivir aquí esta señora.

—¿Conoces a Cantalunas? —le pregunta el niño.

—¡Sí! Es un fiel amigo nuestro.

—Quería hacerme amigo suyo, pero se ha escapado. William mira al niño disfrazado de conejo y se ríe con la boca llena.

—«¡Ah, Dios os hace una cara y vosotros os hacéis otra!» Recuerda que él no te ha visto a ti, sino a un gran conejo blanco.

Ian le mira con admiración. William tiene razón, es un conejo, por eso el perro ha huido.

—¿Te duele el brazo, Will? —El niño le ve comer de manera rara, con la mano izquierda.

—Me dolió cuando pusieron el hueso en su sitio, en el hospital. Ahora no.

El pequeño se ríe de él por la manera como coge su desayuno levantando mucho el codo.

—«¡Se ríe de las cicatrices quien nunca ha sentido una herida!»

—¿Quieres que te ayude, abuelo? —bromea Ian.

William tira de las orejas blancas de conejo que lleva el niño cogidas con un elástico y las suelta de golpe.

—¡Ay! Cuidado, que las vas a romper. Las necesito para ayudar a Cal a vender el reloj grande. Soy su hombre anuncio.

—¿De qué reloj hablas?

—De uno que necesita vender para pagar el entierro de su madre.

—Muy bien. Muy bien. Pero tú no tienes que alejarte de tu rebaño. Esto es Londres.

Los dos siguen hablando un buen rato. Conversan animadamente mientras observan el oleaje de personas que circula calle abajo.

—Unos años atrás no había tanta gente. Era todo más humano —le dice el vecino de Portobello.

—¿La tienda de Cal está más arriba o más abajo?

—Más arriba. Está cerca. Antes de salir compraremos unos dónuts y se los llevaremos a todos.

De repente Ian se inquieta y coge del brazo a Will.

—Esa mujer. Esa mujer es la que me habló en español.

Señala con el dedo a la señora con la que ha tropezado antes en la calle. Está fuera y los mira obsesivamente. Will le devuelve la mirada mientras la estudia. Ella se acerca a la panadería, va hacia ellos; les deja sin tiempo a tomar decisiones de antemano.

—Quería disculparme, pequeño, creo que antes te he asustado. —Tiene un rostro demasiado inglés para ser española y viste con ropa cara, nada comprado en un mercado londinense de fin de semana. Si es verdad que el traje hace al hombre, la mujer que tienen delante pertenece a una clase social



muy distinta a la suya—. ¿Te asustaste, querido? —Se dirige a Ian ahora con un perfecto inglés. Su pose es tan distinguida que William se levanta de su taburete para saludarla de pie.

— Un poco. Pensé que me conocía porque me habló en español.

—El niño se confunde. —Ella obvia al pequeño y clava su mirada en el adulto—. Yo no hablo lenguas extranjeras —dice con una sonrisa abierta y mirando fijamente a William. La señora tiene más años que él, aunque el vecino de Cal es incapaz de ponerle una edad. Su piel está tan estirada, que Will se pregunta cuántas operaciones de cirugía estética llevará en la cara.

—Pero... —Ian no se atreve a decir nada más.

—No se preocupe. A fin de cuentas, lo cierto es cierto.

A ella la coge por sorpresa la forma de hablar de Will. Desconfía.

—Dejadme que os invite a algo. —Mira lo que comen—. Unos dónuts.

Les deja un momento y va al mostrador de la panadería. Los dos chicos se miran sorprendidos y se encogen de hombros.

—No digas nada más Ian. A caballo regalado no le mires el dentado. Esta mujer tiene pinta de vivir en un palacio, déjala que nos haga un obsequio.

—Te aseguro que me habló en español, ¿no te parece un poco raro?

—¡Qué va! Esta ciudad está llena de mujeres así.

Mientras ellos susurran sentados en sus taburetes que miran a la calle, la mujer ha comprado una caja repleta de dónuts. Como está a sus espaldas, ninguno de los dos puede ver cómo la dama abre la caja y mira los dulces concienzudamente. Todos están glaseados con distintos colores y diseños. Uno de los dónuts está decorado como si fuera la esfera de un reloj. Sin dudar ni una centésima de segundo, vierte con decisión el contenido de una pequeña botella de cristal en ese donut. Lo hace con rapidez y elegancia, como un chef dando el último toque de gracia a uno de sus platos. Cierra la caja con gentileza y se acerca a donde están ellos. Les ofrece su regalo, su particular caballo de Troya.

—Aquí tenéis. Para vosotros y vuestros amigos. ¡Buen apetito! —Deja la caja junto al chocolate caliente de Ian.

Los dos le dan las gracias y ella desaparece entre la multitud como un espectro. William abre la caja con curiosidad. Quiere ver cuántos hay.

—¿Quieres uno más, chaval? —Le enseña el contenido de la caja para que escoja otro. Parecen deliciosos. Todos los donuts tienen por encima algún diseño circular realizado con azúcar glasé. Hay un globo terrestre, un balón de fútbol, el sol, una flor, una gran fresa y el reloj. A Ian se le hace la boca agua. Alarga el brazo para coger uno.

—Mmm. —El chico duda; mira el que todavía tiene en la mano—. Déjalo, mejor que se los llevemos a los demás. —En el último momento se echa atrás.

Will cierra la caja y los dos salen del local. Para evitar las multitudes el vecino de Portobello toma calles laterales mientras cuenta a Ian cómo podría estar encerrado en una cáscara de nuez y sentirse rey de un espacio infinito. Al chico le encanta.

Pronto llegan a la tienda de Callahan. Están todos fuera. Ian saluda a su abuelo y a Lewis que están de pie charlando. Frente a ellos hay dos *paparazzi* aburridos, que todavía tienen la esperanza de sacar una foto vendible de la casa de los horrores. Cuando Ian abre la caja de donuts su abuelo y Lewis ni los miran, no quieren comer nada, prefieren esperar al almuerzo que prepara la señora Lope.

—Will me ha invitado a un donut y un chocolate caliente.

—Dijimos no comer nada sin permiso —le recuerda su abuelo.

—Ya, pero estábamos en una panadería, no en casa.

—¿De dónde sales chico, de una chistera? —Lewis tira de una de las orejas blancas de conejo que lleva el pequeño.

—Soy el hombre anuncio de Callahan.

—William, ¿puedes quedarte un rato mientras nosotros vamos un momento arriba? —El señor Grand señala a los dos tipos con cámaras. —Claro. —Les hace señas para que se vayan tranquilos. Está escuchando a Cal, que le cuenta de dónde sacó el espectacular reloj que tiene a la venta. Lo ha colocado encima de una pequeña peana en el centro del tenderete que ha recubierto por una generosa tela de terciopelo que acrecienta el poder de la plata y el oro que revisten algunas de las piezas que tiene a la venta.

—¿Quieres uno? —Ian enseña la caja a Olesya que está de pie hablando con unos turistas de su país que han comprado un reloj. Hablan de política y de gas. Son una pareja y una niña rubia que parece una muñeca y que tendrá la misma edad que Ian.

—Gracias —dice ella, pero no coge ninguno y se desinteresa por la caja. Prefiere hablar con los turistas.

Él acerca la caja a la niña y la invita a que coja uno. Ella se esconde detrás de las largas piernas de sus padres intimidada por ese niño disfrazado de conejo blanco de cuento. Tampoco coge ninguno.

En ese momento salen Alice y Dominika de la tienda con una gran caja donde han empaquetado cuidadosamente el reloj que ha comprado la familia de Ucrania. El niño corre hacia ellas.

—¿Habéis vendido un reloj de los grandes? —pregunta Ian emocionado.

—¡Oh, *gosh!* ¡Sí! Yo también estoy emocionada. Es la primera vez que vendo algo —confiesa Alice.

—¡*Qui* zoquetes que sois!

Entregan el reloj a sus clientes e Ian abre ante ellas la caja de Pandora con los donuts.

—¿*Di* dónde has sacado tú esto?

—Ha sido idea de William. Bueno, pero los ha comprado una señora.

—¿Qué *siñora*? —Da igual, da igual... —responde Ian que no quiere recordar a la siniestra mujer.

Alice mira el donut en forma de reloj y lo coge. La polaca elige el planeta tierra y el de fresa.

—No *mi* miréis así. ¡*Tingo* hambre! ¿Qué puedo hacer?

—¿Habéis traído donuts? —Callahan huele la ofrenda.

En la caja quedan el sol y la pelota de fútbol. Callahan no sabe cuál escoger. Alice le ve indeciso y se acerca al inglés.

—Toma el mío, es un reloj. —Él la mira encantado. Esa chica se adelanta a sus deseos—. Callahan lo coge de su mano.

Olesya le llama, parece que los clientes que han comprado el reloj quieren despedirse de Callahan. Él deja el donut de nuevo en la caja que sostiene Ian y se va a saludar a sus clientes. Se estrechan las manos y les da una tarjeta de la tienda mientras su joven inquilina traduce concienzudamente sus palabras a los turistas.

Alice mira la caja de nuevo y saca el donut en forma de sol. Los nervios no la han dejado comer esta mañana y pega un buen mordisco a la pasta

esférica. Mientras tanto Dominika come muy a gusto el suyo con mermelada de fresa.

—Mmmm. Si me dieran a elegir qué llevarme a una isla *desierta*, escogería los donuts —bromea.

—Yo también —dice Ian—. Mira dentro de la caja, quedan los donuts en forma de balón y el reloj. Los mira como si fueran dos obras de arte de la National Gallery.

Callahan se acerca a ellos y coge de manera fulminante el reloj de azúcar.

—Pues yo me como el último. —Ian saca el balón y va en busca de una papelera donde tirar la caja vacía.

El inglés abre la boca y muerde con fuerza el reloj de su vida. Saborea el bocado asumiendo que el aroma almendrado viene del corazón del dulce. No para de hacer rumor con la boca llena y las chicas se ríen de él.

Callahan muerde de nuevo el dulce envenenado. Y otra vez, va en busca del relleno, lo degusta.

—Está como empapado —dice con la boca llena. Traga de nuevo, pero algo ocurre, el sabor lo detiene. De pronto recuerda este olor, es el olor que desprendía la boca de Larry antes de morir. El inglés escupe lo poco que le queda en la boca y se agarra a William asustado.

—¡Oh, *blimey!* ¿Qué acabo de hacer, tííío?

Todo le da vueltas; no es el efecto del veneno, todavía no, tiene un ataque de pánico y no puede respirar. Su amigo comprende al instante lo que está sucediendo. Callahan aún está consciente, pero no tardará en caer como un peso muerto sobre el asfalto.

—Este donut lleeeeva algoooo. ¡Larry olía asíííí!—¡Cianuro! —William le agarra con el brazo bueno y se lo lleva a rastras en dirección a su casa—. ¡Dejad de comer los donuts! —Grita intempestivamente, quiere que todos le oigan—. ¡Hay que llevar a Callahan a un hospital! —Hace señas a los demás para que se acerquen a ayudarlo.

A unos metros de donde están hay una mujer contemplando la escena en éxtasis. Disfrutando de cada segundo de pánico, de cada milésima de segundo de desesperación. Es una presencia escondida y recóndita, como la de una cucaracha. ¿Cómo luchar contra la mano invisible del mal?

Todos escupen lo que tienen en la boca y, paralizados por el miedo, miran al pobre Cal como pierde el mundo de vista por la falta de oxígeno. William le arrastra y le grita. Le obliga a caminar hacia su casa. No solo quiere alejarle de las miradas indiscretas, hay otra razón.

—¡Llamad a la señora Lope, que venga a mi casa! ¡Ella sabe lo que hay que hacer!

La cara de Alice ha perdido todo color, la joven corre hacia donde están ellos y ayuda a Will en la ardua tarea de llevarle dentro. Dominika entra en la casa y llama a gritos a Violeta

En la calle hay demasiada gente, una ambulancia no llegará a tiempo. Portobello está abarrotado.

La desconocida mujer sigue contemplando la escena con placer. Se siente tan fuerte que sale de su escondrijo urbano y se acerca a la parada del inglés. Su juego mortal ha dado en el blanco. La partida ha terminado. Quiere ver de cerca la caída mortal del hijo bastardo de John Paisley. Cuando él desaparezca se cerrará el ciclo de vergüenza. Y ha sucedido antes de lo que ella esperaba. Callahan no tendrá que ver caer a otro ser querido para él, pero ya siente que la muerte le agarra por el cuello y no le deja respirar. Es la malograda suerte del inglés.

William ve de lejos a la desconocida que les ha ofrecido la caja y la reconoce enseguida. Su forma de vestir, esa cara desnaturalizada. Pero ahora no puede hacer nada, en este momento su amigo es lo primero.

—¡Ian! ¡Métete en casa y no te muevas de ahí! —William grita desafiando con la mirada a esa desconocida dama que trajo consigo a la muerte. Intuitivamente el niño se gira para ver lo que mira el joven y atisba la figura de la mujer que lo ha perseguido toda la mañana. Es ella, es la mujer de antes. El niño se dirige asustado hacia la puerta de la casa. Mientras sube la escalera se encuentra a Dominika y la señora Lope bajando. Se fija que llevan una pequeña caja en la mano. Detrás de ella va su abuelo.

—¡Sube y no te alejes de tu abuelo por nada del mundo! —le dice Violeta.

Ian se abraza al capitán Grand asustado y los dos suben las escaleras hasta el salón donde se encuentra Lewis al teléfono pidiendo una ambulancia.

—Tranquilo, tranquilo. Todo se arreglará.

La reacción de Callahan ha pillado a los dos *paparazzi* desprevenidos. Pero son seres acostumbrados a largas horas de tedio y a sobredosis de adrenalina repentinas. Cuando oyen gritar a William y llevarse a su amigo, los dos inician una ráfaga de disparos fotográficos. No hay nadie que los pare y se acercan a ellos con actitud mordaz. Son hombres acostumbrados a usar tácticas intimidatorias. Alice les grita que se vayan, pero no sirve de nada. Siguen disparando con la esperanza de que puedan sacar algo de dinero de todo aquel embrollo delante de su casa de los horrores.

Aunque no cuentan con Dominika, que sale de la casa enfurecida y va hacia ellos. A gritos pide a Olesya que se quede a cargo de la tienda. Sin miedo, coge a los dos fotógrafos por las correas de sus cámaras y tira de ellos hacia atrás para impedirles hacer más fotos. Da tiempo a William y a Alice, que cargan con el cada vez más pesado cuerpo de Cal. El inglés ha perdido la consciencia y no camina. Hay que llegar a casa del vecino. La señora Lope se reúne con ellos y el joven saca del bolsillo las llaves y se las da.

—¡No pierda tiempo, abra la puerta! Uno de los reporteros ha escapado de la custodia polaca y corre hacia ellos como un guerrero sediento de sangre. Con manos trémulas, Violeta mete la llave en la cerradura y los demás tiran del cuerpo de Callahan hacia dentro.

Entran en casa de William a empujones hasta que es posible cerrar la puerta tras ellos. Arrastran el cuerpo por el suelo del pasillo unos metros y caen todos rendidos.

—No nos queda nada más que la esperanza.

Se sientan en el suelo junto al cuerpo del inglés. La señora Lope respira vivamente después del esfuerzo.

—Hay que levantarlo un poco —dice entrecortadamente mientras abre la caja que lleva con ella.

—¿Han llamado a la ambulancia? —A Alice casi no le sale la voz. Está arrodillada junto a él y le toma el pulso.

—Sí, mujer, sí. No te preocupes.

Alice mira desconcertada a esa mujer de los Pirineos.

—¿Cómo no voy a preocuparme?

—Es cianuro, como la otra vez —añade Violeta.

Will se acerca a él todo lo que puede.

—Sí. La boca le huele a almendras amargas, como nos dijo el médico. —  
¿Cuánto tiempo tenemos?

—Unos minutos. Cinco, quizá.

Alice los escucha sin comprender nada. Acerca su cara a la de Callahan y le acaricia.

—Yo no huelo nada.

—No todos pueden detectar este olor. Está relacionado con un gen que no todos tenemos. —La señora Lope solo repite lo que recuerda que les comentó el médico en la clínica donde escayolaron el brazo de Will.

—Le ha bajado la presión de la sangre y su corazón va más despacio —susurra Alice, que apenas puede hablar—. No parece que respire.

La señora Lope se da toda la prisa que puede. Coge una de las pequeñas botellas que hay dentro de la caja y la abre rápidamente.

—El médico nos dio esto. Es un antídoto, pero... —duda un instante.—  
¡Por todos los dioses! ¿Qué sucede? —grita William impaciente.

—Es intravenoso —dice Violeta.—Sí, pero no tenemos tiempo. —Alice coge una de las pequeñas ampollas.

—Pues hay que conseguir que se trague el contenido. Cuando venga la ambulancia pueden ponerle el medicamento por vena.

—¡Cal, despierta! —Alice le abofetea con fuerza, pero no hay respuesta.

—¡Tapadle la nariz!

Casi no respira, pero así lo hacen. El inglés reacciona ante la falta de aire abriendo la boca. Will echa todo el contenido de la botella en la garganta. Consiguen que se lo trague, pero no hay reacción alguna.

—¿Qué es? —pregunta Alice desesperada. Le tiemblan las manos, pero no para de acariciar la mejilla del inglés.

—Es un antídoto para el cianuro. Eso nos dijeron en la clínica el día de la pelea con los periodistas —explica William, que se pasa el brazo sano por la frente llena de sudor.

—Ojalá llegue pronto la ambulancia. —Violeta coge la mano de Cal.

Llaman al timbre; es Dominika. Le abren la puerta y velozmente la cierran tras ella. Se acerca muy nerviosa. Siguen todos en el suelo del pasillo, arrellanados junto al cuerpo de Callahan, a dos metros de entrada.

—Ayúdame a incorporarle un poco para que baje todo el antídoto hasta el estómago —dice Violeta.

Todos cogen el cuerpo de Cal y lo apoyan contra la pared más cercana.

—¿Cómo está? —Casi no se atreve a hacer la pregunta.

Nadie responde. Ha cundido el desánimo. Todos esperaban algún indicio de recuperación después de suministrarle el antídoto. Pero nada. Dominika mira a Cal con impotencia. Ve la caja del medicamento en el suelo.

—¿Qué es *isto*?

—Algo que actúa anulando el cianuro, pero es una solución intravenosa y solo hemos podido hacer que se lo trague. —Will coge una de las ampollas con la mano y la pasa a la polaca. Se quedan todos en silencio. De pronto oyen las sirenas de una ambulancia acercándose. Dominika corre por el piso de Will. Conoce su casa y sabe dónde está la habitación con la ventana que da a esa calle lateral. La abre y grita, grita hasta que los de la ambulancia la ven y aparcan justo delante. Esta calle no es Portobello Road y prácticamente no hay gente. Les explica la situación y enseguida se ponen en marcha. Trasladan el cuerpo inconsciente al vehículo y allí uno de los paramédicos le inyecta el antídoto directamente a la sangre. No saben si demasiado tarde.

Alice irá con él, lo tiene cogido de la mano. Cuando se cierran las puertas de la ambulancia y nadie la ve, la joven empieza a llorar desconsoladamente.

«Muchas veces tenemos por amor lo que es una verdadera desgracia». Pero nada se puede hacer, Alice no piensa alejarse de su vida ni un solo segundo.

Los demás se quedan en Portobello Road. Se sienten vencidos y abatidos. Gradualmente llega de nuevo a sus oídos el rumor de los visitantes del mercado al aire libre del fin de semana. Siempre la misma paradoja, existimos, nos suceden cosas trascendentes, pero nadie se da cuenta, no existimos. Fuera todo ha vuelto a la normalidad. Ya no hay extraños comentando ni preguntándose qué está sucediendo. Ni cientos de ojos observando su angustia como si fuera un festival emocional del que no saben y no participan. Qué chocantes son los seres humanos. A veces un pingüino puede tener más sentimientos que una persona.

Violeta no ha tenido tiempo de fijarse en la multitud y no ha visto a esa mujer que los miraba a todos con superioridad y aire desafiante. Pero si



hubiera tenido tiempo, si hubiera podido verla, la hubiera reconocido. Muertos los padres adoptivos, muertos los padres biológicos, el único que queda vivo del secreto de los Paisley es Callahan. El inglés lleva su sangre. Es la prueba viviente de una traición.

Y es muy incierto su destino. Demasiadas bazas juegan contra él. Sus amigos no lo saben aún, pero su cuerpo viaja al lado del invisible rey de los muertos. El Hades atiza a sus dos caballos negros para que se apresuren, el inglés ya tiene su sitio en el carro de las sombras. Hermes les guía, mira hacia atrás, hacia el carruaje griego de carreras que Hades espeta sin parar. El mensajero y guía de los dioses no está seguro de la carga. Pero el rey de los muertos no duda. Todo sigue su curso.

*Hola, padre:*

*La italiana me ha dejado. Todas las mujeres con las que me lio me lian. Siempre acaban pidiéndome que cambie, que no sea quien soy. Tú que me conoces sabes que no soy muy listo, pero, dime, ¿te parece justo que me digan que les gusto pero que después me manden cambiar? A mí no me parece legal.*

*Quiero encontrar una chica a la que le guste tal como soy. No quiero terminar solo como tu viejo amigo John. Yo busco el roce, la compañía y la confianza que a otros les da asco, todo eso, ya sabes. John dice que cuando la encuentre lo sabré enseguida, pero lo que me dice él me suena al cuento de Alicia y el país de las Maravillas, ya me entiendes.*

*Cal*



*To:*

*Pepe Rigau Ter*

*Las Casas de los Ingleses*

*Calle Paisley, n.º 5*

*08571 Pirineos*

## Capítulo 30

—La Comisión Europea lo autorizó hace pocos años. Es el primer antídoto contra el cianuro que existe. Se trata de la hidroxocobalamina. Su singular mecanismo de acción se basa en su capacidad para neutralizar los iones de este popular veneno. La combinación de cianuro e hidroxocobalamina da lugar a una forma natural de vitamina B12 que se expulsa a través de la orina.

El médico del hospital habla en un tono átono. Está sentado junto a una joven en la sala de espera. Ella es Alice en el mundo de las miradas perdidas. Tiene los ojos irritados y tristes. Mira el reloj que lleva en la muñeca y toca la esfera, el tiempo se acaba.

—¿... se salvará? —Hace cinco horas que espera un atisbo de noticia alentadora.

—Ya le he dicho que es pronto para saber el desenlace. Lo hemos intubado para asegurarnos de que no hay fallo respiratorio y seguimos suministrándole el antídoto. Hay que esperar. —El médico sigue usando el tono aséptico.

—¿Puedo verle?

Él mira a Alice sin responder. Duda, ve a una mujer frágil y angustiada, sus manos no paran de temblar. No le parece una buena idea que lo vea ahora. Ella comprende que le va a decir que no, así que se recompone y se adelanta.

—¡No me diga que no! —Alice saca toda la fuerza que le queda—. ¡Oh, *gosh!* ¡No puede, yo tengo que verle! —Se pone de pie y se alisa el elegante vestido que lleva. Hace un pequeño ruido marcial con los tacones para inspirar convicción—. No le puedo expresar lo que mi corazón siente, pero le aseguro que me convertiré en una bestia y lucharé si no me deja verle. ¡Tengo que estar a su lado, ni usted ni nadie me lo va a impedir! —Alice empieza a andar hacia el corredor que tiene delante con paso seguro.

—Está bien, está bien. —El médico se levanta derrotado—. No es por ahí; es por allí. Lo encontrará en cuidados intensivos en la IC03. —Le señala la dirección opuesta a la que ha tomado.

Alice corrige su rumbo y empieza el avance apresuradamente. El pasillo donde se encuentra es larguísimo, parece que no acabe nunca, como si fuera un chicle que alguien estira por las puntas. Camina sin ver, siente pánico. La

realidad se ha convertido en una pesadilla en la que está metida, pero no puede actuar, nada tiene sentido.

—IC03... —Ya ha llegado.

Callahan está en una habitación hermética, solo. Tiene que pedir permiso a una enfermera para entrar a verle. Se oye el ruido de las máquinas en funcionamiento junto a la cama; el sistema que empuja oxígeno a sus pulmones es muy aparatoso y derrumba las pocas esperanzas de la joven. Tiene tanto miedo. Coge la mano de Callahan y se la aprieta con fuerza. Se le llenan de nuevo los ojos de lágrimas. Desearía tanto estar ella en su lugar. Una y otra vez rebobina en su mente el momento en que Cal tomó el reloj de azúcar envenenado de sus manos.

—Oh, *gosh*, Cal, tienes que dejar de comer donuts, son malos para tu salud.

Alice mira el cuerpo inmóvil de él. Tan larguirucho y delgado, con esa mata de pelo rubia poco atractiva, esos ojos saltones de loco de la pradera. ¿Cómo es que se ha enamorado de él?

—¡Lucha, Cal! Lucha como no has luchado en tu vida. ¡Oh, *gosh*! Hazlo por mí. Si sientes solo la mitad de lo que yo siento por ti no permitirás que el Hades se te lleve. Para el carro, coge tú las riendas y ¡mándale al diablo! — Alice da un golpe a la cama con el puño. Después se calma y pega su cara llena de lágrimas a la de él. Le coge por las mejillas y le habla como si la estuviera viendo.

—¡Alice!

Se da la vuelta sobresaltada y se enjuga los lagrimones. Son los demás, que acaban de llegar; han venido tan pronto como la policía les ha dejado en paz. Están todos aquí excepto Nick, el pequeño Ian, su abuelo y Olesya, que se han quedado en casa a la espera de noticias.

William ha hecho una descripción de la mujer que envenenó la caja de donuts. La policía le ha emplazado a pasarse por comisaria mañana y harán un retrato robot de la sospechosa. Su mayor preocupación es encontrar a la causante del envenenamiento. Ahora saben que es una mujer y pueden ponerle rostro. Será más fácil descubrir su identidad. Desafortunadamente no aparece en ninguna de las fotos que han requisado a los paparazzi, pero la policía

revisará las cámaras de seguridad de la calle, posiblemente hayan captado imágenes de la misteriosa mujer.

—Así que es una mujer —dice Alice con desaliento.

—Pronto sabremos de quién se trata, no te apures —dice la señora Lope, que mira los monitores que rodean la cama y comprueba que la solución intravenosa que le suministran lleva el antídoto.

Los demás miran asustados el cuerpo inmóvil de Cal. Se abre la puerta de la habitación y entra el médico.

—¡Ustedes no pueden estar aquí! —Después mira a Alice—. Tengo turno doble y estaré en el hospital las próximas horas, si hay algún cambio se lo comunicaré. Ahora deben irse.

—¿Cuándo puede haber un cambio? —pregunta William al médico.

—Hay que esperar. Todavía no está estabilizado.

—No hay que perder la esperanza —dice Lewis.

Todos miran el exánime cuerpo de Callahan. Dominika se acerca a la cama y abraza con fuerza a Alice. Will contempla a su amigo y le saluda con si estuviera despierto.—«La vida es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no tiene ningún sentido».

—Qué pena me da verle así —se lamenta Dominika—. ¡Eres un zoquete, Cal!, ¡tú siempre liándola!

El vozarrón de la joven resuena por la habitación y el médico la mira irritado.

—¡Salgan todos, por favor, ahora!

Una enfermera se acerca y abre la puerta. Les reprende por haberse metido en cuidados intensivos sin permiso. Les hace salir a empujones y William le enseña el brazo roto para que no se tome su trabajo tan a pecho. Cuando están pasando la puerta se oye una vocecilla atragantada a sus espaldas que intenta decir algo.

—¡Hombre de los relojes! —Alice es la primera que se da la vuelta.

Callahan ha recobrado el conocimiento.

—No intente hablar, espere. —El médico habla con la enfermera y se acercan al paciente para hacer unas comprobaciones.

El inglés ha abierto sus grandes ojos orbitales y mira asustado los cables que le rodean. Tiene un tubo introducido en la boca que le impide hablar y se

asusta. Quiere quitárselo y tira de él. Esta atontado por los medicamentos.

—Cálmese. Voy a quitarle la respiración artificial.

El médico le quita el tubo que tiene en la garganta mientras la enfermera le agarra para que no se mueva.

—¡Oh, *blimey!* ¿Qué paaaasa aquí? —Sus primeras palabras implican que está bien y sigue siendo el de siempre.

Todos le miran desde el corredor a través de la pared de cristal, esperanzados. Se abrazan entre ellos y William golpea el vidrio para que Callahan los vea. Consigue su propósito y el inglés los mira y sonríe.

—Aaaaalice... —susurra el inglés al verla entre ellos y con la nariz pegada al cristal—. Ella corre hacia la puerta, pero está cerrada y no la dejan entrar.

—Voy a llamar a los demás para informarles de que el chico está mejor. —Lewis enciende su móvil y abandona el pasillo.

El expolicía no tarda en volver. Comunica a los demás que un policía de uniforme va a pasar la noche en el hospital con el hijo de John Paisley. A pesar de estar jubilado, tiene buenos amigos que siguen en activo y le escuchan. No ha parado de señalarles que Callahan Paisley corre peligro.

—Todo ha pasado, Alice. Se pondrá bien. Deja que hagan su trabajo. —Esta vez es Violeta quien la abraza—. ¿Quieres que llame a tus padres o a alguien?

—No, no es necesario. Nadie me va a echar en falta.

—Te he traído ropa de abrigo. He pensado que querrás pasar aquí la noche. Y toma, te he preparado un bocadillo.

Alice sonríe, es la primera vez que lo hace desde esta mañana.

—Sí, claro. Gracias. ¿Sabe?, lo que más necesito ahora es saber qué ha pasado. ¿Quién es esa maldita mujer que quiere matar a Cal y a todas las personas que tiene a su alrededor.

—Ahora no. Quédate aquí con él y no busques más —dice la señora Lope.

—Alice, «nada hay serio en el destino humano». —William se pone taciturno.

—Déjalo, vecino, *minos* arte y más hechos. Tú y el niño sois los únicos *qui* habéis visto a *isa* bruja y tienes que ayudar a la policía. —Dominika está

estresada. Ya es la segunda vez en menos de un mes que es testigo de un envenenamiento y esa cercanía a la muerte la persigue.

—¿Qué os parece si me quedo también aquí con Alice esta noche? — pregunta el expolicía de manera retórica—. Vosotros id a tomar algo, todos necesitáis destensaros. El policía que han mandado estará en camino, quiero estar aquí cuando llegue. Y otra cosa, mi amigo de la comisaria me ha dicho que parece ser que la mujer que esta mañana os ha ofrecido la caja de dulces podría ser la misma que tú y Callahan describisteis como cliente de la tienda el día en que Larry murió. Vuestras descripciones coinciden.

La joven polaca se lleva la mano a la boca. Por fin pone un rostro a esa asesina. Recuerda muy bien la mujer que pasó por la tienda el día en que Larry murió. Lewis no les agobia con detalles, pero les expone brevemente lo que le ha dicho su amigo.

—Lo único que falta es identificarla.

«¿Quién es esa mujer? Tengo que hablar con los chicos. Quizá la conocen y no la recuerdan». Violeta siente también la necesidad urgente de poner una cara a esa sombra que les persigue. Callahan está sedado y aquí solo pueden estar en la sala de espera. Así que por unanimidad deciden ir a tomar una cerveza en algún *pub* cercano al hospital. Se quedarán por aquí y pasarán a verlos más tarde, antes de volver a Portobello Road. Encuentran un local pegado al centro hospitalario. Es como un oasis, dentro del lugar no se oyen ni coches ni ambulancias. Quizá por eso hay personal médico tomando unas copas. Han terminado el trabajo y se relajan entre charlas efímeras para desconectar.

Para ellos también ha sido un día largo. El mercado de antigüedades terminó a las cinco y se ocuparon de la parada hasta el final, además de atender a la policía. Y siempre con la angustia de no saber si su amigo estaba vivo o muerto.

Pero no querían fallarle, la tienda tenía que seguir abierta. Desgraciadamente no consiguieron vender el reloj estrella, que ya tiene el nombre oficial de reloj de Mr. Darcy. Su venta hubiera financiado la incineración de la madre. De todas formas, adjudicaron varios relojes de menor tamaño y precio que ayudarán a la economía de la casa.

La señora Lope saborea la pinta de lager que le han servido. Está pensativa. El alcohol a pequeños tragos la hace rumiar. «¿Quién es esa maldita mujer? Lo que me dijo Dominika en su momento no me sirvió de mucho, pero si es la misma mujer que ha visto hoy William, lo que me ha dicho hoy Will... Ay, me parece familiar, es como tener una palabra en la punta de la lengua». Suena el móvil del vecino. Es el señor Grand que quiere saludarles. Violeta coge el teléfono y se congratulan de que Callahan esté mejor. Comentan el hecho de que la policía piense que es la misma mujer que pasó por la tienda el día en que Larry murió. Ella envenenó el té que se tomó. Los dos recuerdan la descripción.

—Me da la sensación de que sé quién es, pero no puedo verla.

—Es imposible que la conozca. Llevamos poco tiempo en la ciudad. A no ser que sea alguna mujer que ha visto en el barrio y le suene...

Se oye la voz de Ian que increpa a su abuelo para saber cómo está Callahan.

—Bien, bien, Ian, ahora está durmiendo —dice el abuelo mirándole—. ¿Y Alice, cómo está? —pregunta después a su contertulia de los Pirineos.

—Ahora mejor, pero no hace más que llorar.

—«Embriagada de sus propias lágrimas» —añade Will.

—¿Qué dice Will, abuelo?

—Que todo va mejor de lo esperado. —Vuelve a dirigirse a su nieto—. Señora Lope, pásame a Will un momento. Ella le pasa el teléfono.

—Oye, William, mi nieto me dice que esa mujer hablaba español. Esto no se lo habéis dicho a la policía y puede ser importante. ¿Dónde está Lewis?

—Se ha quedado en el hospital con Alice. Nosotros estamos en un *pub* cercano. Después nos pasaremos de nuevo por allí. No se preocupe se lo comentaré.

—No te olvides.

Will cuelga el teléfono y se toma un buen trago de su cerveza negra.

—¿Qué quería el señor Grand?

—Hay que decirle a Lewis que esa mujer habla español. Grand piensa que puede ser importante. Ian dice que le habló en español.

El *pub* tiene un ambiente muy local y acogedor. Se nota que es una taberna con una clientela fija. En la mesa de al lado hay unos clientes ojeando *The*



*Guardian*. La señora Lope les pide que le dejen el periódico cuando terminen, pero ellos insisten en que lo coja ahora. Violeta se acuerda de Herbert Tongue y quiere comprobar si hay algún artículo sobre Angelica. Mientras pasa las páginas da vueltas a este nuevo dato. «Es inglesa, pero sabe español y no sé cómo, pero, de alguna manera, tiene que estar relacionada con el pasado de Callahan». De repente, oye un par de tacos en hispano peninsular. Algún cliente del *pub*. Abre sus ojos de ardilla indiscreta. Ve a dos chicas jóvenes de aspecto latino con unos papeles en la mano.

—¿Disculpad, sois españolas?

—Sí, señora.

Enseguida se saludan e intercambian sus nombres.

—Venimos cada domingo. Organizan una competición en equipos, lo llaman *quizz night*. Hay que responder a preguntas de todo tipo y el grupo ganador tiene cerveza gratis toda la noche.

Violeta les presenta a Dominika y a William. Las dos jóvenes son enfermeras que trabajan en el hospital donde está ingresado Callahan. Ellas les invitan a unirse a su equipo para el concurso de preguntas. Y a todos les parece bien hacer el *quizz*. Les evitará pensar en cuestiones existenciales irresolubles. Las dos muchachas son muy habladoras y charlan sobre los hospitales de Londres. Comentan que hay muchas enfermeras españolas trabajando en el Reino Unido.

—Caray, pues sí que hay algo: Herbert Tongue ha escrito un editorial. — Violeta la lee para sí misma.

#### UNADE LAS NUESTRAS

Esta semana han hallado el cadáver de una mujer en una vivienda del conocido y céntrico barrio de Portobello. En los medios de comunicación hemos visto unas odiosas y repulsivas imágenes del cuerpo acompañadas de la paupérrima información que hay sobre el caso.

La mujer era Angelica Blurton, una talentosa periodista de trabajó en nuestra redacción y que desapareció repentinamente hace veinticinco años. Los compañeros de este periódico nunca la olvidamos y hemos mantenido una línea abierta de búsqueda desde entonces. Sin embargo, este no es nuestro oficio, sino el de Scotland Yard. La opinión general es que la Policía Metropolitana capituló hace mucho tiempo en su deber de encontrarla. Desde aquí nos preguntamos si este trágico desenlace pudo evitarse con una mejor actuación policial y si será posible esclarecer las circunstancias de su muerte después de tanto tiempo.

Pero lo más sórdido de este asunto es que Angelica Blurton ha estado oculta en un piso patera. Lo que fue su hogar es, en la actualidad, un dudoso y desastrado antro de extranjeros y lunáticos de los que no se puede esperar más que indiferencia.

Herbert Tongue

—Es escueto pero cargado de mala leche. —Violeta está enfadada.

Dominika coge el periódico y lo lee.

—A Lewis no le va a gustar.

—A ver. —William ojea el editorial—. «Excelente cosa tener la fuerza de un gigante, pero usar de ella como un gigante es propio de un tirano.»

—No le deis importancia: perro mordedor...

—Nos dijo que quería escribir un artículo para hablar de Angelica.

—Esto ya se veía a venir. Aquí solo la menciona, la utiliza como pretexto para embestir contra nosotros.

—«Los puñales, cuando no están en la mano, pueden estar en las palabras.»

Las españolas se ríen con la forma de hablar del chico moreno de pelo rizado que acaban de conocer. No hacen preguntas sobre el artículo de prensa porque está a punto de empezar el *quizz*.

—Cierra el periódico. Olvidémoslo. Todos nosotros ayudaremos a Callahan. Averiguaremos qué pasó.

William deja la prensa y risueño mira las dos bellezas hispanas que están sentadas a su lado en el *pub*.

—«El tejido de nuestra vida está hecho de un hilo mixto, bueno y malo a la vez». —Así se explica que un periódico reputado publique este libelo y que, mientras su amigo está luchando por salir adelante en el hospital, él conozca estas dos guapas mujeres del sur. Ellas le hacen señales para que ponga atención y deje de hablar.

—Primera pregunta: ¿qué estado de Estados Unidos se nombra en las etiquetas de las botellas de Jack Daniel's?

Las chicas se miran, no tienen ni idea.

—Mal empezamos —dice una de ellas.

—Tenesse —resuelve Will—. Cuando se trata de *whiskyes* lo sé todo.

Las dos le sonrían y se apresuran a anotarlo en el papel. Una de las enfermeras se interesa por su brazo roto. Will la deslumbra con los

acontecimientos extraordinarios de la última semana. No necesita inventarse nada y fascina a la chica.

—Pero callaos ya, cotorras —dice la otra que continúa con el *quizz*.

—Quinta pregunta: ¿Qué vitamina es conocida como ácido pantoténico?

—¡La B5! —dicen las dos animadamente pero en voz baja.

William está encantado con la compañía. Por un rato se olvida de toda su pesadumbre existencial.

—Sexta pregunta. —El encargado del *quizz* sabe cómo añadir emoción al juego y arrastra las preguntas para aumentar la intriga—. Las siguientes palabras, en distintas lenguas, ¿qué significan? *Gehve, Qahwa, Sourj, Koohii*.

Otra vez se miran apuradas porque no saben la respuesta.

—Es café. Kawa es café en polaco. —Está vez es Dominika quien les echa una mano.

—Séptima pregunta. ¿Quién dijo «Pienso luego existo»?

—Esta es de instituto, ¿tú te acuerdas?

—Y tú, ¿te acuerdas? —Las dos chicas dudan.

—Descartes, lo dijo un francés. —interviene Violeta.

—Octava pregunta: ¿qué órgano segrega insulina?

Las dos se miran y sin decir nada escriben rápidamente.

—¡Pero decídmelo, chicas! ¡No me dejéis sin la respuesta!

—Es el páncreas, bobo.

—Novena pregunta: en moda, ¿qué significan las iniciales DKNY?

—Es una marca... ¡Donna Karan New York! —dice la española que toma nota de las respuestas.

La señora Lope las escucha pensativa.

—Décima pregunta: basado en una leyenda griega, un peligro constante e incontrolable sobre una situación especialmente deseada se llama La Espada de ¿Hermes, Damocles o Afrodita?

—«Si los hados quieren hacerme rey, lo harán sin que yo busque la corona» —dice William asombrado—. ¡La respuesta es Damocles! —Y se abraza a las enfermeras españolas encantado.

—¡Qué *tintos* son los hombres cuando están con guapas mujeres! —exclama la polaca al oírle, aburrida del comportamiento del vecino. Mira a Violeta y ve que la señora de los Pirineos parece ida, está in albis.

«¿Y de dónde habrá sacado la mujer el veneno? No es algo que se venda en el supermercado. Que yo sepa el cianuro lo usan en las minas de oro para recuperar el polvo del mineral que hay en las piedras de desecho. Algo he leído sobre lo peligroso que es para la salud de los mineros. ¿Dónde más puede haber cianuro? También se usa para hacer plásticos. Recuerdo un cliente del hotel... un vendedor de medias. ¡Cuántos años atrás!, pero me acuerdo de que me dijo que usaban cianuro para hacer varios hilos, como el nailon. En muchas etiquetas de ropa viene esto del nailon. De hecho, es por él que me fijo siempre en la cantidad de este hilo que hay en la ropa».

—Decimoquinta pregunta: famosa ciudad escocesa cercana a Glasgow con una historia vinculada a la industria de las hilaturas y que da nombre a un famoso diseño textil en forma de coma o de lágrima, como ustedes prefieran. ¿A qué ciudad nos referimos?

Violeta se levanta de la silla asustada de su propio descubrimiento.

—¡Paisley! ¡Es Paisley!

—¡Correcto, pero señora, hay que escribirlo en el papel y no gritarlo a los cuatro vientos!

—¡Es Rebecca Paisley! ¡La mujer que quiere matar a Callahan es Rebecca Paisley! No sé cómo no lo he visto antes. ¡Está aquí en Londres! Oh, esa mujer es peligrosa, muy peligrosa. —Recuerda la primera y única vez que la vio—. Todo coincide. Tu descripción de la mujer, Will. Tengo que hablar con el señor Grand y con Lewis. ¡Vuestro amigo corre peligro! No parará hasta matarle. Los recuerdos de su visita a Las Casas de los Ingleses en los Pirineos y la efigie de la mujer de John Paisley sentada en el banco de la iglesia, todo vuelve a su memoria como un latigazo imprevisto.

—¿Quién es Rebecca Paisley?

—Es la esposa de John. La mujer que dejó en España. John la dejó y vino a Londres con Angelica. Rebecca Paisley sabe que Callahan existe, sabe dónde vive. No sé cómo, pero lo sabe. Y nos engañó. Sabe que es hijo de John y quiere matarle. Esa mujer es una psicópata, quiere matarle porque es el hijo de John con otra mujer. Tenemos que irnos. Hablar con Lewis. Deben encontrarla.

—Tranquilícese, señora. Las prisas no son buenas.

—La esposa del viejo John. ¿Usted cree que esa mujer *puede* matar por odio?

—Estoy segura de que es ella. Ha cruzado la línea roja. Es peligrosa. Callahan es el hijo del hombre que la traicionó.

—«La ira es un veneno que uno toma esperando que muera otro...» — William también teme por la vida de Callahan.

—Es ella, tiene que ser ella. Es inglesa, pero habla español porque ha vivido todos estos años en la fábrica. Y lo que habéis dicho vosotros de cuando la visteis, todo encaja.

Las dos españolas siguen con el *quizz* mientras ojean extrañadas al resto de los miembros de su equipo que han perdido interés en el concurso. La violenta realidad vuelve a llamar a su puerta.

—Hay que dar con ella. Pero Londres es una ciudad muy grande.

—Si no ha dado nombre falso será fácil saber en qué hotel se aloja.

—No creo que la policía la encuentre en un hotel. Rebecca Paisley además de despiadada es lista. Y creo que está disfrutando con este juego mortal de poner veneno y esperar a ver si es que es el hijo de John el que lo toma o es alguien cercano a él.

—Si no está en un hotel, ¿dónde estará?

—No lo sé, no lo sé. Hablemos con la policía.

—Sí, pero también podríamos *hacir* otra cosa: atraerla. Usamos a los *piriódicos* de paparazzi para *qui* salga en ellos Cal. Y nos jaleamos de que no ha muerto, de que el asesino ha fallado, quizá lo vuelva a intentar aquí en el hospital.

—«Con el cebo de la mentira se pesca una carpa de verdad.»

—Pero pondremos a Callahan en peligro.

—Callahan ya está en peligro. Esa mujer lo quiere muerto a toda costa y, de todas formas, se enterará de que no le mató con el veneno.

—No sé...

—No deberíamos precipitarnos.

—Dejemos que la noche esclarezca las dudas.

*Querido John:*

*No dejemos que las pequeñeces del día a día nos separen. No discutamos más. Tienes que recapacitar y volver lo antes posible. Piensa en lo que hemos construido juntos. No dejes que una debilidad condene nuestra unión. Te necesito y tú también me necesitas. Mi familia no te perdonará jamás una desvergüenza de este tipo, es una frivolidad. Es un desplante incluso para tu familia.*

*Acaba con este ir y venir a Londres. Estoy segura de que la gente sospecha y yo no estoy dispuesta a convertirme en el hazmerreír de todos. Yo soy tu mujer. Ante Dios y ante la ley.*

*Rebecca*



*To:*

*John Paisley  
10 Portobello Road  
W11 1LJ London*

# Capítulo 31

—Los Paisley tienen un apartamento en Southwark. Está cerca de Tower Bridge. Es posible que Rebecca Paisley se aloje allí. —Lewis les informa de lo que sabe gracias a sus colegas en activo.

Están todos reunidos en el salón de la casa del inglés. Se miran los unos a los otros impotentes. Cal y Alice siguen en el hospital, pero los demás sienten la necesidad de actuar.

—No tan cerca. Southwark está más próximo al nuevo rascacielos, ese que parece una espina The Chard.

—Esta mañana unos oficiales han registrado la vivienda, pero no la han encontrado dentro. Vigilan el apartamento por si vuelve. —El expolicía está pensativo.

—¡No esperemos, vayamos nosotros allí! —estalla la señora Lope.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Busquémosla, no puede estar lejos. Hay que encontrarla.

—Rebecca Paisley es peligrosa. —Violeta los mira de reojo, como una sufragista preparando un acto ilícito—. Sí, lo sé: os estoy incitando a meteros en la boca del lobo.

—«Si con dar un solo golpe se atajaran las consecuencias y el éxito fuera seguro... yo me lanzaría de cabeza desde el escollo de la duda al mar de una existencia nueva.»

—¿Eso es un sí o un no? —Dominika pierde los nervios con la manera de hablar del vecino.

—Es un tengo miedo. Esa mujer ha venido a Londres a robarnos la vida.

—¡Maldito miedo!

Ian le dice algo a su abuelo al oído.

—¡No! Ni pensarlo, tú no vas a ninguna parte —grita Grand.

El chico sale del salón enfurruñado con su cómic de Spademan en la mano.

—Yo no me muevo de aquí. Mi nieto es lo primero. Además, dudo que la localicen. ¡Y desearía que todos os olvidarais de esa mujer!

—Es difícil buscar a alguien que no quiere ser encontrado.

—¿Quién se apunta? —La señora Lope está decidida. Evita mirar a los ojos de su vecino de Bolví. Algo le dice que tiene razón, es demasiado peligroso, pero su ansia de encontrarla es más fuerte.

Justo después de que ella haga la pregunta, el reloj de cuco del salón empieza a tocar la hora. El pájaro sale y anuncia que son las tres de la tarde. Todos los presentes se miran.

—Se lo debemos a Callahan. Mientras esa asesina esté suelta por la ciudad él sigue en peligro, al igual que todos nosotros.

—Puede que vaya armada. Hay que tenerlo en cuenta. —¿Y la policía, qué? —Olesya preferiría dejarlo en manos de las fuerzas del orden.

Pero los demás no. ¿Quién espera resultados de la policía en la vida real? La gente ha visto demasiadas series televisivas, demasiado cine, donde esos hombres uniformados son como semidioses. La realidad es bien distinta, la mayoría de los policías son tipos grises y mediocres que escogen la profesión para tener un sueldo estable a fin de mes y una buena jubilación. Habrá algunos policías bien intencionados, pero no hay héroes. Su interés por los casos no va más allá de las cinco de la tarde. Y el Reino Unido no es una excepción.

William es el primero en levantarse y alzar simbólicamente el brazo que no tiene escayolado. Le siguen Dominika, Olesya y Lewis, que asiente con la cabeza. El expolicía no puede impedirles que vayan, pero tampoco les va a dejar solos.

—Yo guardaré el fuerte, como siempre. Llévate mi coraje Will. —Nick no es ningún cobarde, sin embargo, su enfermedad puede con él. Le da un abrazo al vecino—. Tened cuidado. Si la encontráis, no os acerquéis a ella. —Después mira a Olesya y hay un momento de sincronización mental entre ellos.

—Voy a mi habitación a por mi chaqueta —dice ella mientras sale del salón susurrando con Nick algo incomprensible.

—¿Intentareis entrar en su apartamento? —pregunta Ian que, con el revuelo de la marcha del grupo, ha vuelto al salón.

—No. Creo que es mejor buscar por las inmediaciones —responde Lewis.



—Podrías entrar por debajo, como Spademan.

Lewis le sonrío, pero eso le da una idea.

Los demás también van a por sus abrigos. —Ya que vamos, nos aseguraremos de que no tenga también algún parking a su nombre, en la misma dirección. Quizá se mueve en coche. —Lewis lo dice sin convicción.

—Si llama Alice, no le digas nada. No quiero que se preocupe. Estaremos bien. —dice Violeta a Nick.

Dominika entra en el salón preparada. Se ha puesto su abrigo dos tallas más grande y un grueso pañuelo de colores que le cubre el cuello.

—No creo que llame esta tarde. Hace unas horas hablamos por teléfono y me dijo que Callahan se recupera bien y posiblemente vuelvan mañana a casa. —El capitán Grand coge a su nieto de la mano. Su mayor desvelo es que a Ian no le pase nada. No más situaciones de riesgo para ellos. Londres ha sido una aventura *punk*. Es verdad que la vida le ha enseñado que de todo lo que sucede se aprende, pero lo que no consentirá es un final trágico para ellos. Su vecina de Bolví ya es mayorcita y libre de hacer lo que quiera. Pero su nieto es su responsabilidad.

Violeta se ha puesto también su abrigo y mira al resto de su equipo de expedición con inquietud.

—Yo estoy segura de lo que voy a hacer, ¿lo estáis vosotros?

Todos asienten. Si no tuvieran miedo no serían humanos, pero hay veces en la vida que hay que actuar. Se despiden de los que se quedan y entre bromas nerviosas se empujan para dejar la casa del inglés.

Caminan hasta la boca de metro de Nothing Hill Gate y bajan a las profundidades de la ciudad. Montan en un vagón y se sientan unos frente a otros en silencio. Violeta les repasa con sus ojos vibrantes y nerviosos. A pesar de la diferencia de edad, ella arrastra a la gente a esta clase de situaciones. No puede contenerse. Odia la violencia, pero en algunos momentos hay que enfrentarse a realidades indeseables. Quizá no den con Rebecca Paisley, pero si lo hacen, la sangre que corre por sus venas se agitará y correrá con osadía hacia el peligro. «Me conozco demasiado bien, son años de convivir conmigo misma. No sé parar. Lo malo es que esa mujer es una chiflada imprevisible. Está ofuscada. Todo lo que hace es por despecho. El odio es un arma poderosa pero ciega».

Ella quiere ver a esa asesina con sus propios ojos, quiere saber por qué, quiere preguntarle desde cuándo sabe que su marido John no murió en el río en esas laderas de los Pirineos que ahora parecen tan lejanas. Su adicción a desenredar entuertos es más fuerte que su sentido común.

«Soy dueña de mí misma. No dejaré que el miedo se apodere de mí. Tampoco hay que exagerar, Rebecca Paisley es una mujer, como yo. Airada, sí, porque se siente atacada. Su razón de existir es mantener un engaño, quiere ocultar la verdad. Y algo ha cambiado que la ha asustado. Puede que hayamos sido nosotros con este viaje a Londres. Me gustaría saber cómo se habrá enterado. No me asusta.

Aunque ha matado a Larry y a punto ha estado de matar a Callahan. Supongo que todo es para salvaguardar su estatus, la mujer del heredero de los Paisley. La educaron para que esa fuera su única razón de ser. La lucha de una mujer por ser lo que es. Es feminismo, pero es su reverso más espinoso. Rebecca Paisley ha matado para preservar su *statu quo* de esposa. Después de esto, ¿quién teme a Virginia Wolf?».

Viajan a través de las profundidades de la ciudad. Violeta no siente ningún tipo de responsabilidad sobre los demás. Los mira furtivamente para ver su estado de ánimo dibujado en sus rostros. «Quien toma la decisión de pisar suelo enemigo la toma solo. Rebecca Paisley está en Londres y es la culpable de dos envenenamientos y quién sabe si de algo más. Ellos lo entienden, ya son adultos». La joven polaca le devuelve la mirada desde su asiento traqueteante sin decir nada. La observa, se da cuenta de que tiene ante ella a otra mujer que todavía no conoce que, a pesar de su edad, siente por el peligro una atracción inexcusable. La dama de los Pirineos tiene algo de pirata, de buscadora irreverente. A Dominika le gusta, para qué engañarse, por eso se deja llevar. Igual que William y Olesya.

Han perdido a un amigo y a punto han estado de que Callahan también muriera. Todos ellos sienten que se lo deben, es casi como marchar hacia una batalla que hay que luchar de manera personal. La policía no tiene nada que ver con esto.

Para Lewis y el señor Grand la situación es otra porque las personas somos todas muy distintas. Ellos llevan más peso sobre sus hombros, sienten más responsabilidad. Creen que es su obligación estar allí para asegurar la

integridad de los suyos. Todo intento de su parte para evitar esta precipitada marcha hacia las sombras ha fracasado. Antes de dejar Portobello Road, Lewis insistió de nuevo en que se olvidaran. Fue una última llamada a la inacción. Pero no convenció a nadie y menos a Violeta Lope.

—Tengo un amigo que trabaja por allí, en un pequeño mercadillo de comida. —William rompe el silencio.

—¿En esa zona hay mercados?

—Sí. Es un mercado pequeño, en una plazuela ensombrecida por los edificios que la rodean. El tío tiene una parada ambulante de productos ecológicos. Gana mucho dinero, sus clientes son gente con pasta que trabajan en las oficinas de los rascacielos.

—¿Es diario el mercado, estará ahí tu amigo?

—Sí, supongo.

—Vamos a verle, podemos empezar por ahí. Quizá la ha visto.

—Lo importante es que no nos separemos, ¿entendido? —Lewis empieza a poner reglas.

—Parece sensato. Cinco personas juntas son un buen número para un equipo. —Olesya hace sus cálculos.

El trayecto en metro se alarga, pero al fin llegan a esa parte de la ciudad cercana al Támesis, donde se encuentra el apartamento a nombre de la señora Paisley. Salen al exterior en London Bridge, por una arcada bajo un puente ferroviario centenario. Ante ellos hay una maraña de calles estrechas bordeadas por impecables rascacielos de oficinas que ocultan la luz del sol. Es una zona incongruente y misteriosa, recuerda al Londres victoriano más rezagado, donde lo rompedor se enfrentaba a lo secular.

Es un territorio donde la historia persigue, pero de una manera lóbrega y secreta. Todo yace demasiado cerca del río; la humedad se mezcla con la conspiración propia de los puertos mercantes y las oficinas de mercaderes. William atraviesa una aglomeración de hombres y mujeres trajeados situados frente a los ascensores que se dirigen a las profundidades del metro. Les guía hacia la derecha. Un viaducto elevado de hierro y ruido ensordecedor al paso de los trenes les marca qué dirección seguir, pero a pesar de ello caminan desorientados.

Incluso Will, que les hace de guía, duda y topa con la gente más de lo normal. Su brazo escayolado no le pone las cosas fáciles. Es una parte de Londres desconocida para todos y andan inseguros. Además, a esa hora de la tarde, hay muchos trabajadores saliendo de sus oficinas y en las calles se multiplica el gentío formando aglomeraciones incluso para cruzar las calles.

Pero su mirada de recién llegados se dispara inevitablemente hacia arriba, hacia los rascacielos de hielo y tinieblas comerciales. Por eso pierden el paso y tropiezan continuamente. Es paradójico y sospechoso, están en un barrio portuario, pero hay demasiados trajes y corbatas.

Caminan un tiempo indefinido, metidos en arterias y travesías encapotadas por la arquitectura y la suciedad oculta de la historia. De vez en cuando tropiezan con alguna señal cosmopolita y contemporánea dedicada a los turistas. Atraviesan un pasadizo con luces indirectas que dejan al descubierto un palacio medieval y reproducciones de mapas antiguos, por si viene algún turista elisabetiano. Ellos lo atraviesan sin espíritu histórico, no buscan secretos del pasado. Hoy sus pasos son de vida intensa y al día. Es un avance indeciso pero emocionante. Hay una tácita conciencia general de que este puede ser su último paseo juntos. Larry y Callahan andan a su lado, al mismo ritmo que ellos.

La desorientación los lleva hasta la ribera del Támesis. Ante sus ojos despliega las velas un tremendo barco de la dinastía de los Tudor que dio la vuelta al mundo en el siglo XVI. Todos miran asombrados el enorme navío de madera anclado entre altos edificios de cristal. Soporta bien los *flashes* de los visitantes, a nadie en su sano juicio de turista le puede importar que sea una reproducción. Cruzan el espectáculo náutico digno de parque de atracciones y siguen adelante. Caminan sin advertir que poco a poco la luz del día les abandona. Lewis para al grupo y consulta el papel donde tiene anotada la dirección que le ha dado el amigo que tiene en la policía.

—Estamos cerca.

—Lo sé. Puedo olerlo. —Violeta recuerda lo que ha dicho William del mercado ambulante de comida. En el aire se concentra una mezcla de aromas que a ella le recuerda a la cocina de su hotel en las montañas.

Caminan todavía unos minutos más y Lewis les señala con la mano un bloque de pisos de los años setenta que está situado al otro lado de la calle.

—Aquí es. El segundo piso es de la familia Paisley.

Enseguida se percatan de los dos policías uniformados que pasean por la calle sin quitar ojo al edificio. Todos imaginan lo que eso significa.

—Rebecca Paisley sigue sin aparecer —dice Lewis—. Y no hay parkings por aquí. Olvidémonos de lo del coche.

—Hay que encontrarla. —La señora Lope no abandonará. Husmea como un perro cazador—. Huele a comida.

—Vayamos a ver a mi amigo. —William les señala la dirección que hay que tomar con el brazo sano—. Hay que pasar al otro lado del viaducto. —El chico cruza la calle y atraviesan todos el puente elevado de acero en el momento en que un tren pasa por encima de ellos. Es un tecleto atronador de hierros impactando. Sus oídos se llenan de este sonido frenético que no parece tener fin.

Sin abandonar el ruido, llegan a una pequeña plaza de aspecto lúgubre y medieval donde descansan paradas ambulantes de comida preparada y productos frescos venidos de la campiña inglesa. Hay ambiente y ventas. Cada uno de los mostradores ofrece productos distintos, cuidadosamente iluminados para que todo parezca simplemente irresistible.

Hay mucha gente con indumentaria formal, quizá hacen las últimas compras del día. Después cogerán el metro, el tren o el autobús una hora o más para llegar a sus casas. Todos tienen que llevar algo de comer a la familia cada noche, algo cocinado por otros, pero casero y lleno de nutrientes. Todo un sueño. Los que viven solos o con alguien sin generosidad comprarán una botella de vino más cara de lo que tolera su sueldo y llegarán al autoconvencimiento de que no son esclavos del trabajo ni de nadie. Lo más importante, aunque también más arriesgado, es no darle vueltas, no tener remordimientos de conciencia.

Los vendedores que tienen una parada aquí en esta plazuela, además de comida, ofrecen un estilo de vida. Entregan mucho más que productos ecológicos, locales y frescos. Ellos convidan, con su aire campechano y sus saludables sonrisas, a la mismísima libertad, a la fantasía virgiliana, el sueño de vivir cerca de la naturaleza. Las personas que están aquí comprando, uniformados con trajes, baratos o caros, da igual, todos buscan un pedazo de sueño. Violeta ve entre los compradores muchas caras mustias que le son

familiares: los clientes de su hotel que vienen de zonas urbanas, todos ellos muy gozosos y embriagados de sí mismos por fuera, pero descoloridos y ajados por dentro.

El grupo olvida por un rato a Rebecca Paisley y dan por bien empleada la tarde con este hallazgo del pequeño mercado de comida. Pasean entre aromas de pucheros preparados con distintos condimentos: *curris* de la India, *noodles* de Indonesia, pizzas italianas, empanadas inglesas, charcutería fina de Francia. Cada parada ofrece algo distinto.

—Me ha entrado *il* hambre. —Dominika saca un monedero del bolsillo y mira el exiguo contenido. Cuenta unas monedas que tiene dentro. Deleita la vista en un mostrador lleno de quesos artesanales ingleses. Ve que hay unos platos con trocitos de las distintas variedades para la degustación de los clientes más exigentes y la polaca prueba de todo sin sonrojarse ni un pelín. Olesya la sigue.

—¿Qué os parecen?

—*Pruíbelos* usted misma. Están de muerte.

Al decir eso la señora Lope la mira y la imagen de Callahan pasa por su mente. Mira a su alrededor en busca de referentes. Están aquí para encontrar a esa mujer.

Lewis se aleja unos metros de ellas y mira el menú apostado en una de las paradas con comida japonesa. No tienen clientes, y es que el olor de este barrio tan cercano al río remonta y se mezcla con el aroma a pescado crudo. No resulta nada apetecible.

—Deme uno de cada, por favor —dice Violeta al vendedor de quesos.

—¿Uno de cada tipo? —El joven está acostumbrado a compras más ajustadas.

La señora Lope no tiene ganas de probar bocado ahora, pero los quesos tienen buena pinta. El vendedor, que tiene una sana y rojiza cara galesa enmarcada en una tupida barba rubia la mira sonriente y con aprobación. A ella le gustan los mercados ambulantes, siempre con gente, aunque sea un día gris y desapacible como el de hoy. El joven coge los quesos cuidadosamente y los envuelve individualmente mientras responde preguntas de la chica ucraniana sobre el tiempo de curación de cada una de las piezas.

Violeta sigue mirando furtivamente a su alrededor. Tres tenderetes más adelante está William hablando con un hombre que se parece a Nick en atractivo y estatura. Además, lleva ropa muy informal, como él, pero no es ropa militar, solo es igual de raída y con historia como la del inquilino de Portobello. «Será su amigo» —piensa. Sus ojos recorren el perímetro de la plaza y se da cuenta de que justo al lado de la plazoleta rectangular hay una iglesia de grandes dimensiones. Está literalmente hundida en el suelo de Londres, solo se ve la mitad del edificio. La otra mitad está por debajo del nivel de la calle. Para llegar a ella hay que bajar las escaleras de piedra que la rodean. Está en otra dimensión, en otro milenio de la historia. «Es sorprendente, cómo no la he visto antes, nada más llegar. Y esos vitrales de colores...». Violeta da su cartera a Dominika para que pague y deja a las dos chicas charlando animadamente con el quesero.

Hay luz dentro de la iglesia y por los grandes ventanales góticos se escapan los colores medievales del vidrio. Recorre con la mirada el lateral de la nave y después sube la vista hasta una torre central cuadrangular con sus pináculos góticos en cada uno de los costados. Todo perdido entre la falta de sol y la llegada del atardecer. Muy bello, muy inglés. Quizá neogótico. Violeta siente la llamada de los fantasmas. El grito del pasado. Es uno de esos momentos en que el tiempo se para y ve pasar la historia ante ella. Hay un cartel perdido en la penumbra al pie de las escaleras. Están en la catedral de Saint Saviour and Saint Mary Overie.

Un hombre mayor está sentado en las escaleras que rodean el edificio sagrado, justo al lado del plafón de madera que informa de los horarios de las liturgias. Está descansando sobre un papel de periódico. Lleva una ropa extraña, pesada, pasada.

—Es bonita, ¿verdad?

—Sí, lo es.

Pues la hizo una mujer, como usted, que se llamaba Mary. Sus padres tenían un negocio aquí en el Támesis, tenían una barcaza y transportaban mercancías de un lado a otro del río. Cuando murieron, la chiquilla dio todo lo que tenía para construir la iglesia y un pequeño convento. Yo la conocí.

—Pero de eso hará mucho tiempo... —Violeta sonríe, ese comentario final la coge desprevenida.

—Sí. Todavía no había puentes sobre el río.

La señora Lope mira al hombre inquieta por el corolario de sus palabras. Él se ríe a gusto con la expresión de su cara.

«Me está tomando el pelo...» A Violeta no le importa y fija la vista en la mágica luz que se escapa de los ventanales acabados en punta.

—Pero los cristales, si le gustan los cristales de colores, eso vino después del fuego.

Violeta mira hacia atrás para comprobar si los demás siguen en la plaza del mercado.

—No se apure. Todo esto lo sé porque vivo aquí. Ni yo estoy loco ni usted está chiflada.

—¿Quién es usted?

—Nadie, nadie. Trabajo en el Globe, el teatro que han reconstruido. Ahora iba a trabajar.

Ella no sabe qué pensar.

—¿Se refiere usted al teatro de William Shakespeare?

—¿De quién, si no? Esta es tierra de tempestades, mercaderes, sueños, reyes y fantasmas hamletianos.

—¿... y de Romeos y Julieta?

—Raramente.

Violeta le mira curiosa. El viejo tiene un rostro ininteligible, pero le recuerda a esos vendedores de la plaza venidos del campo. Mira hacia atrás y ve a William que se acerca. Ella le hace señas con la mano para que se apresure.

—¿Hablaste con tu amigo sobre esa mujer? —le pregunta.

—Sí. Es posible que la haya visto, pero no puede asegurar nada. Aquí está lleno de mujeres que visten con traje, como Rebecca Paisley. Si tuviéramos una foto...—No hay tiempo.

—Un hermano de William está enterrado aquí. Entre, entre, seguro que dentro encuentra algo de él.

—¿Cómo dice? —Will mira al viejo y este le devuelve la mirada desafiante.

—Se refiere a William Shakespeare. No a ti.



—Aquí vienen los oportunistas que no son nada a soñar que son algo. Aquí vine yo a vivir, pero otros vienen a morir.

A Violeta se le pone la piel de gallina. Gira sobre sí misma y mira al viejo disgustada. Empieza a molestarle ese juego suyo. El anciano sigue sentado en los peldaños, con sus posaderas sobre un periódico de actualidad. Tiene la vista fija en el joven de pelo oscuro y rizado que lleva el brazo en cabestrillo.

—Así que tú eres el William de ahora. —Lo mira desengañado—. Chico, sabes lo que eres, pero no sabes lo que puedes ser. — El vecino de Portobello mira a la señora Lope confuso. Por la expresión de ella comprende que también está desconcertada.

—¿Viene mucho por aquí? —Ella intenta cambiar de rumbo.

—Sí. Siempre que puedo.

Se oyen unas voces. Hay una pareja que discute a unos metros de donde están ellos. Se insultan. La chica ha dejado su cartera de trabajo en el suelo y empuja al joven desafiante mientras le grita. Él mira a la gente que los oye y no les quita ojo. Se recoloca la corbata y mira el reloj. Después recoge la cartera de ella sin responder a sus empujones e imprecaciones. Por los gestos de sus manos, la mujer parece enumerarle desplantes, uno tras otro. El tono de voz de ella se acelera, le reprende, le maldice, es una explosión de sentimientos. Él intenta cogerle la mano, pero ella no se deja. «La cólera es semejante a un caballo fogoso, que cuando se deja en plena libertad se fatiga por su mismo ardor». Y al volver la calma, él intenta hablarle cariñosamente. Se acerca cuanto puede a su cuerpo y le susurra algo al oído. Consigue cogerla de la cintura y robarle un beso breve. Ella se calma y los dos se miran a los ojos. «Cupido da muerte a unos con flechas y a otros con redes». Hay un intercambio de palabras dulces y arrolladoras que los demás no entienden. La pelea termina y se besan.

—Aquí está: su Romeo y Julieta —dice el viejo con sarcasmo.

Entre el reiterado ruido de los trenes circulando por el viaducto cercano y los vapores mundanos flotando sobre la plaza de comidas rápidas y para llevar, aquella pareja fundiéndose en un beso parece un prodigio de la naturaleza.

—Da igual quienes sean. Lo importante es que van más allá de la razón. — William aparta la vista de los dos desconocidos y se fija en el hombre sentado

en las escaleras de piedra—. Los que no saben manifestar su pasión no aman.

—¿No lo ves, William? Son solo dos amantes consumidos por el fuego de la pasión —dice el hombre como si le conociera—. Para alcanzar algo más alto, más importante que esto, hay que agitarse y tú puedes. El viejo no deja de mirar a Will.

—¿Qué quiere decirme? ¿Quién eres?

—Qué manía con lo de quien soy. Nadie, nadie. Y tú, ¿quién eres?

La señora Lope ataja la conversación.

—Buscamos a una mujer que vive cerca. Sabemos que ha estado aquí las últimas dos semanas. Es una mujer de mi edad, viste bien y suele llevar el pelo recogido...

El hombre interrumpe a Violeta.

—Esa mujer... ¿Acaso ha venido a robaros el corazón?

—Digamos que es peligrosa —dice Will.

—Ha asesinado a un amigo nuestro y a punto ha estado de matar a otro.

—No perdáis el sueño.

El viejo los mira. Va sucio y sus uñas están negras. Se lleva la mano a uno de los bolsillos de su indumentaria y saca un pequeño reloj. Lo mira y se lo guarda de nuevo.

—Debo irme. —Se levanta—. Váyanse a su casa. A veces actuamos para alcanzar algo mejor y maleamos lo que ya tenemos que es bueno.

De pronto, de dentro del recinto de la catedral empiezan a sonar las voces angelicales de una coral. El canto aéreo y dulce se expande por los alrededores como un velo invisible de espiritualidad. Es una melodía lejana y seductora.

—Lo sé, pensáis que solo soy un viejo loco al que nadie conoce. Pero «los cabellos que quita el tiempo a los hombres se los devuelve en cordura». ¡Volved al sitio de donde venís, este lugar no es para vosotros!

Pero los himnos de niños cantores son como voces de sirena para ellos. Desoyen al anciano y se concentran en ese delicado y etéreo sonido que proviene de la iglesia.

—Sentís la necesidad de buscar la puerta de acceso y pasar dentro. ¡Adelante! ¡Adelante! —El hombre mueve el brazo, les aleja de él. Sin despedirse y dándoles la espalda, les grita una última frase impenetrable pero

conocida—. ¡No os fieis de las tablas podridas! —Y en unos segundos, desaparece entre la multitud del mercado ambulante.

—Me gustaría visitar la iglesia antes de irnos... —Violeta duda de sí misma—. Aunque, pensándolo mejor, sería más cabal volver a casa. —Está algo cansada y decaída—. No ha sido buena idea venir. Pongo vuestras vidas y la mía en peligro buscando a una mujer que no...

—¡Vamos, la acompaño! ¡Entremos a ver las voces! —William la empuja y no la deja terminar. El joven avisa a Lewis de que se dirigen a la iglesia y acuerdan reunirse dentro.

El momento del día es maravilloso. La luz de las sombras del atardecer sobre los grandes bloques de piedra de la iglesia son un imán. En el mismo lateral de la nave encuentran una vetusta puerta de madera regia. Esta entreabierta y de ahí escapa la música. Los dos entran y quedan fascinados por el alud de voces cantoras que embriaga sus sentidos.

Hay mucha luz en el interior y los dos entornan los ojos para adaptarse al cambio. Ante ellos tienen toda la nave central de la iglesia. Es muy grande, el espacio se eleva hacia el cielo ocupado por un entramado de arcos góticos que se enervan y entrelazan. Hay tantos arcos, es una auténtica jungla gótica. Son lianas de piedra milenaria conquistando la arquitectura, formando majestuosos arcos y construyendo dos galerías laterales que discurren a lo largo la nave central. El suelo, en cambio, está cubierto por bancos de madera vacíos que son como barquezuelas ancladas sobre un mar de losas marmóreas.

La coral está en el altar. Es un grupo de diez niños y jóvenes sin ningún atuendo especial. Es probablemente un ensayo. Sus voces están entrenadas y forman una sinfonía de sonido único. Es un canto bíblico: «*Though I walk through the valley of the shadow of death, I will fear no evil: for you are with me. Thy rod and thy staff they comfort me...*». Es catártico.

William mira de manera enigmática a la señora española. Ella desvía la vista y observa de nuevo el grupo de niños cantando y a la directora de la coral que agita los brazos al son de la música. Está frente a sus discípulos y solo la pueden ver de espaldas. La iglesia rezuma misterio y los ecos de sonido parecen ser visibles, como relámpagos de luz corriendo a esconderse en cada pequeña esquina de piedra. El recinto está vacío, a excepción de cuatro personas sentadas en los bancos más cercanos al altar que gozan del

momento mágico de escuchar cantar a los chicos. Will tira del abrigo de Violeta y la obliga a abandonar la nave central quedándose los dos ocultos bajo los arcos en punta de una de las capillas laterales.

—¡Está ahí! ¡Está ahí sentada como si nada! ¡Es la mujer que nos ofreció la caja de donuts!

Violeta se quita de encima la mano sana de William que tira de ella y vuelve a la nave central. Mira hacia el altar. Todos los que están allí sentados están de espaldas y no puede verlos bien. Hay dos hombres y un chico joven en el primer banco de la izquierda y a la derecha hay una mujer con el pelo recogido y una chaqueta muy ceñida y de un color llamativo. Hace el gesto inconsciente de llevarse la mano a los labios y en ese momento Violeta sabe quién es la mujer que envenenó a Larry y a Callahan.

Violeta no la ha olvidado. La vio en Las Casas de los ingleses, en la iglesia gótica de la fábrica. Ese gesto casi imperceptible de pasarse la mano por los labios la ha ayudado a reconocerla, a pesar de estar lejos y de espaldas.

—Es Rebecca Paisley. —El corazón se le acelera—. La hemos encontrado.

Susurran unas palabras entre ellos y deciden que el chico salga en busca de los demás mientras ella se queda escondida bajo esos gruesos arcos de la catedral.

Pero cuando se cierra la puerta tras William y se queda sola, Violeta se pone en marcha. No va a esperar a nadie, tiene demasiadas preguntas. Sale de las sombras y empieza a caminar por el corredor central. Anda despacio a lo largo de la nave y disfruta de esos últimos momentos de observación anónima. Sus ojos están puestos en Rebecca Paisley.

Sin decir palabra llega a la altura donde se encuentra y toma asiento junto a ella. Desprevenida, la esposa de John la mira y la saluda en inglés. Violeta no responde al saludo. Mantiene la mirada de frente, a la coral, a la espera de que sea ella la que dé el primer paso. No quiere que se asuste. Rebecca ojea de nuevo a la mujer que se ha sentado junto a ella. La señora Lope mira impertérrita hacia delante sin decir palabra, está segura de que la reconocerá.

—¿Te gusta la música?— La pregunta sale de los labios de la señora Paisley en un perfecto español.

*Querido John:*

*Sigo esperando tu vuelta a casa con apremio. Perdono tus debilidades, tus mentiras, tu desinterés durante este tiempo que nos ha separado. Porque yo te quiero con todo mi ser y esperaré lo que haga falta. No dudes nunca de mí. Ahora esa mujer ya no está, ya no puede hacerte más daño. Te manipuló. Todo aquello fue una ilusión fuente de tu ingenuidad. Pero ha llegado el momento de volver a la realidad. Sé que estás dolido. Pero tenía que liberarte y lo hice. Tengo la certeza de que tú me quieres y por eso no has dicho nada a la policía.*

*Cuando vuelvas diremos que te caíste al río accidentalmente, que recibiste un golpe y perdiste la memoria. Así evitaremos el escándalo. Pero vuelve a mi lado. Nosotros no somos cualquiera, somos los Paisley, tenemos un nombre, una reputación, un patrimonio.*

*Deja esta maldita ciudad y vuelve.*

*Rebecca*



*To:*

*John Paisley  
10 Portobello Road  
W11 1LJ London*

# Capítulo 32

Violeta espera unos segundos antes de responder.

—Sí. Especialmente la música coral.

Hay una interrupción en el canto y la directora del coro da unas indicaciones a los niños. Se da la vuelta un momento y advierte la presencia de la señora Lope.

—Señora, los horarios de visita han finalizado. No puede estar aquí.

Cuando Violeta intenta disculparse se adelanta la señora Paisley e intercede por ella.

—No se moleste. Es una amiga. La he invitado yo.

La directora acepta la explicación con diplomacia, pero seguidamente culpa a los niños, disgustada.

—¿Quién ha sido el último en llegar?

—Yo, señora Bennet —dice uno de los chavales más pequeños.

—¡Pues te has olvidado de cerrar la puerta! Anda, corre y pasa el pestillo.

El niño deja el altar y corre hacia la nave lateral que es por donde han entrado William y Violeta. Esta sigue con la mirada al niño y alarmada oye como cae el pestillo de la puerta. Le aterroriza lo que esto significa: los demás no podrán entrar en la iglesia. Se queda sola con una asesina.

—¿Tienes prisa? —Rebecca Paisley se pasa los dedos por los labios y la mira impávida sin mostrar ningún tipo de sentimientos.

—No. —Violeta se arriesga. Sigue teniendo muchas preguntas.

El chiquillo del coro vuelve a incorporarse al grupo de cantores. La iglesia ya está cerrada por dentro. La coral retoma su ensayo, ahora con un canto muy agudo y alto.

—Caminemos, *sweetheart*. Te enseñaré esta maravilla de templo. En algún lugar hay una placa dedicada a la familia Paisley. Somos patronos, ¿sabes?

Violeta se levanta del banco para seguirla y en silencio dejan la nave central y se alejan del coro y de los tres oyentes sentados en la primera fila.

Mira con preocupación la puerta ahora cerrada por donde han entrado William y ella.

—¿Qué tal Grand? ¿Le gusta la ciudad?

Las dos siguen avanzando. Los tacones de Rebecca al pisar las losas de mármol crean un eco fantasmagórico que se pierde en la atmósfera de la iglesia.

—Sí. Ha sido un viaje que no olvidaremos.

La esposa de John Paisley mira a Violeta y sonríe mortífera.

—Ya... —Abre un portón restaurado que se desliza sobre grandes bisagras sin hacer el menor ruido y las dos mujeres pasan a un recibidor donde hay un par ascensores—. Sube, *sweetheart*, iremos arriba, a la torre, hay una sala de visitantes, estaremos más cómodas y las vistas sobre la ciudad son excelentes.

—Conoces bien este lugar.

—Conozco a gente influyente. Los Paisley hemos dejado mucho dinero dentro de estos muros. Cuando llegué a Londres hace unas semanas les ofrecí cincuenta mil libras para la restauración de las campanas.

—Cuánta generosidad...

—Así se conoce a gente poderosa y se puede tener acceso a lugares como este. —Rebecca la mira de reojo y las dos se sonríen pulcramente dentro del ascensor. Violeta no la quiere en su contra. Tiene miedo. Y también muchas preguntas. Las dos suben en silencio, solo se oye el leve rumor del mecanismo de elevación.

Llegan a una sala de grandes dimensiones que ocupa toda la superficie más alta de la torre catedralicia. Rebecca abre un par de luces indirectas. Pequeñas mesas auxiliares y sillones aparecen en distintos espacios cercanos a los ventanales, esta vez sin vitrales. Hay una panorámica nítida sobre los cuatro puntos cardinales de la ciudad. Las luces del atardecer delinean los rascacielos y los edificios emblemáticos. A esta hora, el río es como una serpiente oscura deslizándose por los pies de la catedral.

—Aquí estaremos más cómodas y, si no recuerdo mal, los eclesiásticos guardan aquí arriba sus licores.

Violeta se queda sola mirando extasiada las vistas sobre la ciudad mientras Rebecca abre un armario de un mueble situado cerca de los

ascensores.

—Ya sabes, todos tenemos nuestras flaquezas.

Por unos instantes olvida el peligro. Esta impresionada por la vista desde la torre. Londres es una ciudad tan bella.

—¿Cómo supiste que estábamos aquí? —Pronto vuelve a la punzante realidad de estar encerrada en la iglesia con una asesina.

—Accidentalmente, *sweetheart*. —Rebecca saca una botella del armario y dos copas pequeñas. Está de espaldas a Violeta—. Ese trabajador de la fábrica, Grand, habló con la hija de Pepe Rigau. —Hay unos segundos de silencio, seguramente dedicados a pensamientos de odio hacia el fiel amigo de John—. Les salió un comprador para la casa que tienen en la colonia y vino desde Barcelona para enseñarla. Fue el destino, me explicó lo de las postales que encontrasteis, vuestras suposiciones sobre John y la posibilidad de que hubiera un hijo... —¿Cómo sabía la hija de Pepe Rigau todo eso? Nosotros no le comentamos nada.

—Grand se fue de la lengua cuando la llamó para preguntarle la dirección de... ese hermano suyo que vive en Londres. —Rebecca se pasa los dedos por los labios y piensa en voz alta—. Hay solo dos tipos de hombres en el mundo: los que hablan poco y los que hablan demasiado. ¿No te parece?

Violeta puede sentir el odio que esa mujer guarda en su interior. Oye el rechinar de cristales chocando. Hay un instante de nerviosismo incontrolable, pero unos segundos después Rebecca Paisley se recompone y sigue.

—Al principio no podía creerlo. Yo pensaba que ya había acabado con ella.

—¿Qué quieres decir? —Violeta deja de mirar por el ventanal sobresaltada.

La observa mientras cruza la gran sala donde están sobre sus tacones de boutique y con las dos copas de licor en la mano.

—No me mires así, *sweetheart*. Esa mujer me quitó a mi marido. Algo tenía que hacer.

—¿Tú mataste a Angelica?

—¿Angelica se llamaba? —pregunta despreocupadamente Rebecca mientras le ofrece una de las copas que tiene en la mano.



—Sí. Angelica Blurton. —Violeta duda un segundo en coger la bebida y Rebecca lo advierte. Empieza a reírse ampliamente. Es una risa maliciosa y llena de satisfacción.

—¿Piensas que está envenenada, verdad? Tómate la mía. Quédate tranquila, tú no eres ningún problema para mí.

—Tampoco lo era Larry. —Violeta se arrepiente de lo que acaba de decir, no quiere que Rebecca se enfurezca. Coge la copa de ella en silencio mientras la mira penetrantemente.

—Eso fue una simple oscilación de la fortuna. Todavía no entiendo cómo pasó. Ese té era para... —Rebecca se pone nerviosa solo con pensar en el hijo que John tuvo con Angelica.

—Entonces, sabes que Callahan es su hijo. Tú pusiste el veneno en la taza esa mañana en la tienda y también el domingo en los dulces. —La señora Lope se pregunta si se ha enterado de que Cal sobrevivió a su pócima de bruja, pero no dice nada.

—A estas alturas todo se ve más claro, ¿no te parece? —Rebecca tiene un rostro bello pero inexpresivo. Mira a través de las monumentales ventanas de la sala.

«Quién sabe si habla de la vista o del rastro de muerte que ha sembrado». Violeta no puede leer sus intenciones.

—¿Cómo murió Angelica?

Hay unos segundos gélidos e inciertos de silencio. Rebecca toma de un trago el contenido de su copa.

—Siempre imaginé que había otra mujer. Cuando John montó esa pantomima de su muerte en el río a mí no me engañó. Sabía que estaba en nuestro apartamento aquí en Southwark. Fue fácil encontrarles después en Portobello. Un detective privado me ayudó.

—Así que siempre supiste que tu marido no murió en el río. Y esperabas que volviera contigo.

—Pues claro que le esperaba. —Alza la voz—. Él me quería.

La señora Lope recuerda el día en que hablaron con ella en la iglesia de la fábrica.

—Le di tiempo. Quería que me perdonara, que volviera a casa. He esperado tantos años... —Se pasa los dedos por los labios de nuevo. Hay una

ansiedad creciente en su tono de voz.

—Más de veinte años. —Violeta teme que la precisión la moleste.

—¡Lo único que no supe estos años es que John y esa furcia tuvieron un hijo! ¡Ese bastardo malnacido lo mantuvo lejos de mí!

Rebecca busca sosiego en su copa, pero está vacía. Se aleja de Violeta alterada y va hacia el mueble bar para servirse otra vez.

—Pero si tú mataste a Angelica, ¿cómo esperabas que John te perdonara? —«Él la amaba», piensa Violeta, aunque no se atreve a decirlo por no alterar a la asesina.

—Fue un ataque de ira. Seguro que mi marido lo comprendió. Cuando llegué a esa maldita casa en Portobello y me abrió ella, no pude más. Era guapa, alta, con una melena rubia de diosa. Y extrovertida, me hizo pasar hasta la habitación donde estaba John, sin tan siquiera preguntarme quién era.

—El dormitorio... —La señora Lope sigue con la copa en la mano, pero sin beber el licor de su interior.

—Esa mujer me había quitado a mi marido y era feliz, se reía de mí. Violeta oye de nuevo como chochan los vidrios de la botella y la copa.

—Cuando los vi juntos comprendí que aquello no se solucionaba con palabras. Ni tampoco con gritos, aunque los hubo. No entiendo cómo John estaba tan ofuscado con esa maldita zorra. En vez de darme la razón y reconocer su error me decía que me fuera, ¡que saliera de su casa!

—¿Te enfrentaste a ella?

—Fue más fácil, *sweetheart*. —Rebecca mira a la señora Lope trastornada por la rabia—. Cuando ella fue hacia la ventana para abrir las cortinas para que entrara algo de luz, cogí lo primero que encontré y le di con todas mis fuerzas en la cabeza.

—Oh, Dios mío. —Violeta se agarra al respaldo de uno de los opulentos sillones de la sala. Sigue de pie, pero le fallan las piernas. Recuerda el cadáver de Angelica, el golpe en la parte posterior del cráneo.

—Ella estaba de espaldas, no pudo ni defenderse.

—No —dice Rebecca sonriendo como si aquello supusiera la culminación de un acto virtuoso—. Era un reloj de bronce. Un reloj de mesa. Cómo pesaba el maldito. —Echa un vistazo voraz a esa mujer con la que habla y disfruta con la cara de estupefacción de Violeta, que sigue apoyada en la poltrona justo al

otro lado de la torre. La señora Paisley continúa su discurso jovial—. Me lo llevé conmigo, ¿sabes?, lo tengo en el salón de mi casa, en la repisa de la chimenea.

Violeta está cada vez más asustada. «Las Casas de los Ingleses y sus secretos», piensa.

—Mataste a Angelica y te llevaste el reloj con el que la golpeaste.«Se llevó la única prueba que podía incriminarla».Rebecca deja el mueble bar con la copa en la mano y cruza la sala hasta donde está Violeta.

—El cuerpo cayó como un saco. Recuerdo toda esa sangre encharcando el suelo.

—¿Y John?

—John, nada. Nada de nada, *sweetheart*. Esa mujer lo había embrujado. Se arrodilló, intentó reanimarla, gritaba su nombre. Pero a mí, nada. Ni me miraba. Hacía como que no existía, que no estaba en la habitación.— La señora Lope mira por el ventanal, quiere escapar, alejarse de esta mujer. Sufre teniéndola cerca. Siente la maldad apoderándose de la situación. Teme por su vida. Esta torre es una atalaya perfecta sobre la ciudad, pero también es una prisión.

—Pero bebe, mujer. Tienes cara de necesitar un trago.

No va desencaminada, pero Violeta tiritita solo de pensar lo que puede contener esa bebida. Rebecca le coge airada la copa de la mano y traga su contenido.

—¡Lo ves! ¡No hay nada! Deja de tenerme miedo, *sweetheart*. Traeré la botella y te serviré aquí delante. No quiero beber sola esta noche. —Le pone la copa vacía de nuevo en la mano y se aleja hacia el mueble de donde antes ha sacado el licor.

La señora Lope mira horrorizada por el ventanal. Busca apresuradamente a sus amigos entre las pequeñas figuras de la gente que hay abajo en la plaza, pero no los ve. Ha oscurecido y son muchos metros de distancia. Desde aquí arriba no se oye ni la música de la coral. Y no ve escaleras por ninguna parte. Su única posibilidad de escapar es por uno de los ascensores, pero ¿cómo? Rebecca no la dejará marchar así como así.

Sigue su búsqueda desesperada a través del cristal. De pronto ve luces de coches de policía acercándose. «Lewis les habrá llamado». Violeta mira a

Rebecca, que se está acercando con la botella en la mano. Se aleja rápidamente del gran ventanal para que no vea las luces. «Voy a tomar una copa, que sea lo que Dios quiera».

Fija la mirada en un tríptico policromado medieval donde Jesús celebra su última cena con los apóstoles. Se acerca a Rebecca y adelanta su copa vacía para que se la llene.

—Me gusta que cambies de actitud, *sweetheart*. Estabas muy a la defensiva. —Rebecca se la llena hasta el borde.

—¿Volvió en sí Angelica? ¿Consiguió reanimarla?

—Qué va. Estaba muerta y John me decía que él también había muerto, que le había matado también a él, «¡porque sus cuerpos tenían un solo corazón!». ¡Qué tontería! Mi marido se dejaba llevar con facilidad. Esa mujer le había embrujado. John me preguntaba por qué lo había hecho, me decía que ellos «eran como dos bayas modeladas sobre el mismo tallo» y yo acababa de arrancarles de la vida. John la tenía en brazos, la acariciaba, frotaba su mejilla contra la suya como si todavía fuera una mujer. ¡Pero yo la había matado, ya no era nada!

«Pero no entiendes que se querían. ¡Y cómo!». La señora Lope no se atreve a decir lo que piensa. Prefiere seguir con sus preguntas.

—¿Y qué hiciste después?

—Me fui. Dejé Londres. Estaba dolida por la reacción de mi esposo y temí que llamara a la policía. Tenía miedo. Me escondí por un tiempo. Viajé. Pero pronto comprendí que John no iba a decir nada. Pasaron los meses y nada. Mi esposo nunca llamó a la policía. Esto era la prueba concluyente de que seguía queriéndome y volvería conmigo. Tenía que darle tiempo. Todo el que fuera necesario. Y esperé...

—... esperaste años. Pero él nunca volvió. John se quedó en Londres y siguió compartiendo su casa con Angelica. Allí han estado viviendo juntos todos estos años. Se diría que ni la muerte ha conseguido separarles.

—Sí. He visto los periódicos —dice Rebecca contrariada—. Pero no hay nada de eso.

—¿No te parece un acto de amor? —Violeta ya no puede más.

—¡Pues claro que no!

—Has vivido todos estos años a la lumbre de un pasado que es falso y ahora ya es tarde, ¿no te das cuenta? John murió hace unos meses. Te has quedado sin presente y tu futuro es la cárcel. —Violeta se aleja tanto como puede de los ventanales y se sitúa en el centro de la gran estancia donde están. Eleva el tono de voz para atraer a Rebecca hacia ella.

—¡No! Nada de eso. Qué poco conoces a los hombres, *sweetheart*. Si no volví fue para protegerme. Se quedó en esa casa para que nunca encontraran el cuerpo. —Rebecca se enfurece y la empuja a beber de la copa. Violeta no tiene más remedio que tomarla. «Es posible que sea yo la que no tiene ningún futuro. ¡Por todos los santos, que no haya más veneno que el alcohol en la copa!».

—Toda una vida esperándole y ahora ya no está... porque él ya no está... —se lamenta Rebecca.

—Es difícil de entender. Todas estas muertes por un hombre del que has estado separada durante años. Esto no es amor. Estás enferma, Rebecca. La señora Lope respira profundamente, es como si ya todo estuviera fuera de su control. La incertidumbre se ha apoderado de la torre donde están y la fatalidad rodea a las dos mujeres. Es un fantasma abrazando a sus víctimas. Parece que alguien venido de ultratumba se ría de su destino.

Pero a Violeta no le da tiempo a pensar en sí misma porque la mujer arranca a llorar de rabia y grita el nombre de su esposo como si lo invocara a reunirse con ella en la torre de la catedral. Su reacción la coge desprevenida. La mujer grita y grita, vocifera improperios contra el hijo de John y Angelica, él tiene la culpa de que su marido nunca volviera con ella. Se lamenta de no haber sabido que tuvieron un hijo. Lo acusa de todos sus males. La señora Lope, asustada, se aleja unos metros y se apresura hacia el ventanal que da a la plaza contigua para ver si los coches de policía siguen allí. Están ahí.

—¡Tranquilízate, te lo ruego! ¿Por qué no bajamos a la iglesia? —Violeta lo dice gritando sin mirarla a ella y atraviesa la sala en dirección a los ascensores. Rebecca sigue vociferando, pero el nombre de John suena cada vez más lejano. La señora Lope llega a los ascensores y aprieta el botón de llamada. Las puertas se abren con más rapidez de la esperada. Se mete dentro, quiere huir. Ya tiene suficientes respuestas. Levanta la vista hacia la estancia para ver si Rebecca la sigue y se queda helada. La señora Paisley no la

persigue ni está en la habitación. Violeta se sobresalta. «¿Dónde está?». Oye los gritos de ella, pero no está en ninguna parte. Las puertas del ascensor inician el cierre. Con sus ojos de ardilla inspecciona velozmente la sala en busca de la mujer. Al pasar su mirada por los ventanales, y justo antes de que se cierren las puertas, ve una de las grandes ventanas abierta de par en par.

Una silueta de mujer aparece recortada contra la última luz del día. Es ella: está fuera, subida a una cornisa del edificio, desafiando la gravedad como una gorgona de piedra, en ese punto de la realidad donde la materia termina y empieza lo inmaterial.

—¡No, Rebecca! —Violeta interrumpe el cierre del ascensor y sale de este —. Escucha, no lo hagas.No puede irse. Cruza la sala a toda prisa y va hacia el ventanal abierto. La esposa de John Paisley deja de gritar y mira a esa mujer desconocida que la acompaña en este momento crucial de su vida.

—¡No te acerques! ¡Vete!

—Vuelve adentro, te lo ruego.

—Ya no me quedan razones, ¿entiendes?

—Necesitas ayuda, Rebecca. Esto no es la solución. Esto es de cobardes.

—¿Y qué te piensas que soy yo? ¡Soy una cobarde! ¡Nada más que una cobarde! Nunca tuve el coraje de volver a Londres a buscarle, a aclarar las cosas. Le escribí un par de postales y me quedé esperándole. Esperando a que él diera el primer paso. —Se grita a ella misma.

Violeta no se atreve a salir fuera. No sabe ni cómo ha llegado ella hasta el pináculo saliente de piedra donde se sostiene. Observa cómo se mueve nerviosa y pierde el equilibrio agarrándose como puede a las espiras y formas esculpidas en la piedra. Abajo en la plaza se distinguen figuras humanas dirigiendo la mirada hacia arriba y señalándola con el brazo.

—Tenías razón. Ya es tarde.

—No. Atiende. —Violeta se arma de valor y se sube también al ventanal. Coloca un pie en el marco de madera y el otro fuera en la cornisa de piedra. Nota el frío de la oscuridad y la humedad del Támesis pegada a las piedras de la iglesia que son una trampa resbaladiza. Se agarra con fuerza a unos salientes decorativos en forma de almena y se acerca a Rebecca despacio. Sus manos tiemblan y alguien abajo en la plaza grita su nombre. Distráida tropieza con una de las almenas y pierde el equilibrio momentáneamente. Pero consigue

cogerse con la otra mano. Su corazón se acelera, pero Violeta no puede dejar que esa mujer muera y sigue avanzando hacia ella.

—Perdiste a John, pero su hijo está vivo. No pienses en esa mujer. Piensa en Callahan, que es hijo de John, de tu marido. Tú no lo mataste, sigue vivo. Ayúdale ahora a comprender. Tienes que explicarle cuánto amaste a su padre.

Con esta declaración consigue la atención de ella. Parece confusa por unos instantes.

—¿No murió?

—No. Está en el hospital, el veneno no acabó con él. Y quiere conocerte. Sabe lo importante que fuiste para John.

Rebecca mira a la señora Lope trastornada.

—Pero es hijo de ella. Es un bastardo...

Por un momento duda. Se balancea sobre sus piernas, le fallan y deja los ojos en blanco. La señora Lope lo comprende: Rebecca Paisley ha ingerido el licor con cianuro y le está haciendo efecto. No aguantará mucho más sujeta a ese pináculo de piedra. Mira abajo y ve las luces de los coches oficiales y de una ambulancia que acaba de llegar con las sirenas en marcha.

—Cuando te vi en la iglesia ya imaginé que no venías sola. —Eso qué más da. Vuelve, por favor.

—Ya no puedo. Ya estoy demasiado lejos.

Violeta tiende un brazo hacia ella. Pero la distancia sigue siendo mayor.

—No, Rebecca, acércate a mí. Abajo hay una ambulancia, te auxiliarán.

La esposa de John Paisley la mira con candidez. Como si Violeta fuera una niña que no entendiera nada.

—«Perder el sueño, que desteje la intrincada trama del dolor: el sueño, el descanso de toda fatiga; alimento el más dulce que se sirve a la mesa de la vida...».

Y mientras dice estas palabras, Rebecca Paisley suelta ese trozo de piedra de la iglesia que la atrapaba a la existencia y abre los brazos de par en par para dejarse caer al vacío más absoluto. A dos metros de ella, Violeta contempla impotente la caída.

Su corazón se agita ante la desgracia. De la plaza contigua a la iglesia remonta un alarido general al ver el cuerpo de la mujer despeñarse por la torre y golpear la cimbra de metal que recubre los arcos cruzados de la nave

central. Como una muñeca rota, su cuerpo se desliza por la cubierta a dos aguas hasta llegar a la altura de los arbotantes.

Uno de los ascensores cierra sus puertas automáticamente. Alguien desde abajo lo ha llamado. Unos segundos después se abren las puertas del otro ascensor y aparecen William, Dominika y Lewis con tres policías. Cruzan la sala y van hacia el ventanal abierto. Los policías miran hacia el cuerpo inerte de Rebecca Paisley estrellado en el lateral de la nave central de la iglesia.

William no pierde el tiempo y se sube a la cornisa de la ventana para salir a ayudar a la señora Lope. Los demás no alcanzan a pararle. El chico, a pesar de llevar el brazo escayolado, se sube a la cornisa con gran agilidad y saca el brazo roto del pañuelo que se lo sujeta para utilizarlo. Llega al lado de ella con prontitud y con calma le da la mano.

—Se ha tirado al vacío. No he podido hacer nada —dice Violeta acongojada.

—Lo sé. —Will mira el precipicio que hay bajo sus pies y el cadáver de Rebecca estrellado contra la piedra.

Los dos miran hacia el lugar desde donde ha caído. Junto al pináculo gótico de piedra sigue uno de sus zapatos de tacón.

—«No entiendo cómo una persona puede robarse a sí misma la vida, cuando la vida, por sí misma, a cada instante corre a entregarse a la muerte.»

—El viento se arremolina en el pelo negro de él; fija la vista en el gran río, siempre falto de respuestas. Siente la punzada de la oscuridad.

—¡Ya *istamos* otra vez! —grita Dominika sacando la cabeza por la ventana y empujando a los policías para que le hagan sitio—. ¡Déjate de palabrería, vecino, y volved los dos adentro! ¡Que no sois pájaros!

—Gracias, William.

Cogida de la mano del joven inglés, vuelven sobre sus pasos hasta llegar a la gran ventana abierta de la torre.



Señora Lope:

*Aquí todos echamos de menos sus comidas. En Londres hay de todo, pero falta gente como usted y el señor Grand.*

*Lewis ha dejado un Spademan para Ian. Nick ya lo ha leído y dice que hay una sorpresa para el niño:*

*uno de los personajes si llama como él. El agorafóbico dice Hi; no hay cambios en este cuadrante del piso.*

*Para mí sí qui han cambiado las cosas. Ahora estoy muy ocupada porque mi amiga Ania y yo hemos montado una empresa de catering. Hacemos pasteles y dulces para fiestas de cumpleaños. Yo sigo limpiando casas porque necesito el dinero, pero también me encargo de los transportes de la empresa de pasteles. Will dijo que nos echaría una mano, bueno ahora ya dos, porque su brazo ya está bien, pero al final resulta que siempre está ocupado con una de las chicas españolas que conocimos en el pub. Está insuportable, todo el día recitando sonetos de amor.*

*Y ayer vimos a la rastrea de Irina, sale en un anuncio de la televisión. Piro Dios es justo, la rusa aparece muy fina intentando sacarse unos callos de los pies con tiritas. Nos reímos un montón. Diganselo a esos dos zoquetes, supongo que ya los han visto. Así que no escribo nada más. Un achuchón para todos.*

*¡Ta-rá!*



To:  
Hotel Donaire  
Pueblo de Bolvi  
Pirineos 01775

Es sábado por la tarde, día de tertulia en el encumbrado pueblo pirenaico de Bolví. Los Grand y la señora Lope volvieron hace unos días de su viaje a la capital británica y por fin los vecinos pueden reanudar sus encuentros hebdomadarios. Ha llegado el momento de poner en marcha el engranaje social de su microcomunidad. Por fin podrán ser lo que son y lo que no son en esta diferenciada reunión de gentes que organizan semanalmente.

Estos encuentros suyos son muy reales. Aquí no se virtualiza, no hay postizos y lado bueno a través de pantallas planas. Una pose frente al plasma no deja huella en el espíritu. Una frase escueta con un emoticono es el camino fácil pero no lleva a ninguna parte. Son los encuentros cercanos los que nos llenan de emoción. Charlar con otras personas, con los cinco sentidos, es la única manera de respirar.

En las pequeñas tertulias de Bolví, el afecto, la simpatía o el desprecio por el conocimiento o, por extensión lo humano, es algo natural, sin amagos, sin prosopopeyas. Algunas veces, sin embargo, este gusto por lo campechano hace que los asistentes se desmadren y todo se vuelve demasiado humano. En estas ocasiones, hay un toque entre ellos para alcanzar la providencial sofisticación que les falta y se hace lo que se puede.

Las tertulias se celebran siempre en el gran salón del hotel, entre bambalinas de comodidad y abolengo centenario Arts & Crafts. Hoy, extrañamente, a pesar de ser sábado por la tarde, los sofás de la habitación yacen desocupados y no hay fuego encendido entre las dos imponentes esfinges de la chimenea. La estancia descansa bajo la luz tonal que se filtra a través de los cristales de la ventana mirador, en silencio. No hay presencia humana, excepto por el anorak de última generación de Pablo que pende, con fosforescencias propias, del sinuoso colgador gaudiniano que hay detrás de la puerta.

—Nos ha gustado mucho la iglesia que nos recomendaste esta mañana. Es todo un descubrimiento el románico pirenaico. Hice buenas fotos. —Una pareja de clientes acaba de volver al hotel.

—Una pregunta: en uno de los frescos había una mano misteriosa dentro de un círculo... —Miran a Pablo fijamente—. ¡Era solo una mano flotando en el

vacío! Con el puño de una túnica como único remate.

—La *Dextera Domini*, así es como la llaman. Es la mano de Dios. Es una manera de decir que todo está tocado por los dioses —dice Pablo.

—Por Dios. En este caso... —dice el hombre.

—Sí, señor. Por uno solo de ellos.

—El cristianismo es una religión monoteísta.

El recepcionista asiente con la cabeza. El cliente siempre tiene la razón.

—¿En qué puedo ayudarles? —les pregunta sonriente y con auténtica voluntad de servicio.

—Queremos otra propuesta tuya para mañana. —Ella tiene un aire más libre y artístico, en cambio el aspecto de él es más sobrio y empresarial. Los dos miran al joven expectantes. El recepcionista reflexiona.

—¿Qué les parecería un día relajado en un spa de aguas termales con vistas a las cataratas de un río naciente? En esta época del año incluso es posible visitar sus cuevas de agua helada. Los clientes acogen la propuesta con interés y Pablo saca una pantalla táctil para mostrarles un mapa de la zona. Mientras tanto, al otro lado del pueblo, los contertulios parecen haber encontrado un nuevo espacio para restablecer sus charlas semanales. Ellos también están en plena exploración de un territorio nuevo pero sin mapas. Este sábado han quedado todos en casa de Nhug Galamus, el nuevo contertulio. Les ha invitado a recoger castañas en una zona boscosa colindante con el parque natural. Esta tierra ha pertenecido a su familia durante generaciones y la ubicación de estos castaños centenarios es un secreto familiar. En Bolví habían oído hablar de este lugar, pero nadie sabía a ciencia cierta si existía. En las aldeas de la zona existen muchas fábulas pretéritas relacionadas con los bosques; es imposible distinguir la historia de la leyenda. El hecho de que él comparta este misterioso lugar con ellos es muy simbólico, es un acto de reconocimiento y de gratitud por unirse a sus encuentros semanales.

El nuevo contertulio tiene otras partes de su vida rodeadas de incógnitas. Se sabe que está casado pero su mujer es muy esquiva. Ni Rufino, que lo trata desde hace años y son amigos, conoce a su esposa. Él y Remedios han ido leyendo entre líneas y creen que su señora es alguien importante, alguna celebridad, pero no alcanzan a saber nada más. Nhug es abierto y social, pero sabe guardar su vida privada bien cifrada.

Lo que seguro tampoco compartirá con ningún vecino del pueblo o del planeta es el otro inestimable secreto que solo viene escrito en documentos testamentarios que pasan de padres a hijos en la familia: son los puntos de la propiedad donde crecen los senderuelos salvajes, una exquisita seta primaveral muy difícil de localizar.

Los contertulios están más o menos ocupados en la recogida de las castañas. Bajo las copas de una decena de árboles centenarios cargados de fruto conversan y disfrutan de la tarde al aire libre. El día es soleado y la luz se filtra a través del verde casi transparente de las hojas de estos árboles formando una pantalla de color templada y agradable. Hace frío, aunque la ropa de abrigo es suficiente para contrarrestarlo. La señora Lope esta tumbada sobre una manta disfrutando del cielo y los destellos de luz que atraviesan las ramas de los castaños formando un luminoso entramado geométrico. Una de las líneas rectas de luz aterriza sobre un gordito petirrojo que se entretiene con el balanceo de la rama donde está descansando.

Ella y el señor Grand han tenido unos días para recuperarse de su viaje a Londres. Los dos echaban de menos la tranquilidad de sus casas y de sus vidas. Aquí en las montañas están al amparo de lo que sucede abajo. Tienen sus valles, sus llanos y sus montañas escarpadas, pero aquí todo se ve desde arriba. «Mucho mejor así».—Seguro que tú piensas lo mismo —se le escapa a ella en voz alta mientras observa al pajarillo. Nadie la oye. A su lado está Remedios ocupada en otros asuntos.

—Si nos cae una de estas en la cabeza... Son como cactus. —Remedios no está tan tranquila como la señora Lope. Está sentada sobre la manta en una postura poco relajada. Lleva guantes, gorro, bufanda y un largo anorak que es como una sotana enfelpada que le da aspecto de cura gordinflón. Una castaña cae del árbol a unos metros de donde están ellas.

—¡Oh, *gosh!* No había visto nunca un fruto más protegido que este en el bosque. ¡Fíjate que agujas!

Alice lleva gruesos guantes de cuero al igual que Galamus, que está a su lado. Los dos se ocupan de liberar las castañas de su puntiaguda cubierta verdosa. Las sacan y se quedan con lo que todos conocemos, el fruto marrón resplandeciente de forma redondeada. La bibliotecaria le mira con respeto, su barba, su cara alargada de sabio asceta, todo junto sobre un cuerpo firme y

entrenado. Él sonríe afablemente a la joven porque sabe la impresión que causa en los demás. La señora Lope le escudriña desde la distancia. «Realmente, si no fuera por su imperecedera actitud amical, el amigo y vecino de Rufino podría haber sido en otra vida un cruzado medieval o un *semper fidelis* en un escuadrón de ataque sobrevolando el Medio Oriente. Lleva la palabra estrategia en los bolsillos y apuesto a que le gustan las armas. Será sugestivo conocerle un poco más».

—¿A Nhug le gusta cazar?

A unos pocos metros de ella se encuentra Rufino Blas amontonando las castañas que están en la yerba con un rastrillo que arrastra con las manos sin el menor esfuerzo.

—Sí. Es de los que sale toda la noche y no vuelve hasta que consigue una pieza. Algunas veces he ido con él, pero es difícil seguir su ritmo.

A pesar de su ponderada barriga, Rufino está en forma, pero los años no perdonan a nadie y el nuevo contertulio es más joven, la señora Lope calcula que andará sobre los cincuenta años.

Se oye un alarido humano de terror. El petirrojo que se columpiaba en la rama arranca el vuelo y desaparece. El que grita es Callahan, que se da cuenta de que Alice ha soltado la escalera y está suspendido en el aire a muchos metros del suelo. Empiezan sus temblores.

—¡Oh, *blimey*! ¡Me voy a caer! ¿Aaaaalice?

—¡Oh, *gosh*! Me olvidé de que estabas allí arriba.

—Déjame a mí —dice el anfitrión. Camina hacia Callahan para echarle un cable.

—Yo ya le dije al inglés que no se subiera —dice Remedios—. Le dije que recogiera solo las que hay en el suelo.

—Oh, *blimey*, ¡no me diiiiigas que has dejado de sostener la escaleeeera! Aaaalice, ¿dónde estás? ¡Me voy a romper la criiiisma! —Callahan está subido a la copa de un castaño y tiene un solo pie en la escalera apoyada contra en el tronco. El señor Grand también deja las cortezas de las castañas y va hacia donde está el chico.

—Me está entrando mieeeeeedo. Quizá tengo ipsofobia.

—¿Lo oís? El inglés dice que tiene algo —comenta la señora Rafilettete bien tapada bajo ropa de abrigo en capas como si fuera una cebolla.

—Francamente, tiene la piel blanquísima y está muy delgado, el hombre. Alguna enfermedad tiene que tener. —Remedios mira hacia arriba y le echa un vistazo. Colgando de la rama de un árbol, el cuerpo de Callahan todavía es más alargado y cañizo.

—Podría ser algo grave. —La señora Rafilettete también le observa sentada en un pedrusco en forma de taburete gigante.

—¡Oh, Aaaaalice! Voy a volver a Londres enyesado como una pareeed.

—¿Cómo está el brazo de William? —pregunta Violeta, que recuerda al vecino.

—Oh, muy bien. El mismo día que nos fuimos le quitaron el yeso. Cal le dijo un millón de veces que viniera con nosotros, pero estaba ocupado con Dominika y Ania.

—¿Y cuánto tiempo vais a estar vosotros en Las Casas de los Ingleses?

—Hasta que se arreglen los papeles. Resulta que Callahan es el único Paisley que queda y, entre otras propiedades, hereda la casa donde vivieron John Paisley y su esposa en la colonia de la fábrica.

El inglés quiere saltar del árbol y el señor Grand y Nhug le advierten que no lo haga. Le aconsejan que ponga el otro pie en la escalera, pero él tiene miedo de soltar las ramas que tiene agarradas con las manos. Se oye un grito de pánico.

—¡Aaaaalice! ¡Haz algo, corazón!

La chica de su vida le mira con una sonrisa despreocupada, pero sigue charlando con las mujeres. Lleva una larga capa de felpa con capucha de color rojo. El mismo color de sus labios. Parece la protagonista de un cuento infantil.

—¡Nunca había estado en un lugar con montañas tan altas! Oh, *gosh*, la verdad es que nunca había salido de Inglaterra. Este viaje para mí es como una luna de miel. No es que estemos casados ni nada parecido, pero es como si estuviera viviendo un sueño. No debería decir estas cosas, lo sé, pero es como me siento.

Violeta la mira encantada. Ha sido un regalo conocer a todos estos chicos de Portobello Road. Para ella el viaje a Londres ha valido la pena, aunque ha sido frenesí. «La familia Paisley ha resultado ser como un ovillo de hilo muy fino que al tirar de él se ha enredado y nos ha enmarañado completamente.

Pero por fin somos libres porque ya sabemos la verdad. Es así, por mucho que gruñan los sofistas y los relativistas, la verdad es la verdad».

Para el señor Grand el viaje ha sido peligroso. Insiste en que fue una aventura demasiado azarosa. Llegaron a Londres como turistas y se fueron como testigos de dos asesinatos. A Dios gracias que su nieto Ian ya está de vuelta con su madre en la gran ciudad. Y por fortuna, Marga no ha hecho muchas preguntas sobre la escapada inglesa. De todas formas, el abuelo del niño reconoce que los días en apuros y en un lugar extraño los han unido mucho. Ian lo llama con frecuencia y viceversa.

La última noticia que ha llegado a Bolví es que el niño descarta que su padre sea el profesor que le da clases de inglés. Hasta ahora no ha querido saber quién es su progenitor, pero esto está cambiando. Ian ha confesado al abuelo que un día de estos le pedirá ayuda para que juntos descubran su identidad. El niño dice que necesita un tiempo para previsualizar en su cerebro lo que puede pasar si lo encuentran. «Previsualizar, casi como ver el futuro. Fantasear con lo que puede suceder, soñar con la vida».

—¡Aaaaah! Que me caigo.

Callahan resbala. Como un héroe accidental desciende los metros que le separan del suelo a una velocidad proporcional a su peso, que no es mucho. Durante la caída mueve los brazos como un polluelo de águila. Todos se llevan la mano a la boca. Se oye el batacazo del cuerpo del inglés al tocar tierra. Alice despierta de su luna de miel y corre hacia donde está él.

—Oh, *gosh*, ¿te duele algo?

Cal mira su cuerpo y se toca lamentándose.

—Creo que me duele todo.

Nhug y el señor Grand lo cogen del sobaco y tiran de él hacia arriba para ponerle de pie. Quieren aseverarse de que no hay nada roto. Entre tanto, Remedios advierte que su marido está muy silencioso. Echa una ojeada al trozo de bosque donde está. Rufino ha dejado el rastrillo sobre las hojas mustias y contempla con placer como Giacomo y Cordelia se besuquean tras un castaño cargado de añadas.

—Miren esos dos. Creerán que no los vemos. Yo no lo entiendo, ¿cuándo les van a pasar los fogueos?

El marido oye contrariado las quejas de su esposa. Rufino está comiendo una castaña cruda que ha pelado con su navaja. Mira de reojo a los dos amantes. Él adora con pasión el ciclo de la vida y los placeres de la naturaleza, pero su mujer no tanto.

—¡Ei, Ei, italianini, que os estoy viendo! ¡Si creéis que estáis tapados por el árbol, os equivocáis! —grita Remedios.

La joven pareja de Bolví ni se inmuta. Siguen abrazados en un profundo beso y no oyen nada. Han dejado a su bebé en la casucha, al cuidado de Anetta, la hermana de Giacomo, que ha venido a visitarles desde Italia para conocer a su sobrino.

—Déjalos, mujer —le reprocha Rufino.

—Siempre andan con el pequeño a todas partes, para una vez que están solos...

Además, ya le han dado nombre al bebé, ¿qué más quiere? Ha sido esta mañana, dicen que lo han soñado.

—¡Pamplinas! ¿Usted se cree que los nombres de los hijos se sueñan?

—A mí no me pregunte. Yo no sé de qué están hechos los sueños, demasiado difícil.

—Yo nunca cuento mis sueños a nadie. Son muy... muy personales —confiesa la señora Rafilettete en voz baja.

—Oh, *gosh*. A mí lo que más miedo me daría es soñar algo que ya ha soñado otra persona.

—¿Y el nombre del niño, cuál será pues?

—Juan.

—¡Juan! ¿Tanto esperar para darle un nombre a esa criatura y al final le ponen Juanito?

Unos metros más allá sigue Callahan medio inclinado en el suelo, pero reconfortado por la presencia de Alice.

—Tú descansa. Nosotros terminaremos. —Grand mira los cestos que han traído y están casi todos llenos.

—Va a oscurecer muy pronto. Vayamos a casa, tengo la chimenea encendida. Asaremos unas castañas y tengo un concentrado y aromático vino moscatel que nos hará entrar en calor.

—¿Ha subido tu mujer este fin de semana? —pregunta Rufino.



—No, ella está abajo. —Su voz es neutra, ni una pizca de decepción. A Nhug Galamus le ha tocado el matrimonio tradicional de nuestros días, el disfuncional, solo apropiado para un mundo virtual.

Unos minutos más tarde inician el descenso hacia su casa. Se oye el ruido de las hojas crujendo bajo sus pies y la luz crepuscular cargada de tonos violetas y anaranjados que intimida a todos con su belleza casi siniestra. Caminan despacio para que la señora Rafilettete pueda seguir su ritmo. Los jóvenes se adelantan y marchan al ritmo de Galamus, Rufino y Grand, que quieren llegar antes a la casa y preparar las brasas para asar las castañas. El marido de Remedios quiere probar el vino de su amigo y tomarse unas copas antes de que llegue su mujer y le pase inspección.

—Hay algo que no le hemos contado —dice Alice casi sin aliento porque no está acostumbrada a estos trotes por la montaña—. Un arma.

—¿Cómo?

—Sí, un arma. El día que fuimos a Southwark, Olesya llevaba un arma. Se la dio Nick antes de dejar Portobello. Cuando la policía llegó a la iglesia y la vieron con la pistola la detuvieron. Por eso no subió a la torre con los demás. Algo se traen entre manos ella y Nick. Yo pienso que son miembros del servicio de inteligencia británico, espías, MI5 —dice en voz baja Alice—. Ni la policía se ha metido con ellos por lo del arma. ¡Oh, *gosh!* ¿Qué otra cosa pueden ser?

—Gente con pistolas y ustedes con un niño y todos bajo el mismo techo. ¡Y la momia! Esta vez, el señor Grand ha sido más generoso que usted y nos ha dado toda clase de detalles sobre la muerta.

La señora Rafilettete se santigua, pero toma buena nota: lo de la pistola es nuevo y puede significar un paseo matinal mañana para hacer correr la noticia. Violeta esta vez ha sido más discreta. Solo ha explicado lo esencial de su viaje a la capital inglesa. Con esencial se entiende la revelación de la verdadera identidad de Callahan, la muerte de su amigo Larry, el descubrimiento del cadáver de la madre y la muerte de Rebecca Paisley.

—¡Y pensar que yo conocí a la asesina! En Las Casas de los Ingleses. ¿Recuerda? En la iglesia. Yo ese día ya vi que esa mujer era endiablada.

—Y mató a la madre de tu novio —dice la señora Rafilettete a Alice con verdadera pena.

—Es decir, Rebecca Paisley mató a tu suegra. Ya no tienes suegra —aclara Cordelia, que se ha despegado de Giacomo y se ha quedado rezagada con el resto de las mujeres. Abraza a todas como si fuera una quinceañera enamorada que todavía sueña con los momentos que ha pasado con su Romeo.

—¡Cordelia, cómo eres! —Remedios se escandaliza.

—No he dicho nada malo... es su pensamiento el que lo hace parecer así.

—Oh, *gosh*, visto así... Pues es verdad, me he quedado sin suegra.

Cordelia se acerca a la bibliotecaria y la estruja entre sus brazos como si estuviera poseída por un amor infinito hacia la humanidad. La joven inglesa la mira desconcertada y algo intimidada por su espontaneidad, pero no tiene tiempo a reaccionar porque la chica la coge de la mano y se la lleva montaña abajo mientras le pregunta por el reloj *vintage* que lleva en la muñeca.

—Sea como sea, está bien todo lo que bien acaba —grita Alice.

Violeta para y toma aire. Levanta la cabeza de la tierra que pisa para mirar a la joven mientras habla.

—Lo digo porque la madre de Cal ya descansa junto a su amado John Paisley dentro del reloj de cuco del salón. A propósito de relojes, oh, *gosh*, casi olvido contárselo: ¡Vendimos el reloj con el retrato de Darcy! Dominika encontró un vendedor y pudimos pagar la incineración.

La señora Lope sonríe satisfecha y con sus ojos de ardilla mira a las dos jóvenes bajando la montaña alegremente mientras se toma unos segundos de descanso antes de continuar. Mira hacia el cielo. Mañana habrá viento y quizá tormenta.

—Oye, Cordelia, ¿el tejado de la casucha ya está arreglado?

—Sí. Todo está a punto para pasar el invierno. —La joven sigue el descenso montaña abajo.

Los grandes peñascos de granito van ganando las horas al horizonte luminiscente. Los altos picos quedan a su espalda y ya pueden ver la casa del nuevo contertulio. Las jóvenes que van delante la señalan encantadas de haber llegado. Desde lejos pueden ver que la puerta está abierta y las luces del interior escapan por las ventanas como chispas de una chimenea ardiente.

Como dijo Shakespeare: «Quien quiera comer la nuez ha de romper la cáscara». Y, salvando las distancias, esto es lo que van a hacer ahora ellos. Comerán de las castañas su corazón pálido y tierno, ligeramente dorado por

las llamas y beberán el dulce vino que se ofrecerá hasta convertir la tarde en una fiesta.

Y por la noche, avanzada la hora, ya de vuelta a casa, la señora Lope subirá a su dormitorio. Se pondrá su camisón de algodón y se meterá bajo las sábanas que compró en la capital inglesa. Pero antes de apagar la lamparilla de cristal iridiscente que tiene junto a la cama, contemplará entusiasmada y satisfecha un objeto que reposa en su mesita de noche. Es su nueva adquisición: el reloj de Mr. Darcy. Fue ella quien lo compró, pero quiso guardarlo en secreto. Su deseo era ayudar a Callahan y avanzar la incineración de la madre. Parecía tan importante para él. Hizo prometer a Dominika que no diría nada y que se ocuparía de documentar el reloj. Cuando sepan su valor real, le mandará el resto del dinero.

Ahora Violeta, cada noche, en la intimidad de su habitación, pone ojitos al caballero pintado en el retrato oval que la mira sobre la esfera del reloj. El mecanismo no funciona, pero esto a ella le da igual. Incluso le gusta. «Cuando lo miro el tiempo se para». Lo que ella ve cada noche es la efigie de ese hombre que la tiene cautivada. «Sus ojos certeros pero tímidos. Su pose distante pero atrevida. Sus anchos hombros». Puede sentir sus brazos rodeándola. La imagen que hay en el reloj le recuerda a alguien que conoció muchos años atrás.

La realidad se mezcla con la fantasía a esta hora de la noche. La ilusión se acerca al sueño y le acaricia con la yema de los dedos. «Tiene que ser él». Violeta viaja en el tiempo y se encuentra con ese hombre que una vez la abrazó, el hombre que estuvo a punto de dejarla sin corazón. «Es sorprendente el parecido que tienen. Es cosa de hadas. O de brujas. Todo es tan extraño a esta hora de la noche. A veces no sé si estoy despierta o dormida». Es la entelequia de los sueños. En un dormitorio cualquiera, en un insignificante hotel de un remoto pueblo de los Pirineos, la magia ocurre. «Nuestro pequeño mundo está rodeado de sueños». Violeta cierra la luz de la mesita de noche, pero él sigue delante de sus ojos, tan real. «Quizá...». Turbada, se remueve entre las sábanas y se esconde bajo ellas preguntándose quién dijo aquello de que «los hombres están hechos de la misma materia que los sueños».

Fin